

CUANDO UN *torero* SE CAMBIA DE ACERA

SELVA PALACIOS



CUANDO UN TORERO SE CAMBIA DE ACERA

Selva Palacios

Copyright © Junio 2024 Selva Palacios

Reservados todos los derechos.
Diseño de cubierta: Roma García
Maquetación: SSO Diseypubli

Contenido

PRIMERA PARTE:

[Capítulo 0](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

PRIMERA PARTE:
ÉCHAME UN CAPOTE



Capítulo 0

—¿Quieres más, nena?

Ella jadea, asiente y me dedica una sonrisa embadurnada de pintalabios que me lanzo a besar. Su boca sabe a mí. Contengo el impulso de apartarme. Intento pensar en otra cosa. Los cinco chupitos que me metí hace menos de una hora facilitan la tarea, aunque no consigo escaparme del todo: mientras se alarga el beso imagino cómo los espermatozoides de mi líquido preseminal bailan entre nuestras lenguas enredadas.

Eso es más digno de mi hermano Sergi. ¿Qué carajo me pasa? ¡Yo no soy un cerdo!

—Más... rápido —pide con la voz entrecortada por el placer que le doy.

Obedezco y evito el besuqueo. No siento por ella más que un deseo primitivo, temporal, que se apagará en cuanto salga el sol. Soy como un vampiro del sexo. Voy de caza y siempre pillo, aunque no haya luna llena. Culpa a mi labia, a mi encanto, a mi percha y al hecho de que haya tanta tía buena pidiendo guerra. No me hace especial ilusión la idea de estar emparejado en estos momentos, así que mientras llega la adecuada, me entretengo siendo usado.

La de esta noche no se ha hecho mucho de rogar. Está de buen ver y es maja, así que yo feliz de que haya decidido llevarme a su casa. Puso el listón bastante alto tras el trabajito que me hizo en el ascensor. Creo que quería impresionarme y, si bien eso cada vez es más difícil para un fucker como yo, a nadie le amarga un dulce.

—Joder... nena... ¿cómo vas?

—¡Espera! ¡No te corras todavía! —grita.

—Tranquila —siseo entre dientes.

Sonríe con una inocencia que no se cree ni ella e intenta besarme de nuevo. Habiéndose metido mi apéndice viril hasta la campanilla, me aparto sutilmente para evitar esa práctica tan poco higiénica. Medito sobre la nota que merece. Concluyo, que si le doy un notable estoy siendo bastante generoso. Por desgracia, la boca de Teresa creó no ya un precedente, sino un estándar con el que comparo cada felación que ha venido después.

Quizá pienses que soy un enfermo, no obstante, ese truco me ayuda a retrasar la eyaculación y, de este modo, tener más aguante.

—Quiero que te corras —susurro contra su oreja.

Espero que se dé prisa porque estoy cerca y me niego a que me suceda como las tres anteriores veces. Que si soy un egoísta, que si me dejas a medias, que si eso ya es inaceptable, que si no pienso repetir contigo en mi vida... ¡como si yo fuera a caer en el mismo error! Pero no me apetece volver a aguantar quejas, la verdad. Así que cumplo.

Su risa me taladra un tímpano mientras sus piernas me rodean el culo. Ralentizo el ritmo. Estamos desnudos por completo. Bueno, ella no. Ella lleva puesto un tanga de hilo que no molesta. Las luces están encendidas. Normal. Con su cuerpo, con el mío, ahora que me ha dado por considerarlo un templo, sería un crimen privarnos del sentido de la vista.

Todo despejado por ahí abajo. Su perfume me recuerda a una chuchería de la infancia. Las sábanas huelen bien, síntoma de que las ha cambiado hace poco. Y estamos en un barrio sofisticado de la ciudad.

Me doy por más que satisfecho.

—Joder, voy a correrme —gruño.

—Aguanta un poco más...

—¿Cambiamos de postura? —parece que duda—. Ponte como un perrito, venga.

—¿Como un perrito?

Cojo su mano para que se incorpore. Aprovecho para mordisquearle las tetas y luego, le doy la vuelta. Y se la meto por detrás. Hace unos cuantos ruiditos que me ponen bastante cachondo. Quiso convencerme de que lo hiciéramos sin condón, pero no soy un niñoato descerebrado.

Si le hubiera hecho caso, ya habría terminado todo.

Para distraer la mente giro la cabeza. Un corcho lleno de fotos en la pared más próxima llama mi atención. Ella y sus amigas, supongo. Incluso desde aquí puedo apreciar que todas están muy buenas. Me encantaría tirármelas a pares, pero como eso me acerca a un punto de no retorno, desvío la mirada. Un peluche, reliquia de una infancia que ya queda lejos. Y maquillaje. Me acuerdo de Ainara y su pintalabios rojo.

Genial, ahora sí que estoy capacitado para que este asalto dure tres horas si hace falta. ¡Y luego dicen las tías que los hombres no saben hacer más de una cosa a la vez!

Cierro los ojos con fuerza como si así pudiera desembarazarme del recuerdo.

—Me... voy... ¡oh, Borja, sí! ¡Ahora sí que sí!

Sonrío como un bellaco, empujo dos o tres veces y me vacío en ella. Bueno, en realidad lo hago dentro del chubasquero que me recubre el pene, pero ya me entiendes.

—¡Ha sido bestial! —grito.

Ella se ríe, sin embargo la felicidad dura lo que tarda en abrirse y cerrarse la puerta principal. Dos jadeos seguidos de sangre helada en las venas. Más chillidos, aunque estos son de espanto. Le pongo la mano en la boca y nos quedamos callados durante lo que parece una eternidad.

—¿Jessica? —La voz de un tío me encoge los cataplines.

Ella, paralizada, se cubre las tetas mientras que yo me entierro entre las sábanas. Miro hacia el armario. Está hasta arriba de cosas, así que descarto la idea de esconderme ahí. Aprieto los dientes. Meterme debajo de la cama tampoco es una opción. Me doy cuenta cuando palpo una tabla en el espacio que nos separa del suelo. Pienso por un momento en huir por la ventana, pero este es un cuarto piso y hace un frío de narices.

Los pasos se escuchan cada vez más cerca. Demasiado tarde para huir. El puto corazón se me va a salir del pecho.

—¿¡Por qué no me dijiste que tenías novio!? —siseo.

—¡No tengo novio! —murmura, pálida.

Un hombre entra en la habitación. Siento la garganta tensa y dura al contrario que mi miembro.

—¡Jessica! Pero, ¿qué cojones...? —El tipo se pone rojo de ira. Y me reconoce antes de que yo pueda hacer lo propio—. ¡Folcaquier!

—Papá, ¿qué haces?

—¿Papá? —repito como un imbécil.

—¿Le conoces?

—Joder... —musito.

Me revuelvo para cubrirme hasta el cuello. Solo consigo poner más nerviosa a Jessica, que pelea por su trozo de tela. Sus tetas quedan al descubierto. Grita antes de taparse. La hija de Humberto Padilla, uno de los peces gordos de mi empresa, chilla desnuda tras su orgasmo mientras que el recién llegado pone cara de estar a punto de sufrir un infarto fulminante. El padre retira la mirada y se cubre los ojos. También grita. Aúlla como si se los quisiera arrancar.

Y yo solo quiero escapar de aquí.

Joder, pagaría por chasquear los dedos y aparecer en cualquier lugar lejos de esta habitación. Con vida.

—¡Es solo una niña, pedazo de hijo de puta! —murmura con voz de ultratumba.

—Lo-lo siento, señor, yo... yo no lo sabía.

No sabía que era su hija, se entiende. Porque eso de que solo es una niña debería ser puesto en duda a juzgar por lo bien que se desenvuelve en la cama. No es la primera vez que hace esto. Ni la quinta. Ni siquiera la vigésimo octava, aunque ahí a lo mejor exagero.

—¿¡Qué hay de mi derecho a la intimidad? —pregunta ella, muy subida.

—¡Estás en mi casa, que no se te olvide! —ruge Padilla.

—¡Ya tengo dieciocho años, papá! ¡Puedo hacer lo que me dé la gana!

¿Dieciocho? ¡Si aparenta al menos cinco más! Debe ser el maquillaje, la ropa y la actitud. Resoplo de alivio porque no he cometido ningún delito, pero mi gesto no sienta nada bien a su padre. El tic que aparece en su ojo izquierdo me inquieta. Y entonces detecto el parecido.

Tarde, muy tarde, joder. Antes de que vuelva a pensar con el pene pediré a la afortunada el carnet de identidad, eso si Humberto no me arranca las vergüenzas.

—¡Bajo mi techo no puedes comportarte como una fulana!

—¿¡Como una fulana!? —Jessica se ríe tan escandalosa como cuando follábamos—. ¡Es mi cuerpo y lo disfruto como quiero!

En ocho años no he visto a Padilla tan cabreado y eso que en la oficina estamos expuestos a toda clase de situaciones estresantes. Es de los que parece un robot impasible, por eso ando tan nervioso.

Me va a matar.

—Por favor, ¿podríamos dejar esta discusión para otro momento? —Me atrevo a decir con un hilo de voz—. Deje que me vista, señor, solo quiero...

—¿De todos los gilipollas que hay por ahí has tenido que traerte a este? —le pregunta a Jessica.

Eso mismo pienso yo: de todas las tías fáciles que pululaban por la discoteca, ¿por qué he tenido que trajinarme a la hija de uno de los jefazos más conservadores? Jamás lo he visto reírse, ni bromear. A partir de ahora, mucho menos.

No me atrevo a defenderme. Ni a respirar.

—Papá...

—¿Te ha forzado?

Se me ponen de corbata.

—¡No!

El silencio que sigue al grito de Jessica me permite escuchar mis propios latidos.

—¡Vístete! —ordena con voz ronca al tiempo que me taladra con la mirada—. Y tú... — apenas puede poner los ojos sobre la hija díscola—, ya hablaremos.

Se larga, no sin antes agarrar el picaporte. El portazo que da retumba por toda la casa.

Ambos soplamos a destiempo el aire que contenían nuestros pulmones. Salgo de la cama como si mi vida dependiera de ello. Bueno, es que en realidad así es.

—Joder, ¡mierda! ¡Mierda! ¡¡Mierda!! ¡Me cago en la puta! —Echo sapos y culebras por la boca mientras me quito el preservativo y busco a toda prisa mi ropa—. ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?

—¡No le hagas caso! —Jessica se tumba en la cama, que ahora es toda para ella—. Mi viejo solo es un carcamal amargado.

—Ya, pues ese carcamal amargado es uno de los jefazos del sitio en el que trabajo —comento, agachado en busca de mis calcetines.

—Bueno, ¿y qué? Somos adultos y solteros y podemos hacer lo que nos dé la gana. No veo nada malo en eso.

—Espero que Padilla sea así de liberal en el fondo —apenas puedo hablar imaginando las maneras en que va a retorcerme el pescuezo.

—Ya se le pasará.

«Sí, ya, claro, se le pasará, pero casi te doblo la edad y no está muy contento de que nos hayamos elegido como el polvo de esta noche». Pienso.

En cambio, digo:

—Gracias... Jessica.

Ya he terminado de vestirme. Me peino con los dedos mientras busco un espejo en el que mirarme. Cuando encuentro uno, recupero un poco de serenidad. Al menos, no tengo tan mal aspecto como cabría esperar. La situación es una auténtica mierda, pero confío en que con mi encanto y unos cuantos meses de peloteo exhaustivo el temporal será capeado.

—¡Espera! —Jessica sale de la cama vestida solo con su tanga de hilo—. ¿No me vas a dar un beso de despedida?

La imagen me resulta poco estimulante. Entiendo que el miedo vence al poco encanto que alberga el terreno conquistado. Arrugo la nariz y niego con la cabeza antes de decirle:

—¿Estás loca? Tu padre me odia.

—Y a mí, pero...

—Ya nos veremos por ahí, ¿vale?

Es la primera mentira. Voy calentando motores, porque habrá muchas más. Abandono la habitación de mi ligue y abro un par de puertas en busca de Humberto Padilla. El señor Padilla. Lucho contra mi deseo de escapar y actúo como un tío responsable. Me despido mentalmente de mi ascenso, de la subida salarial pactada para finales de año. Seguro que el incidente de esta noche quedará como una mancha imborrable en mi hasta ahora inmaculado expediente. Va a exiliarme a algún país africano. ¿Tenemos sucursales ahí?

Trago saliva en cuanto percibo una sombra tras de mí.

—Folcaquier... dame una sola razón para no matarte —murmura con voz ronca.

—Yo... lo siento mucho, señor, no sabe cuánto. Si puedo hacer algo por enmendar esto...

—Te preguntaría si la quieres, pero es evidente que hasta esta noche no la conocías. —Estudia mi cara—. ¿O me equivoco?

Intento esquivar la mirada y la pregunta. Me planteo vomitar una mentira piadosa, una que calme su sed de sangre. Sería la salida más fácil, la más rentable de todas. «Sí, señor, conozco a su hija y la he estado cortejando desde hace varios meses. Es la primera vez que intimamos. Me he enamorado locamente de ella y planeo ir en serio». ¡Qué bien se me da tirar de un hilo que no existe! Sin embargo, seguro que Jessica desmonta mi versión, no sin antes pisotearla y tirarla por la ventana.

Mi cita con el cruel destino es inevitable, así que me cuadro, suspiro y niego con la cabeza.

—No, señor, no se equivoca.

—Como te vuelva a ver por aquí, no lo cuentas.

—Sí, señor.

—Y el lunes te quiero en mi despacho a primera hora. Ya ajustaré cuentas con la... de mi hija.

Habla entre dientes y la rojez en su cara amenaza con regresar. Lleva un vaso en la mano que traga de una vez. Como no quiero que lo estrellé en mi cara, me retiro sin mirar atrás, no sin antes improvisar una especie de reverencia que no cuela.

Ni siquiera me despido. Es mejor así.

Llego a casa y me tiro en la cama. No salgo de ella hasta el lunes. Quiero desaparecer.irme del país. Eludir las consecuencias de una noche que, hasta torcerse, estaba siendo espectacular. Sin embargo, a las ocho de la mañana me encuentro en el despacho de Padilla con los testículos más subidos que nunca y un nudo en la garganta. Suplico por su perdón. Lloro, pero no me debe quedar muy bien la interpretación porque no logro ablandarlo, así que corto el grifo. Humberto no habla, solo me observa con una máscara sobre la cara que me recuerda a la muerte. Aparece el director de recursos humanos. Me planta una carta de despido procedente y otra con amenazas de demanda si no cierro el pico y me largo sin hacer ruido. Sé tan bien como ellos que lo que hacen es ilegal, pero ni siquiera es su palabra contra la mía.

Tiene más y si no, se lo inventan.

Ni siquiera me dejan despedirme de mis compañeros, que actúan como si no existiera.

Al llegar a recepción, grito. Me revuelvo. El de seguridad me atrapa y me acuerdo de lo que pasó en el aeropuerto hace varios años. Me amenazan agitando los papeles que acabo de firmar. Callo. Aguanto las lágrimas, esta vez de verdad.

Y así, a grandes rasgos es como, gracias a tirarme a la tía equivocada, me cepillo mi carrera y termino de patitas en la calle.____



Capítulo 1

—Oye, tío, ¿te pasa algo?

Mi hermano revienta la pompa en la que andaba metido. Como no respondo al instante me pega un codazo en las costillas. Yo pongo la sonrisa más falsa del mundo en mi cara y me llevo el botellín a la boca.

—¿A mí? —me señalo, en cuanto trago—. ¿A mí qué me va a pasar?

—No sé, es que últimamente andas un poco... jodido.

—¿Eso dice tu mujercita?

Sergi pestañea y tarda en captar que subo la guardia.

—No, tronco. Se ve a la legua.

—Pues ponte gafas, porque... estoy mejor que nunca.

Suelto una carcajada, bajo la barbilla y me revuelvo el pelo. Es una coreografía que domino a la perfección. Joder, tendría que cortarme el flequillo, pero no puedo permitirme ir a donde siempre y pagar lo que pagaba. Lo cierto es que mi hermano tiene razón: estoy de bajón y se me debe notar por los cuatro costados. He hecho al menos quince entrevistas con idéntico resultado: todo bien hasta que la cosa se pone seria y, entonces, las oportunidades se desvanecen. Nadie del sector está dispuesto a contratarme. Los tentáculos de Padilla son muy largos y su mano negra me aprieta el gaznate hasta dejar mi cuenta corriente sin respiración. Mis supuestos amigos de pronto se transforman en colegas armados con una tonelada de excusas. Ninguno puede ayudarme, ¡qué casualidad! Aunque tampoco esperaba gran cosa de ellos, así que no me duele su traición. En su lugar, probablemente haría lo mismo: alejarme del apestado, del débil, por si algo se me contagia.

La pillada con la hija pequeña del jefazo me ha jodido pero bien. Si llego a saberlo, me abstengo. Ya sabes lo que dicen: donde tengas la olla, no metas la...

—Me alegro de que hayas venido. —Otra palmada en la espalda—. Y si quieres hablar, ya sabes dónde estoy...

Asiento despacio mientras observo cómo mi hermano se marcha en busca de Teresa. Aparto la vista y vuelvo a lo mío. Está claro que debo hacer algo. Algo diferente. Si sigo igual no voy a

mejorar la situación, así que, siendo prácticos, debería pensar en bajarme el sueldo y optar a otros puestos.

Pero, ¿cómo narices voy a mantener el tren de vida que llevo los fines de semana? Si sigo así, solo me quedará pasta para entrar en antros como este: el maldito bar de Paco.

Aquí conocí a Teresa. Sí, esa chica a la que se le da tan bien el sexo oral.

A día de hoy es mi cuñada.

Un escalofrío me baja por la espalda.

—Tío, estoy rayado. —Sergi ataca de nuevo—. Me preocupas, joder.

—¡Que no! ¡Que estoy como siempre!

Se recoge el pelo en una coleta con toda la calma del mundo y me pasa el brazo por la espalda:

—Es por una tía, ¿a que sí?

—Em... —Ojalá fuera por una tía. Aunque, una tía es la que me ha metido en este embrollo, así que técnicamente... —. Sí, es por una tía.

—Cuéntamelo, anda, que a mí esas cosas se me dan de puta madre.

Me río mientras trato de meterme en su cabeza. Para las mentes simples como la suya es difícil de entender que algunos no solo aspiramos a retozar con las mujeres más guapas, también queremos escalar socialmente. Dinero, coches, casas, viajes, relojes, lujos. Ambición, lo llaman, y de eso a mi hermano no le corre ni una gota.

En cambio, yo tengo para dar y tomar.

Me sonrío y estira sus manos delante de mi cara. Sus dedos chasquean. Sabe que odio ese sonido. Lo ha hecho desde que éramos pequeños cada vez que quería molestarme, pero yo, a diferencia de él, soy un hombre maduro y no respondo a sus provocaciones.

—Sergi, anda, déjalo.

Teresa grita, se acerca hasta él y se lo lleva de mi lado. Agradezco volver a quedarme solo. Miro al frente, con la mirada puesta en el infinito, para no pensar en que mi vida se ha ido al carajo. Mis objetivos hoy están mucho más lejos que hace un mes y no sé cómo arreglar este puto desastre. Apuro la cerveza y resoplo, otra vez. Por no ir hasta la barra y verle la cara al carroza del dueño soy capaz de mantenerme abstemio durante lo que queda de noche. Y eso no es normal en mí.

¿Por qué me dejé arrastrar hasta este antro? El agujero de mi cuenta bancaria tiene la respuesta. Y también mi hermano, que no quiere verme solo. Lo que no sabe es que sus buenas intenciones desembocan en un efecto rebote bastante perturbador. Odio lo que veo. La desfasada decoración, la música de viejos. El fuerte olor a algo indefinido que flota en el ambiente. La suciedad que cubre las superficies del local también se las trae. Nada que ver con el tipo de garitos en los que me suelo dejar caer. Sin embargo, lo peor es la dinámica que se ha instalado entre los amigos de Teresa. Es repulsiva a ojos ajenos al círculo, lo que significa que, mientras estés dentro, todo es maravilloso. Si lo ves desde fuera, en cambio, la piel empieza a escocerte y las náuseas se apoderan de ti.

Te explico brevemente la situación:

Mi hermano se casó con Teresa hace ya tiempo. Ella y yo estuvimos saliendo juntos, un rollo muy sexual y eso. A veces me cuesta asimilar que mi hermano mete su pene donde antes se lo pasó en grande el mío, pero ese es sin duda un pensamiento retorcido que me gusta silenciar con alcohol.

Su mejor amiga, Ainara, la albina más explosiva que puedas echarle a la cara, ya ha bailado tres canciones con el venezolano ese. Levanto ligeramente la comisura de mi labio. Llevan saliendo un par de años, por lo que ya doy por perdida la batalla. Y ella dejó de interesarme hace

tiempo. Ese tren ya pasó.

Ella se lo pierde.

Luego está esa otra, Lorena creo que se llama. Es una *influencer* con cara bonita y cuerpo de escándalo, una cosa de locos. Estuve a punto de tirármela, pero se puso a lloriquear en el momento clave y me dejó a medias. Veo cómo arrastra a su novio hasta un rincón. Lo besa con desespero después de obligarle a sacar unas cuantas fotos. Pedro se la folla siempre que quiere. Me cae bien el tío y tal. Es majo y un crack en los videojuegos, pero ¡no me jodas! Que la tía pasara de mí para irse con él no es entendible.

Pongo los ojos en blanco. Y luego caigo en la cuenta de un asunto alarmante: con las tres me he liado, pero la cosa no terminó de cuajar. Con ninguna. Bueno, con Teresa y Ainara sí, pero no del todo. Me fueron descartando para arrimarse a otros tíos que no me llegan ni a la suela de los zapatos.

Parecen felices. Ellas y ellos. Bailan, se ríen, se rebozan unos contra otros mientras que yo estoy aquí solo y muerto del asco.

Vale, lo diré una única vez: en el fondo, muy en el fondo, me muero de envidia.

Por eso los odio. Los odio a todos, pero no tengo otra cosa mejor que hacer. Más deprimente sería estar en casa, tirado en el sofá, mientras veo la tele y pienso en cómo voy a pagar el alquiler de mi ático. Así que finjo que estoy aquí por voluntad propia, sin querer gritar, marcharme y desaparecer.

—Ey, ¿cómo va eso?

Me sobresalto al escuchar una voz femenina, grave y potente.

—Perdona, ¿tú eras...?

—Paola.

—Ah, sí, eso. —Pongo cara de circunstancias—. Paola.

Me inclino para darle dos besos. Solo he visto a esta chica un par de veces, pero me acuerdo vagamente de ella ya que, al igual que yo, representa la nota discordante en este grupo conformado por apestosas parejitas. Paola y yo tenemos en común la soltería. Somos piezas sueltas que nadie quiere. Saldos. Remaches.

—¿Qué bebes? —Levanto mi botellín vacío por toda respuesta—. ¿Quieres otro?

Asiento y la veo desaparecer en dirección a la barra. Aprovecho para hacerle un repaso de arriba abajo. No está mal, pero le cuesta llegar al aprobado. Prefiero a mujeres más llamativas, a las que les gusta arreglarse para impresionar.

Aquí definitivamente no las voy a encontrar.

—Ten.

—¡Qué rápido! —Tomo lo que me ofrece y le doy un sorbo—. Gracias.

No me pide el importe de la consumición, así que me hago el loco. Esto es inaudito en mí, pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

—¿Cómo va la noche?

—Tirando. —Decido ser precavido, pero no un falso—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Ambos tenemos la vista al frente. Nuestros hombros se rozan. Quizá, si estuviera más borracho, me la llevaría a casa. Un premio de consolación para mí, el boleto ganador de la lotería para ella. Pero no. Llevo sin acostarme con una tía casi cinco semanas. Creo que tengo síndrome de estrés postraumático, o algo así. En mis pesadillas aparece Padilla en el momento más inoportuno. Cuando practico el onanismo, no soy capaz de eyacular.

Joder, espero no cogerle tirria al sexo por culpa de lo que pasó. ¡Lo que me faltaba!

—¿No te aburres?

—¿Cómo dices?

Niego con la cabeza. Tenía la sensación de que Paola y yo nos entenderíamos. Que hablaríamos el mismo idioma y eso.

—¿Por qué estás aquí?

—Por Pedro. Fundamentalmente —se apresura a aclarar.

—Pues no es por nada, pero tu Pedro no hace más que comerle la boca a...

—Ya lo sé. Él no me mola, ni nada de eso, solo somos amigos.

—Pero, ¿te renta estar así? O sea, quiero decirte, que...

—No siempre están así —me interrumpe—, si no, sería insufrible.

—¿Verdad? —Bebo más cerveza—. A mí me harta un poco esta manera de restregar al prójimo su felicidad.

Me giro hacia ella arrepintiéndome al instante de haber sido tan sincero, pero lo dicho dicho está. Y está bien dicho, solo que no me pega ir de frente. Prefiero el tonto, el postureo, me da mucho más juego y me lo paso mejor cuando no soy del todo yo.

—¿Has mirado a tu alrededor? —Paola se gira a su vez y hace un barrido con la mano alzada. Señala al fondo y suelta una risotada poco femenina—: Debe ser este bar...

Sigo la dirección de su índice. Abro la boca y los ojos sin dar crédito a lo que veo. Me trago el resto de la cerveza de una sola vez. El mismísimo Paco está dándose el lote con una señora. ¡Flipo! Entrecierro los ojos para fijarme en ella. Supongo que en su día no estaría nada mal, pero ahora ni de coña se me ocurriría. Se despegan para decirse algo al oído, echan la cabeza hacia atrás, se ríen al mismo tiempo y vuelven a besarse como si no hubiera un mañana.

Parece que están solos. El mundo no existe para ellos.

—Joder... —musito.

Y vuelve a darme un ataque de envidia que no entiendo. ¡Si yo no querría estar así a su edad!

¿O sí?

—Alucinante, ¿eh? —su risa se me mete bien hondo en el oído—. ¿Y si te dijera que con la que está es la madre de Lore?

—¡¡No!! —me río. Bueno, más bien consigo reírme al final de un estertor extraño que, si tuviera veinte años más, me preocuparía.

—¡Ya ves!

—Pero, ¿cuándo ha pasado?

Me pone una mano en el hombro y aprieta.

—Deberías venir más a menudo —se muerde el labio inferior—, para enterarte de los chismes.

Joder, aquí todos pillan menos yo. Supongo que podría, a juzgar por las señales de Paola, pero no. Aunque en realidad lo que debería plantearme es si yo quiero eso. Si quiero estar así con y por alguien. Sí. No. No lo sé. Me quedo con la parte divertida y el buen sexo. Paso de la rutina, las discusiones, las manías y eso.

Pero, ¿y si merecen la pena por la persona adecuada? Al fin y al cabo, yo también dejo la taza del váter levantada.

Empiezo a rayarme seriamente y me piro. Paola grita mi nombre. Creo que viene tras de mí. Es la única de todo el grupo que se ha dado cuenta de mi huida desesperada.

Eso me resulta tan triste que aprieto el paso.

—¡Borja! —Su mano agarra mi brazo.

—Déjame —susurro, ya en la calle, con el poco civismo que me queda—, necesito estar solo.

Por suerte, lo entiende tras unos segundos de vacilación y me suelta. Se mete de nuevo en el

paraíso de la roña y yo bajo la calle para vagar sin rumbo.
Hasta que salga el sol.



Capítulo 2

Callejeo durante un rato largo hasta que llego a un barrio decente. Aquí se respira un poco mejor, aunque mis problemas sigan siendo los mismos. Las aceras son más anchas, están más limpias. Y la gente es distinta. Diviso a lo lejos un letrero luminoso. Voy como polilla atraída por la luz. Es un *after*. Sonríe un poco, lo justo para que se me olvide que no tengo dinero y sí muchas ganas de beberme una copa. Seguro que sabré apañármelas, o eso me digo. No paro de repetirlo, así que al final me lo creo. Saludo al portero con un asentimiento de cabeza. Él me devuelve el gesto y entro sin pagar.

Al cruzar la puerta siento que accedo a un mundo exclusivo. Tenues luces de colores crean un aura de sofisticación que me calma. Estoy en mi salsa y eso hace que el ánimo se me dispare. Mis ojos recorren el espacio deleitándose en cada detalle: sofás de cuero oscuro, mesas de madera noble y una barra infinita. Detrás, pulcramente organizada, destaca una selecta colección de licores *premium*.

Me dirijo hasta allí con la cabeza alta y andares confiados. Hago como si me sobrara el dinero al igual que al resto de los presentes. Pongo las manos en la superficie reluciente y limpia. Resoplo de pura y absurda felicidad.

—¡Dios, qué diferencia con respecto al antro del que vengo! —bisbiseo.

—¿Disculpa? —El camarero se me acerca con una sonrisa profesional y el ceño fruncido.

—Ponme un Macallan.

—Enseguida.

Doy media vuelta con los codos apoyados y observo los alrededores. Me pregunto cuánto tiempo lleva este sitio abierto y por qué nunca he estado aquí antes. De haberlo conocido en mi mejor época, probablemente habría sido cliente habitual. Ahora veo tan lejana esa posibilidad como solucionar a corto plazo mis jodidos problemas.

Pero no pienso en eso ahora. El camarero me está sirviendo lo que he pedido. Leo la etiqueta: dieciocho años. La misma edad que tiene la hija de Padilla. Trago saliva por esa infeliz coincidencia y, en cuanto me lo tiende, me llevo el whisky a la nariz. Cierro los ojos sin querer acordarme de que quizá pase mucho tiempo hasta que vuelva a permitirme este lujo. Después, lo

pruebo. Su sabor aterciopelado con notas de roble, frutas secas y especias me lleva directamente al cielo.

El camarero va a lo suyo y yo me quedo solo con mi escocés. La música no está tan alta como para que me impida escuchar mis propios pensamientos, pero los distraigo con el bailecito que se marca el personal. Trasnuchados, casi todos. Qué poco aguante. Otros charlan en grupo sentados en sofás. Una rubia me hace ojitos al otro lado del local, pero está tan buena que descarto la posibilidad. Si sigue sola a estas alturas de la noche es porque se dedica a tirarse a tipos como yo a cambio de unos cuantos cientos de euros.

Nunca me he acostado con una prostituta y no voy a empezar ahora, principalmente porque no tengo dinero.

Y no me hace falta. Esta percha y esta cara se llevan a todas de calle.

Para no ceder a la tentación desvío la mirada hacia la zona vip. Distingo botellas de champán en el enfriador y se me hace la boca agua. No es que lo prefiera a lo que bebo ahora, pero la puesta en escena me trae recuerdos de tiempos mejores. Envidio a los afortunados que disfrutan de un trato diferente al del resto de los mortales.

Lástima que el dinero sea la llave que abra la puerta al paraíso.

—Nena, espera... ¡no! Escucha, por favor... ¡mierda! ¿Puedes dejarme hablar y te lo explico todo?

La voz de un tío me distrae. Está a mi lado y, mientras sujeta su teléfono con el hombro, le hace señas al camarero. Sonríe al ver cómo pone los ojos en blanco. Suspira y me mira con una complicidad que solo puede darse entre dos desconocidos a estas horas de la noche.

—Joder... —cuelga el teléfono y se queda observándolo durante un buen rato—. Me ha dejado.

Eso último lo ha dicho tan bajo que no estoy seguro de haberlo oído bien. El camarero interrumpe nuestra extraña intimidad para servirle lo mismo que a mí: un Macallan de dieciocho años.

Si estuviera más borracho, propondría un brindis por la coincidencia.

—Veo que tienes buen gusto...

—¿Perdón? —Tardo un par de segundos en darme cuenta de que se dirige a mí. Y que me ha leído la mente.

Me mira con sus penetrantes ojos azules. Luego, alza su vaso. Me apresuro a chocárselo contra el mío.

—Por las mujeres. —Se lleva el whisky a los labios y yo lo imito.

—La causa de la mayoría de los problemas que existen en este mundo. —Se me acelera el corazón al soltar ese comentario. Tal vez me haya extralimitado.

Sin embargo, en cuanto veo su inmensa sonrisa de dientes blancos y perfectos sé que he dado en el clavo. Observo con cierta discreción al tipo. No sé de qué anuncio de colonia se ha escapado. O de qué país al norte de Europa. Me fijo en el acabado de su traje. Me encanta. Estaría dispuesto a pegarle una paliza para arrancárselo y probármelo. Me juego el cuello a que está hecho a medida en un sastre, no ha salido de un centro comercial como les sucede a todos los que cuelgan en mi armario. Su impecable peinado me hace pensar que se ha tirado media hora mirándose al espejo hasta alcanzar la perfección. Aprieto los dientes para tragarme la rabia. La elegancia y sofisticación son innatas en él. No tiene que comprarlas y aún así, lo hace. Porque puede y porque quiere. Es obvio, tan evidente que concluyo eso tras cinco escasos segundos.

—¿Te importa si te hago un poco de compañía?

No espera mi respuesta. Se acerca un poco más a mí. Quiere charlar y a mí me parece perfecto

mientras el alcohol corra.

—Somos dos almas solitarias, entonces.

Sus ojos azules brillan con confianza. Señala el teléfono de ultimísima generación que descansa en la barra para regresar al momento en que ese alguien, su chica imagino, lo dejó. Niego con la cabeza fingiendo pesar y una solidaridad masculina que en el fondo no siento. Está podrido de dinero, el traje le sienta como un guante. Podría tener a la tía que quisiera en menos de lo que dura un parpadeo.

Además, no parece realmente afectado.

—Lo siento mucho —digo con voz plana, por decir algo.

Se quita la chaqueta. Los músculos se le marcan bajo la camisa. Es de un blanco tan almidonado que quizá necesite gafas de sol para no joderme la vista. Su figura atlética no tiene mucho que envidiar a la mía. Al menos, en eso somos iguales. Es mi premio de consolación porque sé que no alcanzo el nivel de refinamiento de este capullo. Me vuelven a entrar ganas de pegarle una paliza para joderle un poco esa cara perfecta que tiene y robarle la ropa. También el móvil, sus putos zapatos italianos y el reloj. Creo que es un Rolex pero no me atrevo a comprobarlo por si empiezo a ponerme verde de envidia.

—Christian Betancourt. —Me da la mano y yo no se la estrecho hasta que apuro mi whisky.

Su apretón es firme, pero no demasiado fuerte. Es el de un tipo que está acostumbrado a cerrar tratos de ese modo todo el tiempo. Y ha dicho su nombre con un acento extraño. La teoría de que proviene de algún país nórdico escala puestos en mis cábalas, aunque entonces debería haber dicho algo así como Olsen, Eriksson o cosas así.

—Borja Folcaquier i Margall. —Exagero el acento catalán—. Encantado.

Admiro en silencio pero sin disimulo su buen gusto. Seguro que la rubia de antes está a punto de interrumpirnos para intentar llevárselo de aquí. Joder, si fuera tía yo también iría a por él.

—¿Quieres otra ronda, Borja?

—Claro.

Hace una seña al camarero y, sin necesidad de intercambiar palabra alguna, se hace entender. Bebemos otra vez no sin antes brindar de nuevo.

Espero que pague él. Si no, estoy jodido.

—¿A ti también te ha dejado la tuya? —Dispara a bocajarro.

Vaya, no esperaba que un tipo tan sofisticado fuese a su vez tan directo, porque su pregunta raya la mala educación.

—¿Por qué lo dices? —inquiero al tiempo que subo la guardia.

—¡Oh, vamos! —Se pasa una mano por el pelo antes de seguir hablando en un gesto aún más estudiado que los míos—. Estás bebiendo solo a estas horas. Seguro que, de ser otras las circunstancias, tendrías algo mejor que hacer con tu vida.

Me encojo de hombros e inclino el vaso para apreciar los matices del whisky antes de contestarle.

—Digamos que estoy en un punto vital... complicado.

Oigo cómo suspira. No me atrevo a mirarlo por si eso le da pie a indagar más allá.

—Te entiendo a la perfección. Yo estoy en una situación parecida.

—Ah, ¿sí? —suelto una pequeña risita—. Permíteme que lo dude.

Mierda. Ahora el que ha soltado una perlita he sido yo. Este selecto whisky mezclado con la cerveza barata de aquel antro es una combinación mortal para mi cerebro, así que culpo al alcohol y no a mi poca pericia.

—¿Por qué lo dudas?

No parece haberse ofendido y respiro aliviado. Eso me da alas para girarme y clavar mis ojos en los suyos.

—Vamos, ¡mírate! —lo señalo—. A alguien como tú los problemas le resbalan. Ni siquiera debes saber qué es eso.

Hay cierta musicalidad en la risa de Christian, como si por dentro le resonara Mozart, Chaikovski o algún compositor muerto hace siglos.

—Ojalá tuvieras razón, pero no puedes estar más equivocado.

—¿Qué te pasa? Si quieres, puedes contármelo. Desahógate.

Quizá, si hago de psicólogo, invite a otra ronda. Antes de acceder a mi propuesta, consulta su teléfono. Me dan ganas de decirle que su ahora ex novia no va a mandarle ningún mensaje, pero me callo. Segundos después, deja el aparato boca abajo en la barra.

—Estoy harto de que me controlen.

—Pues... ¡enhorabuena! Tu chica ya no va a ser un obstáculo. ¡Por la libertad! —alzo el brazo, pero el rubio no me secunda.

—No me refiero a ella, sino a mis padres.

—¿Tus padres? —Alzo una ceja. Pero, ¿cuántos años tiene? Si sus padres todavía lo controlan desde luego que sí tiene problemas—. ¿En qué sentido te controlan?

—Desde que cumplí los dieciséis mi vida amorosa siempre ha sido objeto de debate en casa. —Hace una especie de puchero—. ¿Cómo les digo que Patri y yo hemos roto?

—No tienes por qué darles explicaciones —murmuro.

—Sí, ya claro... —se lleva una mano a la frente—. Con las mujeres cargo una maldición —suspira—. Ninguna me dura más allá de unos pocos meses. Supongo que no estoy hecho para el amor.

Alzo mi brazo para brindar. Christian tarda un rato en secundarme.

—Me pasa exactamente lo mismo, hermano.

Apura su whisky. Hago lo mismo para alcanzarlo y apuntarme a otra ronda. Se revuelve el pelo que tan pulcramente peinado llevaba hasta el momento. Joder, incluso lo que acaba de hacer le sienta bien. Ahora tiene un aire de pijo decadente que veo imposible de imitar.

—El caso es que yo no quiero una novia, Borja.

—Eso es genial, porque ya no la tienes —le recuerdo—. Cada vez escocerá un poco menos. —Esa verdad a medias es todo lo que puedo esgrimir.

—No, tú no lo entiendes —dice atropelladamente, después de una risita—. Mis padres desean una vida conservadora para mí. Pareja estable, boda, hijos que sigan el linaje... ya me entiendes.

—Oh, sí, entiendo —digo por seguirle la corriente.

El camarero interrumpe la charla para sustituir los vasos vacíos por unos nuevos. La cabeza empieza a darme vueltas, pero me da igual.

—Si tuviera todo eso, no me cortarían el grifo financiero y se me abrirían todas las puertas.

—¿El grifo financiero? —Mi cabeza cortocircuita durante unos instantes. Tengo miles de preguntas, pero no quiero que note mi intención de fisgar, así que voy dando un rodeo—: ¿Cómo estás tan seguro de que si les das a tus padres lo que quieren todo irá mejor?

—Porque mi hermana sí está dispuesta a ceñirse al guion y le han consentido que hiciera lo que le diese la gana... ¡ay, si yo te contara...! —niega con la cabeza—. Está prometida y eso que ni siquiera ha cumplido los veintisiete. Cuando ella y su novio nos dieron la noticia, mis padres me llevaron a un aparte y me hicieron saber que lo mío acababa de convertirse en algo inaceptable. Quieren que pase por lo mismo, pero yo no estoy hecho de esa pasta.

Levanto la cabeza y miro las botellas que se alzan frente a mí. Ahora mismo me bebería todas

y cada una de ellas.

—Mi hermano también está casado. Felizmente casado —añado, rabioso.

Me ahorro añadir que su mujer es una de mis antiguas novias.

—¿No sientes la presión?

—La verdad es que no.

—¡Qué afortunado! —dice con pesar—. Te envidio.

Giro la cabeza hacia él tan rápido que casi me da un latigazo en el cuello.

—¿Perdona? ¿Tú me envidias a mí?

Bebo. Bebo para olvidar este sin sentido. Y porque, desde que explotó el asunto Padilla, esta es sin duda la noche más extraña que he vivido.

—Sí. Te envidio porque te da igual lo que piensen de ti. Yo no puedo con la presión.

A mí no me da igual lo que otros piensen de mí, pero eso no tiene por qué saberlo Christian.

—¿Quieres un consejo?

—Por favor.

Me hago de rogar un poco antes de hablar:

—Escúchate a ti mismo. Solo así podrás ser feliz.

Parezco uno de esos gurús de auto ayuda que tanto odio. ¿En qué me he convertido a cambio de varias rondas de Macallan?

—No es tan sencillo eso que dices.

—¿No? —sonrío—. Yo creo que sí, solo tienes que tener... valor.

—Valor... —Christian repite esta última palabra con voz pastosa—. ¿Y de dónde lo saco? Lo que aún no te he dicho, Borja, es que cuando paso una mala racha necesito que me ingresen el mínimo...

—¿Mala racha? —Creo que voy a cabrearme en cuanto me dé su definición de mala racha.

—Mis resultados no son estables financieramente hablando. Gano mucho y pierdo mucho con demasiada facilidad. Por eso no puedo mantenerme por mí mismo y... la influencia de papá y mamá es colosal. Conocen a todos y si no, siempre hay alguien que es amigo de otro alguien. En este país y en casi todos. En resumen, que estoy atado de pies y manos.

Alucino de que todavía quede gente así en el mundo. Y no voy a ser hipócrita: si yo estuviera en su lugar, me replegaría a los deseos de mis progenitores para que no me cortaran el grifo. ¿Dinero a espuestas? ¿Dónde hay que firmar? Sin embargo, necesito que Christian crea que empatizo al cien por cien con él y su situación, así que digo:

—Te recomiendo que empieces por algo sencillo. Si tu novia te ha dejado, repliégate. No corras a contárselo a papá y mamá. Y mientras se enteran o no, acuéstate con las que quieras. Vive tu vida. Ve a lo tuyo. Si te preguntan, diles que estás con una. Si luego resulta que es otra, ¿qué más da? Y, si a tus padres no les gusta, que se j... fastidien. Que se contenten con la boda de tu hermana.

—Ya. El problema es que enseguida se enteran de todo y... no soy capaz de hacer eso que dices —confiesa.

—Deberías planteártelo al menos.

—Créeme, no conoces a mis padres. Pueden ser muy insistentes, muy tajantes y muy...

—¿A qué te dedicas?

—Soy broker.

—¿En serio? —bebo más whisky—. Me gusta mucho invertir, pero... a veces no ha salido como esperaba.

—Es sencillo, solo se trata de comprar lo más barato posible y de vender lo más caro posible.

Si quieres te enseño.

—¡Claro!

No sé si fiarme de sus habilidades en el mercado de valores. Yo tengo ciertas nociones, así que su nivel de conocimientos no debe ser mucho mayor que el mío. Si no, le iría mejor de lo que cuenta. Y algo me dice que, como Christian no sabe cuánto cuesta ganar el dinero, le otorga un valor muy inferior de lo que debería.

Así le pasa: mamá y papá al rescate. Eso sí, mientras se quede en el redil.

Sé que, en cuanto salgamos del bar, no lo volveré a ver. Es una pena y a la vez una bendición. No me está cayendo mal, pero tampoco quiero que nadie nos vea juntos, especialmente las mujeres.

Salgo perdiendo.

—Borja... —su voz me saca de mis pensamientos—. Si tú fueras yo, ¿qué harías?

—Procurarme una buena racha en la bolsa, distanciarme de mis padres durante un tiempo y vivir mi vida al máximo.

—Pero ¡para eso se necesita mucho trabajo!

Sin darme cuenta, pongo los ojos en blanco. Me agarro a la barra y aprieto con fuerza. El alcohol me posee y se lleva lo peor de mí:

—Christian, ¡tienes que tomar el control! ¡Tienes que demostrarles quién manda! —exploto, aunque no tanto como para gritar porque nunca pierdo las formas.

—¡No sé estar solo! —exclama, desesperado.

—¡Pero no tienes por qué estarlo! —murmuro con cierta sorna—. El amor siempre se puede alquilar.

Parece que se lo piensa. Tomo un poco más de whisky y me acuerdo de las piernas de Jessica. De sus tetas. De su boca alrededor de mi pene. No. Ese rato de placer no mereció la pena a juzgar por lo que pasó después. Pero si fuese Christian, no me preocuparía ni una pizca.

Mamá y papá me salvarían el trasero. Jamás permitirían que me hundiese en el escándalo.

Sé que mis padres podrían apoyarme económicamente a mí también. En menor medida, por supuesto. Sobre todo hablo por mi madre, que soy su ojito derecho. Se me ha pasado por la cabeza varias veces eso de pedirles ayuda, pero el orgullo siempre me obliga a colgar el teléfono.

—Nunca he estado con una prostituta.

—Yo tampoco, pero no me refería a eso, sino a... —chasqueo la lengua en un gesto muy poco propio de mí—. ¡Vale, vale! ¡Olvídate de las mujeres! —gruño—. Cuando tus padres te presionen, te haces el loco para no verlos. Pon alguna excusa y listo.

—¿Qué clase de excusa?

—Que estás de viaje, no sé, o...

—Tienen acceso a mis cuentas. Como mucho podría subsistir dos semanas en un sitio que no fuese de primer nivel.

—Christian... hazte cliente de otro banco, viaja de incógnito, paga en efectivo y... coge el toro por los cuernos.

—¡No puedo!

—Entonces estarás así el resto de tu vida —concluyo con demasiada sinceridad—. Date cuenta que la clave está en no depender de su dinero. Hasta entonces, si no bailas a su son, ellos te joden. Es así la dinámica.

Me arrepiento de mis palabras, pero ya es tarde. Sus ojos se abren. Le pongo una mano en el antebrazo mientras noto cómo se me acelera el corazón.

—¿¡Qué!?

—Lo siento, yo... me he extralimitado.

Un silencio incómodo se aposenta entre nosotros. Aprovecho para beber y lamentar el incidente. Si estuviera sobrio, esa salida de tono jamás hubiese tenido lugar. No obstante, me encuentro en una situación límite. Pienso en las drogas que consumía antes y contengo el anhelo que me provocaban sus efectos. No puedo volver a caer en eso. Primero, porque no me lo perdonaría nunca y segundo, porque no tengo dinero con que sostener el hábito.

—¿Cómo crees que puedo joderlos?

Me quedo congelado al escuchar la pregunta. No termino de llevarme el vaso a los labios. Lo dejo sobre la barra con cuidado.

—Dándoles donde más les duele. —Mi tono es frío y duro.

—¿Te refieres a que los agrede físicamente?

No puedo evitar que una carcajada me salga atropelladamente de la boca.

—¡No! Me refiero a algo más retorcido. Una guerra de desgaste, que se cueza poco a poco.

—¿Puedes poner un ejemplo concreto?

Me quedo pensando durante unos segundos, pero mi elocuencia está de sobra entrenada, así que replico con rapidez:

—Conviértete en eso que tanto odian.

—¿En pobre?

Vuelvo a reír.

—Eso sería tirarte piedras contra tu propio tejado, ¿no crees?

—Cierto —dice, pensativo—. Pero... ¿no se me ocurre nada!

—Dijiste que eran conservadores, ¿cierto? —Christian asiente—. Pues diles que eres homosexual.

Inclina la espalda hacia la barra y me mira con una expresión de horror en el rostro.

—¿Que les diga qué?

—Diles que el amor de tu vida es un hombre. ¡Y que vas a casarte! —Improviso sobre la marcha—. Ya verás como harán lo imposible por romper la relación. Y luego, no volverán a meterse en tus asuntos, te lo garantizo. Preferirán que estés soltero para siempre a casado con otro hombre.

—¡Sí que es retorcido! —susurra—. Pero... hay un problema: así me retirarán el apoyo financiero.

—No si son fieles a su palabra —arquea una ceja con perspicacia—, ellos quieren verte en una relación estable, pero nunca especificaron que fuese heterosexual.

Christian parece dudar.

—No sé si lo veo... además, me atraen demasiado las mujeres.

—Te entiendo perfectamente, me pasa igual —le aseguro—. Solo tienes que fingirlo. Una semana, un mes a lo sumo. Tus padres serán incapaces de soportarlo más tiempo.

—No sé...

—Si no funciona, vuelves al redil arrepentido y que todo siga como siempre, pero, si sale bien... ¿qué es ese tiempo en tu vida a cambio de la libertad? Míralo como una inversión. Un poco arriesgada, sí, aunque...

Asiente, piensa, bebe. Joder, creo que está considerando mi planteamiento y eso me alucina, la verdad, porque es la idea más estúpida que ha parido mi cabeza desde la noche en que le di el visto bueno a la hija de Padilla.

—Borja, tengo otra pregunta... ¿de dónde saco a ese supuesto novio? No quiero a un homosexual cerca —declara, tajante—. No es que tenga nada en contra, pero... ya sabes, no creo

que estuviese a salvo si tengo que estar con otro hombre en actitud cariñosa...

—Contrata un actor *hetero*.

—¿Crees que los habría dispuestos a pasar por eso?

—¡Seguro! Siempre que el sueldo no sea un problema.

—Ya. —Toma aire—. Te agradezco la idea, pero no creo que funcione. Mi padre seguro que lo investiga y descubre la profesión de mi supuesto novio. Y entonces... —se lleva las manos a la cabeza.

Bebo con parsimonia mientras me paso los dedos por el pelo con estudiada cadencia. Parece que eso de aconsejar es un arte que llevo desarrollando toda la vida. ¡Por favor! El pobre Christian debe andar desesperado o demasiado borracho para no ver que me he convertido en un cantamañanas. Pero... ¿y lo bien que me lo estoy pasando?

Además, bebo gratis.

—Entonces tiene que ser un tipo cualquiera.

—Para nada. Yo no estaría con cualquiera. Debe ser atractivo, culto, refinado, tener clase...

—¿Buscamos candidatos? —Me doy la vuelta y compruebo que la rubia despampanante se ha ido. Una pena—. ¿Ves a alguno que te guste?

Christian niega con la cabeza. Y luego, bufa. Sorprendido, me giro hacia él.

—Esto es más difícil de lo que pensaba.

—No te des por vencido tan rápido.

Christian se lleva el vaso medio vacío a los labios. Mientras bebe, mis problemas me sobrevuelan. El alquiler. Todos mis gastos. Los caprichos a los que he de renunciar. Veo mi futuro con una claridad tan cristalina que me paraliza de terror: un trabajo de menor cualificación y sueldo que no me estimula lo suficiente. Una vida mediocre para un tipo que no lo es en absoluto. Comienzo a agobiarme.

—Borja...

—¿Qué?

Me pone una mano en el bíceps, y me lanza la pregunta del millón:

—¿Y a ti te interesaría el puesto?



Capítulo 3

Permanezco durante un segundo o dos en relativa calma. La sonrisa se mantiene congelada en mi boca mientras Christian estudia mi reacción a su absurda propuesta. ¿Por qué no digo nada? Necesito que uno de los dos se ría, mandarle a la mierda o, educadamente, rechazarle. ¡Cualquiera diría que no a eso, pero todavía tengo dignidad! Parpadeo un tanto incómodo y carraspeo antes de tomar aire para aclarar que era una broma, pero de pronto, me oigo decir:

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

—Mmmm no sé. ¿Cinco mil euros al mes?

—¿Limpios?

Hace un gesto extraño y me tiende la mano.

—¡Eres duro! Trato hecho.

En su rostro se instala una seriedad que me eriza la piel de la nuca. Parece que quiere cerrar uno de esos acuerdos en los que uno se juega el pellejo. Dejo a Christian con la mano colgando y echo la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada.

Esta también está ensayada ante el espejo.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡Te estaba tomando el pelo!

Vuelvo a reír, pero el rubio niega con la cabeza y pide otro Macallan. Bajo la mirada, el camarero trabaja rápido para hacer realidad los deseos de mi amigo. Vale, lo he pillado, mi numerito no le ha echo gracia.

Mierda.

—La prensa se volvería loca y a mi padre le daría un..., un... síncope —murmura antes de llevarse el whisky a los labios.

—¿La prensa?

—Muchas veces los periodistas me persiguen por la calle... ya sabes —suspira.

—Oh, sí, ya... —A mí una vez me persiguió una novia loca que dudaba de mi fidelidad. Y fue horroroso cuando me pilló con las manos en la masa—. ¿No puedes denunciarlos o algo para deshacerte de ellos?

Christian niega con la cabeza.

—Al final te acostumbras.

Quizá no tanto, a juzgar por la cantidad de alcohol con el que riega su estómago durante el escaso rato que llevamos aquí. Sin embargo, finjo que me creo lo que dice y pongo una mano sobre su espalda. Es un gesto de colegueo, nada homo. Noto cómo suspira hondo invocando a la desesperanza. La imagen de perfecto galán queda atrás porque lo que ahora veo acorta un poco las distancias entre nosotros.

—Debe ser jodido —mascullo.

Christian deja de mirar su vaso medio vacío para clavar sus profundos ojos azules en mí.

—Mi vida privada es tan... dispersa en cuanto a compañías, como diría mi madre, que eso se traduce en interés y este, en revistas vendidas —frunce el ceño—. ¿No te resultaba mi cara familiar antes de presentarme?

—Pues no. No leo esa bazofia —respondo, sin filtros

Se echa a reír y a continuación me debe retirar el castigo porque alza la mano y el camarero prepara otro whisky que me tiende a mí. ¿Se leen la mente? Porque hace rato que no le tiene que dirigir la palabra y siempre acierta. Alucinado, doy las gracias con un asentimiento de cabeza y retiro mis dedos de su espalda.

Llevaban ahí demasiado tiempo.

—¿A qué te dedicas?

Antes sabía contestar a esa pregunta a la perfección. Veamos si se me sigue dando igual de bien ahora que mi carrera está en suspenso:

—Manejo grandes cantidades de dinero que muevo de un sitio a otro para que crezca. A mí me gusta decir —sonríó un poco canalla—, que soy el guía que necesitan aquellos que persiguen el verdadero éxito financiero.

—Eso suena muy interesante. —Un pinchazo de orgullo me hace cosquillas en cuanto Christian suelta esas palabras—. Aunque... seguro que podría enseñarte un par de cosas —frunzo el ceño—. Antes dijiste que querías que saber más sobre mi trabajo. Comprar y vender acciones, ¿recuerdas?

—Ah, sí, sí, pero... ya me va bastante bien, así que... —Me separo de la barra, de mi amigo, de mi whisky a medio consumir y de esta noche—. Bueno, será mejor que me vaya.

Finjo que tengo todo bajo control.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Tienes prisa?

Mis pies se detienen en seco. Guardo mi móvil y paso de largo por mi cartera, que no va a tener el placer de conocer este local.

—Ha sido un placer, Christian. —Le tiendo la mano como un caballero.

Él tarda en aceptármela. Se la estrecho con confianza, con una seguridad que se desplomará en cuanto vuelva al jodido mundo real.

—Entonces... —se aclara la voz—, mi... propuesta, ¿no sigue en pie?

Joder. Este tío está realmente desesperado. Niego con la cabeza y me rasco la frente.

—Es una locura que no podría en absoluto funcionar —replico con voz plana.

—Era una idea brillante, modestia aparte —dice entre dientes—. Dame tu número...

—¿Por qué?

—Porque me has caído bien. Me gustaría volver a invitarte a algo si surge la ocasión.

Me siento un poco culpable por no poder pagar la cuenta. Me gusta invitar, es síntoma de buena salud financiera, de generosidad y de éxito. Ahora que carezco de todas esas cosas, al

menos me queda la buena educación. Dudo que volvamos a vernos, pero dejo que Christian se ilusione con esa posibilidad. Hacer de psicólogo a cambio de Macallan no es un mal trato. Y si me lo trabajo lo suficiente, tal vez mi nuevo amigo podría enchufarme en alguna de las empresas de sus papás. Por eso le doy mi número y luego me largo con prisas.

Algo me persigue, sí, y es la falta de liquidez. El portero se cree que soy un borracho más y no es cierto: solo estoy acabado. Un hombre que representa todo a lo que aspiro me ha propuesto urdir un noviazgo falso, de cara a la galería, a cambio de dinero. Si eso no es tocar fondo, dime tú qué es. Jamás he besado a alguien de mi mismo sexo y no sé si sería capaz de hacerlo, ni siquiera si me mueve un pacto, la necesidad de dinero y la desesperación.

En cambio, llego a mi casa feliz por el modo en que ha evolucionado la noche. He conocido a un tipo interesante, me he emborrachado y he logrado mantener mi agujero financiero igual de profundo. No obstante, cuando intento conciliar el sueño todo me da vueltas, incluidas mis preocupaciones. ¿Cómo voy a pagar el alquiler? Adoro este piso, esta zona de la ciudad. Mi estilo de vida ahora está en inminente peligro. ¿Por qué tuve que meterme entre las piernas de la hija de Padilla? Soy un pobre con gustos de rico. Un tipo inconformista que no puede tolerar la ordinariez y que además posee un imán que repele el dinero. Me lleva pasando toda la vida, desde que era un crío y mi madre me daba la paga. Convertido en adulto mido la vida en lujos. Grandes y pequeños, en la variedad está el gusto, pero si pierdo la capacidad de engrasar la máquina que sostiene eso, no tengo nada.

Me llevo la almohada a la cara. Ahogo varios gritos. Eso me sienta bien. Consigo apaciguarme. Luego, dormito. Lo hago durante todo el domingo. No subo las persianas, atravieso la resaca viendo la tele y sin apenas levantarme de la cama. Mi móvil suena. Leo un mensaje de Paola. Me pregunta cómo estoy y yo prefiero no responder con la verdad: ando en la mierda más absoluta. Es la única que se preocupa por mí, o eso creo hasta que me llegan WhatsApp de mi hermano y de mi cuñada.

Hablo un rato con él. Paso de ella.

El lunes hace su aparición. Al menos, no tengo que ir a currar. Me arrastro hasta la ducha. Apesto como un cerdo y eso no me había sucedido antes. ¿Me estaré abandonando? Necesito café para parar un regimiento.

Y una pizca de suerte.

Mientras me enjabono el pelo, suena el móvil. Chasqueo la lengua con fastidio, pero decidido a atender la llamada por si se tratara de una oportunidad de trabajo. No conozco el número y el corazón se me acelera.

Cierro el grifo y me aclaro la voz antes de descolgar:

—Buenos días, soy Borja Folcaquier, ¿con quién hablo?

—¡Borja! —Un tipo al que tardo en reconocer me chista con cierto desespero en la voz—. ¡Ven aquí a rescatarme!

—¿Christian? —frunzo el ceño.

—Te mando la ubicación. ¡Acude lo antes posible, por favor!

Cuelga. Me quedo mirando el teléfono durante diez segundos. Trato de asimilar lo que acaba de suceder en esta breve conversación. Me pregunto qué será eso tan grave que le pasa, por qué recurre a mí y si realmente me necesita. ¿Por qué no llama a algún amigo? ¿O a su chófer? ¡Seguro que tiene chófer y se llama Ambrosio!

Soy consciente de mi desnudez, de la capa de jabón que me cubre el cuerpo y la cabeza. La pantalla se enciende con la prometida ubicación. Hago equilibrios para dejar el móvil en el lavabo y abro el grifo otra vez. Me quito el jabón mientras pienso en qué debería hacer. Cuando

salgo de la ducha sigo sin tenerlas todas conmigo, pero dado que la alternativa es sentarme delante del ordenador a buscar una solución a mis problemas, me tomo un café doble, me arreglo y voy.

Cuando llego al lugar, casi una hora después, ahogo un jadeo al descubrir que, efectivamente, hay una nube de periodistas apostados en la acera. Algunos hablan entre ellos, otros teclean furiosos en el móvil o se graban con él. Los transeúntes aminoran la marcha y se preguntan qué hacen allí y a qué esperan.

Escribo un mensaje a Christian avisándole de que ya he llegado. Aprovecho también para guardar su contacto. No pasa mucho tiempo hasta que recibo una respuesta:

Pasa, pero que no te sigan. Mandaré que te abran.

Trago saliva y dudo de si lo más sensato es dar media vuelta y salir corriendo en dirección contraria. No me apetece atravesar esa marea humana que va a zarandearme dispuesta a todo con tal de arrancarme respuestas que desconozco. Y una vez dentro, ¿qué? No se me ha perdido nada, no es mi problema, pero, ya que estoy aquí voy a llegar hasta el final. Así que hago de tripas corazón y me acerco a los comunicadores que, como aves de rapiña, me huelen desde la distancia. Quizá porque mis pasos son determinantes e inequívocos. En cuanto se percatan de que mi intención es entrar al solemne edificio, me acercan móviles y micrófonos a la cara:

—Disculpa, ¿eres vecino?

—¿Vives aquí?

—¿Conoces a Christian Betancourt?

—¿Eres amigo suyo?

Ignoro a todos, procuro no hacer contacto visual con ninguno y eso que hay un par que están bastante buenas. Intento que no me toquen y me pego a la pesada puerta. Empujo con el hombro, pero de nada sirve. Poco después, se abre con un chasquido. Alzo la vista y veo una cámara de seguridad. Sonrío nervioso y me afano por impedir que alguien entre conmigo. En realidad no pueden acceder a una propiedad privada sin invitación, pero no tengo tan claro que vayan a respetar la ley.

Al final, consigo entrar solo y sin perder los nervios.

Una vez cumplida mi primera misión, suspiro. Las voces de los periodistas suenan un tanto decepcionadas desde aquí por no haber obtenido ninguna información del recién llegado. Me interno en el portal. Mi paz dura escasos segundos, ya que escucho pasos bajar las escaleras.

Un Christian impecablemente vestido aparece ante mí.

—¿Por qué has tardado tanto?

Seguro que se tragaría sus reproches si supiera que no tengo coche, ni dinero para un taxi y que me he recorrido media ciudad andando. Obviamente, el uso del transporte público es algo que ni se me pasa por la cabeza. No he aparecido sudado, así que que se dé con un canto en los dientes, que todavía huelo a Armani Code.

Además, la percha no se luce sin invertir tiempo ante el espejo. No podía presentarme ante *mister Ricachón* vestido en vaqueros.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

Mi pregunta hace que se retire. Me pide mediante gestos que suba las escaleras y eso hago, tras él. Durante el trayecto no intercambiamos palabra. Accedemos a un rellano y, al acercar una llave magnética a un dispositivo, una puerta se abre. Da directamente al paraíso. Al entrar en el recibidor percibo el lujo, la elegancia, el refinamiento. Las paredes, decoradas con obras de arte

impresionantes, están discretamente iluminadas por una luz que resalta su belleza. Un enorme jarrón de cristal, lleno de flores frescas, adorna una mesa de caoba en el centro del vestíbulo. El suelo de mármol blanco refleja mi estampa como si fuese un jodido espejo.

Y Christian camina por ahí como si nada.

—Pasa, estás en tu casa.

—¿En mi casa? ¡Una leche! —musito, con cuidado de que no me oiga.

Mis pasos no se atreven a sonar en este espacio diseñado para el exclusivo goce de los sentidos. Es evidente que cada detalle ha sido seleccionado para transmitir sofisticación y buen gusto. Felicito al decorador para mis adentros.

—Mi madre ha orquestado todo eso de ahí fuera como medida de presión para que vuelva con Patri.

—¿En serio?

—No tengo pruebas fehacientes, pero... sí. No sería la primera vez que lo hace.

—¿Vives aquí? —sigo secuestrado por el lujo que respiro en cada bocanada.

—Es una de mis propiedades. Vamos, no te quedes ahí.

Soy incapaz de cerrar la boca. ¡Una de sus propiedades! Lo odio. Odio mucho a Christian Betancourt en estos momentos.

—¿Quieres alguna cosa? ¿Un café? —sonríe lobuno antes de sugerir—: ¿Un whisky?

—Un café estaría bien.

—Conchi, por favor...

Una mujer de unos cincuenta años aparece de la nada, tan sigilosa como un fantasma y vestida toda de negro.

—Enseguida —susurra, y se retira por donde ha venido.

No tarda ni dos minutos en servírmelo en una taza de porcelana que a todas luces proviene de China, pero no de la China industrial, se entiende. Me ofrece una bandeja con cinco o seis tipos de azúcares y edulcorantes, además de cacao en polvo, canela, cucharas que brillan mucho más que mi futuro y no sé qué más. Conchi es lo más parecido a un Starbucks casero que he visto nunca. Me flipa, aunque también me desilusiona que no esté buena. Si yo fuese Christian habría elegido a una más joven que, aparte de servirme bebidas, aliviara mi estrés de vez en cuando.

Y cambiaría cada tres o cuatro meses de Conchi para ir probando distintas procedencias y sabores. ¡Qué fantasía!

—Gracias por venir —el rubio se me acerca con los brazos cruzados—, aunque hayas tardado media vida.

—¿Por qué me has llamado a mí? —pregunto tras dar un sorbo a mi café. Espectacular, por cierto.

—Porque no sabía a quién recurrir.

—Antes has dicho que sospechas de tu madre...

—Sí.

Me aparto un poco para no mirarlo a los ojos antes de murmurar:

—¿Cómo sabe que ya no estás con tu ex? ¿Se lo has dicho tú?

Christian niega con la cabeza.

—Ha sido Patri. El último golpe siempre es el que más duele. —Encierra las manos en dos puños.

—¿Por qué te dejó?

—Por un... asuntillo de faldas sin importancia —bisbisea.

Yo suspiro, pero no juzgo. En eso somos parecidos.

—No creo que mi madre fuese capaz de hacerme eso —comento, en cambio.

—Ya te lo dije, Borja —pego un respingo al notar su mano en mi hombro—, por mucha opulencia que veas, mi vida no ha sido fácil.

—Eres un hombre adulto e independiente y no pueden controlarte de este modo —expongo con la calma que me otorga ver la situación desde fuera

—¿Y qué hago? —sonríe con tristeza—. ¿Llamar a la policía?

—¡Sí!

—Esos de ahí están haciendo su trabajo en un espacio público, no van a hacer nada.

—Me refería a tu madre.

—No puedo acusarla de nada sin pruebas.

—Contrata a un detective.

Me clava la mirada con dureza antes de susurrar:

—No sé si quiero tener ese tipo de certezas con respecto a mi madre. Además, ¿de qué serviría? Tampoco habría cometido ningún delito.

Se produce un breve silencio en el que aprovecho para acercarme a la ventana, librarme del contacto físico del ricachón y echar un vistazo afuera. Ahora hay menos periodistas apostados, pero la mayoría no se rinde. Me pregunto si este edificio tiene garaje o si sería viable meter a Christian en una maleta con ruedas para despistar a esas aves de rapiña.

—Estoy dispuesto a mejorar mi oferta —expone con una calma helada—. Te daré diez mil euros al mes. Limpios.

Trago saliva. Quizá se me haya ido el color de la cara, es imposible saberlo sin mirarme a un espejo. Me bebo el café que quedaba en la taza como si fuese un chupito de tequila y se me olvidan los buenos modales porque me paso el dorso de la mano por los labios.

—¿Te has vuelto loco?

—No.

Se me hace la boca agua mientras finjo que no me estoy poniendo nervioso. Dejo la taza sobre una repisa y lo miro a los ojos. No tiene pinta de que me tome el pelo.

Joder, diez mil. Limpios.

—Eso son más de cien mil euros si me quedara contigo durante un año.

—Ciento veinte mil para ser exactos —indica con una sonrisa ladeada—. Aunque no creo que aguantemos tanto.

Es mucho, mucho dinero. Más del que hubiese visto en dos años si aún conservara mi antiguo trabajo y, encima, los hubiese sudado brutos.

—No me lo vas a poner fácil, ¿a que no? —le pregunto con tirantez en la voz.

—No. Quiero que me digas que sí.

Agradezco mi cara de póker. Y que Christian no pueda leer mis pensamientos.

Nos miramos a los ojos desde la distancia. Retiro la mirada y vuelvo a repasar mis opciones. Los pros y los contras. No me cuestiono por qué el destino ha puesto esta oportunidad a mi alcance, solo si debo tomarla o rechazarla. Muchas cosas cambiarían. Adiós a ligar con mujeres. Al menos, públicamente. Y tendré que besarlo, eso seguro. Besar a un tío, aunque sea tan atractivo como Christian, no entraba en mis planes. Un ejército de abogados blindará el contrato que firmemos. Y lo tendré que aceptar porque nadie da duros a pesetas.

Es un dicho muy antiguo para el que no hay traducción a euros, pero ya me entiendes.

Mis dotes de actor se pondrían a prueba. ¿Daré la talla? Me veré obligado a engañar a todos y eso incluye a mis propios padres, a mi hermano y a mi cuñada. Si quiero que esto salga bien, cuanta menos gente sepa que es una farsa, mejor. Me pregunto qué pensarán los que me conocen.

Mis antiguos jefes y compañeros. Mis ex novias. Pero, ¿y todo lo que obtendré a cambio? Me veo en Bali. En Los Ángeles. Una casa con vistas al lago Como. Zapatos italianos en mis pies. Masajes diarios. Una Conchi en exclusiva para mí.

—Quiero unas cuantas clases...

—¿Clases? —frunce el ceño, confundido por el giro en la negociación.

—Sí, clases sobre cómo invertir en bolsa ese dinero que me vas a pagar.

Christian expande la sonrisa que ahora le ilumina la boca. Dudo mucho que me sirvan de algo las lecciones del ricachón, pero por algún sitio he de empezar. Si dejo el dinero quieto no va a durarme mucho.

En cambio, si lo invierto, podría multiplicarlo.

—Eres exigente. ¡Cómo me gusta!

—No te emociones, te recuerdo que soy *hetero* —digo en tono jocoso, para rebajar un poco la tensión.

Y para que no se confunda. Funciona, porque suelta una carcajada que suena muy masculina y me contagia. Se acerca a mí con la mano tendida. Se la estrecho al tiempo que un escalofrío me recorre la espalda. Aprieta tan fuerte que me hace daño. Sellamos el pacto como dos hombres, sin cosas raras, y eso me tranquiliza.

Pero sé que acabo de vender mi alma al diablo. O mejor dicho, mi culo.

—Algo me dice que nos va a ir muy bien.

—Eso espero.

Christian me palmea brevemente el brazo, reúne sus manos tras su espalda y comienza a caminar de un lado al otro de la estancia.

—Bueno, este será un acuerdo informal por razones obvias.

—Claro —digo, un poco confundido. ¿No tendré que verles las caras a un montón de abogados?

—Necesitaré tu número de cuenta. Entiendo que querrás un pequeño adelanto ahora.

—Claro...

—Ve a comprarte ropa. Recuerda que para ser mi novio debes cumplir ciertos requisitos y uno de ellos, el más importante, es que la apariencia es clave. Preséntate siempre impecable. Sigue yendo al gimnasio, comiendo sano, cuidándote...

—Entendido.

—Tendrás que estar completamente disponible cada vez que te necesite —levanta la mano—. Cualquier día, a cualquier hora. Comidas, eventos, viajes... algunos podrían durar semanas. Deberías dejar tu trabajo, aunque...

—Por supuesto. Sin problema.

—Vaya, ¡sí que estás comprometido con mi causa! —señala sin sospechar demasiado. Creo que este tío no ha currado en su vida—. En fin, sigamos: nada de quedar con antiguos o nuevos ligues en sitios públicos. Si necesitas desahogo, estaré encantado de proporcionarte compañía femenina. Pagaré a profesionales discretas. Hago esta excepción porque yo también me veré obligado a recurrir a ellas, tiempo al tiempo. Por lo demás, nos guardaremos fidelidad en todo momento.

—Yo nunca he...

—Olvidaba mencionar que cada vez que nos encontremos en un lugar concurrido o en una reunión familiar, vas a mostrarte muy cariñoso conmigo. Debes beber los vientos por mí, quiero que te muestres locamente enamorado. Abrazos, besos... sí, lo sé, son cosas que nos van a incomodar, pero...

—Luego pulimos los detalles —sugiero, para cambiar de tema.

—Perfecto, salgamos de aquí —la sonrisa le baila en la cara de manera fugaz—, vamos a presentarle al mundo a mi nuevo chico.



Capítulo 4

—Wilfred, ¿podrías pasar a recogerme? Sí, estoy en la casa del centro... vale, de acuerdo, muchas gracias. —Cuelga y frunce los labios—. Wilfred es mi chofer personal.

Se llama Wilfred y no Ambrosio. Mi cara de decepción dura exactamente tres milisegundos, luego pongo la neutral, la estudiada, y fuerzo una sonrisa. A pesar de todo, ese nombre sigue sonando exótico.

—¿Tú no conduces? —Christian se ríe ante mi pregunta, pero no contesta.

—Tarda cinco minutos, ¿estás listo? —Me miro de arriba abajo y asiento—. Dame un momento.

Se retira a saber dónde. Me pregunto por el paradero de Conchi. Busco un espejo aunque no me alejo demasiado de la habitación. No solo temo perderme, sino que me descubran oliendo el lujo de cerca como un perverso.

—Salimos ya —anuncia Christian. Acudo a su encuentro guiado por el sonido de su voz y del tintineo de las llaves que acaban en el fondo de su bolsillo—. Adiós, Conchi.

Me alucina que se acuerde de despedirse del servicio. ¿Eso lo hacen los ricos? Debería tomar nota, aunque prefiero marcar las barreras sociales al máximo para que se note quién paga a quién. Bajamos las escaleras como si el ascensor no existiera. Solo es una planta, pero, de nuevo, pensé que la comodidad y la opulencia siempre iban de la mano. En el portal se escuchan las voces de los periodistas.

Aquí empieza la prueba de fuego.

—Vale, Borja, escucha atentamente —Christian me para al colocar la palma de su mano en mi pecho—, quiero que salgamos de aquí cogidos de la mano.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

Se me encogen los testículos.

—De acuerdo. Tú mandas.

—Luego quiero que me detengas en medio de la acera, que me toques el culo y me des un beso de tornillo.

—¿¡Cómo!? —alucino por la frialdad con que ha dicho todo eso.

—Esos de ahí y mi madre quieren espectáculo, ¿no? Pues se lo vamos a dar —asegura entre dientes.

—Pero, ¿no es muy exagerado?

—Sí, pero necesitamos una primera plana. Solo así lo conseguiremos.

Deja de tocarme, da un paso al frente, pero yo me quedo en mi sitio.

—¿Por qué no me tocas el culo tú a mí?

—Porque es mi plan.

—Deberíamos ensayar antes, ¿no? —Es una pésima idea, lo sé.

—Cuanto más espontáneo salga, mejor. —Christian regresa a buscarme. Los latidos del corazón me retumban en los oídos—. ¿Preparado?

—No.

—Yo tampoco, pero recuerda: estás muy enamorado de mí. Actúa como si yo fuera la persona más importante del mundo —sonríe—. Todo va a salir bien, ya verás.

Me coge de la mano. Es cálida, fuerte, grande y envuelve completamente la mía. La última vez que un hombre me llevó así mi padre aún conservaba su pelo original y mi hermano todavía no se lo había dejado largo. Aguanto el impulso de rechazo que me genera estar así con el rubio. Luchar contra la heterosexualidad no es fácil. Christian agarra el picaporte y el rumor de los periodistas se apaga para explotar en cuanto nos ven. Sus preguntas nos bombardean, los flashes de las cámaras me ciegan. Es como acceder a una realidad paralela y eso ayuda un poco a meterle mano a mi nuevo jefe. Supongo. Apoyo mi palma en su nalga izquierda por encima de la chaqueta. Aprieto. Algunos avisados se dan cuenta y empiezan a jadear sorprendidos. Hacen fotos, yo sigo a lo mío. Afortunadamente hay mucha tela de por medio, pero incluso así soy capaz de apreciar la tersura y la dureza de su músculo. ¡Cómo se nota que este tío se cuida! Compruebo de este modo tan empírico como innecesario que prefiero el culo de las mujeres.

«Ahora viene lo más jodido». Pienso. Cuento hasta tres, detengo a Christian, que ya me mira, y le planto un pico en los labios. Sé que no es suficiente, pero me veo incapaz de abrir la boca y dejar que su lengua atravesase la frontera. Parece que el rubio se da cuenta y se encarga de esa tarea por mí. Cierro los ojos, recibo el beso mientras intento no poner cara de asco. Me gira la cara y profundiza. En realidad, si extrapolamos el contexto el beso no está tan mal. Lograría imaginar que se trate de una tía buena de no ser por la barba pinchando. Eso me da mucho asco.

Soy heterosexual, no hay dudas. Cien por cien, o quizá dos cientos por cien.

Lo hago por el dinero. Lo hago por los diez mil euros limpios. Ese tipo de frases son las que no ceso de repetir en mi cabeza para distraerla. Tendría que haberme metido al cuerpo varias rondas de Macallan antes de salir para templarme. Así, sobrio, es casi imposible que no me den ganas de apartarlo y darle un puñetazo como haría el Borja normal, el que de verdad hay debajo.

Algunos periodistas gritan ante el espectáculo. Otros, nos cosen a preguntas. Las cámaras se y los móviles se vuelven locos. Dejamos de morrearnos en cuanto Christian se aparta. El corazón me late tan rápido que temo caer muerto ahí mismo. Tengo la adrenalina disparada y la dignidad perdida. De repente me doy cuenta de que hay mucha más gente alrededor de la que nos rodeaba antes del beso. Decenas de teléfonos apuntan hacia nosotros. Curiosos y transeúntes varios nos miran con diversas caras. Asombro, rechazo, aprobación, incomodidad, orgullo. Como para hacer un estudio sociológico, vaya.

Mi presunto novio tira de mí y me arrastra hasta un coche negro que se encuentra estacionado en la calzada. Wilfred, supongo, aguanta la puerta trasera con una rectitud de espalda que encuentro demasiado pomposa. Christian permite que me meta primero, así que deduzco que soy

la mujer de la relación. Luego retiro ese pensamiento tan cavernícola. No soy capaz de discurrir con claridad. Afuera Christian responde a algunas preguntas con una serenidad que me fascina. Desde mi posición solo le veo el culo. No aparto la mirada. Aún tengo que fingir que me encanta follármelo, así que me relamo como un gilipollas por si alguna cámara capta el gesto. Luego Christian se despide de los periodistas con cordialidad y se mete en el coche haciendo gala de una elegancia digna de la realeza.

—Vámonos, Wilfred —le pide al chófer en cuanto cierra la puerta.

—¿Adónde, señor?

Christian se gira hacia mí.

—¿Dónde vives?

Digo mi dirección en voz alta. El chófer asiente y acelera. Christian y yo permanecemos callados hasta que nos detenemos en un semáforo. Entonces observo por el rabillo del ojo cómo su pecho se hincha antes de hablar:

—No ha estado mal para ser la primera vez, pero en la próxima debes mostrarte un poco más... desenvuelto, ¿de acuerdo?

—¿¡Desenvuelto!? —Subo las manos y las dejo caer con fuerza sobre mis muslos—. Yo creo que bastante bien ha ido la cosa para el nivel que se exigía.

—Es mejorable —insiste mi jefe—. Espero que consigamos engañar a todos con esas fotos.

Pronto mi cara estará acaparando varias portadas de revistas en menos de una semana. Adiós a ligar. Bueno, eso ya había dejado de seducirme a raíz del asunto de Padilla, Sin embargo, como ahora está prohibido de repente me han entrado muchas ganas de tirarme a una tía.

Imposible. Descartado. Creo que mi mano derecha va a ser mi nueva mejor amiga.

—¿No deberíamos discutir esto en otro... momento? —señalo al chófer.

—Wilfred es el único empleado que me guarda lealtad. Es incorruptible. Podemos hablar tranquilos delante de él.

Asiento con la cabeza y estiro el cuello para intentar verle la cara al tal Wilfred, pero me resulta imposible.

—¿Prefieres que adquiera un rol más de... loca, o de gay normal? —Es una pregunta seria la que hago.

—Nada de ser una loca, bastante locura es esto ya.

—Entiendo.

—Quiero que seas la persona que más ha bebido los vientos por mí. Da igual hombre o mujer. Quiero que te mueras por mis huesos.

«¡Hay que ver qué caprichoso es este tío!». Pienso.

En cambio, digo:

—Tenemos que pensar en una historia convincente: dónde nos conocimos, cómo nos enamoramos...

—En Mónaco, hace unos meses. Tú estabas solo, yo con Patri, pero me di cuenta de que tu innegable atractivo traspasaba fronteras en muchos sentidos y por eso terminé dejándola —cita de corrido, como si ya se lo hubiese aprendido de memoria.

Por eso y por su sangre fría Christian me deja con la boca abierta.

—¿Nuestro primer beso?

—En Barcelona.

—¿Vivimos juntos?

—Pronto.

—¿Se crearán lo nuestro?

De repente noto que las inseguridades de Christian están ahí, bien ocultas, camufladas entre planes retorcidos y rabia acumulada.

—Más vale que así sea.

—¿Mis padres están de acuerdo con nuestra relación?

—No sé, ¿lo están?

—¡Lo dudo! —digo, muy exacerbado—. Bueno, quizá mi madre nos aceptara con el tiempo... a mi padre le costaría más.

—Excelente. Tal vez tengamos que comprobarlo.

—¡Oye, antes no mencionaste nada de involucrar a mi familia!

El rubio se encoge de hombros.

—Debí olvidarme.

Rechino los dientes. Me paso enfurruñado el resto del camino. Ni siquiera el hecho de que los asientos sean de cuero y climatizados me levanta el ánimo. Cruzo mis brazos a la altura del regazo y noto cómo el dolor de cabeza se apodera de mí. Pienso en el dinero, en el cochino y cruel dinero que me esclaviza y me convierte en una marioneta de Christian Betancourt.

—Hemos llegado, señor —la voz grave y envolvente de Wilfred me devuelve al aquí y al ahora.

—Te llamaré pronto —dice el ricachón—. Mándame tu número de cuenta para ingresarte el adelanto.

—Con mucho gusto —digo, un poco malhumorado, mientras me quito el cinturón.

—Adiós, amor —se despide con una sonrisa lobuna.

Salgo del coche presa de varios escalofríos. Me rasco el codo como si estuviera desorientado. Miro a la gente que pasa junto a mí. Me cuesta un par de segundos desprenderme de la pegajosa sensación de que me están juzgando. Aún no soy famoso, pero lo seré. Mi vida está a punto de convertirse en una farsa. Mi carnet de *fucker*, a punto de ser modificado con mi cambio de acera.

Cuando Wilfred y Christian se alejan solo puedo preguntarme: «¿qué coño he hecho?».



Capítulo 5

Tres días después compruebo con asombro que se han depositado dos mil euros en mi cuenta. Salivo como un perro, salto de la cama y hago un bailecito absurdo en calzoncillos que por suerte nadie ve. Dos de los grandes a cambio de un beso me parece buen trato. Borja Folcaquier i Margall nunca se ha vendido barato y eso no va a cambiar con independencia de cuan desesperada sea mi situación.

Mi mente se embala pensando en todo lo que puedo adquirir con ese importe, pero mi parte racional, esa que asoma muy de vez en cuando, se impone. La diversión acaba en cuanto decido que el dinero servirá para pagar el alquiler de este mes y algunas facturas. No da para más. Lo siento por mi nuevo jefe, pero tiraré de fondo de armario para acudir a las citas que me programe en los días venideros.

Llega el viernes. Voy al gimnasio, esquivo algunas llamadas, salgo poco de casa. Procuro pasar desapercibido por si alguien me reconoce como el nuevo novio de Christian Betancourt. Joder, cuando eso suceda... prefiero no pensar en eso ahora. Me enfoco en disfrutar de no hacer nada, de no tener que madrugar, ni ir a trabajar. Me tomo estos días como un finde largo, como unas vacaciones pagadas. Cada día que paso alejado del rubio es un día que me libro de besarle, de meterle mano y de mirarle como si fuese lo mejor que me ha sucedido en la vida.

Aunque, en realidad, sí es lo mejor que me ha sucedido en la vida.

Espanto ese horrible pensamiento y comienzo a prepararme un batido de proteínas. Entonces, un mensaje me distrae. Es Christian. Wilfred pasará a buscarme a las ocho de la tarde para llevarme a un cóctel. El código de vestimenta es formal.

Va a ser una prueba de fuego. No son mis palabras, sino las del rubio.

Se me quitan las ganas de beberme la mezcla, pero aún así trituro todo y lo paso por mi garganta. Cuento las horas que me quedan de libertad. Sigo con mi plan de salir a correr, ducharme y repantingarme en el sofá. Luego me visto. Me peino. Me perfumo. El tipo que me devuelve la mirada ante el espejo sigue siendo el mismo. Sin embargo, ya no le reconozco. Ya no es el *fucker* que sale de casa convencido de que se follará a la que quiera.

Ahora es otra cosa: una cara marioneta, un juguete, un chico de alquiler.

Bajo a la calle y, para mi sorpresa, no veo a Wilfred. Es el rubio quien me espera con el trasero apoyado en la puerta de su coche. Su mirada fija en mí me hace subir la guardia. Ha venido en un carro diferente al del otro día y las luces de emergencia parpadean en un lugar donde está prohibido aparcar. Pero él es rico, así que las normas le resbalan. Eso lo sé yo, lo sabes tú y lo saben los de tráfico.

Es la primera vez que alguien me pasa a buscar. Alguien con quien esté saliendo, me refiero. ¿Esto mismo siente una tía? Joder, cuando acabe la pantomima voy a tener que ponerlo en práctica, aunque solo en el caso de que me quiera ligar seriamente a la chica en cuestión. ¡Qué clase irradia Betancourt! Y ¡qué traje lleva! Si fuese una mujer o un hombre gay ya habría caído rendido a sus pies. Solo pensaría en tirármelo.

Y en su cartera.

Me acerco tras alzar la mano y saludarlo sin mucho formalismo. Él me pasa el brazo por la espalda y me dice al oído:

—Se ha armado un follón en casa...

—¿En serio?

—Ya verás —sonríe lobuno tras depositar un beso en mi mejilla.

Yo lo abrazo, pero no puedo evitar acompañar el gesto por unas palmaditas en la espalda. Rectifico y lo estrecho contra mí. Dios, ¿cuánto tiempo tardaré en acostumbrarme a esto? Se separa de mí para meterse en el coche. Doy la vuelta, abro la otra puerta y me siento a su lado. Mientras nos abrochamos los cinturones, me fijo en la insignia. Es un Bentley, probablemente importado aunque con el volante a la izquierda.

—Vamos a ir a casa de mis padres. Dan una fiesta en honor a unos amigos suyos, los cónsules de Tailandia. Acaban de venir de pasar una temporada en su país.

—Oh... —Siento escalofríos al pensar en ese exótico destino. Y en lo que hicieron Tere y Ainara conmigo en el aeropuerto antes de embarcar rumbo a su capital.

—Todo el mundo estará ahí. Mis primos, mi hermana y la generación más progresista no tendrán problema con nuestro noviazgo, pero... prepárate para las miraditas, los comentarios, las preguntas insidiosas y alguna que otra sorpresa más.

Bato la mano en el aire y me inclino para mirarme al espejo.

—Todo controlado.

—Habrá paparazzi en la entrada, así que te daré la mano un poco antes de llegar. —Me la tiende y yo paso mis dedos por su palma en una ruda caricia—. Se trata de cóctel junto a la piscina, estaremos de pie todo el tiempo, así que tenemos que pasearnos, hablar con la gente, mostrarnos sonrientes, felizmente enamorados y tocarnos de vez en cuando. Ah, y a mi señal, me darás un beso rápido.

—¿Cuál es la señal? —El tono me sale un poco más borde de lo que pretendía.

—Te miraré los labios.

—¿Por qué no llevas la iniciativa de vez en cuando?

—Porque en la realidad casi nunca lo hago —se encoge de hombros—, sería poco creíble si cambio mi conducta de manera repentina, ¿no crees?

—En absoluto.

—Explícate —gira la cabeza para mirarme.

—Esto solo va a funcionar si ambos nos mostramos... enamorados. No solo yo, tú también. Y lo que no funcionaba con Patri, ni con ninguna otra, ahora funciona conmigo.

Christian se queda callado. Asiente y alza las cejas antes de sentenciar:

—Sabía que no me equivocaba al elegirte.

—Gracias —murmuro.

—Tienes algo aquí al parecer —palpa mi cabeza.

—¡Cuidado, mi pelo!

Se ríe y no se disculpa.

—Reconozco que al principio estaba un poco reticente. Era una locura y lo sigue siendo, sin embargo... la manera en que han reaccionado mis padres... ¡oh, ni todo el oro del mundo podría comprar la felicidad que sentí al verlos tan decepcionados! Cuando me reprocharon este... cambio, les hablé con tus palabras: se trata de una relación estable, solo que con un hombre. ¡Y les callé la boca! Ahora, debemos convencerlos de que vamos en serio. Quiero que sufran un poco más. Quiero que experimenten en sus carnes lo que se siente al poner a alguien al límite.

—Oye, Christian, tranquilo, tampoco es cuestión de...

—Hace varios días que apenas me preguntan sobre lo que hago, con quién voy y qué haré. ¿Sabes lo que eso significa? Creo que no.

Consigo frenar mi lengua antes de sugerirle que quizá lo persiga un detective privado. Si sus padres son la mitad de controladores de lo que dice que son, no me extrañaría. Pero si él no ha contemplado esa posibilidad, no soy nadie para abrirle los ojos. Bastante tiene encima.

Pobre niño rico.

Callamos durante los siguientes minutos. Parece relajado, concentrado en la carretera. No sé si es solo una pose que quiere transmitir, todavía no lo conozco demasiado. Yo siento como si estuviera a punto de hacer un examen para el que no he estudiado. Me conformo con dar el pego y restregarme contra mi jefe lo menos posible. Pienso en la fiesta, en el alcohol, en los vestidos de las asistentes y en que voy a imaginarlas sin ellos puestos mientras finjo estar enamorado de un tío.

Christian me coge de la mano. Combato el reflejo de apartarla justo a tiempo. Varios fogonazos nos ciegan. Atravesamos una verja elegante y muy vigilada. Las voces de los periodistas se apagan en cuanto nos adentramos en la propiedad.

—¡Misión cumplida! —asegura con una sonrisa que ya conozco bien—. Esas fotos estarán pronto circulando por todo internet. ¿Has visto las del otro día?

—No. —La voz me sale un poco estrangulada—. ¿Aquí viven tus padres?

—Es una de sus propiedades —replica, tras liberarme de su agarre.

Observo con asombro la majestuosidad de los alrededores. Varias fuentes de luz cálida iluminan los setos que delimitan el horizonte. Están mejor nivelados que mi flequillo. Las estatuas de mármol emergen a ambos lados como guardianes silenciosos de este oasis de opulencia. El Bentley se desliza sin esfuerzo y revela a medida que avanzamos una mansión imponente. Bajamos del coche. No puedo dejar de mirar. Los vehículos aparcados al lado no tienen nada que envidiar al de mi falso novio. El suave murmullo del agua en movimiento me envuelve. El rumor de las voces de la fiesta se apaga gracias a un violín que regala una cascada de notas lánguidas y distinguidas. Incluso el aire huele bien. A esas flores dulzonas que, si te quedas cerca durante más de cinco minutos, te dan dolor de cabeza.

—Qué sitio tan, tan... tan más... impresionante —consigo murmurar.

A este lugar los problemas del mundo no llegan. El tiempo se detiene y las preocupaciones se desvanecen. Aquí podría desarrollar la vida que siempre he soñado, la que merezco.

—Ven, voy a presentarte a mi familia —dice Christian mientras me tiende la mano.

Se la doy y así avanzamos hasta el área de la piscina, iluminada por una serie de elegantes lámparas que me recuerdan a farolas de otra época. El agua tranquila refleja los destellos. Las palmeras se alzan a ambos lados mecidas por la brisa nocturna. Camareros vestidos con

elegancia y posturas tiesas circulan entre los invitados. Ofrecen bandejas cargadas de bebidas y delicias culinarias.

—Me muero por un trago —me oigo decir.

Cojo una copa de vino blanco al vuelo. Christian hace lo propio, pero elige tinto. Bebemos con nuestras manos libres. Es un caldo excelente. Gimo por lo bajito mientras percibo que algunos invitados ya se han percatado de nuestra presencia. Fijan la vista en nosotros, en nuestros dedos entrelazados. Todos los hombres visten de traje. Casi todas las mujeres están de buen ver.

—¡Mamá! ¡Papá! —El rubio tira de mí—. Quiero que conozcáis a alguien muy especial.

Noto cómo se me acelera el corazón. Dos pares de ojos me juzgan. Sus caras congeladas en gestos tensos. Manos que se adelantan a cuerpos rígidos. Sonrisas falsas.

—Muchas gracias por invitarme a esta maravillosa velada —digo con pomposidad—. Soy Borja Folcaquier i Margall, el novio de Christian.

Lo agarro fuerte de la cintura. Ni siquiera me aparto de él cuando su madre se adelanta para arrimarse a mí:

—Soy Mariana, encantada de conocerte al fin.

La mujer besa el aire y no mis mejillas al igual que haría la que me trajo al mundo. Su figura parece desafiar el paso del tiempo, como si por la noche se bañara en sangre de virgen, o algo así. Cada mechón de pelo sedoso parece haber sido colocado con precisión milimétrica. Sus ojos, de un azul tan intenso que casi parecen brillar por sí mismos, están enmarcados por unas cejas arqueadas que realzan su mirada penetrante. Ahora sé de dónde ha salido el magnetismo de mi jefe.

—El placer es mío, Mariana.

Estudia con gesto serio cada centímetro de mi cuerpo. Entrecierra los ojos, pero ni una mísera arruga surca su rostro. Esa piel tan tersa y sin imperfecciones hace sospechar de intervenciones estéticas. ¿Quién es su cirujano? Ahora no, pero en unos añitos podría hacerle una visita. Todo en Mariana parece desafiar las leyes de la gravedad y del tiempo. Sin embargo, su delgadez extrema atestigua que hace días que no come más que un bocado de aire. Cada movimiento que realiza está lleno de gracia y elegancia, como si fuera un esqueleto con carne acostumbrado a dejarse fotografiar.

—Yo soy Hans Betancourt.

El padre me estrecha la mano en un apretón mucho más firme que los de su hijo. Mis dedos crujen. Aguanto estoico mientras planto una sonrisa circunstancial en mi cara. Es alto y todavía conserva atractivo pese a transitar la década número seis de su vida desde hace unos años. Si tuviera que apostar diría que es el que peor lleva el cambio de acera de su hijo.

—Muchas gracias por recibirme —insisto, muy cordial.

—Christian ya nos contó cómo os conocisteis —dice Mariana—, pero me encantaría oírlo de tus labios.

—Em... claro —bebo un poco—, estaba paseando por Mónaco cuando, de repente...

—¿Qué hacías por allí?

—¿A qué te dedicas? —salta el padre.

—¿Sueles ir a menudo?

—Mamá, papá, os recuerdo que estamos en una fiesta, no en un interrogatorio.

La mandíbula de Hans se tensa tanto que un tendón comienza a palpar al ritmo de sus latidos.

—Quiero comprender por qué has dejado no solo a Patricia, sino que has renegado del resto de mujeres por un... —me dedica un rápido repaso de arriba abajo—, un caballero como él.

El modo en que ha pronunciado la palabra «caballero» me hace pensar en que quizá signifique

algo malo en un idioma que no domino.

—Borja tiene algo especial.

—¿El qué, hijo?

El silencio que sigue a la pregunta no es del todo incómodo, pero pesa.

—Es indudablemente atractivo, buen conversador, espontáneo, culto, divertido, inteligente...

—¡Para, para que me vas a ruborizar! —lo interrumpo tras ponerle una mano en el pecho.

—No digo más que verdades.

Christian me clava sus ojos azules. No veo complicidad en ellos, mucho menos amor. El único sentimiento que detecto es rabia. Rabia contenida.

—Dicen que tu familia es conocida en la ciudad condal. —Mariana cambia hábilmente de tema.

—Así es. Mi padre es un reputado empresario hecho a sí mismo y mi madre descende de un largo linaje de burgueses catalanes cuya dinastía se fraguó en el siglo XIX.

—Impresionante... —Hans lanza ese comentario sin energía alguna.

—Ya sé que al lado de los Betancourt los Folcaquier i Margall somos muy... modestos, pero...

—¡En absoluto, querido! —Mariana alza un poco la voz y me deslumbra con su sonrisa de dientes perfectos—. Estamos encantados de que Christian haya encontrado el amor. Siendo sinceros... —frunce los labios, como si estuviera escarbando en lo políticamente correcto—, nos quedamos un poco impactados cuando nos dijo que quería presentarnos a su chico, sobre todo después de lo de Patri. Tú no la conociste, pero ¡era encantadora! Una pena, aunque solo queremos que nuestro hijo sea feliz. ¿Verdad que sí, Hans?

El padre asiente, aunque prefiere beber su copa de un trago. Y eso hace.

—Bienvenido a la familia, Borja —declara ella—. Espero que hagas a mi hijo muy feliz.

—Eso espero yo también, mamá.

Christian me mira los labios. Trago saliva y me lanzo a darle un pico. Hans se aparta. Mariana nos contempla con una sonrisa falsa congelada en sus labios rellenos de colágeno.

—Por favor, un poco de discreción —le susurra a su hijo, pero lo suficientemente alto como para que pueda oírlo.

—Cuando salía con Patri no me pedías que restringiera mis muestras de afecto en público, mamá.

—Ya, pero esto es diferente.

—Sí, lo es —entrecierra los ojos—, y se llama discriminación.

Mariana suelta una carcajada.

—¡Sabes que soy súper abierta! Todos mis vestidos han sido diseñados por homosexuales y...

—Mamá, no lo estropees más, por favor.

—Pero, hijo...

—Hola, Chris, ¿no nos vas a presentar?

Me giro hacia esa voz. Es bonita, femenina y armoniosa, pero lo que ven mis ojos desacredita todo eso. Me pregunto si forma parte del personal de servicio o cuál es el lugar que ocupa en esta fiesta. Va vestida con unos vaqueros y una camisa negra. Sin tacones. Sin una gota de maquillaje. Con el pelo rubio oscuro recogido en una coleta baja.

—Claro. Borja, esta es Sofía. Sofía, él es mi novio.

Tal vez se acaba de despertar. Sí, eso es: se le han pegado las sábanas y por eso se ha presentado aquí sin arreglarse. Es guapa, si dijera lo contrario estaría mintiendo. Sin embargo, no llama en absoluto mi atención. A lo mejor eso de fingir que soy gay me afecta, o quizá mi gusto por las mujeres despampanantes hace que ella pase desapercibida en mi radar. Sea como fuere,

Sofía no se saca partido. Su actitud despreocupada raya la dejadez. Parece que no quiere estar aquí. Su falta de interés me resulta obscena. Vuelvo a mirarla después de darle dos besos. Ella sí que toca mis mejillas con sus labios. Le iría bien un poco de sombra de ojos y algo de altura extra en los pies.

Es alta, pero no tanto.

—Encantada, Borja. Soy la hermana pequeña de Christian y este —señala a un tipo a su izquierda—, es Marcos, mi chico.

—Hola, soy Marcos, el prometido de Sofía.

Su mano, sudorosa y blandengue, me causa rechazo. Enseguida determino que es tan poquita cosa como su novia. Me vuelvo a fijar en ella. Noto el parecido con mi jefe. Imagino que, a pesar de todo, su atuendo cuesta el doble o el triple que el mío. No lo luce. Una pena. ¡Qué desperdicio!

—Y dime, Borja, ¿qué has visto en mi hermano para caer rendido a sus pies, como él mismo dice?

Me lo pregunta sin dejar de mirarme a los ojos. Es directa, pero no de un modo avasallador y sin clase como refleja el estilo de Teresa. Su tono neutro y su sonrisa sincera me hacen bajar un poco la guardia mientras los padres de ambos se retiran de la conversación.

—No me lo puso fácil —improviso.

—Interesante... ¿fuieste tú el que te declaraste?

—Nos besamos y, tras comprobar nuestra conexión, no hizo falta.

Sofía me estudia desde un ángulo más constructivo que su madre, pero no termina de creerse mi cuento y no la culpo.

—La verdad es que hacéis buena pareja. —Nos observa a uno y a otro de manera intermitente—. Y a mí, mientras mi hermano sea feliz, me da igual quién esté a su lado.

Esto último lo ha dicho al acecho, rozándome el oído con los labios. ¿Eso no es falta de etiqueta? Marcos ni pestañea. Christian está a su rollo hablando con alguien más. Sofía huele muy bien.

Mejor sabrá.

Aparto ese pensamiento. De pronto, la música se apaga, la boca se me seca y solo puedo fijarme en sus ojos. Son como los de mi novio falso, solo que los de Sofía parecen haberse deslavado porque el gris se come al azul.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, tras apartarme un poco.

—Soy mi propia jefa —declara orgullosa.

—Oh, eso sí que es interesante...

No me atraen las empresarias, da igual si tienen mucho o poco éxito. Prefiero las chicas poco ambiciosas, que se contentan con que su hombre traiga la mayor parte del pastel a casa. Y supongo que Sofía lo habrá tenido fácil con el dinero de papá y mamá, aunque parece más inteligente que su hermano, a juzgar por lo poco que sé de la manera tan absurda que maneja sus finanzas.

—Cariño, ¿nos vamos? Me parece ver a nuestros amigos ahí a lo lejos.

Sofía no mira a Marcos, solo suspira y asiente.

—Me ha encantado conocerte, Borja —me sonrío de oreja a oreja—. Espero volverte a ver por aquí.

Me despido con la mano mientras le dedico un repaso breve. Otro más. Joder, pues ese culo es bastante prometedor. Resoplo. Por fortuna, nadie me pilla en plena demostración de mi verdadera naturaleza. Busco un camarero y bebo más vino. Me uno a Christian. Me presenta a

más gente. Me muestro encantador, solícito, elocuente, hasta que mi novio falso me pide discretamente que deje de alcoholizarme. No sé si he incurrido en alguna que otra contradicción debido a la cantidad de preguntas con las que me han acibillado a lo largo de la noche. Son las dos de la mañana y me esfuerzo por sobar a Christian más de lo que he sobado a cualquiera de mis ex novias.

Poco después, me arrastra hasta el Bentley.

—¿Qué tal lo he hecho? —le pregunto en cuanto cerramos las puertas.

—Mejor de lo que cabía esperar.

No me da la mano cuando cruzamos la verja porque no hay ni rastro de paparazzi. Christian conduce ensimismado, un poco taciturno. Aguanto exactamente cinco minutos sin hablar. No sé si es el vino o los problemas al acecho, pero necesito asegurarme de que no va a darme una patada tras esta noche.

—No pareces muy contento...

—Descuida, no es por ti. Es mi familia. Siempre logra ponerme nervioso.

—Tus padres son... muy educados —digo al final de un silencio que ya se alargaba demasiado—. Y tu hermana...

—¿Qué pasa con mi hermana?

«Que tiene un culo espectacular». Pienso.

—Parece... adoptada.

Se gira para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso?

—No iba vestida acorde a lo que se exigía dadas las circunstancias. En cambio tú, Mariana y Hans...

—Nunca le ha gustado arreglarse demasiado. —Christian se encoge de hombros—. Y estas fiestas no le van.

—¿Y qué me dices de ese... Marcos? —Lo pregunto por entrometido y no porque albergue verdadero interés.

—Mi opinión es buena.

—No pegan demasiado, aunque ahora que lo pienso... los dos son muy de... pasar desapercibidos, ¿no?

—Son bastante discretos.

Y sosos, pero eso me lo guardo. La conversación muere ahí. El viaje en Bentley termina en casa de Christian. En otra casa diferente a la que conozco, me refiero. Esta es rústica y se encuentra a las afueras de la ciudad. Accedemos al inmueble por una puerta lateral. No hay ni rastro de Conchi o de algún otro empleado doméstico.

—Buenas noches.

—Pero, ¿no me llevas a casa? —inquiero, bastante impresionado por su patrimonio.

—Si somos novios dormimos juntos.

—Podríamos dormir en mi casa —insisto.

—Aquí estaremos más cómodos. Tú dormirás ahí —señala una habitación al fondo—. Yo me quedo en esta —su índice apunta en dirección contraria—. Encontrarás ropa limpia y de tu talla para mañana a la vista, la ha preparado Conchi. Puedes ducharte en cuanto despiertes. Después le pido a Wilfred que te lleve a donde quieras.

Detecto cierta acritud en su voz.

—¿Te pasa algo?

—Solo quiero una copa —suspira.

Me recuerda al Christian que encontré en el *after*. Me pregunto si echará de menos a Patri.

—¿Quieres que hablemos?

Niega con la cabeza.

—Buenas noches, Borja.

Desea estar solo así que me retiro. Me quito toda la ropa excepto los calzoncillos y me tumbo en esta espaciosa cama desconocida de sábanas recién planchadas. No soy capaz de dormir al pensar en que podría haber defraudado a Christian. Sí, me preocupa el dinero, pero también él. No es un mal tío en el fondo.

Una decena de rostros desfilan ante mis ojos. Mis padres, mi hermano y su mujer, Ainara, Lorena, Paola. Sofía. Todos emparejados, todos ¿felices? Chasqueo la lengua y me pongo en posición fetal. Quiero olvidar esta noche. Quiero hacerlo mejor la siguiente vez para ver una puta sonrisa en la cara de mi jefe. Y quiero encontrar el momento oportuno para que me aconseje sobre cómo invertir en bolsa. Mi objetivo a largo plazo es no depender económicamente de nadie, solo de mi inteligencia y habilidad para mover acciones.

A la mañana siguiente despierto justo al amanecer, tras un sueño cruel en el que Padilla descuartizaba mis restos. Me ducho con una sensación pastosa agarrada al pecho y después doy un paseo por la casa en busca de Christian. Lo localizo en el gimnasio. Parece de revista. Él, sus bíceps al descubierto y las distintas estancias por las que he pasado.

—Oh, buenos días —me saluda a través del espejo que ocupa la pared que tengo frente a mí—. ¿Has desayunado? —digo que sí con la cabeza, aunque en realidad no he pisado la cocina—. Wilfred ya está esperando fuera.

Me muerdo varias preguntas que tengo en la punta de la lengua. «¿Cómo estás?», «¿vas a volver a llamarme?», «¿cuándo vas a necesitar me de nuevo?», «¿cómo puedo hacerlo mejor la próxima vez?», «¿dejas que entrene contigo?».

No digo nada. Solo me aseguro de que no me dejo algún objeto y me reúno con el chófer.

Durante unos días seré libre, pero dependiente de un millonario que no sabe gestionar sus finanzas ni la relación con sus padres. No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo va a durar este trabajo. Lo más inteligente es vivir el día a día, disfrutar el momento. Sin embargo, no estoy tranquilo. Una rara sensación me persigue. Nunca he sido de presagios y quizá eso me impide adelantarme a los acontecimientos. Si supiera predecir el futuro ya te digo que me agarraría a algún sitio porque las curvas que se avecinan van a ser intensas. Ni siquiera un jodido Ferrari de carreras me va a salvar de unas cuantas sacudidas.

Aún no lo sé, pero estoy a punto de averiguarlo.



Capítulo 6

Llego tarde, pero no aprieto el paso. Reviso mi teléfono por si Christian me reclama. No hay notificaciones pendientes. Joder, hubiese sido la excusa perfecta para salir por patas. Y es que sí quiero ver a mi hermano, pero no a su mujercita. No va a ser una visita de cortesía más. Mis sospechas se basan en que no vamos a comer, ni a cenar, ni a tomar copas. Voy a su casa a una hora decente, un día entre semana.

Eso, por narices, no puede traer nada bueno.

Encuentro el portal abierto, así que paso como si estuviera en la que una vez fue mi casa. Enfilo las escaleras para mantener la máquina engrasada. Compruebo que estoy mucho más en forma que antes, cuando era un animal de oficina, un tiburón financiero. El culto al cuerpo es algo que me ha pegado fuerte en los últimos años y ahora que me pagan por ello paso horas en el gimnasio, corriendo o saltando a la cuerda. Espero que mi cerebro no se quede atrás. Lo voy a necesitar por entero para salir indemne de esta. Me arreglo el pelo, la chaqueta y suspiro antes de pulsar el timbre de la puerta.

Esta se abre y la sonrisa de mi hermano es lo primero que me saluda.

—¿Qué tal, tío? —Se lanza a mis brazos—. Pensaba que te habías perdido.

Recibo su muestra de amor fraternal sin que una sola palabra salga de mis labios. Me interno en el recibidor y luego, por orden muda de mi hermano, paso al salón. Observo alrededor. Ha cambiado desde que me fui, pero en esencia todo sigue igual. Menos yo. Y Teresa. Y Sergi. Ninguno es el mismo del principio, cuando yo era quien salía con la pelirroja y con Ainara a la vez y llevaba una vida perfecta.

Buenos tiempos aquellos.

—Hola, cuñadito. —Teresa se acerca. Enderezo la espalda y dejo que me plante dos besos—. ¿Quieres *bebercio*?

—Una *sin* estaría bien —musito mientras tomo asiento en el sofá.

—¡Oh! —Pone los ojos en blanco—. En esta casa no entran mierdas de esas, así que prueba otra vez...

Parece que he insultado profundamente a la pelirroja porque me mira y niega con la cabeza en

un gesto que me trae malos recuerdos.

—Tráele cualquier cosa, anda, Tere, que no todos bebemos y no siempre —le dice Sergi con dulzura.

—¿Agua?

—¿Zumoz? —aventuro yo.

—No hay de esos que tú bebes —dice, a la defensiva—. Este es de *brick*, el más barato del *súper*.

—Entonces no. Otra cosa.

Tere pone de nuevo los ojos en blanco y se va. Mi hermano y yo nos quedamos solos.

—Tío...

—¿¡Qué!z? —estallo. Me levanto del sofá—. ¡Son las seis de la tarde y no me apetece beber nada!

—Ey, tranqui, que eres nuestro invitado, pero desembucha: ¿no te apetece o no te lo permites?

—Me palpa los abdominales—. Joder, ¡sí que estás duro!

—No soy un alcohólico como ella —siseo, tras apartarme, y señalo la puerta.

—No os peleéis. —Teresa regresa justo a tiempo, pero no me ha oído. Si no, me hubiese soltado alguna —. Mira lo que tengo, Borja.

Me fijo en que trae varias latas en su regazo. Me tiende una cerveza sin alcohol. Intento sonreír, pero no me sale. Acepto su ofrecimiento. Sergi pasa de su refresco. Mi ex ha elegido una de las suyas ¡qué novedad! Me siento en una esquina y hundo la argolla sin dar las gracias.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunta su marido.

—De una vez que vino Ainara y... bueno, ya la conoces.

Pienso en ella. Mi otra ex. En lo cerca que estuvimos de casarnos. Si hubiese aceptado, ahora llevaríamos unos tres años de matrimonio. Siento escalofríos. ¿Eso era lo que realmente quería? ¿Qué tal nos habría ido? Probablemente seguiría en la misma empresa, alejado de los tentáculos de la hija de Padilla. O tal vez no. Es imposible poner la mano en el fuego por mí si se trata de un asunto de faldas. Aunque quizá... quizá ya habría tenido un crío con Ainara. No puedo afirmar que la eche de menos, pero ella, de algún modo, siempre será mi asignatura pendiente.

—Borja, tío, que tenemos que decirte una cosa... —Sergi está sentado a mi lado. Tere, al otro extremo, se inclina para mirarme a la cara con una intensidad que raya la mala educación—, joder, no sé por dónde empezar, colega...

La pelirroja le pasa un brazo por el hombro a mi hermano. Bebe de su lata. Y luego dice:

—Estamos rayados por ti.

Alzo una ceja. Aprieto los labios. Ya sabía yo que esta no iba a ser una reunión normal. Se trata de una intervención en toda regla. Desvío la mirada hacia la puerta. Quiero irme de aquí, pero eso sería confirmar sus sospechas de que algo no anda como debiera, así que cruzo las piernas y fuerzo una sonrisa.

—¿Rayados? ¿Por qué?

—Te vimos jodido en el bar de Paco...

—...y luego desapareciste.

—Tenía cosas que hacer al día siguiente. —Encojo los hombros al más puro estilo Christian Betancourt.

—Ya, ¿y por eso te largaste así sin más?

—No quería romper el buen rollo, como diríais vosotros.

El matrimonio intercambia miradas de complicidad, o eso creo, porque desde mi posición solo puedo imaginarlo. De pronto me siento como un niño pequeño que se enfrenta a la regañina de

sus padres. Padres que, por cierto, son muy irresponsables. Espero que mi hermano y Teresa nunca tengan descendencia.

Tarde o temprano vendrían los de servicios sociales.

—Hay más, cuñado —asegura Tere con malicia en la voz. Lo sé, reconozco el tono, hay cosas que nunca se olvidan aunque las relaciones se rompan—. Hemos visto unas... fotos. En una revista.

—¿Eres tú?

Mi hermano se gira hacia mí tan rápido que me empuja. No tiro la cerveza de milagro. Por cierto, está asquerosa. Se nota en el sabor que es de marca blanca, la más asequible del supermercado más cutre de la ciudad.

—¿Revista? ¿Qué revista? —Arrugo la nariz—. No sé de qué hablas.

Ahora que puedo confirmar por dónde van los tiros, armo mi defensa en tiempo récord. Tere saca el móvil. Se inclina sobre mi hermano para ponerme el teléfono en la cara. No quiero mirar, pero lo hago. Ahí estamos mi jefe y yo con las bocas unidas, tan juntos, tan cercanos, que no parece real. Y sin embargo, ese soy yo, Borja Folcaquier i Margall, comiéndole los morros a un tío.

Joder, exudamos clase por los cuatro costados. Si no me diera tanta aprensión besar a alguien de mi mismo sexo, me sentiría orgulloso de protagonizar una portada.

—Ese es tu careto, ¿no? —inquieta Teresa para, a continuación, retirar el aparato de mi vista y leer el titular—: «Tórridas imágenes de Christian Betancourt con un atractivo desconocido en el centro de la ciudad». ¿Quién pelotas es Christian *Betancú*?

Me esfuerzo por retener una carcajada histérica. Ni de broma les voy a contar a estos dos entrometidos la verdad. Debo ajustarme al plan con una precisión milimétrica para asegurarme de que todo sale bien. Y eso pasa por hacerles creer que me he cambiado de acera. Soy tan bueno mintiendo que no albergo dudas: van a creerme. Pero no será fácil. Al fin y al cabo, estoy ante mi ex novia y ante mi hermano mayor. Me conocen relativamente bien. Mi fama de conquistador de mujeres me precede. Es mi sello de identidad, o mejor dicho era, porque no voy a poder acercarme al sexo femenino en una larga temporada.

No importa. Solo traen problemas. Me conviene alejarme de ellas un rato.

—Yo... sí —murmuro con una media sonrisa que enmascara otras cosas.

—¿Sí, qué? —Mi hermano se impacienta—. Dinos algo, tronco.

Junta las palmas de sus manos y chasquea los nudillos. Aparto la cara, el cuerpo entero, mi espalda se tumba sobre el sofá.

—¡Odio que hagas eso! —gruño.

—Pues responde —Sergi se parte de risa—, o habrá más de estas.

—Vale, sí, soy yo.

—¿Eres tú el que le come la boca al *pijales* ese?

—Sí.

Teresa ahoga un jadeo. Mi hermano masculla una palabrota por lo bajo. Después, silencio. Sonríe para mis adentros. No es fácil dejar a estos dos sin palabras.

—¿Estabas... borracho?

—O ¿drogado? —La pelirroja, mordaz, me lanza ese dardo envenenado a mala fe.

—Ninguna de las dos —replico, sin apenas abrir la boca—. Me he enamorado.

—¿¡Qué!?

Ella salta y se pone en pie sin dejar de mirarme con la mandíbula colgando. Él, en cambio, se aparta de mí en un gesto más inconsciente de lo que parece. No es capaz de volver la cara. No

esperaba eso de mi hermano. Siempre pensé que era el más tolerante de la familia Folcaquier.

Vivir para ver.

—Es coña —murmura él.

—No.

—Vamos, no me jodas...

—No quería que os enterarais así, pero... —carraspeo—, tampoco sabía muy bien cómo contároslo porque, claro, a ver cómo os lo ibais a tomar y...

—Joder... pero, Borja, tío...

—¿Qué? —Me cruzo de brazos—. ¿Ahora resulta que mi hermano mayor es un homófobo?

—No, tío, yo respeto, pero... no sé, me pillas con el culo torcido —confiesa—. ¿Mamá lo sabe?

—Aún no.

—Seguro que ya ha visto las fotos —comenta Teresa—. Están por todas jodidas partes.

Ese último comentario me da alas para revisar el móvil. Ojalá Christian me saque de aquí, pero no tengo ningún mensaje suyo. Ni de mi madre. Menos mal. Trago saliva, me revuelvo el pelo. Conociéndome, voy a postergar por tiempo indefinido esa conversación que está al caer con la mujer que me trajo al mundo.

—Borja... —Teresa susurra y, las pocas veces que eso sucede, se me han puesto de corbata, como quien dice—, tienes que contárnoslo todo.

—Bueno, una imagen vale más que mil palabras —señalo el teléfono que porto en mi mano izquierda.

—No, no, ¡no! —Rodea la mesa situada frente al sofá, se acerca a mi lado, se agacha. Ella sí que me mira a los ojos—. Quiero que nos lo cuentes todo. ¡Detalles!

—No, detalles no, que no hace falta —asegura mi hermano.

—¿Cómo?, ¿desde cuándo?, ¿dónde?, ¿por qué? —Esta última pregunta es en realidad la más interesante y difícil de todas, pero Teresa es la última persona a la que voy a contarle mi vida.

Callo. Guardo el teléfono en el bolsillo de mis pantalones. Aguanto el chaparrón armado tan solo con silencio.

—Entonces, ¿te van ahora los maromos? —por fin Sergi se gira y me mira.

—Sí —replico, un poco turbado—, bueno, en realidad me gusta solo uno: Christian Betancourt.

—¿Porque está forrado? —aventura.

También habla muy bajito. Eso es extremadamente raro en mi hermano.

—Porque es mi tipo.

Asiente despacio. La chispa que siempre prende sus ojos está apagada. En cambio, intuyo que los engranajes de su tosco cerebro se mueven a toda velocidad.

—¿Y te hace feliz?

—Mucho —sonríó mientras pienso en la nómina de este mes.

Y en el succulento adelanto.

—Pues no tengo nada más que decir.

Se lanza a abrazarme. El aire sale intermitente de mis pulmones, al ritmo de las palmadas que me propina en la espalda.

—Flipo... —escucho que murmura Teresa.

—Te quiero, tío —dice mi hermano.

—Y yo...

Se aparta de mí. Alza la vista y sonrío a Teresa.

—Voy a cambiar el agua al canario —argumenta para levantarse y digerir la noticia a solas. Lo conozco y lo necesita, pero comete el error de dejarme a solas con la pelirroja. Mierda. ¡Ahora que lo tenía todo controlado!

—Borja... —toma asiento en el lugar que ocupaba mi hermano hasta hace escasos segundos y se cruza de brazos—, ¿qué estás haciendo? —Mi estrategia es que se explaye, diga lo que tenga que decir y me deje en paz—. A mí no me la das con queso, guapito. Aquí hay gato encerrado.

Frunzo el ceño, suelto una pequeña risita.

—¿Te molesta que ya no me pongan las tías?

—Mira, de otro me lo creería, Borja, pero, ¿de ti? —se ríe—, de ti ¡ni de coña!

—Confirmado: te molesta.

—Me molesta que seas tan penoso como para mentir a tu pobre hermano a la jeta.

Olvidaba que Teresa es una gata salvaje que saca las uñas a la mínima ocasión para defender su territorio en el barrio. ¡Qué poca clase, por favor!

—No he mentido.

—Te gustan demasiado las chirlas.

—Tal vez me haya cansado de ellas —suelto, a mala leche.

Recuerdo la que me liaron Ainara y ella en el aeropuerto. Se compincharon para traicionarme, me abandonaron como un perro. Años después, una cría de dieciocho y su padre cabreado acaban con mi carrera. Sí, definitivamente me gustan demasiado las «chirlas», como dice Teresa, pero me alegra tener que alejarme de ellas durante una buena temporada.

Mujeres... no se puede vivir con ellas, pero sin ellas tampoco.

—¿Qué te traes con ese *Betancú*? —Pongo los ojos en blanco—. ¿¡Qué!?

—¿Podrías al menos pronunciar bien su nombre?

—¡Me la suda su nombre! —estalla—. Lo he buscado por internet. El tío tiene pasta para parar un tren. Es eso, ¿verdad? Estás con él por dinero. ¿Cómo se puede caer tan bajo?

Joder, mi ex me conoce mucho mejor que mi hermano y sabe de lo que soy capaz. Piensa mal y acertarás, dicen. Sergi es un alma cándida y Teresa una inculta que no tiene un pelo de tonta. Debo quitármela de encima. Echo un vistazo a la puerta y por fin vuelve mi hermano. Espera, ¿tiene los ojos rojos? Durante una milésima de segundo me embarga un estúpido sentimiento de culpa por hacerle creer semejante farsa. Después, pienso en la situación que me condujo hasta aquí, en el dinero que me espera, en las inversiones que haré, en mi independencia. Al final eso de fingir que me atrae un hombre es un pequeño precio a pagar a cambio de todo lo bueno.

Merece la pena.

—Tengo que irme —me levanto y sonrío—. Gracias por... —señalo la lata, pero soy incapaz de sentirme agradecido por eso, así que dejo la frase en el aire—, ya nos veremos.

—¿Ya? ¡Pero si acabas de llegar!

—Sí, lo que pasa es que... —me paso la mano por el flequillo—, tengo cosas que hacer, reuniones que preparar... lo típico de un hombre de negocios ocupado, vamos.

Intercambian una mirada breve que no sé interpretar. Solo alcanzo a deducir que no están demasiado impresionados por mi excusa.

—Tenemos que conocer a tu maromo —dice Sergi—, tráetelo un día que salgamos todos.

—¡Eso, eso! —Su mujer secunda su idea, pero de un modo diferente, mucho más afilado y perspicaz—. Vamos a darle la bienvenida a la familia como Dios manda.

—Imposible.

—¿Por qué? —preguntan los dos a la vez.

—Christian no se maneja en los círculos a los que estáis acostumbrados —manifiesto mientras

me miro las uñas—. El bar de Paco es peor que un estercolero. No pienso llevarlo allí.

—Oye, sin faltar...

—Todos acaban queriendo ir. —Mi hermano se encoge de hombros—. Mírame a mí, a Ainara, ¡a Lore! No tienes escapatoria, es nuestro punto de encuentro.

—Ella obliga a que sea el punto de encuentro.

—Incluso a ti hubo una época en que te gustaba —se defiende Teresa.

—Mientes. ¡Nunca me ha gustado ese agujero!

Mi ex abre la boca, esa con la que hace maravillas, pero enseguida la cierra y solo chista:

—Espero que tu chico no sea tan estirado como tú porque si no, no sé si tiene remedio la cosa.

—Tere... —Mi hermano le pone la mano en el hombro.

—¿Qué? —se revuelve—. ¡No me digas que no!

—Podemos quedar primero en otro sitio y ya si eso...

Bato la mano en el aire en un gesto muy acorde con mis nuevos gustos. O eso creo. Y replico:

—No sé, no sé, nuestras agendas están muy apretadas.

—Al contrario que tu agujero del culo. —Sergi estalla en carcajadas. Tengo los ojos como platos y, por una vez, la pelirroja se queda en blanco—. Lo siento, tío, tenía que soltar algo así. No he podido resistirme...

—Respeta mi relación —le hablo muy serio—. Si no, me alejaré y no volverás a verme nunca.

—Vale, vale, tranqui, lo pillo, no más bromas de gays, pero, tío, te lo advierto, me va a costar acostumbrarme a este... cambio...

—Sergi, cuanto más insistas, peor. Déjales que disfruten, ahora Borja y su chico están en plena luna de miel —le dice mi cuñada sin dejar de mirarme con los ojos entrecerrados.

—Nosotros seguimos en esa fase, ¿no? —le pregunta su marido tras propinarle una palmada en el culo.

Ella pega un respingo. Se gira y lo besa en la boca. Es como ver el resultado de un accidente. Prefiero apartar la vista.

—Bueno, como iba diciendo, me voy. —Me aliso una arruga que detecto en la camisa—. Ha sido un placer.

—Cuídate, tío. —Mi hermano vuelve a abrazarme—. Y dale recuerdos a Christian Grey.

—Betancourt.

—¡Eso!

—Adiós, Teresa —digo, no sin cierto resquemor.

Sé dónde está la salida, así que me interno por el pasillo yo solo. No recordaba que la casa fuera tan pequeña y que tuviera tan poca luz y mala distribución. Agarro el picaporte, abro la puerta, pero antes de atravesar el marco, una mano me agarra del hombro con firmeza.

—Tarde o temprano vamos a conocerlo, quieras o no —me susurra mi cuñada al oído—. Así que ya puedes ir preparando el terreno para que no se noten las grietas...

No sabía que Teresa era capaz de utilizar un recurso tan digno como las metáforas. Sorprendido, me giro, sonrío sin ganas y le dedico una mirada de desprecio.

—¿Es una amenaza?

—Tómatelo como quieras. Los dos sabemos la verdad.

—¿Y qué verdad es esa, Teresa?

—Que no juegas limpio. —Esta tía nunca tuvo pelos en la lengua y empiezo a cansarme de sus impertinencias—. ¿Sabes lo que más me jode? Que mientas así a mi marido. No se lo merece.

—Eso ya me lo has dicho antes —digo con tirantez—. Tú tranquila, que no tienes nada de lo que preocuparte.

Mi elocuencia me abandona, porque soy capaz de replicar con mucho más estilo. Sin embargo, delante de la pelirroja a menudo me siento un tanto desubicado, sobre todo desde que se casó con mi hermano. Ya no es solo mi ex, o una tipa cualquiera, por eso es mejor morderme la lengua, tragarme el orgullo y mantener esa tensa paz que se respira entre nosotros.

—Más te vale —sentencia.

Después, me empuja al rellano, me dedica una especie de saludo militar y cierra la puerta. Me lanzo escaleras abajo echando sapos y culebras. Odio lo chabacana que es. Odio su pico afilado. Odio su falta de filtro, pero, ante todo, odio que siempre tenga que decir la última palabra.

Llego a la calle con la respiración más agitada de lo que correspondería al bajar unos pocos pisos. Una parte de mí quiere llamar a Christian y montar el show de pareja perfecta delante de mi hermano y su mujercita. Ansío restregar en sus narices que he encontrado el amor. No obstante, freno mi impulso. Hoy no es el día, pero pronto llegará.

Y quien ríe el último ríe mejor.



Capítulo 7

Esa misma noche, de madrugada, mi teléfono vibra rabioso. Me he quedado dormido en el sofá. Cuando me froto los ojos y leo el nombre de mi jefe en la pantalla, me siento como Vivian Ward, el personaje que interpreta Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¿Sí?

—Hola, Borja, ¿te pillo ocupado?

—Solo dormido.

—Entiendo que sin compañía.

Parpadeo lento.

—En efecto.

—Bien. —Le importa un carajo haberme despertado—. Quiero que hagas las maletas. Nos vamos.

—¿Adónde?

—De fin de semana largo. —Hace una pequeña pausa bastante estudiada—. En el yate de papá.

—¿En el yate de papá? —repito, incrédulo—. Entonces, ¿me llevo el pasaporte?

—Sí, por si acaso. Y mete un traje de baño en la maleta... uno que marque todo, para que pueda presumir de conquista.

No hay risas que sustenten la gracia de ese comentario, así que la boca se me queda torcida.

—¿Cuándo nos vamos?

—Wilfred pasará a recogerte en unas horas.

—¿No podrías ser más específico?

—Después del amanecer.

—Vale. —Me levanto del sofá. Compruebo la hora y me consuela que aún me queden cuatro para prepararme—. ¿Algo más que deba saber?

El silencio que sigue a mi pregunta de rutina me pone en guardia.

—Tengo una sorpresa para ti.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta te va a encantar.

—Pero, Christian, se trata de trabajo... deberías ayudarme a ayudarte, ¿no?

Una carcajada débil, lejana, es todo lo que recibo por respuesta.

—Hasta pronto, Borja.

Me quedo mirando la pantalla de mi móvil como si ahí se pudiera leer la respuesta a las incógnitas que flotan en el ambiente. Me voy a mi habitación y saco mi maleta. Voy a llenarla ya.

Dudo que, con la que me espera, pueda dormir.

Cinco horas y media más tarde Wilfred toca mi timbre. Salgo con dos bolsas llenas de lo esencial y de «por si acaso», una bandolera y una lista mental de cosas que repaso varias veces. El chófer me lleva hasta una especie de hangar enorme y casi vacío, a excepción de una pequeña avioneta. Asombrado, me dirijo por inercia hasta allí. Alguien se cruza conmigo, me libera del equipaje que llevo encima y una señorita que está de bastante buen ver me indica que por favor embarque.

Ojalá me lo hubiese pedido de rodillas.

Subo las escaleras con la soltura de quien está acostumbrado a viajar así desde tiempos inmemoriales. Me sumerjo en un mundo de lujo y elegancia. La suave iluminación de la cabina permite que resalten detalles exquisitos, como los tonos cálidos de la madera pulida y el cuero suave.

Estoy tan obnubilado que tardo unos segundos en darme cuenta de que Christian no está allí.

—Disculpa... —llamo la atención de la azafata que tan amablemente me atendió antes—, ¿dónde está el señor Betancourt?

—Esperándole en destino, señor —replica con una sonrisa que le borraría a lametazos.

—Oh, entonces... ¿viajaré solo?

—No se preocupe, tardaremos menos de una hora en llegar.

Me pregunto cuál es el lugar, pero no formulo la cuestión en voz alta para evitar quedar como un paleta ignorante.

—Buenos días, señor Folcaquier —una voz robótica me hace pegar un respingo en mi asiento—, le habla su capitán. Por favor, abróchese el cinturón. Vamos a prepararnos para despegar. En nombre de la tripulación le deseo un magnífico vuelo. Está previsto que dure cincuenta minutos aproximadamente. Disfrute y relájese.

Eso hago. Mis posaderas se acostumbran rápido al amplio y mullido asiento que me abraza y me acoge. Juego con las ruedas y los botones hasta que consigo reclinarlo a mi gusto. Salimos del hangar y serpentemos por la pista hasta que tomamos carrerilla y despegamos. Poco después, el testigo que ilumina la obligatoriedad del uso del cinturón se apaga.

—¿Se le ofrece algo de beber? —La azafata se agacha para susurrarme eso al oído. Me toca el brazo. Yo dejo de estar tan tranquilo.

«Ahora mismo me bebería cualquier cosa directamente de tus tetas». Pienso, pero sonrío y digo con voz algo estrangulada:

—Una copa de champán estaría bien.

—Enseguida.

Se larga para hacer mi deseo realidad. En el fondo no me apetece poner nada en mi estómago, solo accedo porque es lo que toca, para sentirme un poco más cerca de ese mundo de opulencia y riqueza al que debería pertenecer. Estoy tan alucinado que casi se me olvida describirte a la azafata que me acompaña en las alturas. Viste un uniforme blanco tan ajustado que deja poco a la

imaginación. Eso me gusta, aunque le sobra la chaqueta. También, ya puestos, la falda y esa blusa impecablemente planchada. Me encantaría arrugársela mientras se monta a horcajadas sobre mí. Y ese moño... le hace parecer mayor. Con gusto hundiría mis dedos en su pelo. No lleva demasiado maquillaje, solo los labios pintados y la raya en el ojo. Su piel color canela me hace pensar en procedencias exóticas. Seguro que sabe muchos más idiomas que yo, pero no los necesita. El más antiguo del mundo es universal y con ella lo hablaría en muchas posturas distintas.

Toqueteo más botones. Una pantalla de alta definición emerge discretamente de la pared, lista para ofrecerme una amplia selección de entretenimiento.

—Aquí tiene, señor Folcaquier. —La belleza regresa y me tiende lo que le he pedido con una diligencia impecable—. Permítame informarle de que el chef a bordo ha preparado un compendio de exquisiteces culinarias.

—¿Exquisiteces culinarias? —Me esfuerzo por no reír, por tomarme esto en serio porque parece que estoy soñando.

—Así es. Disponemos de aperitivos gourmet y platos de inspiración internacional. Su especialidad es la comida japonesa, en concreto, el sushi.

Soy incapaz de disimular la cara de asco que seguro llevo puesta, porque la preciosidad que me atiende deja de mirarme a la cara para reírse por lo bajo.

—No deseo nada, muchas gracias.

—Como guste. Si cambia de opinión, no tiene más que decírmelo.

Veo cómo se dirige hacia la parte trasera del avión y mis ojos persiguen su trasero. Me llevo el puño a la boca. Una de mis fantasías más recurrentes es la de liarme con una a cinco mil metros de altura, en el apretado baño. Lástima que con semejante ejemplar disponible tenga que mantener el pajarito encerrado en su jaula. De buen gusto le haría un favor... o dos.

Apuro la copa de champán mientras me abstraigo con las monótonas vistas. Ese cielo blanco me da paz, pero no dura mucho porque estoy dispuesto a aprovechar la experiencia al máximo.

Puede que no se repita.

Me levanto para explorar lo que entiendo es un área de descanso a la que accedo tras correr unas cortinas. Las camas, cuidadosamente vestidas con sábanas de algodón y edredones de plumas, prometen una noche de descanso inigualable, incluso en las alturas. Me visualizo ahí con la azafata. Me coloco con disimulo la erección. Sigo mi camino y, tras una puerta corrediza, me topo con un baño que en nada se asemeja a los que ofrecen los aviones comerciales: lavabos de mármol, toallas mullidas, productos de alta calidad ¡e incluso una ducha!

No puedo con tanto lujo. Regreso a mi sitio y encuentro la copa de champán llena de nuevo. Esa azafata es la mujer de mis sueños, sin duda.

—Buenas tardes, señor Folcaquier, le habla de nuevo su capitán. En este momento nos encontramos descendiendo hacia el aeropuerto de Ibiza, donde el clima nos recibe con una confortable temperatura de veinticinco grados Celsius y un cielo despejado. Le pido que por favor se abroche el cinturón y disfrute de los últimos minutos de vuelo. Le invito asimismo a recrearse en las vistas panorámicas que ofrece la isla desde el cielo. Gracias y que tenga un maravilloso día.

—¡Ibiza! —me oigo susurrar.

Hace siglos que no piso la isla más bonita del archipiélago balear. Ocho meses nada más y nada menos, cuando no existía algo que enturbiara mi horizonte ni sabía que Padilla tenía una hija ligera de cascos. Coloco las manos tras mi cabeza e intento relajarme. Introduzco a presión estos últimos minutos a bordo del lujo en mi memoria. Este debería ser mi medio de transporte

habitual. Cuando el avión toca tierra y se detiene del todo aún transcurren varios minutos en los que aprovecho para revisar el móvil. Tengo algunos mensajes de Christian. Está ahí fuera, esperándome.

Trago saliva y me preparo para volver a la cruda realidad.

La azafata abre la puerta. Me acerco hasta ella, nos despedimos entre susurros que por desgracia no suenan lascivos y enseguida me arrepiento de haberme dejado en la maleta mis gafas de sol. La claridad es tan brutal que me ciega. El viento me despeina, intenta llevarse mi chaqueta, me obliga a apretar los dientes. Tras varios angustiosos segundos, me percató de que una escalera estratégicamente colocada me facilita la tarea de reunirme con mi jefe, que me espera apoyado en un coche rojo descapotable. Me siento como Jacqueline Onassis. O Kennedy.

—Hola, amor, ¿cómo te ha ido el viaje?

En cuanto bajo planto un pico en los labios de mi jefe. Lleva un traje espectacular, el pelo impecable y una barba de tres días que le sienta muy bien. Me abraza como si le fuese la vida en ello y yo correspondo. Parece que no nos hemos visto en meses, que nos morimos de ganas por comernos el uno al otro. Intento plasmar todo eso en la mirada que le echo. Se parte de risa y yo también. Conseguimos camuflarlo y creo que la actuación nos queda bastante decente. Rodeo la carrocería. Suelto un silbido de aprobación.

—¡Qué buen gusto tienes!

—¿Para los coches o para los tíos?

Recibe una carcajada por respuesta. Se sube de un salto fluido y mil veces ensayado que me impresiona, la verdad. Yo no me atrevo a tanto así que abro la puerta y tomo asiento en el lado del copiloto.

—Espera, ¡mis maletas!

—Tranquilo, ya se ocupa alguien de eso. —Me pone una mano en la rodilla, mete la llave en el contacto y da marcha atrás—. Vamos, que se nos hace tarde.

—¿Adónde me llevas? —pregunto, incluso un poco coqueto.

—Ya te lo dije, al yate de papá. Ahí te espera la sorpresa.

Joder, no me acordaba. Odio las sorpresas. Casi nunca esconden nada bueno, mira lo que pasó con Jessica Padilla y su mamada preliminar en el ascensor. Dejo ese recuerdo maldito atrás mientras nos alejamos. El viento me despeina. A Christian apenas le roza. No sé si es que se ha echado algún producto especial en el pelo o si está tan endiosado que el aire en movimiento no se atreve a tocarlo. Hundo discretamente mis uñas en el cuero del asiento. Conduce como un animal, eso sí, amaestrado. Acelera para frenar en el último segundo. Me cuestiono si se habrá metido algo antes de venir, pero desecho la idea porque me resulta demasiado escalofriante como para siquiera tomarla en serio.

—¡Christian! —grito para que me oiga. Consigo que me mire, que me preste atención—. ¿Quién nos espera en el yate de tu padre?

Cruzo los dedos en mi mente para que su respuesta no involucre a ningún familiar mayor de cuarenta años. Mariana me cayó bien. Me recuerda a mi madre, pero Hans me pone nervioso. Él sonríe y yo replico el gesto por inercia.

—Amigos, conocidos... algunos primos y tal.

—Ah, ¿es una fiesta? —aventuro y mi jefe asiente—. ¡Genial!

¡Ahora sí que estoy motivado! Me apetece pavonearme en un barquito de lujo.

—Te va a encantar.

—¿El yate?

—No. Bueno, sí, pero hablaba de la sorpresa —vuelve a la carga—. Estoy deseando que te lo

pruebes.

—Oh. —Imagino que habla del neopreno—. ¿Vamos a hacer *snorkel*?

La risotada de Christian queda atrás al instante, tal es la velocidad que llevamos.

—No, tonto —estira la mano para toquetearme las puntas—, me refiero a tu traje.

—¿Me has comprado uno? Llevo un par en la maleta.

Otra vez risas, pero ando muy perdido, así que no las secundo.

—No es un traje de chaqueta precisamente lo que he encargado para ti.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—No tienes nada que entender. Vas a ponerte lo que te diga y punto.

No me gusta que me hable así. Mi imaginación se dispara con un sinfín de posibilidades, a cada cual más horrenda. Trago saliva y un poco de orgullo, pero no soy capaz de estarme callado durante mucho tiempo:

—No quiero ir haciendo el ridículo en el yate de tu padre y menos si puede haber prensa.

Christian niega con la cabeza.

—Tranquilo, que no va a haber nada de eso. De hecho, la privacidad es tal que incluso los teléfonos están prohibidos.

—Entonces, ¿qué sentido tiene ir?

—Ay, Borja, querido, ¿cuándo vas a aprender? —Me palmea el hombro con tanta fuerza que me hace un poco de daño—. ¿De verdad piensas que voy a dejar que mi novio haga el ridículo? ¡Por favor, es más bien todo lo contrario! Vas a estar tan rompedor que tendré que apartarlos a codazos. A ellas y a ellos.

—Joder...

—¿Qué?

—Reconozco que cuando te pones así das un poco de miedo.

—Lo sé, Borja. —Gira la cabeza y me guiña un ojo—. Lo sé.



Capítulo 8

—¿Es ese? —pregunto, sin aliento.

—Ese es.

Christian, con su capacidad de asombro cercenada debido a la costumbre, no se maravilla ante la obra de arte que flota frente a nosotros. No exagero si digo que es el yate más grande y lujoso de cuantos se hayan amarrados en este puerto y eso que el nivel adquisitivo que se maneja por aquí es considerable. Desde el momento en que te acercas a su muelle, su presencia imponente captura tu atención y despierta tus más exquisitos sentidos.

—Bienvenido a bordo, señor Betancourt —escucho que le dice un tío vestido de blanco a mi jefe mientras sube por la pasarela—. Hola, señor. —También hay un poco de cortesía para mí.

El casco reluciente, impecablemente pulido, brilla más que el talento de Christian para degradar lo extraordinario a cosa normal. Abordamos al «Esplendor II». Me pregunto qué habrá sido del primero. Jamás he estado en un yate tan descomunal, tan capaz de gritar: «¡ey, mi dueño tiene pasta para aburrir!».

—Ven, Borja, no te me pierdas. —Christian lo dice en tono cariñoso, pero sé que tras sus amables palabras hay una pizca de maldad.

Caminamos por la cubierta de madera finamente barnizada cogidos de la mano. Varias personas se nos quedan mirando. El rubio saluda como si fuese una estrella de rock recién rehabilitada. Lo imito. No me presenta a nadie, así que imagino que son nadie para él. Devuelvo mi atención al infinito que consiguen atrapar las líneas rectas, los lujosos acabados que combinan modernidad y tradición. Detecto una piscina en la cubierta superior. De las ganas que me entran de zambullirme en su interior me pican los dedos de los pies. Alguien se me acerca con una sonrisa. En la reluciente bandeja de plata que porta entre sus manos descansa una copa de champán.

Otra más.

—¿Y esto?

—El recibimiento que mereces —contesta mi jefe.

Así, tan frío, entra solo. Sé que, para no desentonar, debería degustarlo y no beberlo, pero no

puedo resistir la tentación y lo hago desaparecer en pocos segundos. La temperatura en el exterior es perfecta para relajarse y disfrutar. La brisa que sopla trae consigo el aroma del mar. Me embarga una sensación de confort sin igual y vuelvo a pensar en que merece la pena ser la putita de Christian.

Hasta cierto punto, claro.

Nos internamos por pasillos que se van estrechando. Bajamos escaleras y luego las subimos. A través de este improvisado tour me doy cuenta de algo que ya sabía: las comodidades a bordo son deslumbrantes. Pasamos de largo por un cine privado equipado con la última tecnología, un spa de primera clase que seguro brinda tratamientos exclusivos, relajación total y un final feliz.

No puedo esperar a pasar el resto de mi vida aquí, aunque seguramente mi deseo solo se alargue lo que dure el fin de semana.

—Aquí está nuestro camarote —anuncia Christian que, tras sacar una llave electrónica de su cartera, abre la puerta—. Después de ti.

No tiene que decírmelo dos veces. Accedo al interior. Es grande, espacioso, parecido a lo que encontrarías en una suite de lujo. Sin embargo, dejo de maravillarme con la decoración en cuanto detecto dos elementos que me perturban:

Hay una sola cama y, sobre ella, descansa lo que mi mente tarda en reconocer como un traje de luces.

—¿Qué cojones...? —Se me escapa el taco.

Christian ríe.

—Esta noche tendrá lugar una fiesta de disfraces —declara.

—¿Eso es lo que te vas a poner?

Vuelve a reír. Se acerca a mí por detrás. Me palmea la espalda.

—No, querido, eso es lo que he escogido para ti. Es exactamente lo que quiero que te pongas.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es sexy y eres tan bravo como un torero —susurra en tono confidencial—. La fiesta es solo una excusa.

—No me gustan los toros —trago saliva—, y no creo que me pegue.

—¡Tonterías! ¿Tú te has visto? —Se separa de mí para repasarne de arriba abajo—. Con ese cuerpo va a lucir espectacular.

Este innecesario escrutinio me pone de mal humor. Me cruzo de brazos, me giro y doy un paso atrás con la intención de que deje de mirarme así.

—Preferiría que me hubieras avisado para elegir...

—¿Olvidas que trabajas para mí? —Niego con la cabeza al final de un breve interludio—. Ya te lo dije: vas a estar tan rompedor que todos se girarán para admirarte. Hombres, mujeres... y cualquier cosa que haya entre medias.

De mala gana me acerco a observar el dichoso traje. Reposa con una majestuosidad en la que no había reparado hasta entonces por culpa de la sorpresa inicial. Bajo la luz que se filtra por la ventana los bordados relucen como estrellas. Paso mis dedos, apenas un roce. ¿Es seda de verdad? Tomo los pantalones, ceñidos y largos, y me los acerco a las piernas.

—Joder, es de mi talla.

—¿Acaso lo dudabas? —Christian se aburre de mi incredulidad.

Los detalles elaborados en los laterales me ponen sobre aviso. Dejo la prenda con el cuidado que merece en la cama y suelto una pregunta que, al salir de mi boca, se convierte en afirmación:

—No es un disfraz. Es un traje de verdad.

—Siempre me han resultado particularmente ordinarias las imitaciones.

—Joder... —musito en voz baja.

Los zapatos, modestos pero elegantes, descansan en el suelo, listos para llevarme a la gloria esta noche o morir en el intento. La montera, como una corona de honor, reposa con orgullo sobre la almohada.

—Ah, se me olvidaba... —Christian abre el armario y saca una tela de color vibrante.

—¡El capote!

Me lo entrega. Es suave, pero también regio. Lo coloco con cuidado y respeto sobre la cama. Trago saliva. Ni siquiera bajo tortura lo admitiría, pero a ti puedo confesarte que me siento algo intimidado.

—También quise añadir la espada, pero habrá mucho desenfreno en la fiesta y ya sabes... no hace falta que nadie salga herido.

—Sí, mejor —susurro.

Esta maravilla de la costura no ha sido diseñada para que alguien como yo luzca palmito, por mucho que vaya a defenderla con mi trabajado cuerpo.

Ese pensamiento está a punto de convertirme en un ser humilde. Por eso lo aparto.

—Para mi chico solo lo mejor.

—Es demasiado todo esto —digo sin aliento—, te habrá costado una fortuna.

Christian se aleja para situarse frente a la ventana y contemplar la horizontalidad del mar.

—Antes has dicho que no te gustan los toros —asiento—. A mí sí —suspira—, lo que pasa es que ahora está mal visto y es políticamente incorrecto opinar a favor de la tauromaquia. Supongo que como buen guiri, sé apreciar las costumbres de una tierra que sus hijos se empeñan ahora en destruir. Por eso esto —señala el disfraz que no es tal—, arroja varios mensajes al mismo tiempo —me clava la mirada antes de decir—: tú serás mi pequeña fantasía, Borja.

—¿No naciste aquí? —Prefiero seleccionar esa parte de su discurso y centrarme en ella. Él niega con la cabeza—. Vaya, pues no tienes acento.

—Soy de muchas partes y de ninguna, pero eso no te interesa en estos momentos —dice, cortante—. Pruébate.

—¿Ahora? —Consigo sonreír—. Aún queda mucho para la fiesta, ¿no?

—Precisamente. Si hay que hacer algún cambio, quiero contar con suficiente margen de maniobra.

—Está bien... —doy media vuelta y me hago con todas las prendas—, ¿dónde está el baño?

Christian se cruza de brazos y me observa divertido.

—Borja...

—¿Qué?

—No pretenderás entrar ahí tú solo, ¿verdad? —Se carcajea con sutileza—. Todos los matadores se viste en compañía.

—Pero yo no voy a torear —le recuerdo, irritado.

—Venga, vamos, desnúdate. No tienes nada que yo haya visto o que yo no tenga.

Se ríe de mi lenguaje corporal, estoy seguro, porque mi cara debe ser la viva imagen de la contrariedad.

—Voy a necesitar uno o dos chupitos antes de que... de...

Mi jefe se acerca, ya sin risas, y toma la chaquetilla con una delicadeza que me obliga a recordar cuánto debo cuidar el traje una vez la fiesta esté en su apogeo.

—Venga, vamos.

Sin ganas, me desvisto. A medida que las prendas me abandonan mi azoramiento no se intensifica porque Christian actúa con normalidad. Somos dos colegas en una misión. Un poco

más despreocupado, permito que me asista en esta transformación. Lo primero son los pantalones. Al principio casi ni me atrevo a respirar. Luego, la tela parece adaptarse a las formas de mi cuerpo porque la siento como una segunda piel.

—¿Qué tal?

—Es cómodo —admito.

Después deslizo mis brazos por las mangas ajustadas de la chaquetilla que sostiene Christian. Es pesada, lo cual no me sorprende.

—Ahora, el chaleco.

Lo ajusta sobre mi pecho con movimientos precisos. Cada detalle parece susurrarme palabras de aliento y valor, como si en realidad fuera a poner mi vida en riesgo ante un toro bravo. Las medias blancas van a darme calor, lo presiento. Se supone que sirven para protegerme las pantorrillas, aunque no serán necesarias. Planeo quitármelas en un descuido, cuando nadie mire o cuando todos estén desfasados. Los zapatos me los pongo yo solo. Para ello, me siento sobre la mullida cama. A continuación, me pongo de pie. Paseo por la habitación sintiéndome poderoso, espléndido y brillante en el sentido más literal de la palabra. El silencio que habita aquí es sepulcral. Me resisto a leer en la cara de mi jefe cualquier valoración, ya sea positiva o todo lo contrario. Giro la cabeza desesperado por un espejo. Sí, soy coqueto, presumido, y el ansia por regalarme el sentido de la vista con mi atuendo es imposible de refrenar. Sin embargo, antes de que pueda encontrar mi reflejo, Christian se acerca hasta mí y me coloca en la cabeza la montera.

Lo hace con tal solemnidad que cualquiera diría que me está poniendo una corona.

Nos hallamos muy serios, tal vez demasiado. Y de pronto siento ese peso como una responsabilidad sagrada.

—Dios Santo, Borja... —El rubio da varios pasos hacia atrás y abre la boca a cámara lenta—. Estás...

—¿Qué? ¿Cómo estoy? —Sueno más impaciente de lo que me gustaría.

No contesta, sino que traza un círculo con su índice para pedirme que dé una vuelta completa sobre mí mismo. Obedezco. Me siento como un trozo de carne. Expuesto. Incluso, a mi pesar, vulnerable.

—Vaya, así que cargas a izquierdas, ¿eh? Y nada mal... —Ese comentario rompe la tensión por completo. Me llevo las manos al paquete mientras que la risa de Christian, alta y escandalosa, me machaca los tímpanos—. Joder, te elegí bien. —Casi se relame. Espera, ¿¡casi se relame!?—. Tienes suerte de que me gusten las mujeres. O no... quizá te estés perdiendo el encuentro de tu vida, ¿quién sabe?

Me cuesta entender su humor. Es extraño, retorcido y tan cambiante como el de una tía antes de que le visite la señora de rojo.

Tú ya me entiendes.

—Christian, para... —Quiero encerrarme en el baño, quitarme esta ropa y evitar que el tipo que me paga me siga devorando con los ojos, pero lo último que me conviene es mostrarme falto de seguridad, así que echo la cabeza hacia atrás, río y digo—: si sigues así, a lo mejor ninguno nos perdemos nada... sabes por dónde voy, ¿no?

Hago un esfuerzo por guiñarle el ojo. El truco, simple, pero efectivo, funciona, porque se pone serio, endereza la espalda y aumenta la distancia entre ambos.

—Solo era una broma.

—Ya lo sé. —Finjo despreocupación y enseguida cambio de tema—. ¿De qué vas a disfrazarte tú?

Espero que no sea de toro. Eso sería muy cutre.

—Pronto lo averiguarás —comenta, misterioso—. Y ahora, ven. Te ayudaré a desvestirte.

Consulta su reloj mientras yo doy un paso para delante y otro para atrás, dudoso de que me ponga una mano encima. Alza la mirada, suspira hondo y me quita la ropa con una diligencia impoluta, sin rastro de lascivia.

—Voy a pedir algo de comer —anuncia, mientras me pongo mi ropa—, será algo frugal. De lo contrario, no te quedará bien el traje y eso sería un desperdicio.

Asiento para demostrar que estoy de acuerdo con la propuesta, pero con el estómago vacío el alcohol sube mucho más rápido. Mantenerme abstemio es una opción que ni siquiera contemplo. A saber qué clase de gente nos rodea, qué papel me verá obligado a interpretar y qué reacción provoca mi disfraz. Solo achispado seré capaz de soportarlo sin que se me note fuera de juego.

Espero no cometer errores.

—Pide cualquier cosa excepto sushi —digo alzando la voz, por si acaso se encuentra lejos de mí.

—Oído cocina —Giro para toparme con su sonrisa—. ¿Qué haces?

Me detengo en seco con el bañador en la mano.

—Me apetece un poco de piscina antes de comer.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque si te metes tú, tendré que acompañarte y no me apetece meterte mano ahora mismo.

—Las parejas no siempre hacen todo juntos. —Tuerzo el gesto con desagrado.

—Nosotros sí. Estamos locamente enamorados, recuerda. Además, no hay tiempo: después nos vamos a echar un rato.

—No estoy cansado.

—Pues te fastidias. —Hace una mueca que me obliga a poner los ojos en blanco—. Necesitamos estar frescos para esta noche.

—Solo hay una cama.

—Ya, ¿y?

—Pues que...

—Es lo suficientemente ancha como para que quepamos los dos sin que haya roces.

—Pero...

—Borja, ahí fuera —señala la puerta—, tienen que pensar que estamos durmiendo la siesta. —Crea unas comillas con los dedos—. ¿Entiendes?

—Sí —digo, a regañadientes.

—Perfecto. Cuando despierte, nos prepararemos para arrasar en la fiesta.



Capítulo 9

—¿Nos vamos ya?

—¡Un momento!

Le echo un último vistazo a mi culo embutido en estos pantalones. Se me queda grabada la imagen de ese guaperas que me sonríe al otro lado del espejo. Doy media vuelta, salgo del baño, recojo el capote y me reúno con Christian afuera. Ya me espera en el pasillo, con el móvil en la mano, pero antes de cerrar la puerta deja el teléfono en la habitación.

—¿Tú lo llevas? —pregunta, refiriéndose al aparato.

—Está prohibido, ¿no? Además, ¿dónde lo meto? No me cabe nada aquí. —Me palpo el traje. Christian sonríe lobuno.

—Dame la mano.

La música ya se oye desde aquí. Y las conversaciones de la gente. Estoy confuso. Quiero zambullirme en la fiesta, pero también me embargan ciertas reticencias relacionadas con mi papel. Dudo que mi atuendo ayude a tal cometido, aunque a su vez por las venas me corre una clase de confianza que no tendría si fuera vestido de otro modo.

Todavía no me he acostumbrado al tacto y al tamaño de una palma masculina. Estiro el cuello para fijarme en su atuendo y no puedo evitar que una sonrisa me baile en los labios. Él se da cuenta y me pregunta sin palabras qué mosca me ha picado.

—¿Por qué ese disfraz?

Con la mano libre Christian se ajusta la peluca. Es negra con las puntas blancas y simula el efecto de haber metido los dedos en un enchufe. Lleva puestas unas falsas gafas de ver, una bata blanca y debajo solo el bañador.

—No sé, Borja... tal vez porque los experimentos cada vez me gustan más.

No solo luce palmito marcando abdominales, sino que está listo para darse un baño en cualquier momento. Ojalá me encontrara yo en la misma situación. La temperatura es agradable, pero dentro de este traje de luces empiezo a agobiarme por si rompo a sudar. El suelo de madera quizá cruje bajo nuestros pies, pero la música me impide escuchar cualquier sonido que no sea la repetitiva percusión.

Nos cruzamos con varias personas ataviadas con atuendos de lo más variopinto. Me quedo mirando a una tía que parece no llevar nada, solo pintura sobre la piel. Christian me da un codazo que me pone firme al instante. Le paso una mano por la cintura. Ni siquiera la brisa marina que me sopla en la cara me refresca lo suficiente. Para colmo de males, mi jefe nos pasea por el epicentro de la fiesta que se encuentra en pleno apogeo. Luces parpadeantes danzan al ritmo de la música que sirve el DJ. La piscina está ocupada por varias bellezas en *topless*. Finjo que no existen por mi bien. Y porque se supone que a este torero le van los rabos... de toro.

—Ey, Christian, ¿eres tú?

El rubio se desembaraza temporalmente de mí para saludar a unos tíos que van vestidos de Robin Hood o algo así. Los dos llevan la misma ropa y, ahora que me fijo, sus caras son iguales. Gemelos.

—¿De qué vas vestido? —Se ríe uno de ellos—. ¿De ginecólogo de famosas?

Risas. Las mías, tal vez, las más falsas de todas.

—Al parecer las mujeres ya no le van a nuestro Chris —sentencia el otro.

—¿Cómo?

—Eso he oído...

—Soy un científico loco —declara el rubio con orgullo.

—¿Y quién es tu... acompañante? —Me miran de arriba abajo—. ¿Paquirri?

—Caye, Beltrán... os presento a Borja, mi chico.

—¿Tu chico? —Los dos se ríen igual. Y a la vez. Resulta inquietante—. Entonces... ¿es en serio?

—¡Creí que solo eran rumores!

Mi jefe aprovecha sus dudas para endosarme un beso con un poco de lengua al final. Escucho los jadeos de asombro de los dos hermanos. Alguna risilla y comentarios silenciados por el volumen de la música, también.

Joder, necesito una copa ya mismo.

—Pero ¡Chris! —ríen escandalizados—, ¡si tú siempre has sido heterosexual!

—¡Y un ligón de cuidado!

—Lo sé, lo sé, pero cuando el amor llama a tu puerta da igual quién se encuentre al otro lado. Es que, por favor, ¿habéis visto lo atractivo que es mi chico?

Me obliga a dar una vuelta sobre mí mismo. Me siento como un mono de feria. Los gemelos hablan sin parar de mi físico. Por suerte, casi todo lo que pillo al vuelo son alabanzas. Me esfuerzo por mostrarme sonriente y locuaz, pero el capote me pesa y algo en la conciencia también. Creo que es la dignidad. Me escasea. Vuelvo a pensar en el cursillo acelerado sobre inversiones en bolsa, en los ocho mil euros limpios que entrarán en mi cuenta a finales de mes. Eso es la semana que viene.

—A nosotros es que ese rollo no nos va, pero... ¡respeto! —dicen esta última palabra a la vez.

Oh, joder, me recuerdan a Sergi.

—¡Necesito una copa! —declaro, incapaz de soportar más a este par—. ¿Quieres algo, cariño? Mi jefe asiente.

—Ya conoces mis gustos, así que...

Me da una palmadita en el culo y soy libre. Me dirijo por inercia hacia un lateral. Busco botellas, un camarero, pero el desenfreno me distrae. Un hada se da el lote con un superhéroe. Un pirata se mete algo discretamente en un rincón. Dos extraterrestres se zambullen en el agua. Un unicornio baila solo. Un astronauta ha roto motor y corre a vomitar por la borda. Asqueroso.

Cuando por fin consigo las bebidas, me arrepiento de no haber pedido una botella de agua bien

fría. Hubiese sido la decisión más sensata, pero de eso ya no me queda.

Sobre todo cuando de repente me fijo en Marilyn Monroe.

Está de espaldas, contemplando la negrura del mar fundida con el cielo. Las luces de colores apenas rozan su vestido blanco. Su pelo rubio platino, peinado en ondas, resbala por sus hombros. Cierro la boca cuando me doy cuenta de que casi babeo por culpa de esos tacones que le hacen unas piernas de vértigo, de las curvas posicionadas en los lugares correctos y ¡qué decir del escote en la espalda! Me dan ganas de meter un dedo en la copa, acercarme hasta ella sigiloso y pasear el frío de mi huella por sus omóplatos. Ojalá viniera una ráfaga de viento que le levantara la falda, como en la escena de aquella película.

Mi mente calenturienta fantasea con que no lleva bragas.

Aparto esa ordinarietà de mi mente y me pregunto qué hará esta belleza sola. Rechino los dientes al caer en que no voy a poder acercarme a ella, mucho menos tratar de ligármela. Como sigo sin verle la cara intento convencerme de que en realidad es un cardo, más fea que pegar a un padre. Doy orden a mis pies para que se larguen de allí, pero no me hacen caso. Quieren comprobar cómo es. Yo opino que eso solo me va a traer problemas. De pronto, se gira. Me transporto a una película en blanco y negro. Me fijo en sus labios pintados de rojo intenso. Se curvan en una sonrisa inocente con un punto de coquetería. Mi pene despierta, o eso creo, porque está tan apretujado que apenas puede maniobrar.

—Hola. —Agita su mano. Actúa como si me conociera.

Ojalá tuviera las manos desocupadas para quitarme las medias y la chaqueta. Si sigo así voy a terminar mareándome. Cierro los ojos, trato de respirar profundo. Noto que recorta las distancias.

«Oh, no, no te acerques a mí. ¡Mierda!».

—¿Qué hay, Marilyn? —trato de sonar tan casual como me es posible.

Sus ojos, enmarcados por cejas perfectamente arqueadas, brillan. Lleva un sutil delineado negro que hace resaltar sus ojos. Me fijo en que no son azules, sino grises. Y esas pestañas son tan largas que tienen que ser postizas.

Sé que eso existe porque un antiguo ligue se las quitaba antes de darle al tema.

—No me reconoces, ¿verdad? —extrañado, frunzo el ceño. Ella se ríe—. Soy la hermana de Christian, Sofía.

Mierda, ¿es ella? Imposible. La chica del otro día no tiene nada que ver con este despampanante bombón. Seguro que he oído mal. Que el calor, la música y la deshidratación me afectan los sentidos.

Se inclina para darme dos besos, pero yo retrocedo. Busco urgentemente un lugar donde dejar las bebidas. No siento las palmas de las manos por culpa de los hielos y, sin embargo, el resto de mi cuerpo arde. Hace rato que rompí a sudar. Me jode por el traje. Inspiro hondo. Le entrego a Marilyn los vasos de tubo, dejo el capote en el suelo y me quito la chaqueta con todo el cuidado del que soy capaz. Después van las medias. Me calzo de nuevo. Sí, con los pies desnudos y sudorosos. Es repugnante, lo sé, pero la alternativa es peor.

Y por si te lo preguntas, me da igual lo que piense esta tía de mí: necesito respirar sin sentir que me ahogo.

—¡Puf!

—¿Mejor?

Asiento con temor a mirarla, pero la curiosidad me puede. ¿Debajo de Marilyn se esconde la tipa anodina que vestía camisa y vaqueros en la fiesta anterior? ¡Imposible! Ha debido hacer un pacto con el diablo. Y obviamente lleva una peluca. Pues si yo fuera ella, me teñiría con este rubio porque le queda espectacular. Me guardo mis comentarios. Intento no mirarle el escote.

Sutil, elegante, pero patente. No tiene mala delantera, aunque seguro que lleva relleno.

Me moriría por comprobarlo.

—Me gusta tu disfraz. —Ella sí que me repasa de arriba abajo sin cortarse un pelo—. Te queda bastante bien.

—Di la verdad: me queda perfecto.

Ella ríe y creo que ha llegado el momento de beber. Hago un truco de magia digno de Houdini porque le arrebató una de las bebidas y de un plumazo media copa desaparece en mi estómago. Quizá eso me obligue a percibir la cara de Marilyn Monroe como lo que es: una preciosidad. Joder, es que la hermana de mi jefe es un pibón. ¡Sorpresa! Cuanto más la miro, más surrealista me resulta este giro de los acontecimientos. Parpadea coqueta, me estudia con detenimiento, me sonríe y ese lunar falso junto a su boca me suplica que lo borre a lametazos.

Parece la reencarnación del mito erótico de Hollywood. O la jodida Cenicienta. ¡Menuda transformación!

—Ojalá fuese Kennedy. Y mi cumpleaños —pienso en voz alta.

—¿Cómo? —Sofía ríe divertida.

—Nada, nada. —Le confisco la otra bebida—. ¿Qué haces aquí tú sola?

—Me apetecía.

Me acerco un poco más a ella. Mis ojos fijos en sus labios. Mis ganas de flirtear aumentando.

—¿Y por qué alguien como tú querría estar sola?

Se gira para mirarme. La voz me ha salido demasiado ronca y mi cuerpo se empeña en gritar mi heterosexualidad a los cuatro vientos.

—Porque a veces eso me agobia. —Señala la fiesta, pero podría estar refiriéndose a cualquier cosa.

En eso caigo después, porque en el instante solo puedo pensar en que me la llevo al camarote y le hago olvidarse de cualquier pena.

—No tienes aspecto de ser de las que se agobian.

—Pasa incluso en las mejores familias. ¿Y tú, qué haces aquí solo, torero?

—Me he perdido —sonríe y pongo cara de niño bueno.

—La plaza de toros está por ahí. —Ella sonríe a su vez. No parecen intimidarle mis maneras de avasallarla con los ojos—. Y mi hermano no se despegaba de ti ni con agua caliente.

Arrugo algún músculo cercano al labio superior. No me gusta la mención a mi jefe. Me recuerda el lugar que ocupó, el papel que interpreto, y ahora solo me apetece fingir interés en lo que ella dice para ver si cuela.

No le quitaría la peluca. Le subiría el vestido y le enseñaría lo que es una buena corrida... de toros.

—¡Borja! ¡Sofía! —Escucho la voz de Christian a lo lejos. Ella gira la cabeza. Yo me aparto como si tuviera la peste. Se me acelera el corazón. Pillado. Pillado con las manos en la masa.

Mentira. ¡Qué más quisiera!

—¡Hermanito! —Se acerca para depositar un suave beso en su mejilla—. ¿Qué hacías con mi chico? —Me pasa la mano por el hombro.

—Solo hablábamos.

—A ver si me lo vas a quitar...

Suelto una carcajada histérica. Los Betancourt se me quedan mirando y decido ahogar mi poca vergüenza en alcohol.

—Toma, cariño, esto es para ti —le digo en cuanto termino de tragar.

Mi jefe me quita la copa de las manos y se la lleva a los labios.

—Muy cargada, tal y como me gusta —ronronea. Me planta un beso que no sé cómo digerir porque, por un jodido momento, se me había olvidado que tenía que interpretar el papel de novio abnegado. Por un momento, estaba siendo yo mismo, Borja Folcaquier i Margall ante una mujer que me quería llevar a la cama.

—Chicos, os dejo —anuncia Sofía—. Luego nos vemos.

—No creo. Voy a llevarme a mi chico a un sitio más privado. —Me envuelve entre sus brazos en un gesto posesivo—. Tu prometido está en popa, por cierto.

Marilyn nos abandona. No puedo evitar perseguir su espalda al aire, su culo y sus piernas antes de que desaparezcan por una esquina.

—Borja...

—¿Qué? —Mi jefe no me suelta.

—Que es mi hermana. Está prometida. Y se supone que eres gay.

—Aha...

—No, me parece que no te enteras —susurra en un tono de voz duro, baja la mano y me pellizca el trasero con fuerza—. La baba se te tiene que caer conmigo, no con ella.

Me revuelvo para que deje de torturarme. Termino mi copa y rumio una disculpa que no me apetece soltar.

—Tienes razón.

—Procura que no vuelva a pasarte.

—Descuida —digo tirante—. Ella está pillada, yo también.

Me abraza otra vez. Cierro los ojos y lo acojo en mi pecho como si fuera la persona que más me importa en el universo.

—Escúchame bien: si necesitas a una mujer, dímelo. Te conseguiré a la que quieras, ya lo hablamos en nuestro acuerdo, pero...

—Christian, tranquilo, de momento no hace falta. —Alzo las manos en señal de rendición y abandono mi copa vacía en algún sitio—. Déjame explicarte lo que ha pasado...

—No quiero que me vengas con excusas e historias.

—Lo que sucede es que conocí a tu hermana de una... manera y hoy... parecía una... persona diferente. —Menudo eufemismo me marco para contarle que su hermana ha pasado de patito feo a pibón en menos de dos semanas—. Solo estábamos hablando, eso es todo.

—Vale —suspira—, volvamos a la fiesta.

Se agacha para recoger mi capote. No ve las medias tiradas por ahí y doy gracias.

—Volvamos —consigo sonreír—. Me muero por otra copa.

—Y por mí. Te mueres por mí. Que no se te olvide.

Nos mezclamos con la gente. Algunos se han despojado de sus disfraces. Otros, de su dignidad. Algunas tías enseñan demasiado y otros prefieren hacer una demostración de lo que es el amor libre delante de todos. Paso de eso. Mis ojos se van detrás de cualquier cosa blanca que se mueva, pero no la veo. Bebo más, me desinhibo. Le doy dos o tres besos a mi jefe cada diez minutos. Me río de chorradas. Me meto en conversaciones que no me incumben. Invento una vida paralela en la que todo me va bien. Casi me lo creo.

Casi.

Hasta que Marilyn regresa del brazo de un tío que lleva peluca gris y tacones. Incluso así es de su misma altura. El atuendo parece una mezcla entre moda barroca y un esperpento de lo más simplón que, además, desafía toda lógica.

—Borja, ¿te acuerdas de Marcos? —Christian está un poco borracho y, por fortuna, algo menos sobón—. Es el prometido de Sofía.

—Ah, sí, hola. —Le aprieto la mano fuerte, con demasiada confianza, y creo que le hago daño porque sacude los dedos y pone una cara de tonto que me causa repulsión.

Mi mirada se cruza con la de Marilyn. En sus ojos detecto un brillo que me transmite complicidad. Procuro que mi atención se quede en ese área tan restringida. Es difícil disimular que no te atrae una mujer como esta.

Muy difícil.

—Enhorabuena. Por la boda y eso —me oigo decir—. ¿Cuándo se producirá el feliz acontecimiento?

—En cuatro meses.

Pongo cara de sorprendido. Y de extasiado.

—¡Debéis estar impacientes!

—Pues no te creas —dice Marcos—, ya vivimos juntos desde hace años, así que solo es formalizarlo.

—Marcos es el primer novio de mi hermana y también el último, ¿no te parece romántico?

—¡Muchísimo!

Los prometidos nos miran con una sonrisa en los labios. Y yo miro con pena la piscina ahora que está vacía.

—Forman una de las parejas más estables que conozco —me chiva mi novio falso—. ¡Los envidio! Llevan juntos desde hace...

—Siglos —dice ella en un tono que no sé interpretar bien.

—No exageres, que son diez años —declara Marcos.

—¡Diez años! —exclamo, pero enseguida recupero la compostura—. ¡Cariño, qué ideal! —Me giro hacia Christian—. ¿Te imaginas cuando los cumplamos nosotros?

—¡Sería un sueño!

—Un sueño que se hará realidad, no te quepa duda.

Joder, diez años. Ni diez meses aguanto con una tía sin querer tirarme a otras, siendo sinceros. Una década en la misma jaula sería la peor condena para mí. Christian y yo intercambiamos miradas significativas. Quizá los demás crean que son de amor, pero ambos estamos hechos de la misma pasta y pensamos igual. Seguimos el juego. Vuelven los besos y los arrumacos. Me cuesta apartar los ojos de Sofía mientras él me come la boca, pero es lo que hay. Y mientras restregamos a la feliz pareja nuestro amor coreografiado, me pregunto qué hace Marilyn con semejante pringado, porque sin duda lo es.

La historia se repite: pibones y fracasados juntos. Es un ciclo sin fin.

Se me dificulta dar con motivos por los que Sofía Betancourt mantiene esta relación. Entiendo que no es por el dinero ya que su familia tiene para aburrir. Tampoco es por el físico, ni por su personalidad. Cinco minutos me bastan para saber que el tal Marcos es más soso que una mata de habas. No sé qué hace perdiendo el tiempo con él. Y van a casarse. ¡Pero si podría tener al que le diera la gana!

Grito indignado por dentro, sonrío por fuera. Muy en el fondo sé que el único pringado aquí soy yo. Pobre, acabado, un títere en manos de un niño rico. El hecho de que Sofía solo haya tenido un novio en su vida deja el listón ridículamente bajo. Seguro que se limitan al misionero y poco más. Joder, yo no me quiero casar con ella, pero pasar una hora o dos en un camarote a solas no estaría mal. Estoy convencido de que cambiaría de opinión en lo que al sagrado vínculo del matrimonio respecta. Y que se olvidaría de sus planes de boda porque ni siquiera sería capaz de cerrar las piernas cuando terminara con ella.

Trago saliva al darme cuenta de que los ojos se me han ido a su escote. Joder, ¿se supone que

me atraen los hombres! Y que es la hermana del que me paga por hacer creer a los demás que estamos locos el uno por el otro. Suspiro. Le toco el culo a Christian no ya porque forme parte de la pantomima, sino ya como premio de consolación.

En definitiva, que Marilyn está buenísima, pero tan prohibida como las drogas, el exceso de velocidad y el dinero negro.

Supongo que por eso me entran más ganas de tirármela todavía.

«Joder, Marilyn, eres una estrella, pero yo te las haría ver dos o tres veces esta noche. Y gratis».



Capítulo 10

Un zumbido tira de mí en mi sueño y me despierta. Estoy atolondrado. Tardo varios segundos en percatarme de que no se trata de mi imaginación, sino de mi teléfono móvil. Salgo de la cama a trompicones, a cámara lenta. La penumbra se cuela en la habitación. Me tropiezo con algo que anda tirado en el suelo: el capote. Silencio una palabrota para no despertar a Christian, que ronca ligeramente. Llego hasta el aparato. No sé cómo narices se ha enterrado hasta el fondo de mi maleta.

Vuelvo a morder mis palabras porque, cuando descubro quién intenta contactar conmigo, sé con exactitud qué busca.

Respuestas.

Pulso el botón rojo. Abro WhatsApp y compruebo que me esperan varios mensajes suyos. Llegan más. Mi madre me informa de que ha visto las fotos y los titulares. Que ha hablado incluso con mi hermano porque está muy preocupada por mí. El teléfono vibra en mi mano. Casi lo tiro. Es ella. Sabe que estoy en línea. Se me acelera el corazón de manera inesperada. Jadeo. Me llevo la mano libre a la sien porque, si bien la resaca no es punzante, se hace notar lo suficiente como para resultar molesta.

—Luego te llamo, mamá. —Mando ese escueto audio murmulado que se come mi jefe entre inhalaciones.

Echo un vistazo hacia donde reposa su cuerpo. Duerme como un tronco. El acto de roncar es demasiado vulgar como para que lo sufra alguien como él. Nunca pensé que sería de esos, pero, tal y como dijo Sofía, algunas ordinariencias ocurren hasta en las mejores familias.

Decido ponerme el bañador y salir del camarote en modo incógnito. Necesito sacarme la espinita que llevo clavada desde ayer y zambullirme en la piscina. Cierro la puerta tras de mí y la sensación de libertad es indescriptible. Voy descalzo, no llevo toalla pero sí gafas de sol. Me dirijo hacia la piscina fantaseando con que «El Esplendor II» es de mi propiedad. Siento un cosquilleo en el estómago cuando me aproximo a ese infinito azul que está tan en calma. Me dejo emparar por la cascada de agua helada que sale de una de las duchas adyacentes. Ahogo un grito que se halla a medio caballo entre el placer y el horror. Y después, intento tirarme de cabeza,

pero aterrizo con la tripa.

Hostias, ¡qué daño!

El agua se encuentra a la temperatura perfecta, para compensar. Sin embargo, cuando emerjo a la superficie, descubro con espanto que no estoy solo. Hago aspavientos con los brazos. Cualquiera diría que no sé nadar bien, o que no lo hago con estilo, aunque en realidad es esta desagradable sorpresa lo que me obliga a comportarme como un mentecato.

—Buenos días, Borja Folcaquier. —Marcos me saluda batiendo su mano, con una estúpida sonrisa en su cara—. ¿Qué tal acabasteis la noche Chris y tú?

Sumerjo la cabeza en el agua para ganar algo de tiempo y pensar no solo en una respuesta elocuente, sino también un modo de quitarme de encima a este animal de bellota.

—Muy bien, ¿y tú? —añado por educación.

—Algo perjudicados. —No se me escapa que incluya a su prometida en la respuesta—. Nada que no cure un buen zumo de pomelo y reposo. —¿Zumo de pomelo para la resaca? ¿Se puede ser más pedante? Me paso la mano por la cara para que no lea en ella lo mal que me cae—. Por cierto, tengo algo que confesarte...

«Yo también: me tiraría a tu novia hasta que se me cayera el pene a trozos». Pienso.

—¿El qué? —La curiosidad me puede.

—Bueno... —sus hombros se sacuden varias veces antes de volver a hablar—, reconozco que ha sido un *shock*: ¡mi *soon-to-be* cuñado tiene novio!

Suelta una risotada. Ahora que no lleva puesto ese ridículo disfraz casi parece una persona normal.

Casi.

—Bueno, tal y como dijimos ayer, el amor es así. No entiende de géneros, ni de clases, ni...

—No sé, algo no me cuadra —insiste con una saña que roza el mal gusto—. Lo hemos estado comentando Sof y yo. Desde que lo conozco siempre ha sido un casanova. Pocas veces repetía en compañía de la misma mujer. El nivel, ¡aquí! —Eleva la mano por encima de su cabeza—. ¡Exagerado! Y de repente... tú.

—Yo no estoy nada mal.

—Eso no puedo juzgarlo, no eres mi tipo.

«Perfecto, porque te mandaría a la mierda de un rodillazo en la entrepierna». Pienso. Y, a continuación, chasqueo la lengua como si lo que fuese a decir ya lo hubiese contado cientos de veces antes:

—Lo que le pasa a Christian es que es «homo curioso».

—¿Cómo?

—Homo curioso, en lugar de hetero curioso.

—No entiendo.

—Que era un gay reprimido hasta que me conoció a mí.

Marcos se ríe tanto que se dobla sobre sí mismo. Cruza sus brazos sobre la tripa y suelta una carcajada tras otra.

—Ay, Borja, pero ¡qué dices! ¡Eso es ridículo!

Yo no me río.

—¿Ridículo? Si Christian pensara que lo nuestro es ridículo lo estaría escondiendo, pero no es así.

—Perdona... —se le atasca la voz—, es que nunca he conocido a nadie que... cambie de gustos de la noche a la mañana. ¿Le ha pasado algo así a un amigo tuyo?

—¿Puedes alcanzarme una toalla? —le pido con brusquedad.

Marcos se gira para buscar lo que demando como si fuese un miembro de la tripulación. No tarda en hacer realidad mis deseos de manera diligente. Salgo de la piscina con movimientos fluidos dejando patente mi buena forma física. Sonrío por dentro. Ni rastro de la débil resaca que me asolaba antes. Me envuelvo en la suavidad del tejido. Un escalofrío de pleno gusto me recorre de arriba abajo.

—¡Estabas aquí! —La voz de mi jefe me provoca otra sacudida, pero esta no es placentera—. Mi pequeño bocadito de nata...

Mi expresión neutral esconde lo poco que me gustan esos apelativos tan empalagosos. Si el prometido de Marilyn desconfía es precisamente por cosas como esta, supongo. Christian deposita de forma despreocupada un beso tierno sobre mis labios. Tira de la toalla para envolverme bien y me fuerza a abrazarlo.

—Perdón, pero no me acostumbro a estas demostraciones de amor homosexual... —musita Marcos.

El rubio está a punto de replicar algo cuando una voz se sobrepone a las nuestras.

—¡Pero si estáis aquí todos reunidos!

Sofía aparece sin maquillaje, sin tacones, sin ropa apretada y sin escote. Acaba de despertarse tras una noche de juerga y se nota. Su rostro hinchado junto a sus ojeras le restan belleza y distinción. Lleva el pelo aún mojado después de haber pasado por la ducha. Frunzo los labios. La Cenicienta de perfil bajo está de vuelta y no sé si alegrarme o ponerme de luto. Así que me despido de Marilyn hasta que la resucite cuando necesite aliviarme en soledad, que vaticino será dentro de no mucho.

—Hola, hermanita. —Christian saluda sin quitarme las manos de encima—. Que sepas que tu futuro marido es un homófobo.

—¡Christian, eso no es verdad! —protesta el ofendido—. ¿Es que no puede chocarme tu cambio de acera? Por Dios, ¡hace diez años que te conozco! Ya no pareces el mismo.

Debo decir a favor del idiota que sus argumentos son bastante sólidos, pero antes muerto que defenderlo. Por eso digo:

—La gente cambia.

—Estabas sometiendo a un interrogatorio a mi chico. ¡Y a traición! —Christian no se baja del burro—. Confiesa.

—Marcos, déjalo. —Sofía le dedica una cálida sonrisa a su prometido—. Mi hermano tiene derecho a encontrar el amor con la persona correcta. ¿Qué más da si es un hombre?

—Sí, ya, Sof, la teoría yo también me la sé...

Odio que la llame «Sof». Lo odio mucho.

—¿Entonces?

—¿En serio no ves nada raro aquí? —Nos señala—. ¡Vamos, hombre, esto no es normal!

—Define «normal».

Suspira. Se pasa la lengua por los labios mientras le dedica una mirada condescendiente a su novia. Joder, ¿por qué nadie dice nada? Mi jefe aprieta la mandíbula. Me abraza aún más fuerte. Acaricio su cabeza hasta despeinarlo. Estoy a punto de soltar alguna réplica ingeniosa pero soy el recién llegado y no me atrevo a descubrir mi animadversión por este tipo. Me pregunto con rabia por qué ella deja que le hable así. Se merece a alguien mejor. En todos los sentidos.

Ojalá algún día abra los ojos aunque no sea yo quien se beneficie del despertar.

—Son los nervios por la boda, estoy seguro —bisbisea Christian, incapaz de dejarlo estar, pero con suficiente clase como para no enfrentarse al cretino.

—Seguramente. —Sofía tampoco pierde la compostura ni la sonrisa que ahora apunta hacia mí

—. ¿Qué tal tu primera fiesta de disfraces, torero?

De repente tengo la sensación de que el tonto de su novio y el mío falso desaparecen, cosa rara porque estoy tan pegado a mi jefe que parecemos siameses.

—Ya he ido a otras fiestas de disfraces.

—No como la de ayer. No en un sitio como este. No así vestido. ¿Me equivoco?

Clava su mirada tan profundo en mis ojos que creo que ve el fondo de mi alma. Prefiero que no escarbe ahí. Seguro que no encuentra nada bueno. Me aparto un poco de Christian. Me quito la toalla porque empiezo a sentir calor y porque quiero lucir palmito.

—Tienes razón. Y tampoco había conocido nunca a Marilyn Monroe.

Alguien de la tripulación se dirige a Christian justo en el momento perfecto. Marcos también se distrae, pero Sofía y yo estamos secuestrados por un duelo mudo al que no le encuentro sentido. Nos quedamos aún más solos cuando los otros dos se separan. Entonces, justo entonces y no antes, siento sus ojos resbalando por mi cuerpo como si fueran mantequilla derretida.

—Marilyn se quedó en la fiesta —susurra.

—Es una auténtica lástima. —Joder, hablamos sin apenas levantar la voz. El flirteo es descarado. En cuanto parte de la sangre que me fluye por el pene regresa a mi cabeza, parpadeo y acierto a añadir—: Me gustaban sus zapatos. Quería unos igualitos para mí.

Es lo primero que se me ha ocurrido, aunque nada es casual. Sofía Betancourt siempre me recordará a la Cenicienta.

—¿También usas tacones? —Arquea una ceja.

—A veces.

—¿Lo sabe mi hermano?

—Para él no tengo secretos.

Mi jefe y Marcos regresan a nuestro lado. El encantamiento se rompe tan rápido que me da vértigo.

—¿Desayunamos?

Recupero las gafas de sol que había abandonado por ahí antes de mi chapuzón. Los cuatro nos dirigimos perezosos hacia una larga mesa blanca en la que se halla dispuesto el desayuno. El mantel, de un blanco nuclear, ondea al capricho de la brisa marina. Zumos de frutas en una asombrosa variedad de colores vibrantes nos esperan. Seguro que ahí está el de pomelo para el bobo de Marcos. Pasteles y croissants recién horneados desprenden un delicioso aroma. La mermelada, la miel, presentes en pequeños cuencos. Huevos Benedicto, salmón ahumado, tortilla, pan.

Se me hace la boca agua.

Tomo asiento junto a mi jefe en una de las sillas acolchadas. Soy el único que va tan destapado, consciente del efecto que mis abdominales dejan en la libido de Sofía. Estoy seguro de que no me quita el ojo de encima, pero no quiero comprobarlo. Me cuesta fiarme de mis desvaríos calenturientos y de esa extraña conexión que he sentido antes.

Las gafas de sol me aíslan de la conversación tan insulsa que mantienen los tres. Parece que la tensión de antes se rebaja ante la comida. No tengo nada que objetar. Procuro comer poco para no echar barriga. Prefiero centrarme en el tacto de mis pies deslizándose sobre la suave madera de la cubierta mientras observo el horizonte infinito. Le doy vueltas al nombre del barco. «El Esplendor II». ¿Qué habrá sido del primero?

La sobremesa tras el desayuno apenas se alarga unos minutos. Nos despedimos de Sofía y del pelele. Cuando regresamos a la habitación me convenzo de que Sofía Betancourt en su versión hollywoodense es peligrosa. Un riesgo controlable y asumible, nada de lo que preocuparse.

Trazo un plan para evitarla durante unos días. Ese lunar falso cerca de su boca pintada de rojo es un recuerdo demasiado reciente y necesito descargar para volver a verla como lo que es: la hermana insulsa de mi jefe rico.

—Christian —hago una pequeña pausa para comprobar si he captado su atención—, ¿cuándo vamos a volver?

—¿Tienes acaso prisa, amor mío?

—Solo quiero saber a qué atenerme. Y aquí dentro no hay necesidad de fingir —le recuerdo.

—Volveremos mañana.

—¿Vas a llamar a los paparazzi?

Deja su teléfono, alza la mirada y me estudia con atención:

—No lo había contemplado, ¿por qué?

—Hombre, pues ya que estamos...

Se acerca a mí. Se detiene a menos de un paso de distancia antes de clavarme la mirada y musitar:

—Acaparar los tabloides por los mismos motivos que la vez anterior es síntoma de ordinariez. Siempre lo dice mi madre.

—Entonces, ¿qué les ofreceremos a la próxima? —pregunto con un deje constreñido en la voz.

—La pregunta correcta en realidad es: ¿qué sentido tendría pavonearnos de nuevo delante de la prensa rosa?

—También lo hacemos delante de tu familia, ¿no?

Mi jefe solo sonríe. Se larga silbando y se agacha frente a su maleta. No lo entiendo. Me está pagando una pasta para lucirme bajo su brazo. ¿Por qué no me estruja como si fuera un estropajo mugriento junto al fregadero? Debería exponerme ante los medios, airear lo nuestro, restregarlo en las elegantes napias de sus padres. No me vendo barato y no le salgo rentable. El corazón me da un vuelco al imaginar que se percata de esto y prescinde de mí, pero Christian sigue como si nada eligiendo la ropa que vestirá hoy su cuerpo.

—Entonces, ¿la próxima vez estaremos solos tú y yo? —inquiero porque no soy capaz de dejarlo estar.

—Demonios ¡no!

Odio que me mire con tamaña condescendencia. Me recuerda a la manera en que el mentecato ese contempla a su futura esposa.

—Recuerda que aún me debes una clase práctica sobre cómo invertir en bolsa. Y después podríamos hacer lo que nos diera la gana. ¿No te apetece... ya sabes?

Hago un gesto un poco tosco. Me refiero sin palabras a acostarnos con mujeres. Mi pene poco a poco va olvidándose del trauma que supuso todo aquel lío de Jessica Padilla y ahora necesita acción. Sobre todo si quiere sobrevivir a otro encontronazo con Marilyn Monroe.

Improbable, sí, pero también impredecible de darse el caso.

Mi teléfono móvil vuelve a vibrar. Esta vez furioso, sin descanso. Lo localizo y compruebo lo que me temía.

—Dile a esa tía que pase de ti. Que ahora estás pillado —dice Christian mientras se asoma por encima de mi hombro.

Aprovecho para enseñarle el nombre que aparece parpadeando en la pantalla.

—Es mi madre. Tiene muchas preguntas a raíz de que se haya hecho público lo... nuestro.

—Comprensible.

—Seguro que quiere conocerte y todo eso... joder, ¡y mi hermano también! —suelto al recordar la encerrona que me tendió el otro día—. ¡Dios!

El rubio se ríe a mi costa.

—Es una idea magnífica.

—No, no lo es —musito por lo bajo.

Eleva la ceja. Me estudia con una sonrisa medio oculta tras la mano que se apoya en su mentón.

—Algo me dice que lo pasaríamos bien.

Oh, sí, el niño rico quiere diversión. Hacer una excursión temporal a los infiernos de lo cotidiano. Asomarse a una ventana con vistas al mundo común de los mortales. Después se secará el escaso rastro de sudor que quede en su frente, aliviado por no habitar en esa inmundicia que los demás llaman vida y que se ahorra gracias a sus privilegios de nacimiento.

—Te aburres mucho, ¿eh?

Por suerte, se toma bien mi comentario porque su respuesta consiste en recoger una bola hecha con un par de calcetines y tirármela a la cara. Me impacta de lleno. No me lo esperaba. Suelto una carcajada. No me gusta la idea de mezclar negocios y familia. Sin embargo, me temo que tarde o temprano eso pasará. Mientras esta película dure solo puedo retrasarlo, no evitarlo. Cuando a mi jefe se le mete algo en la cabeza, es difícil disuadirlo.

Además, cualquier cosa es mejor que volver a ver a Sofía Betancourt, ¿no?



Capítulo 11

Sofía

Hundo el pie en el acelerador. Mi coche y yo en perfecta sintonía, la velocidad corriendo por mis venas. No llevo encendida la radio. El rugido del motor es mi banda sonora preferida desde hace más de veinte años. Recuerdo cuando robaba las llaves de los deportivos que colecciona papá y salía a quemar un poco de rueda. Multas, broncas, varios abollones y sustos tras chocar. Nada fue capaz de disuadirme cuando me enamoré por primera vez. No fue de ningún chico, sino del mundo del automóvil. La adrenalina que me recorre el cuerpo tras el volante no me lo proporciona nada más.

Ni siquiera una noche apasionada, ni un beso, ni un...

Freno en seco cuando el semáforo cambia de color. Pienso en Marcos y en los motivos por los que ha decidido no acompañarme hoy. Si dijera que estoy decepcionada mentiría. Tampoco es que me haga especial ilusión ir sola, pero es mejor así: menos distracciones.

«Voy a descubrir qué es lo que tramas, Borja Folcaquier». Pienso.

Luego retiro esas palabras porque es mi hermano quien me preocupa.

Estoy más que acostumbrada a investigar. El diablo se esconde en los detalles, dicen, y no puedo estar más de acuerdo. Tengo buen ojo, mente analítica y pasión por desentrañar misterios. Mi habilidad está avalada por mi experiencia en el sector. Me he ganado un nombre, una reputación. Soy certera en mis conclusiones, pero reconozco que a veces sigo dejándome llevar por corazonadas. Y rara vez me equivoco. Por eso sé que mi hermano esconde algo. El giro tan brusco que ha tomado su vida me hace sospechar que tras él hay juego sucio. ¿Lavado de cerebro? ¿Drogas? ¿Chantaje? ¿O simplemente un flechazo que arrasa con todo? Aunque mi especialidad sean los coches y no las personas, seguro que logro sacar conclusiones. Y luego, ¿qué?

Bueno, esa parte todavía no la he pensado bien.

La relación de Christian con Borja me dejó primero estupefacta, luego algo escéptica. Mi alegría no es tan genuina y mi aceptación pasa por comprobar una serie de cuestiones. Por suerte, mi conciencia ya se ha tranquilizado a estas alturas, pero necesito asegurarme de que esa relación

es auténtica antes de asumir que la nueva condición de mi hermano. Y entonces no solo me alegraré por él, sino que además sentiré un picotazo de envidia al verles tan acaramelados.

«Es lo que tiene llevar diez años con Marcos, Sofía. No le des más vueltas». Pienso.

Bajo la ventanilla. El viento golpea mi rostro. La sensación de libertad que me invade ahora mismo es incomparable a ninguna otra. Apenas hay tráfico y eso me pone de buen humor. Es como si la ciudad se hubiese convertido en mi circuito privado. Me pertenece y la reclamo con cada curva, con cada acelerón. No obstante, en cuanto deje el coche estacionado en algún garaje cercano a mi destino mi calma se desvanecerá. Eso de que mi hermano prefiera a un hombre, a un solo hombre, me perturba. A Christian Betancourt nunca se le han dado bien las relaciones monógamas y estables. Me pregunto si ahí dentro, en su cabeza, ya no se encuentra mi hermano sino una versión perteneciente a un universo paralelo.

En definitiva, algo no cuadra y no voy a parar hasta averiguar qué es.

Reconozco que estuve a punto de abandonar mi plan. Lo último que quiero es seguir los pasos de mamá y papá. Su vena controladora puede llegar a ser tan asfixiante que es fácil volverse loco. Me niego a hacerle lo mismo a mi hermano. Yo no soy así. Ni con él, ni con mi novio, ni con nadie. Meterme donde no me llaman va contra mis creencias. Sin embargo, cuando la situación es tan excepcional como esta, mi instinto protector se activa. ¿Qué clase de persona sería si me diera igual lo que pasa en su vida? No importa que Christian sea el mayor. Si se ha metido en algo que no es bueno para él haré todo lo posible por sacarlo de ahí, aunque luego deje de hablarle.

Me ha costado convencerlo de que me incluya en el plan. De hecho, técnicamente no estoy incluida en el plan. Intenté primero sobornar a Wilfred, pero el chófer no puede ser corrompido. Por fortuna, Conchi es diferente. Por una módica suma que para el ama de llaves supone un mundo sé dónde están él y su novio esta noche.

Voy a dejarme caer por ahí. Sé que mi estrategia no parece demasiado elaborada, pero solo necesito pasar más tiempo con ellos.

Conocer a Borja un poco más.

Llego al sitio que me ha dicho Conchi, pero asumo que se trata de un error y sigo caminando. Les pregunto a unos chicos que fuman apostados en una esquina. Retrocedo sobre mis pasos al verificar que, en efecto, me encuentro en el lugar indicado. Mi piel se eriza al entrar. Es un portal que da acceso a otro mundo, uno que por fortuna jamás he pisado con anterioridad. La mezcla de humo y sudor que flota en el ambiente se disimula a duras penas con un estridente olor a limón artificial que pronto me dará dolor de cabeza. La música, absolutamente pasada de moda, reverbera en las paredes descascaradas. Esto debe ser lo que la gente común llama «bar de viejo». Me siento como una niña pequeña que se pierde en una excursión escolar. El local emana una energía que me llega en toda su crudeza. Me transmite una honestidad brutal, sin refinar, que contrasta con la artificialidad que me acompaña en mi vida cotidiana.

«¿De verdad están mi hermano y Borja aquí o se trata de una retorcida broma de Conchi?». Me pregunto.

Justo cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra del lugar diviso a Borja. Habla con un tipo grande de pelo largo y rubio recogido en una cola de caballo. Mi hermano los mira con cara de circunstancias. Cuando le incluyen en la conversación, su gesto muta de manera notable. Sonrío para mis adentros y me alejo un poco para observarlos sin ser detectada. Transcurren cinco minutos hasta que me doy cuenta de que así no voy a conseguir respuestas. Además, un tipo ha intentado ligar conmigo de manera poco sutil, así que huyo hacia ellos. La espalda de Borja secuestra mi atención. Mi mirada resbala por sus pantalones vaqueros, regresa a sus

hombros y después se detiene en su abundante mata de pelo. Una mano se lo aparta. Creo que es la de mi hermano, pero no estoy segura. Se dedican unas cuantas carantoñas que no me revuelven ninguna emoción.

No puede negarse que Borja es un tipo atractivo. No me extraña que mi hermano lo haya escogido como pareja. Me acerco hasta ellos. La distancia es mínima. Se me acelera el corazón cuando llamo la atención de Borja poniéndole una mano en el hombro.

Empieza mi misión.

—¡Hola!

Detecto el momento exacto en que me reconoce. Abre mucho los ojos y la boca. Me esfuerzo por no reír.

—¿¡Qué haces aquí!?

—Pasaba por el barrio.

—Ah, ¿sí? —dice, entrecerrando los ojos.

Está claro que no me cree y lo entiendo. Jamás he pisado esta zona de la ciudad. Nada se me ha perdido por aquí... hasta esta noche.

—En realidad no tenía planes y... os he seguido —miento.

—Pero... ¿y tu novio? —mira por encima de mi hombro.

¿Soy yo o ha pronunciado la última palabra con retintín?

—Tenía cosas que hacer.

Se inclina hacia mí. Huelo su colonia por encima del aroma a limón artificial que lo impregna todo. Me aparta un mechón de pelo y susurra contra mi oído:

—Muy mal... ese novio tuyo...

—¿Qué le pasa?

Se aleja y me sonrío sin darme una respuesta que no debería anhelar. Calculo que lleva un par de copas de más. Perfecto para que la lengua se suelte y empiecen a desfilar las confesiones. Por eso yo no tomo nada. Necesito tener la cabeza lo más despejada posible, atenta a cualquier pista que incline la balanza hacia el lado del romance o del montaje.

A Borja le brillan los ojos. Pienso que su sonrisa es lo más bonito que he visto en mucho tiempo y, antes de que pueda averiguar qué significa eso, se retira a comentar con mi hermano mi presencia aquí. Christian me saluda desde la distancia, pero no se acerca ni me dice nada. A juzgar por la expresión de su rostro no le hace gracia que estemos compartiendo el mismo aire viciado.

—¿Te conozco?

La pregunta encerrada en gritos de mujer me hace girar la cabeza. Una pelirroja custodiada por una rubia muy alta y una morena guapa pero con cara de pocos amigos pretenden acorralarme. Estoy en un sitio que no conozco, en un ambiente ajeno. Subo la guardia de inmediato, aunque no me intimidan. He lidiado con gente de aspecto más feroz, así que sonrío y me preparo para sacar partido a las clases de diplomacia y buen comportamiento a las que mi madre me apuntó de pequeña:

—No tengo el gusto.

—Pero sí conoces a mi cuñado. —Señala en dirección a Borja. Entonces nuestras miradas se cruzan. Creo ver reflejado en sus ojos algo parecido al horror, pero retiro la vista para centrarme en la hostilidad que percibo frente a mí.

—¿Borja es tu cuñado? —asiente—. También puede llegar a ser el mío, así que encantada de conocerte.

Le tiendo la mano, que se queda sostenida en el aire hasta que me percato de que no va a ser

estrechada. La pelirroja posee un rostro armonioso y una belleza poco sutil de la que dudo sea del todo consciente. Su magnetismo es innato. Es la líder indiscutible de la pandilla, se percibe enseguida.

Sin embargo, la rubia demuestra ser la más espabilada de las tres porque enseguida responde:

—Así que Christian es tu hermano.

—Bingo.

—¿Y por eso los estabas vigilando de lejos?

—¿También eres su niñera?

Eso último lo ha dicho la morena. Es alta, flaca, guapa y va tan arreglada que desentona aquí. Parece que pertenece a mi mundo y no a este. Es como si llevase un disfraz. Uno que le queda estupendo, de hecho.

—No exactamente —digo tratando de sonar casual—. La alternativa era quedarme en casa sola, así que... los he seguido hasta este... sitio.

La pelirroja me observa con su mirada gatuna y desconfiada. Las otras dos logran mantener una pose más neutral, pero sé que también me estudian.

—¿Y qué te parece el... sitio?

Mi instinto grita por alguna razón que se me escapa. Se trata de una pregunta trampa. Lo sé sin más, así que improviso con pies de plomo.

También con la verdad por delante:

—Nunca había estado en un bar así.

—Ya. Lo tuyo es otro ambiente, ¿no? Tranquila, que le pasa lo mismo a tu hermano.

La pelirroja es de armas tomar. Y sé que lo dice con segundas, sin soltar la batuta o el rifle, no sé bien con qué me apunta, pero no va a dejarme escapar hasta que obtenga de mí lo que quiere. ¿Despedazarme? ¿Dejarme en ridículo? ¿Hacerme llorar?

Va lista.

—Sí, es otro ambiente —admito—, pero no te dejes engañar por eso.

—¿Engañar? —se ríe, me pega una especie de codazo sin coordinación alguna, lo que me confirma una ingesta de alcohol excesiva—. Tú no engañas ni queriendo, vamos.

Me señalo la ropa de manera inconsciente. Visto discreta, no llevo joyas, ni cosméticos en la cara y no desentono por eso aquí. Es la cuna la que habla por mí cuando callo, la que manda sobre mis movimientos. O tal vez sean las clases de ballet a las que también me apuntó mi madre en su día.

En cualquier caso, no puedo evitarlo.

—Tere, no seas así. —La rubia trata de serenarla.

—Así que te llamas Tere —le tiendo la mano de nuevo como si lo de antes no me afectara—, yo soy Sofía.

—Tronca, nosotras no hacemos esa mierda. —Pone los ojos en blanco—. Aquí nos damos dos besos, o un abrazo, o...

Hago de tripas corazón y me lanzo directa a su pecho sin pensarlo dos veces.

—¿Así? —digo contra su pelo.

Me sorprende que huela bien. Y que no se aparte de mí. Creo que el factor sorpresa es mi mejor arma, mi mejor baza para salir no solo indemne de este lugar, sino para ganarme a la cuñada de Borja.

Quiero información y haré lo que sea para obtenerla.

—¿¡De qué vas!? —pregunta hostil, pero con una gran sonrisa en la cara que desmiente su tono agresivo.

—¡Así rompemos el hielo! —digo, con más ánimo del que en realidad sostengo—. ¿Cómo se llaman tus amigas?

Me presenta a Ainara y a Lorena. Una tal Paola pasa por allí y también suelta un «encantada de conocerte». Un hombre se acerca a curiosear con una sonrisa canalla. El corazón me da un vuelco al detectar ciertos rasgos de Borja en ese rostro de ojos marrones y pelo rubio. Es una versión diferente que tiene como germen la misma belleza masculina. Parece un surfista desahuciado, un Brad Pitt más joven y bohemio que el original.

Es tremendamente guapo y eso, teniendo en cuenta que no es mi tipo para nada, me resulta inquietante.

«¿Hace cuánto que no te acuestas con Marcos?». Me pregunta una voz interior que me recuerda demasiado a la de mi madre.

Intento silenciarla con una batida por todos esos rostros nuevos. Después, como si estuviera a punto de compartir el secreto mejor guardado del mundo, pregunto:

—¿Qué tal os ha caído mi hermano? ¡Por favor, sed honestos, ¿eh?!

Se miran los unos a los otros, sorprendidos por mi salida jocosa y aparentemente natural. Detecto complicidad, buena sintonía, camaradería entre ellos. Con los ojos hablan antes de que sus bocas entonen respuesta. Una punzada de envidia me recorre las entrañas. Ojalá pudiera sentirme parte de eso, tenerlo con alguien, pero en los círculos sociales donde me muevo eso no se estila. Sí, siempre puedo recurrir a un grupo de amigas con las que ir a tomar algo. Sin embargo, procuro no contarles mis cosas. La capa de saber estar que lo recubre todo es tan rígida, tan políticamente correcta, que el resultado de cada velada no solo es predecible, sino también insulso y aburrido.

Por eso, entre otras cosas, también detesto los eventos que organiza mi madre.

—Es un poco estirado, pero no parece mala gente —dice Sergi.

—Muy en la línea de Borja —ese comentario es de Tere.

Me giro hacia donde se encuentra Christian. Él y su novio ya no están allí. Me cuesta localizarles y, cuando por fin lo hago, compruebo que se están besando. Procesar que mi hermano junte sus labios con los de otro hombre no es fácil. Lo hace sin ningún tipo de pudor, como si no le importara lo que pensasen los demás. Nunca ha sido así de despreocupado.

De nuevo, la desconfianza sobrevuela mi cabeza.

—Me alegro de que lo hayáis recibido bien —murmuro.

—Oye, una pregunta... —El rubio del pelo largo se pasa la palma por el cogote—, ¿tu hermano siempre ha sido gay?

—¡Sergi! —lo regaña Ainara.

—Joder, ¡es que tampoco tiene pinta! —se defiende.

Ese «tampoco» no se me escapa. Al contrario, enciende varias alarmas silenciosas en mi cerebro.

—Mi hermano... —Me censuro a mí misma antes de darme cuenta de que al menos cuatro pares de ojos se posan con curiosidad sobre mí—. Espera —finjo que de pronto se me ilumina la bombilla—, ¿Borja ha salido con otros chicos?

—Con otras chicas, más bien —musita Ainara.

Tere le hace un gesto con el que le pide que guarde silencio. Ella obedece y yo grabo ese dato a fuego en mi memoria. ¿Borja, como mi hermano, renuncia a las mujeres por amor a un hombre? Quizá esté sacando conclusiones precipitadas y es bisexual. En todo caso, debo indagar más y me hallo en el lugar adecuado para ello.

El silencio que impera desde hace unos segundos no trata de competir contra la música, esa

cuya letra desfasada solo parece satisfacer a la pelirroja. Mueve los labios al tiempo que el cantante entona su pena por un amor de alquiler. Me estrujo el cerebro para que mi percepción cambiante de Borja no lo ocupe todo. Lo imagino durante dos o tres segundos con una mujer. En la cama. Desnudo.

Dios mío, estoy fatal.

—¿Por qué no estás bebiendo nada? —Sergi me rescata de mi propia trampa y yo se lo agradezco con una gran sonrisa—. ¿Quieres algo? ¿Una copa? ¿Un refresco?

—Un refresco estaría bien.

—¡Ni se te ocurra pagarlo de tu bolsillo! —le dice Tere a su marido mientras me clava la mirada—, que Sofía los tiene llenos.

—Tere...

—No, tranquilo, está bien. —Por fin bajo la vista y revuelvo en mi bolso—. Mierda, no tengo efectivo... ¿aquí aceptan tarjeta?

Cuando alzo el cuello, Sergi y Tere se han esfumado. En su lugar, un chico de tez morena me observa con gesto amable.

—Hola, yo soy Manu, el novio de Ainara.

—¡Encantada!

Nos damos dos besos. Al separarnos, siento unos dedos en mi brazo.

—Y yo soy Pedro. —Un chico grandote y bastante mono me da un abrazo de oso del que no puedo ni quiero escapar.

Es reconfortante. Cierro los ojos. Tardo en percatarme de que Lorena me fulmina con la mirada. Me aparto de Pedro. Creo que este no se ha dado cuenta de mi cambio brusco de actitud, pero la morena sí. Ya no quiere matarme, no al menos en los próximos minutos. Hace tiempo que no piso un campo de minas tan cuajado de peligros como este. ¡Qué difícil me lo ponen! Si supieran que en pocos meses voy a casarme, tal vez las chicas de este grupo se relajarían un poco.

Me arden las mejillas. Necesito ese refresco para olvidar que no estoy a salvo ni siquiera cuando creo que puedo tomarme un respiro. Esta gente es recelosa y desconfiada. Los comprendo. Corroboro mi postura tras hacer un breve ejercicio y ponerme en su lugar. Quizá sospechen también de la relación que acaba de fraguarse entre mi hermano y Borja. Si es así, debo averiguarlo. Al unir fuerzas, desenmascararlos será mucho más sencillo. Y, si resulta que no, siempre podremos reírnos de todo cuando acabe nuestra investigación conjunta. ¡Es perfecto!

—Aquí tienes tu Fanta —dice Tere, que de pronto aparece a mi lado—. Son tres euros, ¿me haces *bizum*?

Sonrío de lado. Bebo un trago, al igual que hace ella de su copa, y luego le digo:

—¿Es tu manera de pedirme el número de teléfono?

—¡Qué más quisieras! —Echa la cabeza hacia atrás para reírse a gusto—. Al contrario que Borja, yo no me cambio de acera. No me van los pijos, ya lo tengo más que comprobado, así que las pijas, mucho menos.

El alcohol le suelta la lengua y mis preguntas impertinentes se la afilan. ¿Borja se ha cambiado de acera? Eso significa que antes no salía con hombres. ¡Debo verificarlo!

—Una lástima. Tenía que intentarlo —susurro, falsamente compungida.

—Oye, dime la verdad, anda, que he venido en son de paz trayéndote la puta limonada esta... —se inclina sobre mí, apoya su peso sobre mi hombro, bebe más y dispara a bocajarro—: ¿estás celosa de tu propio hermano o qué?

Busco sus ojos para comprobar si leo en ellos algún rastro de burla, pero no. Lo pregunta en

serio. Por eso, ataco:

—¿Crees que me gusta Borja?

—Tal vez.

—Pues estás equivocada. Tú acabas de rechazarme y estoy prometida. —Parpadeo lento, asimilando que Tere acaba de descubrir sus cartas.

—¿Y qué haces aquí entonces, tú sola?

—Ya te lo he dicho: falta de planes. Además, no pasa nada si quiero conocer mejor al chico con el que sale mi hermano, ¿no? Y a su entorno, su panda de amigos...

—Pues voy a decirte una cosa, Soraya...

—Sofía. —Corrijo, algo molesta.

Bebe más. Tan rápido que está a punto de terminarse la copa y eso que hasta hace dos minutos los hielos flotaban en abundante líquido.

—Somos un grupito de puta madre y no voy a permitir que nadie cambie eso. Ni tú, ni tu hermano, ni el mismísimo Papa. ¿Estamos?

Empiezo a cansarme de esta absurda beligerancia. No es lo que he venido a buscar. Me pregunto si podré obtener de ella algo o si debería intentar sonsacar información a otros miembros de grupo, pero admito que no soy capaz de dejarlo estar sin más.

—¿Por qué asumes que no somos buena gente?

—Porque los pijos nunca se mezclan con el populacho. A menos que busquen algo que en sus mansiones no puedan encontrar, claro.

—Ya. ¿Y qué hay del amor? ¿Crees que hay amor entre ellos?

—Es una putada no poder fiarte de tu propio hermano, ¿verdad? —Entrecierra tanto los ojos que se le forman unas arrugas muy feas alrededor—. Yo no sé lo que es eso, soy hija única, pero si quieres vamos juntas y se lo preguntamos al tuyo.

Me agarra fuerte la mano. La Fanta se agita dentro de mi vaso de tubo como si un maremoto a pequeña escala se desatara en su interior.

—¡No!

Consigo zafarme de su agarre y me mantengo en mi sitio, con el corazón desbocado y el pulso echado a la líder del grupo.

—Mira, guapa, no sé a qué has venido en realidad, pero no me trago esa excusa tan patética que has soltado antes. Eso de que no tenías planes suena más falso que tus extensiones.

—No llevo extensiones. Y soy una persona normal, como cualquiera de este bar.

—Mentira. No haces por conocernos, solo sueltas preguntas como si fueras de la bofia, así que, desembucha: ¿qué tramas?

Suspiro. Rompo el contacto visual. Me tomo unos instantes para decidir. Lo mejor llegados a este punto es ser honesta, al menos parcialmente, así que me aclaro la voz y digo:

—Antes mi hermano solo salía con chicas. Era un casanova, un... ligón. Entiende que su repentina preferencia por esta clase de monogamia me haya dejado... preocupada.

Tere deja la pose de tipa dura y se cruza de brazos.

—Te escucho, pero habla más claro, que no estamos en una clase de la universidad.

—No hay nada más, de momento —bajo la voz, como si fuésemos confidentes—. Quiero averiguar qué tiene Borja de especial para haber hecho que mi hermano se replantee su sexualidad.

—Borja tiene muchos defectos, pero dejaré que los descubras tú solita —frunce los labios—. Porque, aunque sea como es, es de mi familia, y la familia —señala a su alrededor—, para mí, es sagrada.

Se aleja de mí. Convoca a sus amigos, hace un corrillo y cuchichea sobre mí, sobre lo que acabamos de hablar. Parece una entrenadora de rugby aleccionando a su equipo. No me arrepiento de haber dicho lo que he dicho, pero de repente comprendo que estoy sola en esto, que nunca dejé de estarlo.

Que, si quiero las respuestas que busco, voy a tener que escarbar por otro lado.



Capítulo 12

¿Qué narices hace ella aquí? Es la única pregunta que me ronda la cabeza desde hace una hora. Pego un trago a mi vaso de tubo. El *gin tonic*, si se le puede llamar así a esta bazofia de garrafón, está demasiado cargado. Las manos de mi jefe no abandonan mi culo. Mi hermano no para de dedicarme miradas lánguidas, como de cachorrito abandonado. Y Teresa se propasa con Sofía. No pienso defenderla. Ella solita se ha metido en la boca del lobo. Espero que sepa cuidarse de sí misma, porque mi *cuñadita* es de las que, si te atrapan con intención maliciosa, no te sueltan.

—¿Me estás escuchando?

Christian se ha alejado por ahí con Sergi y yo, lejos de alegrarme por el hecho de que corra el aire alrededor, me encuentro secuestrado por Lorena y su drama familiar.

—Sí, claro.

—¿Qué te acabo de decir? —Frunce el ceño mientras hace un barrido alrededor.

Creo que busca a Pedro. Yo la imito. Prefiero mil veces una charla insustancial sobre videojuegos que aguantar estos lloriqueos. Puedes llamarme insensible si quieres.

—Que la vida es muy injusta —declaro refiriéndome a mi situación y no tanto a la suya.

—¡No, imbécil! —Me pega un codazo en las costillas—. Te decía que he descartado todas las opciones. Solo me queda una y es... monstruosa.

No sé de qué me está hablando, pero asiento con la cabeza y bebo un poco más para aislarme de la realidad. Sofía y Teresa intercambian cuchicheos. Me temo que el rubio y yo estemos en el ojo de su huracán. ¿Hay algo peor que una fisgona?

Sí: dos.

—¡Lore! Se me ha ocurrido una cosa.

La *influencer* lo intenta, quizá no con muchas ganas, pero trata de contenerse y no poner los ojos en blanco. Lo consigue a duras penas. Sonríe ante el cómico espectáculo. Está claro que odia a Paola por el hecho de que en su día ella y Pedro tuvieron algo. Un rollo bastante sexual y eso. Pero jeso es agua pasada! No entiendo cómo las mujeres pueden ser tan rencorosas.

—¿Qué? —le pregunta la aludida mientras enrosca un mechón de pelo en el índice.

—Si tu madre no te da información sobre la identidad de tu padre... —bufa y Paola, sonrío—,

siempre puedes hacerte con una muestra del sospechoso.

—¿Cómo? —me meto porque, de pronto, el tema capta mi atención.

Ahora recuerdo que Lorena anda en plena cruzada para encontrar a su padre biológico. Eso era lo que me estaba contando hace diez minutos. Decido poner mi interés al servicio de lo que tratan. Así, mi mente se aleja de los hermanos Betancourt.

—¿Has oído hablar del ADN?

—Paola: ve al grano.

Ambas beben antes de seguir con su duelo dialéctico disfrazado de conversación. Y yo, por imitación, hago exactamente lo mismo.

—Si crees que Paco pudiera ser...

—¡Paco no es! —chilla, horrorizada.

—¿Estás segura?

—Paco solo tiene una hija —sentencia sin apenas mover los labios.

Detecto un poco de comentario entre tanta envidia espesa. Robo un sorbo a mi *gin tonic* para evitar que me asome la sonrisilla.

—Ya, bueno, pero ¿puedes descartarlo?

—¡No!—Parece un poco desesperada—. ¡Mi madre no es clara! A veces dice algo y pienso: «¡no es!». Y después, pueden ser horas, días o semanas, suelta otra cosa y pienso: «¡joder, es él!».

—¡Pídele que te diga la verdad de una vez! —intercedo—. Mereces saber quién es tu padre.

—No se acuerda. —Cierra los ojos con fuerza, bastante avergonzada—. No tiene ni pajolera idea y...

—No te preocupes, Lore, porque... ¡la ciencia tiene la respuesta!

Paola parece poseída por una locutora de radio que, desesperada, vende pastillas para la tos a sus oyentes. Patético, poco hábil. Me da pena. Al menos, la chica se esfuerza por encajar en este grupo de ovejas emparejadas.

Pero Lore no se lo va a poner fácil.

—No sé a dónde quieres llegar. —Vuelve a enroscarse un mechón en el índice.

Me fijo en que su camiseta se estira cuando toma aire antes de responder:

—Necesitas algo que haya usado Paco. Un vaso, su peine, su cepillo de dientes... lo metes en una bolsita de plástico y lo llevas a un laboratorio junto con otra muestra tuya. Pides que lo analicen. Si hay coincidencia, aparecerá en el informe. Incluso las probabilidades de que seáis padre e hija.

—Pero, ¿eso no es ilegal? —Pregunto con fingida inocencia—. Quiero decir, la ley de protección de datos y todo eso...

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —Lore entrecierra los ojos.

—Veo muchos programas de *true crime* en televisión.

—Es... es... —parece, por un momento, que se le van a salir los ojos de las órbitas—. ¡Perfecto! ¡Joder, ¿por qué no se me ha ocurrido a mí?!

Imagino que Paola busca una recompensa por la idea en forma de abrazo. Creo que, incluso, se conformaría con una promesa que dé alas al concepto de amistad. Quiere acercarse a Lorena, está claro, pero la *influencer* es demasiado orgullosa y, además, no supera el pasado. Corre a ver a sus queridas amigas, Ainara y Teresa, e interrumpe la charla trascendental que mi cuñada mantenía con Sofía hasta ese momento. Expulsada de la conversación, la hermana de mi jefe cruza una mirada conmigo. Noto cómo se me tensiona cada músculo de la espalda. Otra vez en modo Cenicienta y, sin embargo, la empotraba contra la pared.

Creo que ya va siendo hora: necesito una hembra.

Desvío la mirada primero. Paola mantiene la cabeza agachada y se abstrae de la realidad por completo. Joder, ¡me recuerda tanto a mí!

—No te preocupes. —Le doy la palmadita en la espalda que esperaba de parte de Lorena—, en algún momento reconocerá que todo fue gracias a ti.

—¿Tú crees?

—¿Sinceramente? No. Pero era lo que querías oír.

—No sé si darte las gracias o un bofetón.

Me río. La abrazo, pero como lo haría un amigo.

—¿Crees que el dueño de este antro es su padre?

—Tal vez.

—No pega nada.

—Cosas más raras se han visto.

Me ahorro darle la razón, aunque la tiene. Y ya que estamos tan pegados, nos dejamos llevar y bailamos dos canciones seguidas. Es esta ginebra mala en combinación con las ganas que tengo de restregarme contra formas de mujer. No importa si esta en particular no me atrae. Me olvido de Christian, de la paranoica de Teresa, del bruto de mi hermano, de la presencia de Sofía y sus intenciones no demasiado claras.

—¿Puedo robártelo un segundo?

Tardo en identificar a quién pertenece la voz. Cuando por fin lo hago, estoy perdido: tengo a la versión femenina de Betancourt frente a mí.

—Hola —digo, con la voz más dura de lo que pretendía.

Dejo mi copa en manos de Paola. Me ahorro preguntarle qué hace aquí. Si descubre que me inquieta su inesperada visita va a deducir que tengo motivos para ocultar algo. Y no. Dejo de pensar porque me agarra y bailamos lento. ¡Joder, no! ¿Por qué me hace esto? ¿Qué quiere de mí? Se me va a poner tieso el pajarito. Cierro los ojos. Invoco a Paola otra vez. Es terreno seguro. Estoy a salvo hasta que percibo ese olor a colonia dulce trepando hasta mí.

Me recuerda al yate. A la fiesta. Al icono del cine clásico muerto trágicamente en una bañera a los treinta y seis.

—¿Qué hay, torero? —me pregunta entre susurros.

—¿Me voy a quedar para siempre con ese mote?

Ella sonríe. Joder, tiene una sonrisa preciosa, perfecta. De anuncio. De dentista caro.

—Es que causaste furor con ese traje.

—Me quedaba demasiado bien, ¿eh?

—Como para llenar horas y horas de fantasías —dice, no sé si en serio o si me está tomando el pelo.

—Uy, sí, seguro que eso te lo puede confirmar mi chico.

—Tu chico.

—Sí.

—Está con tu hermano. Y con su mujer, creo.

—Me da igual —musito, ensimismado.

Me clava los ojos, esos tan grises. El tiempo se ralentiza, o algo así. Fantaseo con un universo en el que me pagaran diez mil euros limpios al mes por fingir ser el novio de Sofía. No puedo escapar aunque deseo hacerlo. Las luces bajan de intensidad, tal vez porque se han fundido, lo cual me viene de perlas para fingir que este momento no me resulta incómodo y estimulante a la vez. De pronto, un *déjà vu* muy bestia me funde los circuitos cerebrales: Teresa y yo bailando en

este mismo lugar, hace tanto que ya no quiero acordarme.

Aquí me ligué a la pelirroja, o quizá ella me ligó a mí.

Sin embargo, ha llovido mucho. Ambos somos versiones radicalmente distintas. Y Sofía es diferente. Es como si se tratara del fantasma de una tía buena que solo aparece ante mis ojos. ¿Es demasiado extravagante afirmar que, quizá, sea la reencarnación de la mismísima Marilyn? Sí. No voy fumado, pero el ambiente en este tugurio está tan cargado, mi copa tan sucia y el alcohol tan mal destilado que si no enfermo es porque me estoy volviendo loco.

Apoya la cabeza sobre mi hombro. Me dejo hacer. No sé si es un truco para que baje la guardia, pero funciona. No hablamos. La canción es horrible. Me siento a gusto. Y bien. Por eso me alegro de que haya venido por primera vez en toda la noche, aunque no debería. Christian me va a matar. Hace al menos cuarenta y cinco minutos que no sé dónde está. No echo de menos sus constantes muestras de afecto. Al contrario, disfruto con cada roce, con cada mirada que me dedica su hermana. Percibo más sensibilidad en las puntas de los dedos y en mi pecho se afloja el corsé imaginario que me apretaba las costillas. Sonrío, bobo y feliz. Parezco un chico de instituto a punto de perder la virginidad. ¡Con qué poco me conformo ahora!

—¡Borja! ¡Sofía! —Una mano tira con brusquedad de mí y me separa de ella—. ¡Os estoy llamando! —Me planta un beso en los morros tan fuerte que me recuerda a una bofetada—. ¿No me oías?

—La verdad es que no —replico a la defensiva, con el pulso disparado.

—Vámonos de aquí. —Se pasa una mano por la cara—. No soporto esto ni un segundo más.

—Genial, porque yo tampoco.

En este sitio no sirven Macallan. ¿Qué esperaba? Ya se lo advertí. Me pregunto qué le habrán dicho mi hermano y mi cuñada para que se haya puesto así de intenso. Le doy la mano para meterme de nuevo en ese papel que tenía olvidado. Salimos escopetados hacia la calle. Somos un imán para miradas poco acostumbradas a esta puesta en escena. No nos despedimos de nadie. Tampoco me preocupo de Sofía hasta que la veo tras nosotros, como una sombra.

O como un fantasma.

—¿Qué haces? —pregunto a mi falso novio cuando veo que presiona la pantalla del móvil, furioso.

—Voy a llamar a Wilfred.

—¡Ni se te ocurra! —dice Sofía. Yo doy un paso hacia atrás, por precaución—. Os llevo, que no he bebido.

—No.

—¿De verdad vas a molestar al chófer a estas horas?

—¡Vale, vale, está bien! —grita, enfadado—. ¡Toma!

Saca las llaves del coche y se las lanza. Sofía las caza al vuelo, pero niega con la cabeza.

—Vamos a ir en el mío.

Se las devuelve y, muy segura, enfila calle abajo. Christian bufa, dice cosas en un idioma que no entiendo, pero obedece.

Y yo hago lo mismo.



Capítulo 13

Sofía

Poco puedo decir de mi visita a los *bajos fondos*, como diría si protagonizara una de esas películas en blanco y negro que tanto gustan a mi padre. No he obtenido lo que venía a buscar, pero no me arrepiento de mi noche porque he logrado concluir varias cosas:

1) Debería ganarme a Tere. Sabe algo, eso seguro. Es la llave que abre todas las respuestas.

2) Borja baila muy mal, pero huele muy bien.

3) He cazado a mi hermano echándole miradas de las suyas a una chica del grupo. Paula, creo que se llama. O Paola.

Interesante.

—Llévanos a la casa del centro —me pide Christian en tono autoritario.

Asiento con diligencia, como haría Wilfred. Y es que, aunque su discreción juegue en mi contra, me cae realmente bien. Podemos hablar de coches durante horas que se pasan volando. Es la única manera en que le arrancas más de dos palabras seguidas.

Miro por el espejo retrovisor. Borja se ha desabrochado los dos botones superiores de su camisa blanca. Mi atención queda fija en esa piel expuesta. Mi mente comienza a imaginar cosas que...

—¡Sofía! —Al tiempo que mi hermano dice mi nombre, el claxon de un vehículo hace que pegue un respingo—. ¡El semáforo lleva en verde cinco minutos!

—Ya serán menos —digo en tono despreocupado mientras hundo el pie en el acelerador.

Paso mis manos por el volante. Eso siempre logra relajar mi pulso. En esos momentos vuelvo a sentirme poderosa, con todo bajo control. A pesar de que he recorrido este lugar cientos de veces, la avenida se extiende ante mí como un lienzo en blanco. Cada kilómetro recorrido es una historia que contar, un trazo que crear.

—Cariño... —la voz de Borja casi me obliga a volverlo a mirar—, ¿qué será de tu coche?

—Mañana lo recogerá Wilfred. —Christian saca el teléfono del bolsillo—. Gracias por recordármelo.

—De nada, amor.

El silencio que sigue a esta breve conversación no llega a molestarme. Lo rompo al poner el intermitente y girar. Pienso en los dos hombres que me acompañan, en su relación. Me pregunto si tienen química. Repaso las imágenes recolectadas esta noche, en el yate, en la velada organizada por mi madre. No sabría decir. Y no conozco lo suficiente a Borja como para determinar si soltar apelativos cariñosos cada dos frases es algo propio de él, o no. Hago una mueca. No parece que vaya mucho con su carácter.

Antes Marcos era así: atento, galante, incluso pegajoso. Pero todo aquello pasó a la historia.

¿Me alegro de eso o me dejo invadir por la nostalgia?

—¿Por qué has traído esta tartana?

La pregunta de mi hermano es mucho más fácil de responder que la mía, así que sonrío.

—Porque sabía a dónde iba, Christian.

Me giro para mirarle. Alzo las cejas y sé que entiende lo que digo entre líneas a la perfección. Si hubiese elegido otro modelo más lujoso, las posibilidades de sufrir un robo en esa zona de la ciudad se habrían incrementado exponencialmente. En cambio, con este deportivo más asequible, adquirido con el único afán de pasar desapercibidos, no ha habido nada que lamentar.

Espero que el coche de Christian esté donde lo dejó cuando Wilfred vaya a recogerlo por la mañana.

—Ya sabes cuál es mi siguiente pregunta, ¿no? —Sus ojos están puestos en la ventanilla. Su voz se me antoja un tanto severa—: ¿Qué hacías allí?

No voy a delatar a Conchi, así que digo lo primero que se me pasa por la cabeza para distraer la conversación:

—Tenías activada la ubicación en el móvil. En modo emergencia —improviso, bastante convincente—. Me extrañó y te seguí.

—Ah, ¿sí? —comprueba el teléfono. Frunce el ceño, o eso creo, porque no dejo de prestar atención al escaso tráfico—. Qué raro... —murmura—. ¡Borja! —se gira para mirarlo—, siento decirlo, pero tus amigos son...

—No son mis amigos. Es el grupo de mi hermano y su mujer.

Me muerdo los labios para evitar preguntarle dónde estaban sus amistades. Anoto en algún rincón de mi mente esta cuestión. Después, la hipótesis de que, quizá, no quiera presentárselos a mi hermano me deja algo preocupada.

«Tal vez ni siquiera tenga su propio círculo». Pienso entonces.

Borja, un misterio más grande que las pirámides, los ovnis, el monstruo del lago Ness...

—Son unos barriobajeros.

—Pues a mí me han caído bien —repongo yo.

No es del todo cierto, pero, si quiero asegurarme de que volveré a verlos mi única baza es seguir una estrategia.

—Son buena gente. La mayoría...

—Tu hermano, ¿Sergio?

—Sergi.

—Lo que sea. Debería cortarse esas greñas y quitarse algunos tatuajes. Entonces comenzaría a parecer un ser humano decente.

Suelto una carcajada para cortar de cuajo la tensión que de pronto se respira.

—¡Christian! ¡Está claro que el alcohol barato se te sube demasiado a la cabeza! —Alzo la vista y la clavo en el espejo retrovisor para establecer contacto visual con Borja—. No le hagas caso —bato la mano en el aire—, no habla en serio.

—¡Claro que hablo en serio! Es más, voy a decir otra cosa. —Eleva el dedo índice y yo me revuelvo un poco en el asiento—: Esa pelirroja y la otra, la morena, tienen un buen...

—¡Cariño! —Borja pega un respingo, arquea la espalda y le pone una mano a su chico en el hombro—. Tu hermana tiene razón. Creo que estás un poco... exaltado.

—Debería dormir la mona, como se dice coloquialmente —susurro, al igual que si Borja y yo estuviéramos hablando en tono confidencial.

«No le mires los botones desabrochados. ¡No se los mires!». Me suplica una voz interior.

—Lo que tienes es que explicarme qué hacías tú en ese... lugar infernal, Sofía. —Christian se echa hacia delante para evitar el contacto—. Una vez que has comprobado que no estaba en peligro, al menos inminente, tendrías que haberte marchado a casa.

—Yo... no tenía ningún plan y...

—Nunca quieres que te escolten. Esas... tus... a esas... cosas que haces. En cambio, ves completamente lícito el hecho de vigilar y perseguir a los demás.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —pregunta Borja.

Parece interesado. Intrigado. Sonrío más para afuera que para dentro.

—Lo que mi hermano intenta decir es que...

—¡Que se larga por toda España e incluso parte de Europa para encontrarse con desconocidos! —estalla Christian—. ¡Y sin necesidad! ¡Un día va a pasar algo y luego, se lamentará!

Borja se inclina hacia mí. Puedo oler su aliento.

—¿A qué se refiere? —inquire, muy bajito.

—Trabajo realizando peritajes a coches de lujo y mi hermano nunca ha aprobado mi labor.

—No deberías trabajar. ¡Eso para empezar!

—Afortunadamente no puedes controlarme, hermanito —comento, bastante molesta—, así que me importa muy poco tu opinión.

—Espero que tu marido pronto te ponga en cintura —escepe.

Lo fulmino con la mirada durante al menos tres segundos.

—Que lo intente —mascullo.

—¿En qué consiste tu... trabajo?

Me gusta que Borja tenga interés en lo que hago. Abro la boca, dispuesta a contárselo, pero entonces mi hermano y la única neurona que le queda viva atacan de nuevo:

—Sofía juega a ser empresaria y se expone a que la secuestren o cosas peores. ¡Todo el tiempo! —Se cruza de brazos como un niño enfadado.

—No necesito que me protejan —replico, calmada—. Los peritajes se realizan al aire libre la mayor parte de las veces, en lugares concurridos.

Esto no siempre es así. En ocasiones, el concienzudo examen acontece en garajes, concesionarios y otros emplazamientos pero, salvo en contadas excepciones, jamás he sentido que estaba en peligro.

Me ahorro mencionar que soy una de las mejores del país. Que mis servicios están tan solicitados que la lista de espera es de seis meses.

—Me da igual. A la que tienes ahora no quiero que vayas tú sola.

—Es en la costa, aquí al lado.

—¿Y? Son mafiosos del este.

—Son respetados oligarcas rusos.

—Utiliza los eufemismos que quieras.

Agarro el volante con fuerza. Mi hermano puede llegar a ser muy exasperante, un retrógrado sobreprotector. No hay mujer que aguante eso. Quizá por eso ahora recurra a los hombres, quién

sabe.

—Le diré a Marcos que te acompañe. —Christian ataca de nuevo.

—¡No!

Gruño de manera casi imperceptible. Odio que mi novio venga conmigo en viajes de trabajo. Su tendencia a interrumpir mis explicaciones, complementándolas, según él, es molesta hasta el hartazgo. Cuando le pido que se retire para dejarme continuar, obedece. Sin embargo, la tregua no dura mucho tiempo y no para de incordiar como si fuera un niño pequeño que se aburre.

—Pues voy yo contigo.

Sé que las intenciones de Christian son buenas. Que, a su modo, solo se preocupa por mí. Pero hay un problema de fondo, más allá de su borrachera, una base oscura sobre la que se asientan sus inquietudes. Detesto que me infantilice. Nunca le he recriminado que prefiera la vida contemplativa y el despilfarro. A mí me gusta trabajar duro porque me apasiona lo que hago. Somos muy diferentes a pesar de que por nuestras venas corra la misma sangre. Y si yo soy capaz de ponerme en su lugar, ¿por qué no sucede al revés?

Odio que no contemple una opción distinta a la suya para mí. Pero, sobre todo, odio que no me crea capaz de ser tan buena en lo mío por el simple hecho de ser mujer en un mundo de hombres.

—¡Que no tengo quince años, Christian!

—Iré yo.

Alzo las cejas al escuchar la voz de Borja. Mi vista fija en la carretera, mi pulso disparado de pronto.

—¡De acuerdo! —me oigo decir.

Mi instinto sabe antes que yo que esta es una buena oportunidad. Mejor, incluso, que volver a ver a Tere dispuesta a hablar. ¡Y caída del cielo! ¡No puedo creer la suerte que tengo! Tendré varios cientos de kilómetros para preguntarle por su relación con Christian. Cientos de oportunidades para averiguar si lo suyo es auténtico o una estafa.

Creo firmemente en mis capacidades. Sé que lograré sacarle la información de un modo u otro.

Es perfecto.

—¿¡Qué!? —Mi hermano grita—. ¡No!

—¿Por qué no? Así no iré sola, que es lo que querías.

—Ya, pero ¡es mi novio!

—No va a pasarte nada por prestármelo durante un día —frunzo los labios—, ¿no? —Miro a Borja a través del retrovisor, bajo la voz y susurro—: Va a ser divertido.

—¿Cuándo sales de viaje? —pregunta con voz entrecortada.

—Salimos —le corrijo. Sonrío de oreja a oreja—. Mañana mismo.



Capítulo 14

No sé qué hago aquí. Me gusta jugar con fuego, supongo, aunque luego sea un cobarde que se arrepiente de sus absurdas decisiones. Acompañar a Sofía me ha costado una bronca monumental con Christian. He tardado casi una hora en tranquilizarlo con palabras que sonaban seguras, no sé cómo y, ¿a cambio de qué? De ponerme en peligro en muchos sentidos. De cuidarme muy mucho por si meto el pie donde no debo. Un paso en falso y ¡adiós, tapadera! Adiós diez mil euros limpios cada cuatro semanas.

Por suerte, no ha sido Marilyn, sino Cenicienta quien ha pasado a buscarme. Mallas negras, camisa del mismo color, chaqueta rosa encima y un perfume que me obliga a encender el aire acondicionado. Lleva unas gafas de sol enormes, de esas que tapan media cara, lo cual agradezco porque así me distraigo menos.

—¿Cómo vas, torero? ¿Quieres algo de música? He hecho una *playlist* especialmente para ti.

Arrugo la frente extrañado. Me pregunto cómo ha averiguado mis gustos, pero en cuanto aprieta un botón y los primeros compases de un pasodoble llenan el coche, me contengo para no pegar una risotada.

—Ja, ja, ja. ¡Qué graciosa!

Gira la cabeza para mirarme y sonrío con picardía.

—Sabía que lo apreciaría.

No conduce como una loca. Era lo que me esperaba, primero, por ser mujer y segundo, por formar parte del clan Betancourt. Christian se comporta como un animal recién domesticado cada vez que conduce y le da igual. En cambio, las elegantes manos de Sofía agarran el cuero del volante con delicadeza y seguridad al mismo tiempo. La armonía entre vehículo y conductora es hipnótica. También evidente. Sus ojos grises a veces se entrecierran si la curva es demasiado pronunciada. O si entramos en un túnel. La velocidad aumenta en las rectas, pero no me da miedo. El control que ejerce manejando el coche es increíblemente preciso. Se nota que disfruta del trayecto y que yo sobro.

—¿Qué miras?

—Em... ¿yo? Nada.

Las castañuelas danzan inquietas. Los tambores aceleran el ritmo con virtuoso poderío. Las trompetas se imponen al resto de instrumentos. La cancioncita de las narices por fin termina y yo apago la radio.

Todo lo que queda es el suave rugido del motor.

—Así mejor —indico.

—¿Prefieres hablar, entonces?

La verdad es que no porque sé que cada cosa que salga por mi boca es susceptible de ser diseccionada y analizada al milímetro. Me quedo callado y me da por pensar en que la manera de conducir de Sofía es un reflejo de su personalidad. Segura y tranquila, cualidades que ninguna de las últimas chicas con las que he salido poseía. Prefiero eso a las locas como Jessica, aunque cierto toque picante me falta. Joder, Sofía se maneja tan bien que disipa mis pajas mentales. Podría incluso echarme un sueñecito. Sé que llegaremos de una pieza al destino.

Sin embargo, lo último que me apetece es dormir.

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Y por qué no empiezas tú?

—Porque en el fondo estabas deseando que te acompañara —le digo, un poco juguetón.

—Pues sí, lo reconozco.

—Así que lo admites —siseo.

El corazón se me acelera de manera incontrolable, pero solo por un breve espacio de tiempo.

—Me apetece conocerte un poco más, *cuñado*.

Siento un escalofrío al recordar a Teresa en el tono empleado por Sofía. Sí, es algo retorcido, pero como ando en alerta, la cabeza me juega malas pasadas.

—A mí también me apetece conocerte un poco más —le devuelvo la pelota para que no quede en mi tejado.

—¿Quieres que te explique lo que vamos a hacer?

—No. Ya lo averiguaré cuando lleguemos.

—Entonces, ¿qué te interesa saber?

«Cómo suenan tus gemidos en mi oído, por ejemplo». Pienso.

En cambio, digo:

—¿Por qué Marilyn? —carraspeo—. O sea, ¿por qué elegiste disfrazarte de Marilyn?

Sus labios se curvan. Agradezco que no los lleve pintados.

—¿Aún piensas en eso?

—Me deslumbraste con tu clase —digo haciendo gala de un tono de voz tan danzarín que sin duda debo perder aceite.

—Gracias.

—No has contestado a mi pregunta.

Está claro que no quiere responder, pero no me importa. Espero paciente hasta que dice:

—A veces me gusta sentirme como princesa en lugar de como patito feo.

¿Patito feo? A ver, es cierto que la diferencia entre Sofía y Marilyn es abismal, pero cuanto más tiempo paso a su lado menos distancia percibo entre las dos.

Y eso es peligroso.

Será mejor que cambie de tema porque siento que ambos hemos pinchado en hueso.

—Me gusta este coche.

Acaricio el asiento. Cierro los ojos e imagino que en realidad estoy pasando las manos por las piernas de Sofía. ¡Joder!, ¿qué me sucede? No voy borracho ni drogado. Tampoco es que ella me provoque. Son mi mente sucia y la maldita abstinencia lo que me tienen en un sinvivir.

—¿Y qué te gusta de mi hermano?

Sonríó de esa manera que me queda bien tras ensayar mil veces delante de un espejo.

—Su culo, principalmente —improviso.

—Vaya...

—¿Qué?

—Esperaba una respuesta un poco menos... superficial.

—Christian es... —suspiro—, un hombre muy interesante. Tenemos muchas cosas en común.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

Arqueo la ceja derecha para que Sofía no pueda percibir tensión en mi gesto. ¿Qué es esto, un interrogatorio?

—La pasión por el mercado bursátil, por ejemplo.

Se produce un silencio extraño, que no llega a ser tenso pero sí roza lo incómodo.

—¿Desde cuándo te gustan los chicos?

—¡Uf! —río de manera exagerada—. Desde siempre yo creo.

—¿Nunca te has acostado con una chica?

—No —miento como un bellaco pero, a juzgar por el tiempo que llevo sin follarme a una, casi parece que digo la verdad.

Y que la respuesta me duele.

—¿Y no sientes... curiosidad?

—¿Sientes tú curiosidad por las chicas? —contraataco.

No me contesta, pero sus mejillas se ponen rojas y mi pene despierta al imaginar todo tipo de perversidades lésbicas.

—¿Llegaste a conocer a Patri? La ex novia de Chris —aclara de manera innecesaria.

—No.

—Era maja —sube los hombros—, y guapa. Me caía bien.

Echo la espalda hacia atrás.

—¿Te gustaba? Quiero decir, en ese sentido.

—Sí —sonríe—, quiero decir, para mi hermano.

Ahora sonrío yo. De oreja a oreja.

—¿La echas de menos?

—En parte sí, pero solo quiero que Chris sea feliz.

—¿Por qué me da la sensación de que eres esa clase de persona?

Se quita las gafas y todo antes de mirarme.

—¿A qué te refieres?

Fijo la vista al frente porque sus ojos ahora parecen más azules que grises y todo el maquillaje que le falta lo compensa con el brillo de su mirada.

—A que eres la típica que nunca dice nada malo de nadie y piensa bien de todos.

—Eso no es verdad.

—Vale, entonces di algo que no te guste de mí.

Tarda bastante en responder y, antes de hacerlo, toma una buena bocanada de aire.

—¿Estás seguro de que quieres oírlo? —asiento con confianza—. Vale, pues allá va: creo que ni en cincuenta viajes de estos lograría conocerte de verdad.

Interrumpo mi respiración. Casi me atraganto con mi propia saliva, pero logro recuperarme justo a tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no muestras tu verdadera cara.

—¿Lo haces tú?

—Sí.

—No te creo, Sofía. —Entrecierro los ojos.

—Mi hermano te constriñe.

—¿A qué te refieres?

—A que seguro que no le ha sentado nada bien que estés aquí conmigo hoy y eso que se ha salido con la suya. No hace más que decirte lo que tienes que hacer y tú te dejas.

«¡Mira quién fue a hablar! La que está a punto de casarse con un pelele sin personalidad».

Me trago esa contestación ya que es digna de iniciar la tercera guerra mundial. Me muerdo el puño incluso. El sonido del motor se pone en primer plano. Antes le he concedido una tregua y ella, en cambio, me ataca así porque sí. Vuelvo a arrepentirme de haberme metido en el coche con Sofía Betancourt. ¡Si ya sabía yo que las que parecen inofensivas son las peores!

¿Sabes qué es incluso más patético? Que ha dado en el clavo: Christian me da órdenes porque paga y manda.

—A mí me gusta que mi hombre me domine —improviso con una sonrisa lobuna y falsa—. ¿Y a ti?

—Yo no me dejo dominar.

—¿Ni siquiera en la cama?

«Joder, Borja, si es que tú solito te metes en unos berenjenales que...». Pienso.

—Eso es muy personal.

—Oh, vamos, Sofía, estamos entre amigos. ¡Entre cuñados! —Le pego un manotazo cariñoso en el brazo—. Te juro que esto no sale de aquí. ¡Palabrita!

—Yo... yo...

Observo cómo se pone roja otra vez. Doy unas cuantas palmaditas y me río de forma exagerada.

—Imagino que si llevas diez años con el mismo tu vida sexual debe ser parecida a la de una pareja de ancianos.

—Las apariencias engañan —replica suavemente. Me pregunto qué habrá querido decir con eso, pero antes de que pueda indagar, continúa hablando—: Ya me lo contarás cuando aguantes a mi hermano durante una década. Si es que lo consigues.

—Ouch, ¿detecto un verdor de envidia? —Vuelvo a tocarla por el simple placer de hacerlo—. Cariño, he estado con hombres por los que te morirías. Por cierto, ¿vas a invitarme a tu despedida de soltera?

Joder, ¿en serio acabo de preguntar eso?

—No hay despedida —replica en tono triste.

—¿Por qué?

Suspira.

—Porque no se estila demasiado eso en... —vuelve a suspirar—, y porque mis amigas... están demasiado ocupadas.

Mierda. ¿Será verdad? Quiero consolarla. Abrazarla. Que ella me abraze con sus piernas. Pero debo ceñirme al personaje.

Por eso digo:

—¡Pero, cariño! ¡Eso es imposible con lo maja que eres!

—No te creas. El mundo en el que más me muevo es muy... ¿cómo decirlo? Masculino aún. Y no importa. No necesito hacer ninguna fiesta antes de casarme.

—Pero casarse es algo serio.

—Después de tanto tiempo con Marcos eso de pasar por el altar es casi un trámite.

—¿No te hace ilusión? —pregunto con la voz demasiado animada.

—Sí, pero... —suspira—, es... complicado de explicar si nunca has estado en una relación tanto tiempo, supongo.

—Ay, ¡a mi me encantaría casarme con Christian! —Vamos a quitarle hierro al asunto—. ¡Que me emociono y todo!

Me abanico con ambas manos. Mi actuación es tan excesivamente teatral que, si no fuera porque anda pensativa y en las nubes, habría levantado las sospechas de Sofía.

—El matrimonio está sobrevalorado, ¿no crees? Es decir —coge aire—, en estos tiempos no tiene tanto sentido y...

«¡Pues no te cases con ese mamón!». Pienso.

En cambio, digo:

—Lo que te pasa es que necesitas correrte... correrte... ¡una buena juerga antes del gran día! —exclamo, un poco agotado de tanto fingir—. Déjame organizar algo a mí. ¡Mi cuñada se merece una despedida como Dios manda!

—Borja...

—¿Qué?

Nos miramos a los ojos. El tiempo se detiene. Mi mirada resbala por su torso y me parece delicioso el modo en que el cinturón de seguridad se ciñe a sus tetas. Abro la boca. Me quedo sin aire.

—No quiero *strippers*.

Suelto una carcajada.

—¿Ni siquiera si soy yo el que se quita la ropa? —dice el Borja heterosexual que trato de mantener oculto.

No responde. Ahora es su mirada la que resbala por mi cuerpo descuidando la atención de la carretera. Me alegro de haberme acicalado de manera inconsciente para este momento. O quizá no tan inconsciente. Vale, lo admito, soy un jugador. Si estuviéramos en guerra sería un agente doble. No me sé estar quieto y Sofía es el cervatillo a abatir aunque esté prohibida su caza. Es una especie protegida. Sin embargo, su carne es tan jugosa, tan apetecible que...

—Ya hemos llegado —anuncia con voz plana.

Aparca el coche y se apea de él con movimientos hipnóticos. Observo su culo mientras el mío sigue clavado en el asiento. Creo que sudo un poco. Saca algo del maletero. Dos tíos muy altos, fuertes y rudos se cruzan de brazos y mueven la cabeza en un gesto que interpreto como un saludo. Suspiro. Me quito el cinturón y salgo del coche.

Aún no lo sé, pero estoy a punto de presenciar un espectáculo.



Capítulo 15

Sofía estrecha la mano de dos tíos plantados ante el espectacular deportivo que captura la atención de curiosos. Parece que lo están custodiando a juzgar por el aspecto de porteros de discoteca que presentan. Espaldas anchas, pelo rapado, cara de pocos amigos, modales justitos para pasar el día sin ser maleducados. Pero a ella eso le da igual. Está más interesada en el coche que en los formalismos. La pareja de armarios intercambia miraditas que sé reconocer e interpretar.

Y, por primera vez con una mujer que no es mi pareja, me molesta.

Sin embargo, no intervengo. Les pide con voz calmada pero firme unos papeles. Los revisa. Enciende una *tablet* y consulta unos datos. Doy una vuelta alrededor del vehículo. Silbo, impresionado. Es toda una belleza.

—Ya tengo todo lo que necesitaba. ¿Empezamos ya?

Uno de los tipos abre la puerta del conductor, dando a entender sin palabras que puede proceder a la inspección. Deja sus cosas sobre el asiento del copiloto y pasa sus manos por el cuero. Suelta un bufido que no sé muy bien cómo interpretar. Los que la han contratado tampoco y no aguantan la incertidumbre, porque enseguida le preguntan:

—¿Todo bien?

—Me da la sensación de que esto está retapizado.

El otro se acerca. Intercambia unos cuchicheos con su compañero, que chasquea la lengua, molesto.

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—Lo veo diferente. Acércate, por favor. —El tipo obedece, Sofía es poseída por el espíritu de una profesora y explica con voz neutra—: fíjate en el tacto. Aquí es liso y se ve diferente al original —retira sus cosas y se inclina un poco más para palparlo—. Esto es polipiel. Esto, cuero. Cuero de la marca, cuero real. Si aprieto —hunde su pulgar—, mira cómo se arruga. En cambio este... —repite el proceso y, tras la demostración, el tipo asiente a regañadientes, conforme.

Reconozco que he atendido a la explicación, pero también he aprovechado para hacer otro repaso a su trasero. Y sé que el otro tipo ha seguido mis pasos. ¿Tan similares somos? ¿Tan

predecibles? No siento vergüenza, pero sí un poco de decepción conmigo mismo.

—¿Qué opinas del volante?

Su acento es tan característico que parece una imitación cómica. Me paso la mano por la boca para evitar la risa. En cambio, Sofía se comporta como si solo existiera su cliente y el coche.

—Creo que, además, lo han reparado.

—¿Reparado?

—Veamos lo que dice la consola... —El tío se retira. Sofía coloca su *tablet* entre las piernas, abre una aplicación y, tras seguir unos pasos en los que me pierdo, logra acceder a lo que más tarde deduzco es el ordenador central del coche—. De fallos no nos marca prácticamente nada. En cambio... la última lectura del kilometraje es... dos cientos veintiocho mil kilómetros.

—¡Imposible! —exclama el otro, el que hasta ahora apenas había abierto la boca—. ¡En el concesionario me aseguraron que tenía noventa mil! ¡Aquí están los papeles que lo demuestran!

—Vamos a mirar los inyectores... distancia total en la última adaptación del rango de calibración... cuatrocientos cinco mil kilómetros. ¡Qué barbaridad!

—¡Hay algo que debes estar haciendo mal!

—Última regeneración del filtro de partículas... ¡alucinante! —dice esta última palabra casi entre susurros—. Cuatro cientos cinco mil kilómetros. La misma lectura, otra vez.

—Pero, ¿¡qué coño dices!?

El tipo se pone rojo de ira. Resopla como un toro enfurecido. Sofía no se deja contagiar por su estado de ánimo, yo sí. Su tono es tan agresivo que temo por su integridad física. Es enorme, está cabreado y la puede pagar con quien no debe en cualquier momento. ¿Debería defenderla? Aunque quisiera, no creo que fuese capaz. Ni de broma. Son dos contra mí y estoy fuerte, pero tampoco tanto como para que no me rompan esta bonita cara que tengo.

¿Miserable? Quizá, pero de valientes está el cementerio lleno.

Ahora entiendo a Christian. Sofía debería venir a hacer estas cosas acompañada por dos o tres guardaespaldas, por lo menos.

—¿Sabes por qué sospecho? —insiste ella—. Porque un coche de cuatro cientos cinco mil kilómetros y... ¿once años? —el tío asiente—, es muy raro que no tenga fallos. Y según veo aquí —desliza el dedo por la pantalla—, no hay fallos. Eso no me transmite confianza, así de claro.

Los ojos del propietario del coche casi se salen de sus jodidas órbitas. Se retira con la mano en la cabeza y resoplando. Sofía sale del coche mientras niega con la cabeza. Los dos armarios hablan entre sí a gritos en un idioma que no entiendo. ¿Tal vez ella sí? Me clava la mirada y yo me acerco. No la conozco mucho, pero me juego algo a que le cuesta esbozar esa sonrisa que me dedica.

—Esta revisión ha sido breve: cuatro minutos —sentencia en un tono confidencial tras consultar su móvil.

—Pero, ¿qué pasa? —digo más interesado de lo que me gustaría admitir.

—Pues que se han comido más de tres cientos mil kilómetros de un hachazo.

Me tiende la *tablet*. Se la sujeto y va directa al tubo de escape. La sigo. Se agacha, mete un dedo en su interior. Observa la capa de suciedad que se le acaba de adherir a la piel.

—Y ahora, ¿qué haces?

—Lo que sospechaba... —Se levanta y ni siquiera me mira, es como si hablara para sí misma—. Esto no tiene filtro de partículas ya.

Los dos armarios han dejado de discutir y se dedican a mirar fijamente a Sofía. Ya no hay ni rastro de esa socarronería de machito que intercambiaban antes. La entendida desbloquea la palanca que abre el capó. Lo sube y echa un vistazo.

—El motor está bien —declara uno de los tipos—, de eso entiendo y lo he comprobado.

Camino hacia Sofía. Inclined de esa manera pero con el vestido de Marilyn me pondría muy malo. En cambio, vestida así, su inspección me está resultando fascinante.

—Están cambiados los faros. Creo que este coche ha sufrido un impacto frontal —declara, tras echar un hondo suspiro—. Esto lo han limpiado con agua a presión... Me juego lo que quieras a que hasta la suspensión está tocada...

Regresa al asiento, esta vez para toquetear los pedales.

—¿Cómo puedes saber todo eso con solo echar un vistazo? —Si no se lo pregunto, reviento.

—Hay que tener mil ojos antes de comprar. Y más si la inversión es considerable. Así, a simple vista, parece espectacular, ¿verdad? —asiento, obnubilado por su perspicacia—. Pero es falso, una ilusión. Este coche lo han preparado. Todo esto... —toquetea el cuadro—, desmontado. —Se aparta para llamar la atención de uno de los tipos—: ¿Tienes el contrato de compraventa?

El aludido saca unos papeles de una carpeta y se los tiende de muy mala gana. Sofía se acomoda en el asiento con una tranquilidad que contrasta con la de su cliente.

—Lo que te decía antes: ahí pone los kilómetros: noventa mil, ¿ves? —Señala taladrando el papel con el índice como si, de ese modo, lo que dijera Sofía dejara de tener veracidad.

Sonríe de oreja a oreja.

—Estáis salvados. —Los mira a uno y a otro desde su posición. Parece una reina benevolente ante sus súbditos—. Siendo así podréis demandar al concesionario por estafa.

—Pero, ¿qué c...?

—Con mi informe y el de un perito judicial que corrobore estas evidencias les vais a meter un puro considerable —dice, muy tranquila—. Porque este coche, tal y como está, vale muchísimo menos de lo que habéis pagado por él. ¿Cuánto ha sido? —Sofía chequea el contrato—, exacto. Merece la pena meterse en peleas judiciales.

—¿Estás sugiriendo que llamemos a la policía?

—Sí.

Los tipos vuelven a enzarzarse en otro duelo verbal en un idioma desconocido. Me da la sensación de que no son esa clase de personas que resuelve las cosas así, por la vía legal, pero preferiría no comprobarlo.

Ella me mira, niega con la cabeza y me dice:

—Un deportivo de una marca tan emblemática siempre posee valor, no importa los años que pasen. Y si de verdad tuviera noventa mil kilómetros, estaría nuevo. Pero esto... —suspira hondamente, con pesar, tras dedicarle una mirada lánguida al coche—, es evidente que lo han maqueado.

No estoy familiarizado con la jerga. Solo alcanzo a impresionarme por lo camaleónica que es Sofía Betancourt. De Cenicienta a Marilyn Monroe y ahora, a experta en coches de lujo. No solo da razones convincentes en las que sustenta sus motivos de sospecha, sino que además lo hace con una pasión que te atrapa. ¡Y sin perder la sonrisa!

—Increíble —es lo único que atino a decir y, encima, entre titubeos.

Veinte minutos después las malas caras, las discusiones y el papeleo han terminado. Basta una mirada directa acompañada por un leve movimiento de cabeza para que entienda eso. Que nos vamos. Se despide de los tipos cabreados con gestos serios y un apretón de manos. Observan detrás de sus gafas oscuras cómo la mensajera de las peores noticias se aleja de ellos. El mal ambiente que deja el descubrimiento del pastel se puede mascar. Sofía se mete en el coche y yo hago lo propio. Nos ponemos el cinturón en completo silencio. Arranca el motor. Dos rotondas

después, acelera por el carril y se incorpora a la autopista.

No pregunto cuándo pararemos a comer. No pregunto de dónde ha salido esa experta en coches. Tampoco me acuerdo de Marilyn Monroe. Lo único a lo que le doy vueltas es al hecho de que, por primera vez en mi vida, admiro a una mujer. Respeto lo que tiene entre las orejas Sofía Betancourt. Estoy siendo consciente de eso ahora mismo. Y eso hace que su físico quede en un segundo plano durante varios minutos.

«Joder, ¿me estaré volviendo gay de verdad?». Me pregunto muy seriamente.

Enseguida me convengo de que no porque tengo las mismas ganas de pasar por su cama que antes, sino más. Pero es raro desear a alguien a quien acabas de poner en un pedestal. Y esto es nuevo. Algo único. En comparación, lo que sentía por Ainara palidece. Tardé en darme cuenta de que solo veía a mi ex novia como un medio para conseguir un fin. En cambio, Sofía Betancourt podría ser un fin en sí mismo. Un premio. El mejor que ganaría en mi miserable vida.

—¿Estás bien, torero? —me pregunta al cabo del rato, ajena a lo que se me pasa por la cabeza.

—Sí, sí...

Aprieto un botón y el pasodoble de antes vuelve a la carga. Resulta irónico que estos alegres compases enmascaren un momento tan gris. Con esto levanto una barrera sonora que necesito para que la conversación muera ahí. Si de un coche que se veía espectacular por fuera ha sabido encontrar tanta falsedad al escarbar un poco, más pronto que tarde descubrirá que lo mío con su hermano es pura farsa. Y que mi interior no es equiparable al exterior. Abandono este tipo de pensamientos y me centro en la conductora, lo cual resulta mucho más agradable. Sin embargo, esta alternativa tampoco me seduce porque, cuando vuelva a hablar con ella, ¿qué voy a decirle?, ¿que estoy alucinado con ella? ¿Que, sin temor a equivocarme, es la chica más especial que he conocido? ¿Que es interesante por dentro y también por fuera? No quiero.

No debo.



Capítulo 16

Ya he cobrado. He tenido que parpadear dos veces, refrescar la información que revelaba la pantalla de mi móvil otras tantas y sigo sin creérmelo del todo. Esos ocho mil euros limpios ingresados por una entidad desconocida me llevan finalmente a masturbarme en la ducha. Estoy tan feliz que me duele la cara de sonreír. Hago cuentas.

Quiero un viaje. Ropa. Varios caprichos.

Y una buena bajada al pilón.

Justo entonces mi teléfono suena. Christian. Parece que tiene por costumbre llamarme cuando estoy en el baño. ¿Habrá mandado instalar cámaras de seguridad en mi casa? Miro a las esquinas del techo por inercia. Descarto tamaña absurdez con un enérgico movimiento de cabeza. Y sonrío, motivado como estoy por el generoso sueldo.

—¡Hola, jefe!

—Borja, ven a mi casa ahora mismo. —Su tono no es urgente, pero sí demandante, lo que está a punto de borrarle la felicidad del rostro—. Wilfred ya te espera abajo.

—¿Ha pasado algo?

—No —ahora su voz tiene un matiz menos duro—, ¿por qué?

—Me ha dado esa impresión. —Tomo aire, decidido a hacer un esfuerzo para que nada perturbe mi estado de ánimo—. ¿Cuál es el plan?

—No hay plan. Aquí te espero.

Cuelga. Me pregunto por qué no puede ser un poco más amable. Me visto con mis mejores galas, me peino y salgo por la puerta una hora después. El chófer me saluda cortésmente, me abre la puerta y yo accedo al interior del coche. Este huele a nuevo y tiene los cristales tintados. Wilfred no me da conversación. Me enfrasco en el teléfono móvil y, cuando levanto la vista, deduzco por la ruta que nos dirigimos a casa de los padres de Christian. Reconozco que la sorpresa no me resulta demasiado agradable, pero no voy a dejar que nada me perturbe.

Hoy tengo el guapo subido y los bolsillos llenos.

Cuando llegamos a nuestro destino no salgo del coche. Aguardo a que el chófer me abra la puerta. A continuación, detecto la presencia de mi jefe en el jardín que rodea la mansión. Acudo

a su lado.

—Hola, amor.

—Hola.

En cuanto me acerco, nos abrazamos. Le doy varios besos breves en los labios.

—¿Todo bien? —susurro al oído.

—Sí, sí...

—Sabes que puedes contármelo.

Se aparta de mí. Pongo los brazos en jarras y oteo el horizonte en busca de alguien. ¿Sofía? Dudo que la encuentre aquí. Niego con la cabeza mientras veo pasar a personal del servicio de un lado a otro. Así, vestidos de negro, parecen laboriosas hormigas. Tras este pensamiento tan clasista me siento en una tumbona. Christian y yo compartimos la quietud sumidos en un silencio que no llega a ser del todo cómodo. Me niego a darle vueltas a los motivos por los que hoy se ha levantado con el pie torcido. Si no me quiere hablar de lo que le preocupa, es su problema, no el mío.

—¿Te apetece algo de beber?

Los ocho mil euros en mi cuenta me ayudan a recostarme, poner las manos detrás de la cabeza y sonreír.

—Preferiría que me dieras tres consejos sobre cómo invertir el dinero en bolsa.

Por el rabillo del ojo creo atisbar un cambio en su expresión. Eso me hace girar la cabeza e instarlo sin palabras a que me responda.

—Primero, busca compañías que conozcas y en las que confíes. —Pone su mano derecha entre los dos y levanta un dedo—. Segundo, revisa las noticias financieras y el rendimiento histórico de la empresa. Tercero, si los números cuadran, compra algunas acciones. Cuarto, mira cómo van fluctuando. Quinto, si bajan, no te dejes llevar por el pánico. Aguanta. Probablemente suban. Sexto, vende cuando todos vendan.

Demasiado difuso, demasiado rápido. No me sirve de mucho. Espero a que diga algo más, pero los segundos pasan y yo me impaciento.

—Vale, pero... ¿no podrías ponerme algún ejemplo como caso de éxito, o algo así?

—No te preocupes si no lo entiendes al principio, ¡nadie lo hace! Mucho es cuestión de suerte.

—¿Tú sigues el método de los seis pasos de antes?

—Yo dejo que el azar sea lo que me guíe.

Alzo las cejas e intento detectar en su cara la sombra de una broma.

—¿En serio?

—No tengas miedo de aprender de tus errores.

«Sí que tengo miedo. Y no puedo permitirme el lujo de aprender de los errores porque mis padres no me rescatarán si me arruino a menos que me mostrara increíblemente desesperado». Pienso, pero no lo digo.

Y luego me acuerdo de que debería devolverle las llamadas a mi madre. Según he podido averiguar a través de mi hermano, es capaz de dejar su amada Barcelona y plantarse en esta ciudad si no me pongo en contacto con ella. Trago saliva. Sería la primera vez que se digna a ver a uno de sus hijos en lugar de esperar a que acudamos a su encuentro.

—Pero, ¿dónde te enteras de los chivatazos?

Hace un gesto con la mano con el que pretende transmitir cuánto lo he ofendido.

—¿Chivatazos? ¡Por favor, Borja! Usa esto —se lleva el dedo a la sien—, y será suficiente.

Después de que mi jefe comparta su sabiduría bursátil durante unos cuantos minutos más, me descargo dos aplicaciones para invertir online. Tras volcar todos mis datos, pruebo con cien

euros por aquí y cien euros por allá. Arriesgo poco, para qué nos vamos a engañar. Y es que no estoy listo, pero hay que empezar por algún lado si las enseñanzas no acompañan. Quizá Christian sea mejor profesor con ejemplos prácticos. Eso me digo porque no tengo más remedio. Además, si no me lanzo a la piscina en este momento, quién sabe cuándo lo haré.

—Gracias —le digo.

—De «gracias» nada. Ven, corre, tírate encima de mí. ¡Deprisa!

Me levanto a trompicones. La hierba húmeda provoca que las suelas de mis zapatos resbalen. Hago lo que mi jefe me pide y aterrizo de aquella manera entre sus brazos. Sube la cabeza, lo que interpreto como una orden muda para que bese su cuello. Me pincho con la barba. Noto sus manos en mi culo. Aprieta. Odio esto. Ganarse el sueldo así a veces tiene sus desventajas, aunque hoy estoy convencido de que merece la pena. Con creces.

Tras unos minutos de interpretación, Christian me aparta. Me pongo en pie tan rápido que me mareo. Adecento mi ropa. Siento el rostro tenso, el pelo revuelto y unas ligeras ganas de vomitar.

—¿A qué ha venido eso?

—Quiero dar que hablar. Me ha parecido ver a mi padre por ahí —susurra.

—¿Y qué hay de tu hermana?

Aprieto los dientes tras formular dicha pregunta. Creo que mi pene ha logrado hallar el modo de hablar a través de mi boca saltándose varias leyes corporales. Soy un caso de estudio. Ahora mismo los médicos se pelearían por experimentar conmigo.

—A mi hermana ni la mencionas.

—Pero...

—Borja... —me regaña como si fuera un niño pequeño—, ¿no has tenido suficiente con la excursión del otro día? Creí que serviría para que salieras escaldado.

—Pues...

—Te entiendo, estás muy necesitado. Creo que deberíamos hacer algo al respecto, pero antes... —Palmea un lado de su tumbona y yo obedezco con una confianza ciega en el aguante del mueble de jardín—. Cuéntame sobre las chicas del otro día, anda.

—¿Las chicas del otro día? —Frunzo el ceño mientras trato de hacer memoria.

—Las que conocí en aquel infecto lugar... ¿cómo se llamaba...? Bueno, eso es irrelevante. Ya sabes a quiénes me refiero.

—¿Para qué te interesa eso? —Ya caigo y no puedo evitar que un tono perspicaz empape mi voz—. Están todas pilladas. Felizmente pilladas —añado entre dientes.

—¿Todas?

—Sí —digo, sin acordarme de Paola.

—Es igual, tú háblame de ellas. Es una orden, Borja —murmura.

Suspiro. Actúo como si fuera un caballero y me obligo a retener información vital: y es que me las he tirado a casi todas. Bueno, con Lorena estuve a punto, pero no consumamos. Aparte de eso, no sé qué más le puede interesar.

—Si sigues por ahí, a lo mejor el que hace saltar nuestra coartada por los aires no soy yo.

—Te confieso que hay una que me tiene entre ceja y ceja...

Efectivamente: mi jefe va necesitando un desahogo casi tanto como yo. O incluso más.

—Ya me lo temía —admito—. ¿Cuál de ellas?

No responde. Siento sus dedos en la nuca. Los míos trepan por su muslo de manera automática. Tengo la mirada perdida y la mente muy lejos de este maravilloso jardín, pero incluso ido logro darme cuenta de que he interiorizado tan bien mi papel que soy capaz de interpretarlo sin más. Ya me sale solo.

No sé si debería preocuparme o alegrarme.

—Hola, parejita.

Al oír su voz, mi cuello gira tan rápido que me da un latigazo. Aparto la mano de mi falso novio. Sofía ante mis ojos, versión Cenicienta. Sin embargo, hace tanto que no la veía que no me importa.

—Hola. —Le hago un repaso de arriba abajo. Me fijo en las enormes gafas de sol que le tapan media cara y, después, en todas esas bolsas que carga—. ¿Te ayudo?

—No, gracias.

—Por Dios, hermana, ¡dile a alguien que te asista con eso!

—Puedo sola.

—Sofía es tan testaruda a veces... —Pego un respingo en cuanto me doy cuenta de que Mariana también está aquí. —¡Le he dicho mil veces que para algo está el servicio! —Pone los ojos en blanco y entonces me fijo en la chica bajita y delgada que carga a duras penas con diez bolsas en cada mano.

—¡Hola, Mariana! —exclamo, entusiasmado—. ¡Qué placer verte! Estás estupenda, como siempre.

Le agrada mi cumplido. Me acerco a darle dos besos que apenas rocen su piel. Es como a ella le gusta y a mi madre también, por eso lo sé y lo respeto. Luego, miro a Sofía y me atrevo a proceder casi de la misma manera. Y digo «casi» porque en esta ocasión me pego mucho más, le planto uno de los besos cerca de la comisura de los labios y me entretengo para disfrutar de su proximidad antes de apartarme.

—Así que de compras, ¿eh? ¡Y no nos habéis avisado! —Si no me meto en el papel ya voy a hacer una tontería con Cenicienta.

—Oh, son cuatro tonterías... trapitos para la luna de miel —murmura Mariana con jocosidad.

Sofía no se ríe del comentario de su madre. Permanece seria y eso me pone en alerta. Mariana musita una excusa para marcharse. La tipa que carga sus bolsas la sigue como si de su sombra se tratara. Para mi sorpresa, Christian se marcha.

Me giro hacia Sofía. Ha dejado las bolsas en el suelo. Se ha quitado las gafas de sol. Leo algo turbio en su mirada. Algo suplicante. O tal vez me lo esté inventando porque quiero una excusa para arrancarle la tristeza, o el mal que tenga, a lametazos.

—¿Qué has comprado? ¿Puedo verlo? ¡Ay, me encanta! —chillo como si me interesara de verdad—. ¡Hazme un pase de modelos! —Doy un par de palmas—. Puedes cambiarte delante de mí, tranquila, que desnuda no me interesas.

«Joder, ¡qué bien miento, macho!». Pienso.

Sofía se me queda mirando de hito en hito durante tanto rato que da miedo.

—¿Quieres un *try-on*, torero?

—¿Qué? —Estoy tan alucinado, tan excitado también, que la pregunta me sale con una ronquera importante.

—Que si quieres me pruebo lo que mi madre y yo hemos comprado.

—Vale.

Se agacha, remueve una de sus bolsas hasta sacar lo que al principio confundo con un salto de cama. No lo es, pero cuando detecto que en realidad se trata de un vestido de playa ya es tarde. Mi pene se ha puesto firme. Duele. Aprovecho que se aleja de mí para colocarme la erección con disimulo. Sigo su trayectoria con la mirada centrándome en su culo. Se me hace la boca agua. Gira sobre sí misma tras meterse entre una mata de juncos altos que le cubre hasta los hombros. Me llama con el índice de manera un tanto tímida. Mientras recorto la distancia, se asegura de

que nadie nos ve. Esta privacidad es suficiente, o eso deduzco, porque a continuación se quita los pantaloncitos cortos que lleva. Despacio, muy despacio. Noto la garganta seca. Tardo en reaccionar y cerrar la boca. Ella no para de mirarme. Está dedicándome un estriptis, ya no hay duda. Tampoco de que estoy viviendo uno de los momentos más eróticos de mi vida, y ya es decir. Lo que estamos haciendo es recriminable a tantos niveles que añade mucha leña al morbo. Nos pueden pillar en cualquier momento, pero eso ni siquiera se me pasa por la cabeza.

Ya no me llega ahí la sangre.

Cenicienta casi al desnudo es pura tentación. Un jodido espectáculo. Está tan buena como pensaba, tal vez más. Lleva las braguitas, diminutas, y el sujetador, sin relleno, a juego. No esperaba menos en una mujer de su nivel. Se suelta el pelo. Pasa la lengua por su labio inferior. Doy un paso al frente. Luego otro. Aunque quisiera seguir interpretando una homosexualidad que no me define, sería incapaz a estas alturas.

Todo mi ser grita el deseo que me despiertan sus curvas.

—Sofía, ¿qué estás haciendo!? —La voz de Christian nos hace pegar un respingo. El corazón se me sube hasta la boca. Suelto un gritito absurdo, muy agudo y antinatural.

—Solo... yo... solo me cambiaba.

—¿No sabes que eso se hace en el baño? —Frunce el ceño. Hace tiempo que no lo veo tan mosqueado—. Y tú —me señala—, ¿qué hacías mirándola?

Me tapo un ojo con la mano. Con el otro puedo ver cómo a ella se le pone la cara roja. Se agacha, apurada, y se coloca a toda prisa el vestido.

—¡No la miraba! ¡No al menos como piensas! —aúllo, escandalizado.

—¡Exacto! Solo me estaba... le estaba enseñando a Borja lo que... cómo me queda el... esto.

—Pues te queda un poco raro. —Por fin tomo el control. Me meto entre los juncos, rozándola, para situarme tras ella mientras me esfuerzo por no mirarle el culo—. Mira las bolsas que te hace ahí.

—¿Dónde?

—¡Justo ahí! —digo, como si me faltase paciencia.

—Ay, ¡sí! —Sofía se gira, me mira a los ojos y por fin me sigue el juego—. ¡Es verdad!

—No puedes ir con eso a ninguna parte, cariño. Mucho menos a tu luna de miel.

Al decir eso, siento el sabor del veneno en la lengua. Y un odio que me trepa por el esófago. Odio hacia el pelele de Marcos, que pronto se estará encamando con esta belleza en alguna isla paradisíaca para celebrar que se han convertido en marido y mujer.

Cruzo una última mirada con ella. Seguro que algo extraño nota, porque cambia la expresión de su cara por otra interrogativa. Sin embargo, no puedo contarle lo que me pasa. Ni quiero. Ni debo.

—Nos vamos, ¿amor? —Agarro a mi novio y tiro de él, rumbo a alguna parte.

Me dedica una mirada penetrante, me pide más explicaciones entre siseos, pero me hago el loco y consigo eludir la tensa conversación que tenemos pendiente. Mi frustración desemboca en un enfado que a duras penas disimulo. Nunca había sentido celos. Jamás. Y es la peor sensación del mundo. Me encierro en uno de los treinta baños que debe tener este palacio y me masturbo pensando en Sofía. Estoy tan necesitado de ella que duele. Me muerdo el labio inferior para acallar mis jadeos. Descargo una vez. No tengo suficiente. Solo a la segunda consigo quedarme tranquilo.

En la cena que, horas más tarde, compartimos con Mariana y Hans, me centro en ser el mejor novio del mundo. Le doy la mano al rubio, se la beso, le dedico carantoñas, hablo maravillas de él, lo miro como si fuese mi objeto de deseo. No puedo dar más motivos a mi jefe para dudar de

mi profesionalidad. Necesito el dinero. Es lo único que debería importarme. Saco el teléfono con discreción. Los ocho mil euros siguen ahí para recordarme por qué hago lo que hago. Luego, observo a los padres. Malditas sean estas personas, ya que juntos crearon a los dos seres que van a acabar con mi cordura.



Capítulo 17

Christian me ha advertido trescientas veces que no vuelva a acercarme a Sofía y cada una de ellas ha caído en saco roto porque lo único que me apetece es verla. Me paso los siguientes días actuando para los paparazzi. Nos siguen como si fuesen moscas y nosotros un jugoso filete. Volvemos a salir en portada. La pantalla de mi teléfono se ilumina otra vez con llamadas de mi madre, mensajes de mi hermano e indirectas de Teresa. Decido apagarlo cada vez que estoy con Christian para salvaguardar mi salud mental. Permito que me invite a restaurantes caros, que me lleve a sitios espectaculares, que me colme de regalos. Esto es vida o, mejor dicho, sería vida si no fuera porque no paro de acordarme de Sofía y su ropa interior. Dichas imágenes hacen que Marilyn quede relegada a un segundo plano, pero también me acuerdo del peritaje. Y de que su mirada a veces parece reflejar una tristeza en la que no quiero indagar.

El sábado por la noche llega. Nos ponemos nuestras mejores galas para acudir a una fiesta que otros preparan en honor a cualquier cosa. Eso es lo de menos. No se necesita una excusa para pasárselo bien y Christian lo aprendió siendo bien pequeño. Estamos en el sitio más *top* de la ciudad. Si el bar de Paco es el infierno esto es el paraíso. Cortinas de terciopelo, letreros luminosos, madera pulida en la pista de baile. Alfombras suaves antes de entrar. Nadie ocupa los asientos tapizados de algo que me recuerda al cachemir. Algunos se reúnen en torno a mesas altas mientras degustan bebidas de todo tipo. Nos atiende gente guapa. Me tiraría horas describiendo el ambiente, pero creo que ya te haces una idea: el presupuesto es casi ilimitado y eso ayuda bastante a que todo fluya con esa clase de perfección que solo el dinero puede comprar.

El aforo es exclusivo. Pocos invitados y muy selectos, o eso creo porque cuando veo a mi hermano y a su mujer, a Ainara con su novio, a Lorena con Pedro y a Paola cerrando la comitiva se me dispara el pulso.

—Amor... —Tiro de su brazo para que me preste atención. Sé que estoy siendo un tremendo maleducado al interrumpir una charla ajena, pero me da lo mismo—. Amor, ¿puedo hablar contigo un momento!?

Mi jefe sonríe, se disculpa y accede a mi petición.

—¿Qué te pasa?

Me abraza. Aprovecho la proximidad para preguntarle al oído, a bocajarro y sin anestesia:

—¿Por qué están aquí?

Se encoge de hombros, aunque esa sonrisilla canalla lo delata.

—Les invité.

—¿En serio? Pero, ¿por qué?

—Porque sí.

—Pero, ¿qué...?

—Ay, Borja, ¡cómo eres! Solo quería dar un toque... exótico a la velada.

Y tanto. Sergi va vestido como un zarrapastroso, la pelirroja con un trapito que deja poco a la imaginación. Ainara, su novio venezolano y Pedro, correctos, pero Lorena gira demasiadas cabezas. Paola, por el contrario, pasa completamente desapercibida.

—¿Me has robado los contactos del teléfono? —le pregunto, exaltado.

Se ríe como si acabara de contarle el mejor chiste del mundo.

—¿Qué? ¡No! ¿Puedes dejar de ser tan desconfiado?

—¿Entonces?

—Tengo el número de Paola.

Ahogo un jadeo.

—¿¡El de Paola!?

Sonríe de lado.

—No preguntes.

—Sí, sí pregunto —contesto, beligerante—. ¿Por qué te interesa ella precisamente?

—¿Habéis tenido algo?

Preguntas sobre preguntas. Tengo la sensación de que me oculta algo. Algo importante.

—Jamás.

—A mí tampoco me interesa. Quiero decir, en ese sentido específico —explica de manera innecesaria—, pero es... agradable. De lo poco que se salva.

—No deberías mezclarte con mis amigos.

—No son tus amigos —me recuerda con condescendencia.

—Pedro un poco. Y Sergi es mi hermano. Joder, Christian, un desliz, uno solo por parte tuya o mía... —nos señalo indistintamente—, y se acabó esto.

—Eso no va a suceder.

—De acuerdo, yo tengo la conciencia tranquila —trato de incomodarlo con una verdad a medias—, así que si puedes decir tú lo mismo...

En las últimas semanas he tomado mucha confianza con mi jefe y eso se nota. estuvimos a punto de visitar uno de esos lugares en los que señoritas de alto *standing* hacen tus deseos carnales realidad, pero pasear nuestro amor en público resulta agotador. Chris parpadea, confundido por mi atrevimiento, pero no permite que le afecte demasiado porque enseguida se recompone y dice:

—No seas descortés. Vamos a saludar a nuestros invitados.

«Preferiría que me atropellara un camión». Pienso.

Me trago la bilis y ambos emprendemos la marcha en dirección al grupo. Desentonan tanto como un elefante en una cacharrería. No me apetece aguantar las bromitas de mi hermano, las preguntas mordaces de mi cuñada o los lamentos de Paola. En este último caso porque son un calco de los míos. Me pregunto qué clase de conexión une al rubio con el antiguo rollo de Pedro. ¿Serán amigos? Pues no pegan ni con cola.

Rezo para que un rayo caiga en este lugar y evite una tragedia. Ahí arriba alguien me escucha, porque justo entonces distraen a mi jefe y me escabullo. Consigo un Macallan y lo hago desaparecer de un trago en mi boca. Sergi me dedica aspavientos desde la distancia. Finjo que no lo he visto. Me infiltro entre el resto de invitados, esos que son normales y que saben comportarse como seres civilizados. Transcurren unos cuantos minutos más. Me fijo en las mujeres que bailan, en sus atractivos cuerpos que se mueven insinuantes. Hablo raro. Sacudo la cabeza y me pregunto si se debe a la falta de sexo. Pido otro whisky para rebajar la tensión. No pierdo de vista al grupo, pero sí al rubio. ¿Por qué tiene que complicar tanto las cosas?

Me dirijo hacia el baño para buscar respuestas en el inodoro. Christian, de espaldas, vacía su vejiga.

—¿Dónde estabas, amor? —dice entre dientes—. No hacemos más que hablar de ti y tú, ausente...

—No es justo —replico, tras asegurarme de que estamos solos y nadie puede oírnos—, si tú has invitado a Paola, yo quiero que venga tu hermana.

Se sacude el pene, se lo guarda, sube la cremallera y lava sus manos con una elegancia y saber estar que aún me fascinan.

—¿Sofía? Te he dicho que te olvidaras de ella como cien mil veces...

—Christian...

—No me gusta esa fijación tuya.

—Ni a mí que no juegues limpio. Seguro que me ocultas algo.

Me agarra por el cuello y disfraza de suave caricia un apretón:

—La vida es juego, Borja.

—Creo que así no era el dicho.

—Olvídate. De. Sofía —insiste.

—Y tú de Paola.

Se separa de mí para clavar sus ojos en los míos. No me achanto. Le mantengo la mirada durante lo que parecen horas.

—Si quieres llamo a Sofía, pero... va a venir acompañada. Por Marcos.

Lo dice en un tono abiertamente desafiante. Algo corre en sus venas y no es el alcohol. Es otra cosa, aparte de la perspicacia. Alucino con que no le nuble el juicio. Él sabe que yo sé que sabe. Sin embargo, yo no sé y me pierdo.

—¿Es tu última oferta?

—Por supuesto.

A Christian le gusta ver el mundo arder y a las personas sufrir. Y si le agrada jugar a ser un dios, no tengo otra que ponerme en sus manos.

Es eso o nada.

—Perfecto, llámala.

Saca su teléfono. Aprieta un par de teclas y, en menos de veinte segundos, tiene a Sofía al otro lado de la línea. Le pregunta por sus planes para después proponerle que se pase por aquí junto a su «futurísimo». Apenas escucho las respuestas. Son como un murmullo amortiguado, pero sería capaz de distinguir ese tono de voz de entre cientos. Christian se asegura por tercera vez de que el pelele la acompañe.

Y cuelga.

—Ya está —musita.

—Gracias.

Admito que la noche acaba de ponerse mucho más interesante. Me importa menos que mi

hermano, su mujer y sus amigos estén aquí, compartiendo el mismo espacio. Mi jefe y yo salimos del baño cogidos de la mano. Se me olvida lo que había venido a hacer aquí, pero no importa. Solo me acuerdo de contar los segundos que faltan antes de que Sofía aparezca. ¿Iría vestida como Marilyn o como Cenicienta? Me es indiferente. Lo único que quiero es verla.

Joder, me apetece mucho verla.

—¡Chris! —Una mujer que no había visto antes nos intercepta. Le da dos besos. Después me mira con curiosidad—. No sabía que te habías vuelto a enamorar.

—Sí. Estamos como locos el uno por el otro, ¿verdad, cielo?

No tengo ganas de hablar, así que beso a mi jefe. Con lengua. Quizá sea el alcohol. O las luces bajas. O la música. No lo sé. Cierro los ojos e imagino que es ella. Christian me aparta con suavidad al final.

—Sí, eso definitivamente es amor —masculla la tipa—. Una pena.

Se marcha por donde ha venido. Mi mirada se cruza con la de Paola en la distancia. Frunce el ceño y se aleja con paso acelerado y cara de pocos amigos. Me pregunto qué bicho le ha picado. Y cuál me ha picado a mí, porque lo que acaba de pasar no es ni medio normal.

Mientras mi corazón intenta recuperar su ritmo cardíaco habitual observo cómo Tere reúne a sus secuaces. Cuchichean la jugada en un rincón. Sus dedos nos señalan. Me resultan tan aburridas, tan predecibles, que pongo los ojos en blanco y decido acercarme al único que se salva de la quema junto con mi hermano, a veces.

—¡Pedro!

—Ey, tío, ¡cuánto tiempo!

Me propina unas cuantas palmaditas en la espalda que me dejan sin aliento.

—¿Cómo te va?

—Regulero, pero ya veo que a ti el cambio de acera te sienta de puta madre.

Sonrío sin ganas y me centro en la primera parte de la frase.

—¿Qué te pasa?

—El curro, tío.

—¿Va mal o qué?

—De culo —baja la mirada—, van a echar a la mitad de la empresa o por ahí.

—¿Y eso?

—Malas decisiones de los de arriba. Una mierda.

—Joder.

—Sí. Dicen que lo peor ha pasado, pero falta pasta para remontar, así que lo veo negro.

—Pues no me importaría invertir —digo sin pensar.

Pedro alza mucho las cejas.

—¿¡En serio!?

—A ver —reculo, un poco nervioso—, no sé de cuánto dinero estamos hablando.

—Varios *milloncejos*.

—No tengo tanto.

—Ya, lo suponía —sonríe.

—Espera... —hago una seña a mi falso novio y este tarda un rato en venir—, Christian, ¿te gustaría salvar la empresa de mi amigo?

—¿Tú tienes una empresa? —pregunta a Pedro con desdén.

—Trabaja como programador desarrollando videojuegos —informo, conciliador.

—Oh, interesante.

—¿Sí? ¡Joder, tío! —Le pone una mano en el hombro con una confianza que nadie le ha dado

—. Necesitamos un milagro que nos salve o algo. ¡Y tú tienes pasta para parar un puto tren!

Christian se aparta.

—Tú cuéntame qué hacéis exactamente y ya veremos.

—Pues lo nuestro se basa en...

—No, hoy no. Otro día.

Se da la vuelta dejando a mi amigo con la palabra en la boca. Su silueta se confunde con la masa de invitados reunida en la pista de baile. Pasan los minutos. Miro hacia todas partes en busca de Sofía. Pedro y yo hablamos de tonterías que nada tienen que ver con mi cambio de acera ni con la situación en su curro. Me pido otro Macallan. Cuando quiero darme cuenta, una hora ha pasado. Ni rastro de Sofía aún. Me impaciento. Trato de distraer la mente contando cosas. Primero, bebidas abandonadas sobre las mesas altas. Más tarde, la gráfica que muestra la evolución de mis acciones. Luego, los euros que quedan en mi cuenta corriente. Por último, las tías buenas. Salvo a trece en total sin contar a las del grupo. Por cierto, tengo localizados a todos los integrantes, salvo a Paola.

Creo que soy el único que se pregunta dónde está.

Y si Christian la acompaña.



Capítulo 18

La buena noticia es que el pelele de Marcos no vino a la fiesta. La mala es que su prometida tampoco. Seguro que mi jefe me la jugó. Que esa llamada su hermana nunca tuvo lugar y que fue un montaje para callarme la boca. Reconozco que su ausencia, con el paso de las horas, me escoció más que las indirectas de Teresa y el constante palmeo en la espalda de mi hermano. Y lo peor es que no puedo permitir que nadie se entere de cuánto me frustra la situación. Depositar todas mis esperanzas en una sola persona no es bueno. No debo permitirme flaquear otra vez.

Me cuesta conciliar el sueño después de aquello. Cierro los ojos y veo a la rubia con el imbécil de su novio retozando en la cama. No es la misma clase de malestar que sentía cuando Ainara pasaba de mí. Ni siquiera se parece a lo que experimenté cuando Jessica me arruinó la vida.

Esto es aún peor.

Odio a las mujeres, aunque en realidad odio lo que las mujeres hacen de mí y conmigo.

Pago mi frustración con el mundo en general y con mi madre en particular. Amenaza con presentarse mañana en mi nueva casa, pero me creo a salvo porque desconoce dónde vivo ahora. No contesto sus mensajes. Únicamente estoy disponible para el mentiroso de mi jefe. El resto puede irse al carajo. El timbre suena y, como espero al repartidor de comida a domicilio, abro sin echar un vistazo previo por la mirilla.

Craso error.

—Hola, Borja.

Mi madre me observa de arriba abajo con una pizca de mal disimulado desdén.

—¡Mamá!

Besa el aire que rodea mis mejillas. Huele a perfume caro y a algo que desde la infancia trato de identificar.

—Si la montaña no va a Mahoma... —musita—, ¿puedo pasar?

—¿Cómo sabes que...?

—Tu hermano —resopla, como siempre hace cuando habla de él—. ¿Quién lo iba a decir? —Empuja sutilmente mi hombro y accede al interior de la casa. Inspecciona el recibidor con ojo concienzudo, en completo silencio—. La oveja negra ha dejado de darme disgustos. Ahora el

díscolo es mi otro hijo.

Resoplo. Odio su dramatismo camuflado en esa voz de actriz madura que jamás pierde los nervios.

—Mamá, no es un buen momento.

—¡Nunca lo es!

Su cabello perfectamente peinado brilla tanto que parece artificial. Recuerdo la primera foto en la que salimos los dos, el día de mi nacimiento. Su aspecto, impecable tras trece horas de parto, dice mucho de su personalidad. Su rostro nunca muestra emociones, solo serenidad, y eso le permite mantener una piel sin apenas arrugas a sus casi sesenta años. Esa presión por mantener las apariencias fue inculcada a sus dos hijos. Sin embargo, Sergi hizo una pelota con ella y se limpió el trasero. Yo, en cambio, soy digno hijo de mi madre. Supongo que salir en las portadas de las revistas le ha obligado a dar explicaciones ante su círculo.

—¿Cuándo has perdido el rumbo? ¿Y por qué?

«Buenas preguntas». Pienso. Y luego veo en sus ojos un atisbo de preocupación sincera. Por eso, freno las palabras que mi lengua pretendía hacerme pronunciar. Una confesión. Un desmorone en toda regla. Es mi madre. A una madre no se le puede mentir así como así, ¿no? Aunque no vaya a comprender las razones que me llevaron a meterme en esto. Aunque no me apoye. Aunque me juzgue antes, durante y después.

Pienso en mi salario. En las acciones que he adquirido. En todo lo que me queda por aprender para labrarme un futuro. Mis explicaciones pueden aguardar. Cuando nade en la abundancia, ambos minimizaremos el impacto de este bache que atravieso. Por eso, acabo encogiéndome de hombros y medito sobre una historia convincente que sostenga mi repentino cambio de orientación sexual.

De pronto, mi móvil suena. Las notas de una melodía estridente inundan la enorme grieta abierta entre mi madre y yo. El silencio retorna al cabo de veinte segundos, pero la persona que quiere contactarme insiste.

Me figuro que es Christian, así que alzo el dedo y mascullo un:

—Debo cogerlo.

Cuando leo el nombre del contacto en la pantalla, frunzo el ceño durante un segundo. Y luego, deslizo el índice antes de llevarme el aparato a la oreja:

—¡Paola! —exclamo con un tono excesivamente alegre—. ¿Qué tal?

—Borja —su voz entrecortada no me conmueve, sino que me salva—. Necesito hablar contigo. No sé si puedes...

—¡Claro que sí! Voy para allá —digo en tono apurado mientras recojo mi chaqueta, mi cartera y mis llaves—. No te muevas, ¡tranquila, que estás a salvo!

—Pero, ¿qué dices?

—¿Dónde te encuentras?

—En mi casa.

—Ahora mismo me tienes allí.

—¿¡Qué!?

Cuelgo la llamada mientras niego con la cabeza. Ni siquiera me planteo pasar por el baño y peinarme. No es buena idea, aunque me haga poca gracia bajar a la calle con estos pelos.

—Lo siento, mamá, es una amiga muy cercana y me necesita.

No soy capaz de sostenerle la mirada. Ella se cruza de brazos muy lentamente, con la espalda recta cuan palo de escoba.

—Aquí te estaré esperando —informa.

—¡No! —exclamo—. Quiero decir, Paola está hecha polvo y no sé cuándo voy a volver...
Suspira. Se atusa el pelo y susurra:

—Antes de las nueve.

—¿Cómo?

—He reservado en el mejor restaurante de la ciudad, ya sabes, ese al que fuimos aquel día... —hace un movimiento extraño con la mano—, ya sabes que en otros sitios la comida me sienta fatal.

—Perfecto, pues luego nos vemos. ¡Esto es muy, muy urgente!

—Por cierto, ni se te ocurra traerlo. —Sentencia muy seria y, sin necesidad de preguntas, sé que habla de mi jefe—. Siento que aún no estoy preparada.

—De acuerdo, mamá. Esta noche solos tú y yo.

Me acerco a darle dos besos y el aire de sus mejillas recibe mi amor. Salgo de casa aliviado y, aunque una parte de mí, esa que es desconfiada, se pregunte si mi madre aprovechará la coyuntura para explorar mis cajones, huyo escaleras abajo. Cualquier cosa con tal de evitar el momento más incómodo del año, esa charla que no va a servir de nada, esas historias demandadas con recelo que tendré que inventar. Sé que retrasarlo no es muy maduro por mi parte, pero, ¿quién sabe? A lo mejor de aquí a que lleguen las nueve sucede algo que me libre de esa cena como, por ejemplo, una catástrofe natural sin precedentes ni víctimas mortales.

No sé dónde vive Paola. Me detengo en mitad de la acera y abro la aplicación de mensajería para preguntárselo, pero veo que me ha mandado su ubicación, número y puerta del piso incluidos, y sonrío. Me dirijo hasta allí tras pedir un taxi. Arrugo la nariz en cuanto me percató de que nos dirigimos a una parte fea de la ciudad. Ya no estoy tan acostumbrado a estos sitios, pero no voy a echarme atrás.

Me apeo del coche. Agradezco no ir hecho un pincel porque así paso un poco desapercibido. Mi clase es innegable ahora que vuelvo a tener liquidez, así que miro hacia todas partes y me lanzo contra el telefonillo. Paola abre la puerta sin preguntar. Subo hasta su piso en el ascensor procurando no tocar nada.

Y aún así, mejor aquí que con la afilada mirada de mi madre encima.

—Hola. —Me encuentro su silueta en el descansillo, con la luz apagada, y me da un susto de muerte—. No hacía falta que te tomaras tantas molestias conmigo, ¿sabes? Por teléfono hubiese sido suficiente.

—¿Qué? Ah, ya... es que... me apetecía verte —miento.

Me alegro de que no se lo crea. Me dedica un gesto que así lo delata y me invita a pasar a su modesto hogar.

—Vamos a mi habitación. Allí estaremos más tranquilos.

Un apartamento viejo, con muebles viejos, compartido entre varias mujeres por unos pocos cientos de euros al mes. Gastos no incluidos. Saludo a las habitantes de la casa con un meneo de manos. La televisión, demasiado alta. Los pasillos, demasiado estrechos y las paredes con gotelé. Un ligero olor a fritanga llega desde la cocina. Es todo tan anodino que casi me vuelvo loco y no llevo ni dos minutos aquí.

La sigo hasta un cuarto pequeño en el que todo se halla apretujado. Al menos, está limpio, ordenado y huele bien. Y con Paola puedo mantener mi farsa sin problemas. No voy a acostarme con ella, ni creo que ella pretenda tener algo conmigo, aunque seguro que se muere de ganas. Si me diera por hacerle ese favor, sería su día de suerte.

«Hoy no, nena». Pienso.

En cambio, digo:

—¿Qué te pasa?

—No sé por dónde empezar —suelta esto y, a continuación, se sienta en su cama. Yo prefiero quedarme de pie—. Borja, yo...

—Tranquila... —musito. Y, entonces, cierta inquietud me invade, porque Paola no es de esas histéricas que se alteran por nada—, cuéntamelo todo desde el principio.

No me había planteado hasta ahora por qué me ha llamado a mí y no a sus amigas. La mosca se me instala detrás de la oreja.

Mis sospechas se confirman cuando sentencia lo siguiente:

—Ten cuidado con Christian.

—¿Qué? —Su mirada, de pronto huidiza, me obliga a ponerle la mano en el hombro—. ¿Por qué? ¿Te ha hecho algo?

—No.

Si no oculta la verdad, miente. Río mientras finjo una despreocupación que no siento. Bastante tengo con lo de mi madre como para ahora andar jugando a las adivinanzas con Paola, pero no me voy a marchar de aquí sin saber lo que esconde.

—¿Entonces? —chasqueo la lengua—. ¿Por qué tiene tu teléfono entre sus contactos?

—¡Eso querría saber yo! —Me dice la verdad, pero también me oculta cosas. Arqueo una ceja y espero a que diga algo más. Funciona—. Es que... me da la sensación de que...

Aprieta los ojos hasta cerrarlos con fuerza. Me pellizco el puente de la nariz como si andara sobrado de paciencia.

—No he venido hasta aquí para que ahora te lo calles —digo sin mucho tacto, al más puro estilo Teresa.

—Tienes razón. Es que creo que... que Christian no es quien dice ser.

—Paola —me agacho para que nuestras caras queden a la misma altura—, estás hablando de mi novio.

—¡Lo sé!

—Lo conozco bien. A veces puede llegar a ser un poco... mandón. —Es el primer defecto que me viene a la mente—. Está acostumbrado a que todos a su alrededor hagan lo que dice. No se trata de una mala persona.

—Yo no he dicho eso.

—¿Pasó algo en la fiesta?

Evita el contacto visual. Prepara la mentira.

—No.

—¿Te dijo algo?

—Hablamos, sí.

—Eso te iba a decir. Porque vi cómo me lo robabas durante un buen rato.

—Ya. Le estuve contando que Lore ha conseguido una muestra biológica de Paco. Pronto tendrá resultados.

—Fascinante.

—Eso mismo dijo él —sonríe un poco—. Sé que Christian es tu novio y todo eso, pero...

—Paola, voy a volver a repetírtelo y quiero que esta vez me digas la verdad: ¿te ha hecho algo? ¿Algo malo?

—No.

—¿Te ha insultado? —niega con la cabeza—. Entonces, ¿qué pasa?

—Que no te está diciendo la verdad —musita con un hilo de voz—. Creo que le gustan las mujeres más de lo que quiere admitir.

Tomo aire. Lo expulso poco a poco mientras espero a que Paola termine de confesar. Es un método de presión que aprendí de mi madre, esa que aguarda en mi casa la llegada de las nueve.

—¿Eso es todo?

Ahoga un jadeo y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Te parece poco?

—Todos tenemos un pasado. Yo me he acostado con innumerables mujeres antes de que me tuviera un hombre en exclusiva.

Siento un escalofrío al pronunciar esas últimas palabras con tal convencimiento.

—Vale, en ese caso...

—Espera, ¿te besó o algo? —sonrío ante lo descabellada que suena esa idea.

—No.

—Pues ya está, querida. —Finjo un ramalazo de homosexualidad—. Gracias por advertirme, pero no te preocupes por nosotros. ¡Estamos mejor que nunca!

Dicho esto, le doy un beso en la mejilla y suelto una excusa que me permite pedir a otro taxi. Me saca lejos de ese mundo de pesadilla en el que vive la clase media. No regreso a mi casa por motivos obvios, sino que mis huesos terminan en el bar donde cambió mi suerte. Pido dos Macallan para entonarme antes de lo que me aguarda en la cena. Medito sobre cuánto he escalado a nivel social. Sonrío al sentirme tan afortunado. El drama de Paola queda lejos. Incluso la cena con mi madre.

En cambio, Sofía protagoniza cada uno de mis pensamientos. Envalentonado por el alcohol que me envenena la sangre, saco el móvil del bolsillo y propongo organizar una cena de parejas de lo más inocente. Solo nosotros cuatro. Mi jefe muestra sus reticencias, pero lo convengo rápido, no sé muy bien cómo. Sonrío de oreja a oreja. Mi único propósito es verla, cruzar unas cuantas palabras con ella, saber más de su vida e imaginar que encajo en alguna parte. Visualizo nuestros cuerpos sudorosos enredándose. Bueno, el suyo seguro que ni siquiera suda. Eso solo lo hacen los humanos y Sofía Betancourt es una diosa.

Cierro los ojos. Dan las nueve de la noche en este bar sin ventanas mientras recreo el momento en el que Cenicienta se quita la ropa delante de mí.

Mi madre me llama. Apago el teléfono para soñar un poco más.

Y, sin ser demasiado consciente, cavo mi propia tumba.



Capítulo 19

Sofía

El encargado abre la comitiva. Yo lo sigo y Marcos hace lo propio conmigo unos metros más allá. Fantaseo con la idea de que se desvanece en el aire. O de que se lo piensa mejor, da media vuelta y regresa a casa donde se olvidará de mí y yo de él por unas horas. Creo que a ambos nos convendría.

Mi prometido me alcanza justo cuando doblamos la esquina. Me sujeta por el codo como si todo estuviera en orden. Detengo el impulso de librarme de su contacto justo a tiempo. Christian nos ve. Levanta su copa a modo de saludo. Borja imita su gesto mientras clava sus ojos en los míos. Trago saliva.

—¡Hombre, pero si es mi pareja gay favorita! —exclama Marcos.

Abraza a mi hermano y a su novio con tanta efusividad que llama la atención de todos los presentes. El espectáculo me parece terrible. Noto una lluvia de miradas perspicaces sobre nosotros. Yo permanezco absorta en un oportuno mensaje que acaba de recibir mi teléfono, muerta de vergüenza y bochorno. Ni siquiera me molesto en forzar una sonrisa que de todos modos no llegaría demasiado lejos, así que tomo asiento frente a mi hermano en completo silencio. Marcos y yo llegamos tarde, pero nadie nos lo reprocha. Coloco mi bolso tras la silla y me aparto un mechón de pelo de la cara. La tensión que mi prometido y yo traemos es palpable. Nos esforzamos en disimularla, aunque esos intentos resultan infructuosos ya que Christian me pregunta con discreción:

—¿Qué pasa?

—¡A saber! —Marcos se lleva un dedo a la sien—. ¡Mujeres!

Me muerdo la lengua para no mandarlo al cuerno porque hoy, especialmente hoy, Marcos ha decidido mostrarse insoportable.

—Hola, Sofía —dice Borja.

Le dedico un leve asentimiento de cabeza y, esta vez sí, una sonrisa breve. No lo conozco mucho, pero en sus pupilas detecto una chispa de curiosidad que de ningún modo voy a

satisfacer. Ya he acudido otras veces a cenar a este restaurante. Es uno de los favoritos de Christian. El servicio es impecable, la decoración sublime, la carta exquisita y selecta. No puede pedirse más. Mi hermano sirve vino en nuestras copas mientras habla de naderías en las que no participo. Ni siquiera tengo fuerzas para indagar en la extraña relación que mantiene con Borja, estar pendiente de incongruencias y así dar alas a mis sospechas. Prefiero beber este exquisito caldo de una sola sentada a usar mi boca para otros fines. Tras la ingesta me siento mejor, decidida a pasarlo bien pese a tener varios factores en contra.

Uno de ellos, Marcos.

—A ver si a ti te ha pasado lo mismo con alguna antigua novia tuya... ¡o con este señor! —Mi prometido señala a Borja—. Verás, estábamos...

—¡Por favor! —Me giro para fulminarlo con la mirada y pregunto en voz baja—. ¿Te importaría no airear miserias?

—¿Miserias? —se ríe—. ¡Si ha sido una tontería, Sof!

—Entonces, ¿puedes dejarlo estar?

—Solo quiero hacer un... estudio de campo. Por si ellos opinan como yo o como tú. Es otra forma de pedir consejo, ¿no crees?

Intenta buscar apoyo en mi hermano y en su novio, pero no lo obtiene. Al menos, eso es lo que interpreto a través de su lenguaje corporal. Un solícito camarero viene a tomarnos nota, pero no sabemos qué pedir. Eso distrae la atención hacia temas más amables: la comida. Finjo mirar la carta al tiempo que trato de rebajar la burbujeante rabia que me calienta el estómago. Ahora mismo me encantaría levantarme, abofetear a mi novio y salir del restaurante con la dignidad subida y los nervios, por fin, bajo control.

Sin embargo, no haré tal cosa. Porque estoy en contra de la violencia y porque, ante todo, tengo esa clase que mi madre siempre me ha inculcado. Los trapos sucios hay que lavarlos en casa.

Ojalá Marcos hubiese aprendido esa lección en la suya.

—Ahora que lo pienso, a lo mejor has ganado con el cambio, cuñado... Eso de no aguantar los berrinches femeninos es sin duda una ventaja... —Marcos suelta esa perla antes de estirar el labio con la ayuda de sus dedos índice y corazón—. Compensa, ¿no? Te veo más feliz que nunca, macho...

Señala a ambos con una sonrisita socarrona y yo me quiero morir.

—Lo siento, pero he perdido el apetito.

Apuro mi copa. Me pongo en pie. Tiro la servilleta que me he colocado sobre el regazo, agarro el bolso y abandono la escena. Desoigo los gritos de mi prometido y los llamados de mi hermano. Desando el camino y un diligente camarero me abre la puerta.

Estoy en la calle. Respiro aliviada porque no veo rastro de prensa por ningún lado.

—¡Sofía! —No me detengo, aunque escucho mi nombre cada vez más cerca—. ¡¡Sofía!!

Alguien toca mi hombro. Me giro. Es Borja. Me sorprende encontrarlo a él. Y no deseo su compañía, pero tampoco voy a mostrarme hostil y pedirle que se vaya. Estudia mi rostro, quizá en busca de lágrimas que no van a aparecer. Estoy disgustada, avergonzada, pero no triste. Tras un par de segundos en los que parece que el tiempo se ha detenido, reanudo la marcha. Él me sigue. Cruzo mis brazos sobre el pecho mientras trato de alejar esos recuerdos de mí. Sí, los que se gestaron aquella tarde en que volví de compras y no se me ocurrió otra cosa que quedarme en ropa interior delante del novio de mi hermano. Fue arriesgadísimo, algo totalmente impropio de mí. Nunca he tenido la necesidad de mostrarme accesible de un modo tan explícito, pero supongo que para todo hay una primera vez.

Tras el suceso sentí un calor que no se apagaba. Las manos me temblaron durante horas y esa noche me costó conciliar el sueño. El deseo enturbia la mirada de los hombres y la de Borja, contaminada por el velo de la excitación, me hizo el amor sin pedir perdón o permiso. Hacía años que no experimentaba eso. Ni siquiera durante los primeros meses Marcos me transmitió tal fulgor. Y eso me agradó, lo reconozco, aunque también me hizo ser consciente de que acababa de abrir la caja de Pandora.

Supongo que sí: mereció la pena comprobar empíricamente que Borja no es tan homosexual como aparenta.

—Oye, Borja. —Nos detenemos ante un semáforo en rojo y aprovecho para despedirme—. Te agradezco el detalle, pero no es necesario que me acompañes a ningún sitio.

—Sé que sabes cuidarte tú sola —dice con una sonrisa—, solo te acompaño porque estaba convencido de que lo necesitabas.

—¿El qué?

—A un amigo.

El verde me hace reaccionar y cruzo el paso de cebra junto a él. Desde aquí puedo oler su colonia. Es tan elegante, tan atractivo, que si me descuido podría embrujarme. Y no quiero eso. Estoy prometida. Me caso en tres meses ¡por el amor de Dios!

—Gracias, de verdad, pero lo que quiero es estar sola.

—¡Cuéntamelo! —exclama, y me detiene tras colocar su mano en mi antebrazo—. Desahógate conmigo.

—No sé si es buena idea —mascullo.

—Lo sé todo sobre los hombres. —Pone los ojos en blanco—. Soy uno y salgo con otro. Créeme, Sofía, lo que te haya hecho a ti el tuyo me lo ha hecho a mí el mío antes. ¡O alguno de mis ex!

Mi mirada se pierde entre las sombras de los edificios que se extienden en el horizonte. Teresa me dijo que Borja no había estado con otro chico antes que mi hermano, pero quizá ella no lo sabe todo sobre su vida. Cada uno tenemos derecho a guardarnos secretos para nosotros. Por eso y por otros motivos me pregunto si puedo confiar en él. Si es bueno que descargue en otra persona los secretos que llevan avasallándome tanto tiempo. Me paso una mano por la cara a pesar del escaso maquillaje que llevo puesto. Suspiro con desesperación. Ya es de noche y aun así, sus ojos claros consiguen reflejar una profundidad que invita a perderse en ellos. Y lo hago. Y no me encuentro. ¿Qué me sucede? Pensé que esas cosas solo pasaban en las películas.

—No sé si puedo... no sé si debo.

—¿Quieres una copa? —Señala hacia un punto en su espalda—. Conozco un sitio por aquí que no es gran cosa, pero, ya sabes: situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Me dejo conducir sin oponer ninguna clase de resistencia. El trayecto es corto y lo realizamos en silencio. Nada más llegar conquisto la mesa que se sitúa más cerca de la ventana. Silencio el teléfono a pesar de que Marcos no se ha puesto en contacto conmigo. Tampoco mi hermano lo ha hecho.

—Me muero por beber algo.

He verbalizado ese pensamiento. Borja vuelve a sonreír. Aparto la mirada, me siento en el taburete y coloco la palma de la mano bajo mi barbilla.

—¿Qué tomas?

—Lo que quieras.

Borja me guiña el ojo.

—Ahora mismo vuelvo.

Se quita la chaqueta, me la lanza. Mis ojos lo persiguen hasta que llega a la barra. Su altura lo hace destacar. Llama la atención de varias mujeres y sonrío de medio lado al constatar que su presencia, en efecto, no pasa desapercibida. Me fijo en su lenguaje corporal. Demandante, seguro, acompañado por una elegancia un tanto forzada que me resulta entrañable. Suena música desfasada, éxitos de hace unos años que no llegarán nunca a ser considerados clásicos.

El novio de Christian regresa por fin con las bebidas. Se queda de pie, observándome con curiosidad.

—Brindemos.

—¿Por qué?

—Por una noche de confesiones.

Estoy a punto de atragantarme. Dejo la copa a un lado y me paso la lengua por los labios. Borja sigue atento el recorrido. ¿Por qué estoy nerviosa? ¿Por qué siento que esto es como estar en una cita?

—Vale, empieza tú. —Lo reto.

Se queda pensativo con la vista clavada en alguna parte, hasta que finalmente dice:

—Cuando te vi por primera vez pensé que eras un poco ordinaria.

No sé si es lo inesperado de la revelación, la tensión acumulada o el alcohol que inunda mi estómago vacío, pero explota en una carcajada espontánea e impropia de mí.

—¿¡En serio!?

—¡Sí!

—¿Por qué?

Se pasa una mano por el pelo.

—Esperaba que la hermana de Chris fuese una Barbie al completo.

—Nada más lejos de la realidad.

—En efecto, salvo cuando apareció Marilyn.

—Eso requiere de demasiado trabajo y esfuerzo —bato una mano en el aire espoleada por el alcohol—. Ahora mismo, por ejemplo —me doy un repaso—, soy una más. Y soy consciente de ello. Y me encanta.

Observo cómo Borja se tapa la boca como si quisiera contener unas palabras que, para mi desgracia, se traga.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta la gente que juzga a otra solo por su aspecto.

Frunce los labios dando a entender que no le gusta mi respuesta.

—Si tu hermano pensara igual que tú, jamás me habría mirado.

—Por eso estáis hechos el uno para el otro —aseguro, aunque no del todo convencida.

—Te toca a ti, querida. Confiesa: ¿qué te pasa?

Suspiro tan hondo que los mechones más cercanos a mis labios danzan. Siento unas estúpidas ganas de llorar que silencio con un poco de alcohol.

—Borja, si cuentas algo de esto a alguien... te mato. —Le clavo la mirada, pero esta vez estoy tan centrada en lo mío que no me provoca ninguna emoción—. Lo digo en serio. ¡Y mucho menos a Chris!

—¡Tienes mi palabra!

—¿De verdad puedo confiar en ti?

No sueno insegura, pero si le cuento mis intimidades, como él quiere, estaré dando un salto de fe. Puede salirme bien o todo lo contrario. No conozco a Borja lo suficiente y mi instinto me dice que oculta mucho más de lo que muestra, aunque a veces se le olvida y atisbo a ver fragmentos

de él que son reales. Esos son los que me gustan y por los que me hallo aquí, esta noche, en lugar de ponerme tras el volante, aunque, ahora que lo pienso, el hecho de que haya bebido también cuenta porque, ya sabes, si bebes, no conduzcas.

—Sofía, quiero ayudarte. —Me coge de la mano. Su calor suave me acaricia y termina por convencerme de que sus palabras son ciertas—. Eres casi una hermana para mí —traga saliva—, por tanto, me importas.

Esa frase es capaz de hundir el autoestima de cualquier mujer, pero hago como si conmigo no fuera la cosa.

—¿Una hermana?

—Mi cuñada.

—Está bien. —Me rindo y me preparo para dejar salir un secreto que me quema desde hace años—: Marcos y yo... lo nuestro es complicado.

—Yo a él lo encuentro muy simple.

Me río sin ganas y me niego a defenderlo.

—No es oro todo lo que reluce en nuestra relación.

—Querida, casi nunca lo es... —comenta tras robarle un sorbo a su bebida.

—Hace años atravesamos una crisis muy... amarga. Estuvimos a punto de romper... y para salvar nuestra relación, Marcos propuso... abrirla.

—¿Qué? —Asiento con la cabeza—. Perdona, pero creo que no te he entendido.

Aprieto los labios. Odio sentirme así: insegura. Y no es porque me falten las palabras, sino porque mi educación y mi saber estar entran en conflicto con la delicada situación que intento exponer. Me niego a dar demasiados detalles. Sin embargo, ya que las compuertas de mi alma están abiertas, que corra el aire.

—A partir de aquel momento empezó una nueva fase para nosotros.

—¿Que consistía en...?

—Nos dimos luz verde para acostarnos con otras personas.

Sonrío más nerviosa de lo que me gustaría admitir.

—Pero... pero eso... está bien, ¿no? Quiero decir —carraspea—, ¡respeto a tope! Si es lo que queréis...

—Ya, lo que pasa es que... a ver cómo lo expreso de la mejor manera... —musito, tan bajo que seguramente Borja no lo oye—, él no... él no quiere que esto cambie después de casarnos.

—¿Y tú sí?

—No tiene sentido pasar por el altar si vamos a seguir como si estuviéramos... de novios.

—Ahí te doy la razón. —Toma una buena bocanada de aire y abre los brazos de un modo excesivamente teatral.

—¿Sabes qué deberías hacer, amiga mía?

—Ilústrame.

—Mantente firme. Y si no, plántate. Y cuando tu amorcito ceda, porque va a ceder, que te lo digo yo, ya vives tu vida de casada aburrida, pero antes... —frunce los labios—, aprovecha lo que te queda de libertad.

—¿Que aproveche? —pregunto, divertida.

—¡Estos tres últimos meses te quiero ver desatada! —insiste—. Acuéstate con todo bicho viviente. ¿Quieres que te consiga a algún chico guapo? —Gira la cabeza—. Con lo bien que se me da ligar, puedo ligar por tu oxidado y bonito trasero. Tranquila, que no te cobro.

Sonrío por sus ocurrencias, pero niego con la cabeza desechando su espontáneo ofrecimiento. ¡Es capaz de llevarlo a cabo! Bajo la mirada y me cuestiono si es pronto para arrepentirme de

haberle contado todo esto o si debo aguardar un poco más.

—Es que a mí... es que yo...

—¿Qué pasa, cariño?

—Que yo nunca... no me he... beneficiado del trato, por así decirlo.

—¿¡Cómo!?

Se le congela la expresión en una mueca de horror. Es tan auténtica que bebo para no reír y, a su vez, río para no llorar.

—Pues eso, que yo... a lo largo de los años... yo no me he sentido en la necesidad de...

—¿Me estás diciendo que nunca te has acostado con otro estando con... él? —Niego con la cabeza—. ¿Me estás diciendo en serio que, mientras que él se ha liado con varias, supongo, tú te has mantenido fiel?

Apuro la copa. Me bebo la suya sin preguntarle primero, pero no me siento culpable.

—Patético, ¿verdad?

—Ay, cariño...

Me envuelve entre sus brazos y yo, no sé por qué, me derrumbo por completo.



Capítulo 20

Han pasado ya varias horas desde que Sofía se fue por su lado y yo por el mío. Christian me ha montado un pollo por salir corriendo del restaurante tras ella, pero me da igual. Dejarla sola no era una opción, prefiero lidiar con un jefe cabreado. Intento dormir, pero soy incapaz. Atrás queda la fase en que fantaseo con todo lo que le haría a esta Cenicienta triste que he conocido hoy. Ahora únicamente me acompaña una rabia infinita que me encantaría descargar en la cara del pelele.

Marcos. Lo odio con tal intensidad que se me agita la respiración y se me cierran los puños. Solo a semejante patán se le ocurriría mantener una relación abierta con Sofía Betancourt. ¿Quién en su sano juicio propondría algo así a semejante mujer? Un imbécil que no la merece, obvio. Que ella, además, acabara aceptando, me parece de locos. Es la chica más especial que he conocido. También la más interesante, misteriosa y sexy. Porque debajo de esa ropa cómoda ya sé lo que hay. Necesito descubrir lo que esconde dentro.

Y cuanto más indago, más me atrapa.

Tendría que haber mandado a su novio a la mierda y buscarse a alguien que mereciera la pena de verdad. Que la quisiera por lo que es, tal y como es. En exclusiva. Admito que la fidelidad y yo no congeniamos mucho. Que en el pasado me hubiera encantado probar a otras en mi cama con el beneplácito de la oficial. Joder, ¡el sueño de todo *fucker* hecho realidad! Sin embargo, a Sofía jamás se me ocurriría planteárselo. ¿Correr el riesgo de perder a una mujer así? No, gracias. Porque creí que la perfección no existía hasta que la conocí y no puedo aspirar a nada mejor. Si yo me tiro a cualquiera, ella también podría hacer lo mismo. Entonces se daría cuenta de que no merece la pena aguantar a bobalicones como Marcos. O como Borja Folcaquier. Me considero superior a él en casi todos los aspectos, pero a Cenicienta no le llegamos ni a la suela del zapato.

Me doy un golpe en la frente al recordar cómo me ofrecí antes a ligar por ella. ¿Soy gilipollas? Efectivamente. No quiero que disfrute de su libertad para acostarse con otros, aunque si quisiera hacer una excepción conmigo y echar una canita al aire antes de pasar por el altar, aceptaría más que encantado.

Sin embargo, hay un pequeño problema: se supone que soy gay. El novio de su hermano.

Además, si durante todos estos años ha preferido no hacer uso de sus privilegios, dudo que vaya a empezar ahora. Por eso Sofía sigue con Marcos: no sabe lo que se está perdiendo, lo tengo claro. Ahora me cuadran muchas cosas.

Giro sobre mí mismo, ahueco la almohada bajo la cabeza y cierro los ojos. Mi mente me obliga a recordar el momento en que la rodeé con mis brazos y se vino abajo. ¿Por qué tuve que dejarla marchar? Joder, quiero protegerla de la infelicidad que le espera al lado de ese pelele, pero no tengo lo que hay que tener para quitarme la careta y descubrirme. Menos mal que, antes de decirnos adiós, me dio por pedirle el número de teléfono. Suspiro, cojo el aparato que descansa en mi mesilla de noche y repaso las notificaciones. Christian me escribió hace un rato para avisarme de que hablaríamos sobre lo sucedido en persona. Trago saliva. En Marcos prefiero no pensar. Por mi que se vaya al infierno.

Antes de devolver el móvil a lugar habitual, le mando un mensaje de buenas noches a Sofía. Algo aséptico, no demasiado elaborado, que parezca espontáneo. Para mi sorpresa ella responde y nos tiramos chateando toda la noche. De tonterías, eso sí. Nada de temas sensibles que puedan dar pie a rollos raros o a malas interpretaciones. Esta costumbre se extiende durante los siguientes días. Por la noche sueño mientras que a plena luz solo existo. Apenas duermo y no me importa. A mi novio falso no le cuento nada. No hemos vuelto a tocar el espinoso tema de Sofía, la cena y su prometido. Todo sigue igual que antes y, sin embargo, siento que nada está en su sitio. Que las cosas cambian a un ritmo que no puedo asimilar mientras que los demás continúan a lo suyo, ajenos a mi cada vez más latente desequilibrio mental.

Por las tardes me paseo por la ciudad con Christian de la mano. Esa tarde visitamos un local discreto y lujoso repleto de tías buenas. Él se desfoga con una o dos, yo me meto en la habitación con una despampanante rubia y solo charlamos. Sobre lo mío con Sofía y lo imposible que es. Cuando vuelvo a reunirme con mi jefe, presumimos del polvo que acabamos de echar, de lo profundo que nos hemos dejado ir en la boca de una despampanante mujer. Él sonríe, contento y descargado, yo en cambio no puedo decir lo mismo.

Más tarde, de madrugada, me entrego a esas charlas sustanciales con la chica más especial del mundo. Están a punto de convertirse en costumbre. Y sucede algo extraño: no siento la necesidad de demostrar constantemente lo que soy y lo que valgo. No mido mis palabras, ni tengo la sensación de que lo que diga va a ser juzgado. Las conversaciones fluyen de manera natural, sin forzarlas, sin retorcerlas para que discurran por donde me conviene. Hacía demasiado que no me sucedía algo parecido con alguien.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez.

Wilfred me acaba de dejar en una de las propiedades donde reside mi falso novio. Conchi me recibe con una sonrisa amable y yo correspondo de igual modo. Me ofrece un café, pero yo prefiero algo mucho más fuerte. Ella no muta el gesto cuando recibe mi petición y da media vuelta para cumplirla de forma mecánica y diligente.

—Hola, amor. —El rubio se acerca para darme un beso corto en los labios—. ¿Qué tal anoche? Te eché de menos.

—Y yo a ti. Demasiado —replico.

—¿Preparado para la fiesta del siglo? —asiento con la cabeza—. No pensarás ir así, ¿verdad?

Estamos a finales de mes y no, no me puedo permitir un traje nuevo con el que impresionar al círculo de Christian. Me encojo de hombros y pienso en la conversación pendiente que tengo con mi madre. He perfeccionado tanto la habilidad de escaquearme que podría dar clases. Mi hermano también me persigue, pero ese es más pasota.

En cuanto a Paola... no he vuelto a tener noticias tuyas.

—Aquí tiene, señor. —Conchi me trae un Macallan.

Le doy las gracias secamente. Los hielos tintinean en el interior del vaso antes de llevarme el whisky a los labios.

—¿Prefieres que me vista de torero? —pregunto mientras arqueo una ceja.

Imagino la cara que pondría Sofía al verme de esa guisa.

—No estaría mal, pero no es lo que tengo en mente.

—¿Entonces?

—Dile a Conchi que elija algo de mi armario. No te quedará perfecto, pero valdrá —dice pensativo, con la mano en la barbilla.

No hace falta repetir las instrucciones: la asistente, predispuesta y solícita, me acerca la ropa. Paso al enorme vestidor y me la pruebo. Tuerzo el gesto tras mirarme al espejo y darme cuenta de que el rubio tiene razón: me sienta bien, aunque no del todo.

Si eso le vale a mi jefe, no tengo nada que objetar.

Me reúno con Christian en el pasillo y nos hacemos varios selfies que cuelga en sus redes sociales. Postureo en su máximo esplendor, puesto que ni el texto que acompaña las fotos es auténtico, ni lo que nos une.

Pero eso nadie lo sabe. Y a nadie le importa.

Nuestras sonrisas sí que son genuinas. La falsa relación que mantenemos mejora sustancialmente tras la visita a ese burdel de lujo. Quizá debería proponérselo en breve, aunque debería dejarme de remilgos y echar una canita al aire yo también.

Tras vaciar casi todo el frasco de una exclusiva colonia sobre mi ropa prestada, Wilfred nos lleva hasta el lugar donde se celebra el acontecimiento. Hay paparazzi apostados por doquier. Se trata, ni más ni menos, que de la despedida de solteros de la *feliz* pareja. Sí, es conjunta y sí, la ha organizado Christian por mero capricho.

Creo que solo buscaba una excusa para beber rodeado de gente selecta y gastar varios miles de euros en el proceso. Se nota que gran parte del presupuesto ha ido destinado a la decoración del lugar. Destacan los tonos rosas y rojos en un canto a la extravagancia. Cada detalle compite con el siguiente por llamar la atención. Techos altos, luces brillantes, estatuas de hielo, corazones gigantes hechos de chocolate, Cupidos dorados en miniatura y un largo etcétera.

—Impresionante, ¿verdad?

Asiento y no me esfuerzo por ocultar la sonrisa inversa que se me dibuja en la cara.

—¿En esto has ocupado tus últimas tardes?

—Alguien tenía que supervisarlos —dice con fingida tirantez.

«Pues ya podrías haberme involucrado a mí. Al menos, habría puesto un poco de sensatez». Pienso a mala baba.

Y es que el horror parece no tener fin: en las paredes, fotografías ampliadas hasta tamaños grotescos immortalizan momentos icónicos de la pareja. Una versión a tamaño real de Sofía me mira fijamente a los ojos mientras abraza al mentecato de su prometido en una playa paradisíaca. Por un momento, deseo volatilizarme y aparecer en cualquier parte.

Incluso el bar de Paco me valdría.

—Necesito una copa —digo en voz alta, a nadie en particular.

Mi falso novio señala hacia la inmensa barra tras la cual camareros disfrazados de Luis XVI y María Antonieta revuelven líquidos en cocteleras.

—Pide para mí también.

—¿Un Macallan?

—Algo menos serio, hombre.

La gente comienza a llegar en pequeños grupos igual o mejor vestidos que nosotros. Llamo la atención de un tipo con peluca blanca de rizos. Me sirve las consumiciones y trago un poco de la mía mientras el DJ me machaca los oídos con una mezcla de éxitos modernos y ritmos barrocos. Busco a Chris con la mirada para entregarle su bebida, pero algo me paraliza: allá en lo alto, una pantalla gigante proyecta letras bailongas que forman la frase: *soon to be married*. Me atraganto. Detengo mis pasos y hago lo imposible por no vomitar. No sé si tengo el estómago revuelto por lo empalagoso de la bebida o por el esperpento que me rodea. Sin embargo, lo peor no es eso.

Lo peor es que Sofía va a casarse con un gañán y nadie puede impedirlo.

Una vez me he recuperado, entrego su vaso al rubio. Nuestros dedos se rozan como lo harían los de una pareja de enamorados. Hago un barrido rápido por el área. Cada vez está más abarrotada de gente. No encuentro a la Cenicienta que, imagino, hoy se vestirá de Marilyn para la ocasión. Tampoco veo a Sergi, su mujer y sus amigos. Es todo tan estrafalario que no me extrañaría verlos aparecer en cualquier momento. Me pregunto si debo alegrarme por ello o entristecerme por la ausencia de distracciones. Pronostico que me aguarda una noche amarga, así que bebo un poco más para compensar.

Cada día que pasa queda un día menos para que llegue el de la boda. Eso es una locura mucho peor que lo mío con Christian. ¿Es que Christian no se da cuenta del error tan monumental que está a punto de cometer Sofía? ¿Que es su hermano, joder!

—¡Amor! —Me agarra por la cintura y me besa sin pasión—. ¡Ven aquí, anda, no estés solito!

Precisamente así es como prefiero estar, pero mi lenguaje corporal no va a traicionarme. Bailamos acaramelados un par de canciones. Bebemos chupitos. Por fin localizo a Sofía sin su novio y, durante lo que dura un latido, fantaseo con que lo ha mandado a freír espárragos. Pero no. Marcos la abraza por detrás y ella se deja. Aparto la mirada. Intento huir porque, aunque escapar de allí sea casi imposible, sí que puedo evitarla. Es lo que haría cualquier ser racional.

Camino hacia alguna parte según me dicta mi instinto. Me pierdo en conversaciones vacías, palmadas en la espalda y largas listas de apellidos que salpican presentaciones de gente que olvido minutos después. Ya no me resulta tan agradable fingir que puedo ser otra persona. Sin embargo, cualquier cosa antes que regresar a los brazos de Christian o a los arrumacos de los *soon to be married*.

Más tarde, mucho más tarde, cuando las canciones se solapan en una infinita, busco un rincón tranquilo en el que permanecer desconectado de la odiosa realidad. Soy el infeliz entre risas sucesivas, la nota discordante. Accedo por casualidad a una especie de reservado de dimensiones extremadamente reducidas. Las luces son tan tenues que casi me hallo a oscuras. Y entonces, creo distinguir sonidos de placer a escasos centímetros. Agudizo los sentidos y, en efecto, interrumpo una fiesta privada. Dos personas se comen la boca en un desenfreno que me pone a tono. Están tan embebidos en el momento que no me han detectado. Frunzo el ceño al creer distinguir la chaqueta del rubio en el suelo. Su pelo, rasgado por uñas rojas, me resulta familiar, pero no la tipa a la que pertenece la manicura. Por lo poco que distingo, está muy buena, además. ¡Qué cabrón! Pero, ¿por qué hace esto a mis espaldas? ¿Por qué arriesgarse a volar nuestra tapadera de este modo? Cualquiera podría verle y el escándalo estaría servido. Parpadeo incrédulo, jadeo incluso. Tan solo han pasado unos pocos días desde que fuimos juntos precisamente a esto: a desahogarnos. A aplastar nuestros instintos más primarios. Está claro que Christian Betancourt nunca tiene suficiente. El pulso se me acelera como si de verdad doliera esa traición. ¿Tan metido estoy en el personaje?

Doy media vuelta dispuesto a largarme sin ser detectado, al igual que si fuese la sombra de un

fantasma. Tanteo una cortina de terciopelo y la aparto para salir de allí. Mis ganas de escapar del lugar que creí mi refugio son tan desmesuradas que no presto atención a los alrededores. Choco contra alguien. Musito una disculpa sin levantar los ojos del suelo y salgo escopetado de allí.

Acabo en una terraza con vistas mejorables de la ciudad. Echo la cabeza hacia atrás, resoplo e imagino un cielo plagado de estrellas. Eso es tan imposible como que se desvanezcan todos los invitados, salvo una.

De pronto, me muero por un puto cigarro.

—Por fin te encuentro, torero.

Pego un respingo. Su risa llega hasta mí amortiguada. Quería perderme y me encuentra ella, ¿no es irónico? Sonríe triste. No me apetece girarme y mirarla. Seguro que está preciosa, pero comprobarlo va a doler, como cuando arrancas una tirita.

—Deberías volver a tu fiesta, Cenicienta —digo con un tono de voz tan arrastrado que parezco borracho.

—Hubiera preferido que la organizaras tú —susurra cerca de mi oído.

Cierro los ojos y me dejo invadir por el escalofrío que desatan sus palabras. Y ese significado tan insinuante, tan fácil de interpretar como me conviene. Por fin encuentro el valor para posar mis ojos sobre ella. Lo que veo no defrauda: en medio de esa excéntrica vorágine ha escogido un vestido sencillo, de estilo clásico, no demasiado insinuante, pero que a ella le queda espectacular. Apenas maquillada salvo por unos labios rojos que prefiero pasar de largo, me sonrío sin sospechar todo lo que me atraviesa la cabeza. Entre sus finos dedos sostiene un pequeño bolso de mano que combina con su vestido. Su gracia y clase destacan entre el resto de invitadas, y eso que no les he pegado un repaso lascivo a todas. Antes lo hacía de manera inconsciente. ¡Qué tiempos aquellos!

Mi falso novio me pone los cuernos y estoy perdiendo facultades de *fucker*. De nuevo, la ironía.

—¿Por qué estás aquí? —me pregunta.

—Se me ha caído un pendiente —su sonrisa se ensancha y juraría que la mía también—, ¿me ayudas a buscarlo?

Me clava esos ojos grises y noto cómo el puto mundo se detiene alrededor.

—No quieres volver ahí dentro, ¿verdad?

Aprieto los labios porque antes muerto que confesar. Nada de lo que pueda decir aportaría algo constructivo. Sin embargo, salgo por la tangente en el último momento:

—A ti tampoco se te ve con demasiadas ganas.

Marilyn alza la mano. Está a punto de posarla sobre mi hombro, pero después parece pensárselo mejor y la aparta.

—Quiero mucho a mi hermano, tú lo sabes, pero... ese no es mi estilo.

—Ya. Tú querías *strippers*. Me lo dijiste en el coche el otro día.

Siento un golpe en el codo que me provoca una carcajada.

—¡Te dije justo lo contrario, torero!

Me gusta cómo dice esa última palabra. No quiero mirarla, pero lo hago. Me acuerdo de cómo se quitaba la ropa entre los juncos. Las luces de la ciudad titilan para nosotros, se reflejan en sus pupilas, o tal vez mi imaginación esté disparada por culpa de la mezcla letal de chupitos y cócteles que llevo encima. El caso es que mi cerebro funciona a toda pastilla.

Una idea se prende, tira de mi lengua y las palabras acaban saliendo:

—Aún estamos a tiempo.

—¿De qué?

—De montarnos nuestra propia despedida.

—¿¡Cómo!? —Abre mucho la boca.

—¿Qué me dices, Cenicienta? ¿Crees que podrías desaparecer hasta que dieran las doce? De la mañana, digo... una despedida privada con Borja Folcaquier no es un asunto cualquiera...

Tarda en pensárselo. Cada segundo que pasamos en silencio mis esperanzas se evaporan más y más.

—¿Me prometes más diversión que aquí? —señala detrás de nosotros.

Ya la tengo. Ya es mía.

—Te lo garantizo.

Se ríe y para ello decide taparse la boca. Yo no me río porque hablo muy en serio. Una parte de mí, sin embargo, quiere que me diga que estoy loco con cierto desprecio en la voz. Que regrese a la fiesta de su hermano acompañada por Marcos. Sin mí. Necesito sacármela de la cabeza, de mis noches sin dormir, pero soñando. Esa sensación de que la conozco desde hace tiempo no va a traerme más que problemas. Encontrar cada detalle suyo fascinante no es más que un espejismo, una ilusión.

Clavo la vista en el cielo sin estrellas. Ahí leo que mi futuro es una nebulosa confusa y repleta de peligros.

—Borja...

—¿Sí?

Me giro. Sus ojos se vuelven más oscuros, más salvajes. Me agarra del brazo y clava sus uñas. De sus labios no sale una propuesta, ni una orden, sino una súplica:

—Vámonos.



Capítulo 21

Sofía

Estoy nerviosa por muchos motivos, aunque el principal no tenga tanto que ver con este pequeño gran acto de rebeldía. Eso de abandonar la fiesta que alguien preparó en tu honor es algo inherente a la clase alta. Todos lo hacemos tarde o temprano, solo que hasta ahora nunca había protagonizado tal desplante, solo lo había criticado.

Miro a Borja y me pregunto cuándo vamos a hablar de lo sucedido hace unos instantes. Si dejo pasar más minutos voy a volverme loca. Siento una bola moverse en la boca del estómago cada vez que clava sus ojos en los míos. Esa tristeza traspasa todos los límites imaginables y empapa sus iris hasta convertirlos en materia líquida. Parece que llora por dentro y me pregunto si durante nuestras eternas conversaciones nocturnas me he perdido entre líneas las oscuras señales que veo con tanta claridad ahora.

Quiero reconducir la noche para que no quede grabada en su memoria con un manchón negro. Y aún no sé quién es Borja en realidad, pero hemos intercambiado mucha vida a través de las madrugadas. Me cuesta dormir si no es tras haber hablado con él durante horas. Al principio lo vi como una oportunidad para buscar incoherencias o sacar temas espinosos que delataran algún descuadre. Enseguida me rendí a lo adictivo que resultan sus ocurrencias.

Repaso nuestra historia hasta ahora. Si nos ceñimos estrictamente a los hechos, se ha portado tan bien conmigo que necesito devolverle el favor. Y no soy consciente en este momento, pero quizá empieza a importarme más de lo que debería.

No es solo el novio de mi hermano, ni mi amigo, sino algo de difícil definición.

Me armo de valor y busco las palabras adecuadas para sacar el tema. Es delicado y espinoso, así que debo elegirlos bien. No hemos parado de caminar en zigzag para despistar a los pocos periodistas que hacían guardia para sacar la foto de la noche. Nos ha costado después dar con un buen sitio donde entrar y apalancarnos. Cargo en el estómago con las dos copas que me tomé en la fiesta. Borja prefiere quedarse con el refresco que acaba de adquirir en un bazar, síntoma inequívoco de que algo le perturba el pensamiento.

Él no haría algo tan vulgar. Y prefiere el whisky solo, pero siempre acompañado.

—¿Estás bien?

Levanta un hombro. Uno solo. Y responde:

—Sí.

—Es que antes... chocaste conmigo. No sé si te diste cuenta. —Alza la mirada, niega con la cabeza para posar a continuación los ojos sobre la acera—. Era yo.

—No te sigo —dice, al fin.

—Cuando saliste precipitadamente del... reservado. Sé lo que viste. —Alargo la mano y la pongo en su hombro—. Porque yo también lo vi.

—Mierda —masculla.

Da un sorbo a su lata. Así, cabizbajo, meditabundo, me parece el hombre más interesante que he conocido. Creo que he bebido demasiado. Eso o, tal vez, este estado de ánimo que manejamos me hace ver las cosas desde una perspectiva insólita.

—Una vez pillé a Marcos. Hace años —confieso.

—¿Lo pillaste antes de vuestro... acuerdo?

—No, después. —Dejo que pasen unos segundos. Los recuerdos no se esfuman—. Pero ya sabes lo que dicen: ojos que no ven...

—Ya... —replica entre dientes.

—¿Tú tienes algo así con Chris? —Nuestro nivel de confianza es tal que me atrevo a formular ese tipo de cuestiones.

Vuelve a encoger el mismo hombro. Me resulta tierna su parquedad. De pronto me muero por abrazarlo, así que lo detengo para obedecer mi impulso. Abrigo su calor en mitad de la calle mientras que él apoya su cabeza en mi hombro y suelta un hondo suspiro. Pasa cerca una ambulancia con las sirenas puestas. Nosotros seguimos a lo nuestro, ajenos a los dictados de una ciudad que nunca se detiene.

—Me alegro de que nos hayamos marchado —susurra en mi oído.

Noto cómo se me eriza la piel. Quizá por eso me aparto.

—Sé lo que se siente.

Le cojo de la mano. Con la otra me libero de una lágrima maldita que vagaba sin permiso por mi mejilla izquierda.

—Jo, ¡qué despedida tan deprimente! —exclama, sin soltarme, mientras echa la cabeza hacia atrás.

—¿Lo dices porque solo somos dos?

Niega enérgicamente con la cabeza.

—Lo digo porque estamos de bajón y sin planes. Así va a ser difícil impresionarte.

—No lo necesito. —Tiro de él para que me mire a los ojos y sepa que hablo en serio—. Mis amigas de siempre son las menos indicadas con las que pasar un momento así. Y mis amigos... digamos que a ellos no les va mucho eso de las despedidas de soltera. Prefieren hablar de motores, bujías y esas cosas.

—¿Cómo lleva tu prometido eso de que tengas amigos? —inquire, de pronto bastante repuesto.

—Nunca se lo he preguntado.

—Yo no sé si lo llevaría bien.

Nuestras manos siguen unidas. Los dedos se nos entrelazan sin permiso.

—Eso lo dices porque acabas de vivir un momento... complicado.

—No lo sé, Sofía —baja la barbilla y la voz—, cualquiera que tenga ojos en la cara... joder.

No entiendo qué quiere decir con eso. Se muerde el labio inferior, acorta las distancias que nos separan y me besa. En realidad es un roce, pero me electriza de tal modo que me deja temblorosa, con inmensas ganas de más. Apoya su frente en la mía. Su respiración agitada me acaricia la boca. Cierro los ojos y me pregunto por qué no se la devuelvo si me muero por hacerlo. ¿Qué me lo impide? ¿Quién?

La confusión gana al instinto, a la sinrazón. Nunca he hecho esto, no sé cómo comportarme en una situación así porque la vida me ha alejado constantemente de ellas. Y por si eso no fuese poco, este hombre ha intimado con mi hermano ¡por el amor de Dios!

Sin embargo, imagino por un momento a Borja Folcaquier perdiendo la cabeza por mí y descubro que me muero por hacer realidad esa utopía.

—¿En qué piensas? —le pregunto para que así el mundo siga girando.

—Tú no lo sabes, pero... —veo su nuez danzar abajo y arriba—, no tienes ni idea de lo que... te haría, Sofía.

Su voz ronca, gutural, me obliga a pensar en todo tipo de fantasías salvajes.

—Siento mucho lo que te ha pasado esta noche. —Le pongo una mano en el pecho—. Estás confundido y...

—¡No! —vocifera. Me empuja con cierta brusquedad. Exhalo cuando mi espalda choca contra una pared—. No estoy confundido, al contrario. —Roza el lóbulo de mi oreja con sus labios—. Mataría a ese medio hombre por lo que te ha hecho. Por no valorarte, por no... saber que tiene un tesoro en ti. —Respira a través de los dientes—. Mentiría si dijera que yo siempre me he mantenido fiel en mis relaciones, pero ahora sé que, si es de verdad, no necesitas buscar en otra parte.

Tomo su barbilla entre los dedos sin que mi gesto denote lo mucho que me gustaría volver a probar sus labios. Nos sostenemos la mirada durante lo que parecen horas.

—Borja...

Se me empapan los ojos, se me atascan las palabras y me quedo sin nada que decir. Él da un paso hacia atrás. Se atusa el pelo y sonríe sin mostrar los dientes.

—Tenías razón. En el coche, tras aquel peritaje, cuando me dijiste que no me muestro tal y como soy porque tengo miedo de no gustar, de no encajar o de no ser suficiente. ¡Joder! —Se tira de un mechón con fuerza—. Me acobardo ante mi madre. He actuado como un capullo con mis anteriores parejas. ¿Y pretendo hacerte creer que soy mejor que él?

Frunzo el ceño, confundida, y desvío la conversación hacia otros derroteros:

—Me da igual tu pasado, Borja. Me agrada lo que me muestras ahora. Quiero conocer más a este chico.

—¿Quieres? —se ríe—. ¡Pero si acabo de decirte...!

—Este eres tú. —Lo señalo—. El verdadero.

—Soy horrible por dentro —dice con un hilo de voz, tan débil que apenas lo oigo.

—No es verdad. Tienes defectos y estás siendo consciente de ellos. ¿Te arrepientes de tus errores? —asiente—. Pues déjame decirte, Borja, que solo así evolucionamos. El proceso duele, pero merece la pena.

Nos permitimos una pausa para asimilar todo lo que decimos. Me envuelve entre sus brazos. Su energía sexual regresa en su máximo apogeo, pero no cuestiono nada. Mi cerebro se apaga.

Solo queda sentir.

—Eres demasiado buena. Demasiado...

Creo que soy yo quien lo besa. Después de que juguemos con nuestros labios entreabiertos su lengua se abre paso hasta tocar la mía. Siento una corriente eléctrica bajar por mi espina dorsal.

Una suerte de calor acumulándose en mi bajo vientre. Un torbellino de sensaciones. A Borja se le da demasiado bien esto. Cierro los ojos. Me entrego a él, al momento, a esta esquina humilde y anónima de la ciudad. Todo cuanto nos rodea se convierte en mudo testigo de lo que sucede.

Y así, Sofía Betancourt se rinde ante el novio de su hermano: un hombre homosexual.

Es tan descabellado que lo aparto y, entre jadeos, le recrimino sin palabras que juegue así conmigo. O tal vez no esté jugando.

Todo es demasiado real. Sus pupilas dilatadas sobre mis labios, su palpable excitación.

¿Qué más pruebas quiero?

Definitivamente Borja no es gay.

En absoluto.



Capítulo 22

—¡Tú no eres gay!

La voz estrangulada de Sofía me hace reír, pero también un cóctel de nervios, excitación y euforia. La he besado. Joder, ¡he besado a Cenicienta! Y no se ha deshecho el encantamiento, al contrario.

Me tiene más hechizado todavía.

—No. Contigo jamás podría ser homosexual —murmuro.

La confusión se refleja por toda su preciosa cara. Freno el impulso de inclinarme sobre ella y volver a perderme en sus labios. Me llevo disimuladamente una mano a la entrepierna y aprieto los dientes al palpar mis ganas. Jamás he deseado a una mujer tanto como a la que tengo en frente. Y puedes creerme, he deseado a muchas.

Sus ojos grises, abiertos como platos, arden fijos en mi boca. La suya tiembla. Se lleva una mano al pelo. Se lo revuelve. Ya no me mira. Se despegas de la pared.

—Joder...

Es la primera vez que la escucho decir una palabra malsonante. No parece enfadada, lo cual me tranquiliza hasta cierto punto. Sin embargo, he volado la tapadera que mantenía mis finanzas saneadas. Aún no soy consciente del todo. O quizá sí, porque de pronto me oigo decir:

—Voy a cortar con Chris ahora mismo.

Saco el teléfono de mi bolsillo. Las manos me sudan. Mi mente racional y fría se ha ido definitivamente al cuerno. Desbloqueo el patrón y levanto la vista. Sofía me observa quieta, como si quisiera mimetizarse con el entorno. Supongo que las circunstancias me legitiman para hacer lo que estoy a punto de hacer. Trago saliva mientras localizo el contacto del rubio en la agenda. No solo lo he pillado liándose con una mujer a mis espaldas poniendo en riesgo nuestra tapadera, sino que acabo de besar a su hermana y he sentido algo.

Demasiadas cosas por asimilar.

Eso de que mi corazón lata tan de prisa antes de un beso no es normal. Todo eso me abruma y, aunque no me apetece demasiado, tendré que lidiar con ello más tarde.

—Borja... —Oigo mi nombre entrecortado—. Espera.

Paso del teléfono al leer en sus ojos que no ha tenido suficiente de mí. Guardo el aparato en el bolsillo y coloco una mano a cada lado de su cabeza. Poderoso solo en apariencia, finjo que estoy seguro de lo que hago, que tengo todo bajo control. Me atrevo a probar su boca no sin antes experimentar otra vez esa levedad. Mis dedos recorren su cuello, conquistan su cintura, rozan sus caderas. Siento su calor, su embriagador perfume, la cadencia con que su lengua y la mía se envuelven. Joder, Sofía tiene suerte de que nos encontremos en plena calle. O tal vez no, porque creo que ella también desea que la haga mía.

Si me he puesto a tono solo con esto, no alcanzo a imaginar qué pasaría si estuviésemos a solas, sin que nada ni nadie pudiera detenernos.

De pronto, me empuja. Es un gesto delicado, pero también determinante.

—¿Qué pasa?

—Esto no está bien, Borja —sentencia al cabo de unos segundos.

—Te equivocas —sueno muy convencido, la realidad es otra—, esto está bien. Demasiado bien.

Retomo lo que estábamos haciendo. Sofía no solo no me detiene, sino que sube sus brazos y me atrae hacia sí. Gruño de placer. Me atrevo a rozar sus pechos por encima de la tela que los cubre.

Absolutamente perfectos.

Deseo que este momento se prolongue durante lo que resta de noche. O que nunca se acabe. Me afano por demostrarle mi heterosexualidad. Y que soy mucho mejor amante que el patán de su prometido.

Quiero dejar el listón alto. Quiero que grite mi nombre y se olvide de él.

Quiero... tantas cosas.

Agradezco que la penumbra nos ampare, aunque solo lo hace hasta cierto punto. Desconozco si la gente que pasa por nuestro lado se detiene a observarnos o no. Ni siquiera escucho el tráfico por encima del zumbido sordo que se apodera de mis oídos. Me he convertido en un trozo de carne que siente y goza.

¿Por ese orden? Sí. Por ese orden.

—No puedo más —musita ella cuando ataco su cuello—, voy a decirle a Marcos que me voy a acostar contigo.

—¿¡Qué!?

La sorpresa es tal que me retiro, jadeante. Leo la excitación en su cara. Ni rastro de algo que contradiga su tajante decisión. Y yo, que me muero de ganas, no puedo sino asentir. Mis pulmones danzan frenéticos en una carrera por conseguir más oxígeno, pero la demanda que exige mi entrepierna es colosal.

—Llama a mi hermano. Dile lo que viste y lo que ha... lo que está pasando. —Traga saliva, cierra los ojos con fuerza—. Yo mientras llamo a mi novio y le digo que voy a pasar la noche fuera. Que no espere que vuelva a casa.

Parpadeo varias veces. Si fuese cualquier otra tía, aceptaría sin dudar. Sin embargo, Sofía es...

—Te vas a casar en algo más de dos meses —escupo esa amarga realidad siendo consciente por primera vez de que el *carpe diem* está bien. Está realmente bien, de hecho, pero no es suficiente.

Con ella, no.

Lo sé, y eso que aún no la he probado del todo. Porque Sofía es de las que te enganchan. De esas con las que te *encoñas*, como diría mi hermano.

—Él se ha acostado con muchas otras antes —murmura, sin mirarme. Está claro que ahora no

piensa en nosotros, sino en su prometido, y eso me parte un poquito el corazón—. Nunca he hecho uso de los beneficios de ese acuerdo al que llegamos, ya te lo dije. —Suspira hondo—. Ya va siendo hora de que eso cambie, ¿no crees? —Bajo la mirada y asiento. Quiero decir algo, pero las palabras se me atascan en la garganta por culpa de todo eso que siento. Y no, no puedo ponerle nombre a esta cosa tan difusa, tan enmarañada—. Dudo que Chris llore mucho cuando lo dejes a juzgar por lo que hemos visto antes. Llámalo.

—Pero...

—Hay un buen hotel a cinco minutos de aquí.

Es todo lo que necesito para sacar el teléfono del bolsillo y desbloquearlo. Si ella quiere hacer esto, imagínate yo. Camina hasta situarse unos metros más allá y se lleva el móvil a la oreja. Segundos después oigo su voz. Tranquila, modulada, aunque no llego a comprender lo que dice. Intento comunicarme con Christian. Escucho los tonos en una sucesión sin fin. Mi falso novio no atiende la llamada y una parte de mí, esa de la que menos orgulloso me siento, se alegra. Quizá sea una señal de que tirar por la borda mi seguridad financiera es el equivalente a un suicidio. ¿Merece la pena? Estoy a punto de colgar, pero Sofía se gira hacia mí y mi mente actúa rápido escogiendo el camino más fácil. Antes incluso de que pueda detenerme a pensar en lo que hago y sus más que posibles funestas consecuencias me oigo mantener una conversación que en realidad no tiene lugar.

—¿Mejor? —me pregunta cuando finjo que todo termina.

Asiento, incapaz de mentir de viva voz. Agarra mi brazo. No puedo mirarle a la cara, pero tampoco controlar mi cuerpo, así que vuelvo a arrinconarla contra la pared. Hago lo mismo con esos pensamientos que estallan contra mi conciencia.

No sabía que tenía de eso.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto, juguetón.

Me lanzo a su cuello. Aspiro su olor y luego, como si pudiera comérmelo, muerdo sin apretar.

—Vamos a una habitación, Borja. —Adoro cómo suplica. Necesito oír su voz así más veces a lo largo de la noche. Por eso me atrevo a meter una mano por debajo de su falda y trepar—. Al final sí que vas a darme una buena despedida de soltera...

Alzo la cabeza para confirmar que en sus ojos hay una chispa picante que me enciende todavía más.

—Joder, Cenicienta, prepárate... —susurro con lascivia mientras emprendemos la marcha.

Los siguientes son los cinco minutos más largos de mi vida.



Capítulo 23

Sofía

Consigo la llave electrónica de una habitación tras entregar mi tarjeta de crédito al recepcionista. Borja me sigue en mi camino hacia el ascensor. Noto sus ojos sobre mí. Me detengo y pulso el botón de llamada. Me giro para mirar a ese hombre que me devora con los ojos. Es tan intenso el momento que se me agarrotan todos los músculos. Oigo retumbar mi corazón cada vez más fuerte, más rápido, imparable. Todo lo que nos rodea se borra hasta que la campana suena y las puertas se abren. Nos introducimos en la cabina. Borja se lanza sobre mí como un verdadero animal. Antes de que pueda advertirle de que seguramente alguien nos esté viendo a través de las cámaras de seguridad, atrapa mis labios y también mi capacidad de razonar. Sus besos son tan adictivos, tan intensos, que no puedo sino rendirme ante su buen arte.

Y, de nuevo, todo deja de ser salvo lo que verdaderamente es.

Llegamos al sexto piso. Borja se separa de mí con brusquedad. Mi cuerpo se queja. Su mano tira de mí hacia el pasillo. Aterrizo suavemente sobre su pecho y me siento tan bien que podría quedarme a vivir entre sus brazos para siempre. Cierro los ojos. La sonrisa me deforma la cara. Él me arrebató la llave. Avanzamos pegados, con sus manos encajadas en mi cintura, sus labios sobre mi cuello, su dureza clavada en mi trasero como anticipo.

Y la ropa que sobra.

Luz verde. Accedemos al interior de la habitación que se halla en penumbra. La puerta se cierra tras nosotros con un sonoro golpe. Borja me toma en volandas. Aterrizo sobre la cama. Subo el bajo de mi vestido y abro las piernas, rendida, dispuesta a entregarme como si el mundo se fuera a acabar. Él contempla embelesado mi cuerpo congelado en esta postura más que insinuante. Mis labios entreabiertos, a punto de emitir una súplica que solo él puede atender. Borja no reacciona, así que deslizo los tirantes por mis hombros. Mis pechos suben y bajan cautivos por el *bralette* de encaje negro. No me lo puse por él, pero admito que sí pensaba en él cuando elegía lo que llevaría puesto esta noche.

Me muero por que me lo quite. Por que me lo arranque con los dientes.

Jamás había deseado tanto a un hombre. Es el primero con el que me voy a acostar después de diez años y Marcos. La expectativa ante lo nuevo equivale a asomarse a un abismo. Borja se acerca a mí, por fin, haciendo gala de movimientos lentos. Me quita con cuidado las braguitas. El lento camino que realizan pierna abajo me eriza la piel. Se retira para observar mi intimidad. La roza con sus nudillos y emito un jadeo cuando se lleva los dedos a su boca y los lame sin dejar de mirarme.

—Sabes deliciosa —susurra.

Dios mío, creo que podría mojar la colcha. Que, en menos de un minuto, voy a estallar.

Se recuesta a mi lado. Desliza las copas de mi *bralette* para liberar mis pechos. Los contempla como si fuesen lo más bonito que ha visto. Respira agitado sobre ellos. Gimo. Me tiembla la barbilla. Ansío tocarlo, empaparme la vista de él tal y como él hace conmigo, así que me incorporo. Desabrocho un botón de su camisa, pero Borja coloca una mano sobre las mías. Niega con la cabeza.

—Por favor...

Jamás he suplicado en la cama. Jamás. ¿Qué me pasa? No me reconozco, pero es que aquí, con él, no soy Sofía, sino una desconocida. Una demente.

—Te debo la revancha —dice con voz ronca.

Me pregunto de qué está hablando. Se pone en pie y se quita la ropa despacio, sin romper el contacto visual conmigo, de un modo demasiado íntimo. Apenas hay luz, pero eso no resta encanto a la puesta en escena. Y tampoco necesita música que acompañe sus movimientos. Transmiten una masculinidad que me resulta indiscutiblemente atractiva.

Cuando sus calzoncillos también desaparecen y detengo la vista en su erección, comienzo a respirar por la boca.

—Dios mío —musito.

Sonríe con maldad. Se acerca a mí despacio, quizá para que pueda apreciar la belleza de su cuerpo trabajado. Se sienta a mi lado y me quita el vestido por la cabeza.

Nada más verlo pensé en Marilyn Monroe. Y en Borja.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —anuncia.

Me besa despacio, casi como si me tanteara por primera vez. Empieza a acariciarme con suavidad, pero pronto se nos va de las manos. Mi espalda sobre la colcha, sus yemas pellizcando, su boca abarcando la mía con una pasión descontrolada. Rodeo su espalda con mis piernas. Arqueo la pelvis para emitir un mensaje desesperado. Un SOS sexual que acabe con esta dulce tortura. Borja me sonríe como si la expectación no se atreviera a importunarlo. ¿Cómo lo logra? Me siento en inferioridad de condiciones, casi como una principiante sin experiencia. Acaricia mi mejilla y se levanta para rescatar algo del bolsillo de su chaqueta. Me quejo entre jadeos. Aborto el impulso de tocarme, de saltar sobre él o de restregarme contra la cama. ¡Cielo santo, parezco un animal! Distraigo mi mente primitiva observando su trasero ahora que me da la espalda. Es perfecto. En este instante, Borja es perfecto en cada sentido de la palabra.

Un ruido corta mis pensamientos. Deduzco que se está colocando un preservativo. Estaba tan metida en mis pecados que ni siquiera había pensado en ese crítico detalle.

—Así que ibas preparado, ¿eh, torero? —digo para fingir que esto es normal. Que yo también sé jugar a esto.

Regresa a mí con la mirada turbia y sin ánimo de replicar. Se tumba sobre mí y me pasa la lengua por los pechos. Baja por mi ombligo. Lame mi intimidad hasta que me hallo al borde y, justo entonces, me besa en la boca para que pruebe mi sabor. Es intenso, como la pasión que

Borja vuelca en lo que me hace.

No paro de gorgotear incoherencias. Los muslos me tiemblan.

—Esto no ha hecho más que empezar, nena —susurra contra mi oído antes de volver a besarme.

Las comparaciones son odiosas, pero... ¡Dios mío! No me extraña que mi hermano haya dejado de lado a las mujeres por Borja Folcaquier. Sabe muy bien lo que se hace, lo que me hace. No importa que yo sea solo una más para él porque, de algún modo, logra que me olvide de eso. Y de todo. Es tan bonito como una estatua cincelada por algún artista del mundo clásico. Y sus besos te llevan a otro planeta. A uno en el que solo existe un cielo al que subir y el placer sin límites.

Cuando nuestras pelvis encajan y comienza a moverse sobre mí, Borja me tiene a su merced. Créeme, si las circunstancias no me superaran, lucharía contra esta privación de voluntad. Yo también quiero causar impacto. Una marca en su calendario. Un momento que grabar para siempre en la memoria. Lucho por ponerme encima. No lo consigo, así que le arañó la espalda. En esta conquista de poder absurdamente necesaria, gana él.

Y me rindo ante el orgasmo que me provoca.

Borja se bebe mis jadeos. Me besa con ternura y me abraza mientras sigue dentro de mí. Nos quedamos así un rato, unidos de este modo tan delicioso. Escucho su corazón retumbar contra mi pecho. Sus ojos, profundos, derramados sobre los míos. Es la primera vez en mucho tiempo que siento una conexión tan profunda con alguien. Que ese alguien sea el novio de mi hermano es algo difícil de asimilar por una mente racional, pero no por la mía.

Esto es lo natural, lo correcto, lo que necesito. El resto, es adorno, está de más.

Justo cuando me convenzo de que todo ha terminado, me pone boca abajo y empezamos otra vez. Nunca he logrado experimentar el clímax dos veces seguidas con Marcos, pero con Borja tardo mucho menos en encenderme de lo que me gustaría admitir.

Las comparaciones son odiosas, pero también imposibles de ignorar. Durante los siguientes minutos hace con mi cuerpo lo que quiere. Lo coloca en posturas imposibles que me arrancan gemidos interminables. Vuelvo a escalar la pendiente. Cuando llego a la cima, caigo al vacío como si estuviera inmersa en un sueño húmedo. Solo entonces, me acuerdo de sacar un truco que guardaba celosamente bajo la manga.

Lamo mi índice, palpo sus nalgas, las separo un poco para encontrar su entrada e ntroduzco el dedo con suavidad en su interior.

Entonces, se detiene. Y se tensa.

—¿Qué haces?

—Relájate —le pido sin abandonar mi propósito—, confía en mí.

Aunque reticente, noto cómo obedece. Vuelve a moverse sobre mí con el rostro un tanto lívido. Empujo hasta que mi yema alcanza el objetivo y lo masajeo con movimientos circulares. Entre espasmos y gemidos roncós, Borja se deja ir con violencia. Sonríe satisfecha y retiro la mano. Él se aparta de mí. De hecho, prácticamente salta hacia atrás. Casi se cae de la cama.

—Joder, nena, no vuelvas a hacer algo así, ¿me oyes?

—¡Si te ha encantado! —exclamo y él me chista para que baje la voz.

—Será por la... sorpresa. —Traga saliva—. No quiero que lo repitas.

—¿En serio?

Sigo sonriendo mientras aguardo una respuesta que no llega. Me pregunto si con mi hermano muestra tantas reticencias a la hora de explorar su retaguardia, pero no es el momento de cuestionarse algo así. Cuando lo miro de nuevo, está más relajado. Me convenzo de que Borja es

como uno de esos coches bonitos que, bajo el capó, tiene un motor que no corresponde al que trae de serie. Su potencia es desmesurada, por tanto, si mantienes apretado el acelerador más de la cuenta es increíblemente fácil perder el control.

Cierro los ojos y me abandono entre sus brazos a un sueño plácido y ligero. Mi mente racional toma el mando y comienza a cuestionarse obviedades. Concluyo que tenía el listón muy bajo con Marcos. Llevo años acostumbrada a encuentros rutinarios, mínimamente satisfactorios y solo en la superficie. Supongo que mi prometido tiene la misma opinión. Ahora entiendo por qué propuso abrir la relación, pero no le guardo rencor ni me lamento por el tiempo perdido.

Presiento que voy a hacer todo lo posible por recuperarlo con Borja.

Al día siguiente despierto desarropada, desnuda y satisfecha. Tardo unos segundos en acordarme de lo sucedido. Me giro. Contemplo cómo Borja duerme a mi lado durante un largo rato en el que no pienso en nada. Parece hallarse en una paz que me recuerda a la de los bebés. La sonrisa no se me borra del rostro. De pronto abre sus preciosos ojos y no dice nada, ni siquiera me besa, pero me roza con los nudillos hasta provocarme un orgasmo. Después se coloca entre mis piernas y se da un festín con el fruto de mi excitación. Vamos a la ducha. Enjabonamos nuestros cuerpos. Reímos. Nos acaloramos. Rescatamos un par de cepillos de dientes sin estrenar y, tras usarlos, nos abandonamos a una sesión de besos bajo la cascada artificial que deja secos los pantanos. Ya no siento los labios, ni la sonrisa inestable que se me escapa cada vez que nos miramos.

Y justo cuando creo que todo ha terminado, Borja se agacha, sube una de mis piernas y me devora sin dejar de mirarme a los ojos. Tengo que agarrarme a algún sitio para no caer. Tiro de su pelo. Grito como una posesa afectada por un agudo temblor sexual y ni siquiera me acuerdo de darle las gracias. Tampoco me atrevo a devolverle el favor. Es algo demasiado íntimo para lo que aún no estoy preparada. Masajeo su miembro, eso sí, y lo convengo de que me deje explorar su retaguardia otra vez. Adoro la manera en que se deja ir. Intenta contenerse, pero fracasa y explota con cada átomo de su ser.

—Definitivamente, Borja, tú no eres gay —susurro mientras me envuelve con el albornoz que el hotel pone a disposición de sus huéspedes.

Pedimos el desayuno al servicio de habitaciones y allí, en esa estancia que huele a todo aquello que hemos compartido, Cenicienta crea su propio cuento de hadas.

Como si la vida pudiera ser esto.



Capítulo 24

A partir de aquella noche me zambullo en una turbulenta época de desenfreno en la que apenas hago gasto ni reviso mi extracto bancario. En resumidas cuentas, me interesa poco lo que tenga que ver con el dinero.

Y, pese a esta circunstancia, soy increíblemente feliz.

Me cuesta identificar ese sentimiento y distinguirlo de la amalgama de novedades que me provocan estos niveles de euforia. Si Sofía y yo podemos vernos sé que será un gran día. Y si no, cuento las horas que nos separan imaginándome el reencuentro, escribiéndole durante horas que se comen la madrugada.

Aprovechamos cualquier ocasión para estar juntos, pero siempre en lugares discretos. Viene a mi casa con unas grandes gafas de sol sobre los ojos, una gorra calada hasta las orejas y en un coche diferente cada vez. Otras, cuando sale el pelele, voy yo a la suya de incógnito. También me las ingenio para acompañarle en sus peritajes por España. Aprovechamos una tregua de Christian para escuchar música de pasodoble con una tonta sonrisa en los labios y la mente preñada de recuerdos. Me encanta verla en acción. Es como una detective dispuesta a indagar hasta descubrir la historia detrás de cada vehículo. Sabe tanto de coches que guarda decenas de anécdotas y curiosidades interesantes sobre ellos. Podría escucharlas durante horas.

A la vuelta, independientemente del resultado de la inspección, paramos a un lado de la carretera para besarnos y lo que surja. Hablando de eso, cuando estamos a solas no sé si lo que hacemos es el amor. Se le parece mucho, pero ponerle etiquetas a esto tan arrasador está de más, por eso prefiero no comerme mucho el coco. Además, ¿cómo esperas que razone si me arrastran sensaciones que nada tienen que ver con lo cerebral?

Me esfuerzo. Por primera vez, me esfuerzo en cada encuentro para que Sofía quiera repetir. Merece la pena por semejante mujerón. Es preciosa por dentro, por fuera, del derecho y del revés. Jamás había dado tanto sexo oral, pero con ella no me importa. Es más: lo disfruto. No tiene ni punto de comparación con mis anteriores parejas. Joder, incluso me gusta eso que me hace con el índice. Al principio tuve muchas reticencias y prejuicios que vencer, pero confieso que me provoca un placer inimaginable ese masaje secreto.

Quién me lo iba a decir.

A Christian le doy largas cada vez que me busca. Un oportuno virus me mantiene supuestamente postrado en la cama. Trato de que evitemos a toda costa a la prensa. Lo consigo a medias. Sobre lo de su hermana, ni una palabra. Sofía cree que hemos roto y no me esfuerzo por sacarle de su error. Y, cuando ya no puedo escaquearme con mi jefe, evito cualquier plan que suene a reunión familiar. De momento, consigo capear el temporal. Quizá el rubio empiece a sospechar que algo sucede conmigo, pero mientras me duren las excusas, pienso usarlas.

Antes de que digas nada recuerda que jugar a dos bandas es mi especialidad. Mentiras dentro de mentiras como esas horrendas muñecas rusas. Siento que me bamboleo en las alturas sobre una fina cuerda. Soy un funambulista loco que en cualquier momento se va a precipitar al vacío, pero, hasta que eso suceda, disfruto de cada jodido segundo.

Ya solo quedan tres semanas para la boda. Eso es menos de un mes. No quiero pensar en qué sucederá cuando Sofía se case y se vaya al menos quince días a la otra punta del mundo de luna de miel. Sacar el tema es lo último que me apetece. Además, qué locura sería intentar detenerla. Sin los ingresos de Christian por nuestra falsa relación, ¿qué haría? No me va mal con las inversiones, pero estoy lejos de ser el avisado *broker* en el que me gustaría convertirme. Me he percatado de que eso del mercado de valores tiene mucha más ciencia de la que imaginaba. Lograr cierta estabilidad es más sensato que dar pelotazos, pero requiere tiempo.

A veces me gustaría mantener la farsa para siempre. Eso sí que sería un chollo, aunque más bien es una utopía y algo que, a la larga, no me haría feliz. Por eso más vale que ahorre e invierta con cabeza. Necesito un plan B. Y a Sofía.

—¿En qué piensas? —me pregunta, somnolienta.

Estamos en su piso de soltera, una de sus propiedades. En su cama de sábanas blancas que huelen a ella. Paso la palma de mi mano por su pelo y le beso la frente. Miro el gris de sus ojos y me embruja una vez más. ¡Es tan perfecta! Las horas muertas abrazado a su cuerpo sin hacer nada más que adorarla son sin duda el mejor pack de acciones que he adquirido en mi vida, pero no le digo nada de eso. Me estiro como un gato y beso su cuello. Retozamos hasta que la cosa se calienta. Me coloco entre sus piernas y le hago el amor lento. El corazón me late demasiado deprisa, en cambio. No me asusta porque sé que esto no tiene sentido, que es un bonito paréntesis que debo disfrutar mientras dure.

Si no, me acojonaría porque parece de verdad.

Pero entonces...

—¿¡Qué está pasando aquí!? —Una voz atronadora, distorsionada por el cabreo y seguida de un portazo, nos obliga a separarnos, a cubrimos con la sábana, a jadear de terror—. ¡Sofía! ¡Borja! ¡Joder!

Tengo un *déjà vu*. Padilla. Jessica. La pillada. El principio del fin.

No me atrevo a mirar hacia la puerta.

—¡Joder con Marcos! —chisto.

Ella niega enérgicamente con la cabeza.

—No es Marcos.

Me giro para enfrentarme a mis temores más profundos y ahí están, personificados en un rubio cabreado de aspecto amenazador.

—¡¡Tú!! —Christian me lanza su dedo acusador como si quisiera perforarme un ojo—. ¡Serás hijo de puta!

El corazón se me hunde hasta el estómago. Oigo su respiración agitada, tan parecida a la de un toro de lidia, y se me pone el vello de punta. El hecho de que Christian esté aquí, en la casa de su

hermana, en su dormitorio, violando nuestra intimidad, me resulta tan irreal como obsceno. ¿Cómo se las ha ingeniado para entrar aquí? ¿Cómo sabía que estábamos intimando? Me pregunto quién le habrá descubierto el pastel, aunque eso ya no importa.

—¿Puedes dejar que nos adecentemos y hablar de esto como personas civilizadas? —pregunta Sofía, bastante entera.

Mi jefe pega puñetazos en la pared, grita incoherencias, faltas de respeto dirigidas hacia ambos y, ya más desahogado, sentencia:

—Os espero fuera.

Se larga tras dar un fuerte golpe a la puerta. Suspiro, retiro las sábanas y comienzo a vestirme sin gana alguna de enfrentarme a la bestia que habita bajo la piel de mi todavía novio falso.

—¿Desde cuándo tiene las llaves de tu casa?

Ella no solo no me responde, sino que me lanza una pregunta:

—¿Por qué está tan enfadado? Si ya no sois nada.

—Bueno, Sofía, donde había fuego aún quedan cenizas. —Nada más soltar esa estupidez, me arrepiento, así que intento desviar la atención—: ¿Qué pretendías que le dijera, que me estaba viendo contigo? Ya le conoces, jamás lo hubiera aceptado. A las pruebas me remito.

Parece quedarse tranquila con ese razonamiento tan simple. Es un insulto a su inteligencia, pero ya sabes que mantengo mis mentiras hasta que se caen, no importa cuán cerca se halle su final.

Antes de salir del dormitorio la abrazo fuerte. Quizá sea la última vez que lo haga.

Abre la puerta. Voy tras ella como si se hubiera transformado en un escudo a prueba de hermanos cabreados.

—Vamos a ver... —Christian aparta a Sofía y me vuelve a apuntar con su dedo. Su aliento me impacta en la cara. Su rostro está teñido por la ira—. ¡Joder!, ¡Es mi hermana, tío! ¡Te dije que ni tocarla! ¡¡Te lo dije!!

El silencio que sigue a estos gritos es tan aplastante que me cuesta respirar.

—¿«Te dije que ni tocarla»? ¿De qué está hablando? —Sofía, presa también de este ambiente hostil, se interpone entre nosotros y rasga su voz sin atreverse a alzarla—. Chris, mantén la calma, por favor. El servicio...

—¡Me importa una mierda! —replica entre dientes.

Cualquiera diría que el rubio se ha convertido en un barriobajero. La rabia se lleva lo mejor de él y, a pesar de que su vestimenta desentone, en el fondo este hombre superado por las circunstancias es el Christian más auténtico que hay.

Me atuso la chaqueta. Me paso la mano por el pelo y comienzo a hablar sabiendo que tengo el dudoso privilegio de poseer la atención de los dos hermanos Betancourt.

—Sofía es... es... —carraspeo—, muy especial. No he podido evitarlo, Christian —admito. Me giro hacia ella, la tomo de las manos y me asomo a sus ojos. Mi jefe se desvanece. Las circunstancias no acompañan, pero aún así decido que es ahora o nunca y suelto aquello que me oprime el pecho desde hace tiempo—: creo que estoy empezando a sentir algo por ti, Sofía. Estas semanas están siendo... han sido... las mejores de mi vida.

Una vez la verdad sale no me siento mejor, ni más liberado. Solo vulnerable. A Sofía le tiembla una sonrisa en el rostro. Parece que lucha por contener las lágrimas. Entonces Christian aparta a su hermana de un empujón y, ante el completo espanto de ella, me pega un puñetazo en la cara. Echo la cabeza hacia atrás, sorprendido, impactado en varios sentidos. El golpe duele. Me llevo la mano a la nariz. Sangra. Recuerdo que Sergi hizo algo parecido el día de su boda. Sonrío con insana nostalgia.

Tengo un don para que me partan la jeta.

—¡Dios mío, Christian, ¿qué has hecho?! —Cenicienta corre a ayudarme. Me coloca un pañuelo de papel bajo la nariz y me inclina con suavidad la cabeza hacia atrás—. ¿Estás bien, Borja?

—No tengas tanto miramiento con él. Es un farsante. Un don nadie.

—No le hagas caso —me susurra ella—, son los celos los que hablan por él.

Christian se inclina para soltar una risotada que suena tan cruel como falsa.

—¿Celos? Pero si es un empleado, Sofía. Le pago para que finja tener una relación conmigo. Lo lleva haciendo todo este tiempo. Nunca ha habido algo entre nosotros.

—¿¡Qué!?

—¿Me ves a mí de homosexual? —se sujeta la barriga para reírse—. Solo lo hacía para fastidiar a papá y a mamá. Para que me dejaran en paz. Y funcionaba. Era muy conveniente.

Cenicienta está a punto de dejar de creer en cuentos de hadas. Lo sé por la manera en que se gira para mirarme. Ni rastro de compasión, solo recelo.

Y me pregunta:

—¿Es eso cierto? —Aprieto los dientes. Bajo la cabeza para no ser testigo de su decepción y, aunque me sangre más la nariz, no me importa. El golpe ya no duele tanto en comparación a sentir que la pierdo—. Creí que... que... habías cortado con él. Que él y tú... —No oigo sus palabras, pero sí leo sus labios.

—Lo siento —atino a decir.

Mi jefe, a estas alturas supongo ex jefe, calla. Oigo a Sofía suspirar. Se lleva una mano a la frente. El otro brazo le cubre el pecho. Quizá intenta protegerse de esa avalancha de verdades que se le viene encima mientras su mente trabaja a toda velocidad.

—No hablemos de tu supuesta homosexualidad... esa mentira ya quedó fuera de toda duda después de todo lo que... ha pasado entre nosotros.

—Sofía...

—Lo peor no es que me mintieras porque en eso ambos sois culpables —señala con atino a su hermano—, sino que has seguido haciéndolo. —Levanta la vista y nos clava la mirada entrecerrando los ojos—. Todos los hombres sois unos mentirosos. ¡Todos! Sin excepción.

Hace amago de abandonar la escena, pero atrapo su mano y la detengo. No así a mis palabras, porque sin permiso abandonan mis labios en una súplica lastimera y desesperada:

—Por favor, no te cases con Marcos.

Christian frunce el ceño y da un paso amenazante hacia mí.

—Pero, ¿quién te ha dado vela en este entierro? ¿Quién coño te crees que eres?

Decido no contestar a eso porque mi madre siempre dice que las obviedades no deben redundar.

—Sofía, ¡estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar que tires tu vida por la borda y te cases con él!

—¿Cualquier cosa? —musita, con ironía y algunas lágrimas que odio haber provocado.

—¡Sí!

—¿Cuando el cura diga eso de «que hable ahora o calle para siempre» vas a interrumpir la ceremonia? —asiento, porque si eso es lo que quiere, nada va a frenarme—. Por favor, hazlo —habla desde el rencor, me doy cuenta tarde—, hazlo, pero ¡vestido de torero! —improvisa—. ¡Así el espectáculo está garantizado!

Se da media vuelta y se aleja para perderse por uno de los grandes pasillos de su casa. Oigo un portazo que suena a despedida. Me deja allí con Christian, que aún quiere matarme. Sin

embargo, lo peor es que no estamos solos. Ese monstruo que habita dentro de mí se hace visible. Por primera vez en mi vida, odio que forme parte de quien soy porque por su culpa Cenicienta no va a querer verme jamás.

Y va a casarse con un malvado príncipe.



Capítulo 25

—‘Tas bien jodido, ¿eh?

Aprieta la mano sobre mi hombro hasta que me obliga a reaccionar. Emito un grito sordo que muerdo feroz con los dientes. Lo aparto de un empujón. Él se venga de mí haciendo crujir sus nudillos cerca de mi oído, como una mosca cojonera.

—¿Has venido a darme apoyo o a hundirme?

Sergi me observa con un interés más científico que fraternal.

—Sea lo que sea, probablemente no te esté mal empleado. —Señala mi nariz hinchada—. Aunque prefiero que si alguien tiene que romperte la cara... ese honor quede dentro de la familia Folcaquier. —Arquea una ceja—. ¿Ha sido ella?

—No.

—Lástima.

Casi sonrío. Me da una palmada en la espalda, luego otra y así sucesivamente. Aunque cada una sea más fuerte que la anterior, no reacciono. Me separo de la realidad como si esta fuese agua y yo un líquido aceitoso. Estoy secuestrado por un trance en el que me mete la cadena de acontecimientos vividos en los últimos días.

Sofía y yo. Christian. El puñetazo. La decepción en sus ojos. El fin de una breve era demasiado intensa, demasiado surreal.

—Le di plantón a mamá —murmuro en tono de confesión.

—¿Qué?

Niego con la cabeza lentamente. No sé por qué le he contado esto a mi hermano. Solo mi subconsciente tiene la respuesta.

—Vino a la ciudad y me hizo una encerrona. Escapé con una excusa y luego no me presenté a la cita que teníamos en el restaurante ese que tanto le gusta.

El silbido que emite Sergi me distrae.

—¡Por eso está que trina!

—Supongo —agacho la barbilla y suspiro—, así que tocará arreglarlo en algún momento. Ya sabes, disculparse y eso.

—Sí, eso que tan bien se te da... —suelta la pulla como si nada y luego añade—: con ella te funcionan esas movidas. —Hace un gesto con el que interpone distancia entre los dos—. Está claro que tiene un rollo contigo y conmigo, otro.

Esa es una cuestión que hasta ahora ninguno de los dos había abordado abiertamente. Una suerte de realidad sobreentendida. Por eso me giro y lo miro. No se ríe, pero tampoco percibo envidia o rencor en su mirada. Repaso su pelo largo y brillante. Los pendientes de sus orejas. Esa barba que necesita mejores cuidados. El tatuaje de la mujer desnuda que posee el dudoso honor de adornar su hombro. Lleva el mismo aspecto desde hace tantos años que se ha convertido en su sello de identidad. No pasa desapercibido, no hay otro como él.

Trato de imaginar qué sentiría al vivir en la piel de mi hermano. Aguja de tatuajes y, al lado, una mujer tan difícil de manejar como Teresa.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Crees que podré recuperarla?

—¡Hombre claro, tío, es tu madre! —La palma de su mano impacta contra mi espalda de nuevo.

—No hablaba de mamá —musito.

—Ah, vale... te referías a la Cenicienta pija adicta a los bugas de lujo...

—¡No la llares así!

Su carcajada es contagiosa, así que termino esbozando una sonrisa débil. Me alegro de que esté aquí conmigo, aunque prefiero no admitirlo en voz alta. Sergi sabe escuchar. Y a veces, por increíble que parezca, da buenos consejos. Ojalá no fuésemos tan diferentes. Ambos somos conscientes, al menos de manera intuitiva, de que nunca vamos a estar lo suficientemente unidos como para que lo nuestro pueda ser una relación estrecha de amistad fraternal. Sin embargo, si lo necesito, mi hermano mayor acude al rescate. Nos hemos peleado mil veces y arreglado otras tantas.

Y hemos sobrevivido a Teresa. Creo que, a estas alturas, superaríamos cualquier cosa.

—Si piensas que hay una mínima posibilidad, ve a por ella, tronco.

—¿La hay? —pregunto, desesperanzado.

—¡Joder que si la hay!

—Sergi... se va a casar con otro... en unas horas...

—Ya, ya, con el pelele, si me llevas dando la matraca toda la tarde con ese titular tan chungo... —murmura—, pero tienes que intentarlo. Si no, vas a estar preguntándote toda la puta vida qué hubiera pasado si...

—No creo, porque poco puede hacerse.

—Acuérdate de que yo me planté en casa de Tere a las tantas de la mañana para que me puto perdonara.

—Y te funcionó, claro, pero no pasa así en todos los casos. —Y añadido, con más rencor del que pretendo—: No todos estamos destinados a un «felices para siempre», Sergi.

Mi hermano no sigue la conversación, solo alza los dedos y me muestra su anillo de casado. Sonríe con una pizca de envidia que me retuerce las tripas. Me recuesto en el sofá. Hace dos semanas que no voy al gimnasio ni salgo a correr y eso se nota. He perdido tonificación a raudales. Apenas me alimento, ni duermo. Solo sé pensar en ella. En que me odia. En que, si estaba perdido cuando me sucedió lo de Jessica Padilla, imagínate ahora.

Echo un vistazo alrededor. Necesito a Conchi o alguien tan diligente como ella para organizar mi vida de nuevo. La casa está hecha una pocilga, pero solo es desorden, el reflejo del caos que habita en mi mente.

Y en mi jodido corazón.

—Estaba pensando una cosa curiosa... —dice—, nosotros, los Folcaquier, tenemos en común a Tere...

—Continúa —le pido, tras un silencio incómodo.

—...y los Betancourt te tienen en común a ti.

Pongo los ojos en blanco. Mi hermano se agarra el estómago para reírse a gusto.

—Sergi, yo no me he acostado con Chris.

—Ya, sí, claro...

Me levanto del sofá encendido por la indignación.

—¿En serio me ves capaz!? ¿A mí? ¡Pero si soy un... un *fucker*!

Me mira con ojos brillantes y entonces me doy cuenta de que mi reacción ha sido del todo exagerada.

—Te estaba tomando el pelo, tronco. Ya sé que eres el más machote de los machos. Por eso ya me extrañaba a mí que...

—¿Te lo llegaste a creer? —inquiero—. Lo mío con el rubio, digo.

De pronto, me veo sorprendido por un ramalazo de culpabilidad. Es breve, pero esta sensación es nueva y me afecta de un modo inesperado.

—Tío, tenías que ver cómo os comíais los morros. Una parte de mí nunca se lo tragó. Lo de las revistas y eso... Tere me daba la brasa con que ni de coña, pero...

—Joder —murmuro.

Algo dentro de mí me impulsa a disculparme. Sin embargo, aborto tal necesidad porque es poco natural en mí. Y para distraerla, me preparo para lanzar una pregunta que me llevo haciendo varios años:

—¿Cómo es estar casado?

Sergi vuelve a sonreír.

—Pues es... una maravillosa putada.

Ambos reímos. Mi hermano mayor me hace un placaje. Aterrizamos en el sofá. De repente es como si el tiempo se deslizase hacia atrás. Volvemos a ser unos niños que jugaban a pelearse a lo bruto. Y durante unos pocos pero maravillosos segundos olvido el nubarrón que tengo encima. Mis preocupaciones. Todo.

Menos lo importante.

—Te quiero, tío.

—Y yo a ti. Pero ¡nada *homo*, ¿eh?! Que ya tienes antecedentes.

—¡Gilipollas! —Le pego un manotazo sin parar de reír.

Sergi se aparta de mí, limpia sus ojos llenos de lágrimas y se ajusta la coleta antes de decir:

—Joder, te digo que me caían bien los dos hermanos. Sobre todo ella, que está de bastante buen ver, las cosas como son, ahora que mi señora no me escucha. Chris es un pijales bastante turbio, pero... no sé, le veía futuro en el grupo.

—¿En serio?

—¿No te coscabas de que quería encajar a toda costa?

Abro la boca y frunzo el ceño.

—¿Qué? ¡No, qué va!

—Te lo digo yo. Sobre todo cuando se arrimaba a Paola. Una combinación raruna de cojones. Tere opina lo mismo.

Doy vueltas a lo que acaba de decir mi hermano. Supongo que el hecho de que la pelirroja estuviese de acuerdo con él legitima su teoría. Ella casi siempre acierta, por mucho que me joda

admitirlo.

—Ya, lo de Paola sí que es extraño...

—Bueno, y la hermanita Betancourt no se quedaba atrás... que te echaba unas miraditas que... ¡no me jodas!

—Ah, ¿sí?

Sonrío. Sonrío tanto que me toco la cara, incrédulo, porque estaba convencido de que mis músculos faciales se habían atrofiado.

—Sí, tronco. Si no la tenías loca, poco faltaba. Era lo que decíamos Tere y yo.

Niego con la cabeza mientras noto cómo la débil llama de la esperanza se apaga en mi interior.

—Eso que viste fue hace... demasiado tiempo —determina mi sentido común—. Han pasado muchas cosas y...

—¡Y tanto!, ¡que te la has tirado, cabrón! —se ríe y me da un manotazo.

—Ahora me odia.

Descubro que esas palabras escuecen por dentro.

—No, te odiaba más antes.

—¿Antes? —Hago un mohín con los labios—. No, no, no... me refiero a Sofía, no a Teresa.

—Ah, coño, vale... es que desde que estoy pillado me cuesta pensar en otras tías... —se da un manotazo en la frente—, no sé... si todo ha pasado tal y como me cuentas... no creo que te odie.

—Pero se va a casar, Sergi. ¡Se va a casar!

La angustia regresa. Me tapo los ojos con las manos por si así el suceso deja de atosigarme.

—Venga, tío, que no está todo perdido. Déjate de mamoneos y ve a por ella.

—Es inútil. Faltan... —consulto mi reloj—, cuatro horas. Algo menos.

—Esos son doscientos cuarenta minutos —dice tras un largo silencio—, si las cuentas no me fallan.

—Eres demasiado optimista.

—Y tú un *negao* que lo ve todo negro. ¡Menos lloriquear, coño!

—¿Cómo no voy a lloriquear? —me quejo, impotente.

—Pero vamos a ver, ¿tú la quieres?

Un largo minuto de silencio es lo que sigue a esa pregunta. Asiento. Me agarro de los pelos. Perderla después de haberla tenido es lo peor que podría haberme pasado. Hubiese sido mejor no conocerla, ni catarla, ni desearla en cada acepción del término. Desentrañar el misterio para apreciarlo por sí mismo y que luego te lo arrebaten es cruel. Sin embargo, soy el máximo culpable.

En el fondo soy consciente de esa incómoda verdad y jode. Salir a la calle y ver coches se ha convertido en una tortura. Siento que me he arrebatado a mí mismo la felicidad justo cuando comenzaba a experimentarla por primera vez. Echo de menos las noches que hablábamos. Su risa. Besarla. Esos ojos grises. A ella en su cama.

Sofía Betancourt solo hay una. Una en todo el jodido planeta.

—Joder que si la quiero.

—¡Pues venga, vamos! —me da una colleja—. ¡Piensa en un plan!

—¿Un plan?

—O improvisas, lo que te salga de los mismísimos, pero ¡levanta ese culo y demuéstrole a la pijales esa de qué estamos hechos los Folcaquier!



Capítulo 26

Los adoquines se me clavan en las plantas de los pies a través de las finas suelas de mis manolequinas. La gente se gira para mirarme. Risas, interjecciones jocosas, dedos que señalan mi percha. Algunos incluso me confunden con un personaje famoso y sacan sus teléfonos móviles creyendo que van a dar a sus contactos la exclusiva del año. Todo eso me importa bien poco ya que cuando fijo mi cabeza en un objetivo, soy letal. Nada puede pararme, ni distraerme, ni hacerme flaquear.

O al menos, eso me digo. No sé por qué esa voz que me da ánimos sin cesar suena como la de Sergi. Curiosa la manera en que trabaja la mente. Y curiosas las palpitaciones que me bailan en el pecho. Me sudan las manos. También me tiemblan. Todos estos síntomas comenzaron en el interior del taxi que me ha traído hasta aquí. Al principio el conductor me acibilló a preguntas que se chocaron contra el muro de mi frío nerviosismo. Lo interpretó como maleducada indiferencia y se limitó a hacer su trabajo. Al llegar, le pagué la carrera y le pedí el cambio.

Ya no estamos para excesos.

La imponente fachada del palacio me recibe con su grandeza. Trago saliva sintiéndome pequeño por un segundo, pero no puedo permitirme flaquear. Me atuso la chaqueta. Las luces tenues que destellan en la tarde seguro se reflejan en mis bordados. El murmullo distante de la música y el sentido común me guían hacia la entrada principal. Hay un tipo custodiándola, pero, tras saludarlo como si aquella fuese mi casa, cruzo el umbral sin inconvenientes. La clave está en la confianza. Si me hubiera visto vacilar, habrían empezado los problemas para mí.

Y necesito llevar a cabo mi misión.

Necesito recuperar a Sofía.

Durante los siguientes minutos me pierdo. Este lugar es inmenso y el filtro de mi situación me hace verlo como si estuviese maldito. Las interferencias que ponen en aprietos mi orientación laten al ritmo de mi estrujado pecho. Trato por todos los medios de calmarme, de disimular que no tengo ni idea de dónde estoy. Veo pasar camareros, músicos, cocineros y otros empleados. Algunos se cruzan conmigo a lo lejos sin interrumpir los pasos de su orquestado baile. Por suerte, todos parecen estar demasiado ocupados como para ocuparse del tipo solitario y

estrafalario que deambula por ahí.

Miro el reloj. La ceremonia ha debido comenzar hace ya un rato, pero mejor tarde que nunca. Cambio de estrategia y comienzo a seguir a una de las empleadas que, por fortuna, me conduce hasta otra sala donde localizo a algunas personas vestidas con elegancia. He llegado al lugar correcto. Es aquí. La atmósfera de celebración me abruma, pero avanzo con pasos firmes hacia donde todo está por suceder.

Al salir al jardín, la belleza del lugar me deja sin aliento. Los senderos serpenteantes y las flores vibrantes conforman una suerte de una postal de ensueño. Sin embargo, en mi mente todo cobra el cariz de una horrenda pesadilla. Me centro en lo que tengo que hacer. En las palabras que Sofía va a oír según salgan de mi boca.

Y que sea lo que Dios quiera.

La ceremonia está en pleno apogeo porque solo escucho la voz monótona del religioso citando alguna parte de la Biblia. La gravilla vuela alrededor de mis zancadas. Algunos asistentes ya se han dado cuenta de mi presencia allí. No paso desapercibido, así que cuchichean o murmuran sorprendidos. Mi nerviosismo alcanza su punto álgido cuando me interno por el pasillo central y me aproximo hacia donde está ella.

Porque solo puedo verla a ella, aunque ella todavía no haya reparado en mí. Pronto lo hará.

Sofía me roba el aliento. Su figura, radiante y etérea, envuelta en blanco, me convence de que la pesadilla se ha transformado en sueño. Cada pliegue y cada detalle de su vestido parecen estar hechos a medida para realzar su figura. Su feminidad resalta de una manera sutil pero impactante. Ni Marilyn, ni Cenicienta, ni ninguno de los apodos que ha tenido a lo largo de nuestra breve aunque intensa historia le harían justicia. Ante mis ojos, Sofía deja de ser una mujer y se transforma en una diosa. No merezco ni siquiera su misericordia, pero allá voy. Me dan ganas de arrodillarme y rezar una plegaria para que el de arriba me eche una mano, aunque también estaría dispuesto a vender mi alma al diablo por pasar el resto de mi vida adorando a Sofía Betancourt.

Joder, incluso me cambiaría por el novio ahora mismo. No me importa que me aten en corto si la que lleva la correa es esta rubia tan excepcional, tan impresionante por dentro y por fuera.

Me aclaro la garganta. El cura calla y me observa con una cara indescifrable. Marcos, lívido, me mira con ojos como platos. Y ella... ella por fin se gira y...

—Sofía —digo en voz lo suficientemente alta como para que me oigan hasta en las filas más lejanas—, Sofía, he venido a decirte que...

—¿Qué estás haciendo aquí? —me chista—. ¡Y así vestido!

Bajo la vista para repasar mi atuendo. Una sonrisa nerviosa baila en mis labios.

—Es lo que tú me pediste —le recuerdo—, que, si quería recuperarte, interrumpiera tu boda vestido así.

—¡Era pura ironía! —exclama con el ceño fruncido.

El runrún de los invitados se intensifica. Marcos, atónito, y el cura, me conceden unos segundos más de estupefacción que por desgracia no aprovecho. Estoy sin habla. Algo me roba las palabras y no sé qué es. Creo que un presentimiento. Nada de lo que haga o diga va a hacer cambiar de opinión a Sofía. Ahora lo leo claro en sus ojos de mirada afilada. Esto es un error. Un sinsentido. Un instante que recordaré mientras viva porque esta es la locura más grande que he cometido por alguien.

No puedo rendirme, no quiero. Me agacho lentamente con la vista clavada en su rostro. El tiempo se ralentiza. Recuerdo el desafío al que, horas antes, me enfrenté para ponerme el traje de luces por segunda vez. Mi hermano, instigador de esta locura, me ayudó a su manera. Siento la

familiaridad de la tela rígida contra mi piel. La chaquetilla que me envuelve con su peso simbólico. Hemos visto vídeos de YouTube para asegurarnos de que seguíamos los pasos en el orden y modo correctos. Llevo incluso la montera encima. El tipo que me miraba a través del espejo era un hombre transformado, determinado a conseguir lo que quiero. Un torero preparado para luchar por la gloria y el honor de la mujer que ama.

Porque cuando un torero cambia de acera nada puede detenerlo.

Pero no contaba con Christian y su mala leche:

—¡Seguridad! ¡Sacad a este indeseable fuera de aquí!

—¡Sofía! —me levanto. El tiempo se me acaba, así que le tiendo la mano con la esperanza de que me siga—. No te cases con él. no puedo permitir que cometas este error. Ven conmigo. Te quiero. Estoy enamorado de ti. Por favor...

Su preciosa cara es un poema indescifrable. Se me apaga la voz. Se queda ahí quieta, congelada en el instante, mirándome con uno de sus ojos grises cuajado de lágrimas que no derrama. Su hermano, en cambio, se abalanza sobre mí. Intento esquivarlo, pero con este traje me resulta imposible maniobrar con agilidad. ¿Cómo lo hacen los toreros de verdad?

Luego llegan otras manos que me toman en volandas y me arrastran hacia una esquina. Mientras declaro mi amor por Sofía a los cuatro vientos me conducen hasta una sala. Me dedican una ristra de insultos y otras lindezas. Después me quedo allí solo, incomunicado, encerrado como si fuera un animal. Intento abrir la puerta por todos los medios, en vano. Me quito la chaquetilla. Lanzo algunas cosas por los aires. Chillo hasta desgarrarme la garganta. Me vuelvo medio loco. Los minutos pasan. Ni rastro de Sofía. Llega la policía y, sin que sea requerida mi versión de los hechos salgo esposado como si fuera un mafioso, un ladrón o un maleante.

Paso la noche en el calabozo después de contestar miles de preguntas. Llamo a mi hermano para que venga a recogerme al día siguiente. No he dormido, voy a tener que pagar una multa astronómica y, encima, mi absurdo intento por recuperar a la mujer de la que estoy enamorado no ha servido de nada.

¿Acaso pensaba que me saldría con la mía?

Supongo que es lo que tiene creerse con derecho a jugar en la misma liga que los ricos.

Dicen que el tiempo es cíclico. Que no existe ni pasado, ni futuro. En eso pienso mientras hago girar el vaso que contiene mi whisky. Macallan. He hecho una excepción por los viejos tiempos. Y porque estoy a punto de hacer algo inaudito, así que la primera vez debe ser memorable.

—Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

Por fin nos encontramos juntos en el mismo lugar donde todo empezó, pero en esta ocasión sin caretas, ni poses. Me giro con una sonrisa triste para recibir al rubio. No me impresionan sus aires tanto como la primera vez. Después de todo lo sucedido Christian se ha desprendido de sus aires de grandeza y queda ante mí como lo que es: un hombre en ruinas que intenta recomponerse y fracasa en cada intento.

Un poco lo que nos sucede a todos, supongo. También es mortal. Con defectos, muchos. No es mejor que yo, solo tiene más dinero.

—Creí que no vendrías. Me alegra comprobar que me equivocaba.

—Ya, es que pasaba por aquí —musita con tan poca convicción que sonrío.

—¿Puedo invitarte a un Macallan?

—Por supuesto.

Alza la mano y el camarero se lo prepara, solícito. Pasamos un par de minutos a solas pero en

compañía del otro. Degustamos nuestras bebidas sumergidos en pensamientos. Llevo todo este tiempo preguntándome si Sofía finalmente dio el «sí quiero» al imbécil de Marcos. Supongo que sí. De lo contrario, algo habría aparecido en prensa, o me habría venido a buscar. Espero que al menos mi interrupción le revolviere algo por dentro. Sin embargo, lo que ansío saber por encima de todo es si Sofía es feliz en estos momentos.

Pero no he convocado a Christian aquí por eso.

—Verás, yo quería... pedirte perdón.

Cuesta que las palabras salgan. Cuando se abren paso y llegan hasta la persona con la que quieres disculparte descubro asombrado que no es el fin del mundo. Que no soy menos hombre por aguantar la carga de mi orgullo un rato más. Dejar que caigan algunos muros que te oprimen el pecho es de lo más liberador. El sentimiento de culpa se disipa. Y la conciencia, por fin, descansa.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Han sido días duros —reconozco—, he reflexionado todo lo que se han podido permitir mis empobrecidas neuronas. Y no hablo solo de... aquel momento —continúo, refiriéndome a la boda—, sino a las mentiras.

—Ya...

—Déjame seguir, por favor.

—Está bien. Continúa.

—Lo que empecé a sentir por Sofía fue inevitable, pero sí que pude haber hecho las cosas de manera diferente contigo. Debí ser más honesto aunque tú no lo fueras.

—Yo no tenía por qué serlo.

—Mantener la tapadera a salvo era cosa de dos, no solo mía —le recuerdo.

—Al final ninguno se mantuvo fiel al otro.

Eso es cierto. Bebo mi whisky hasta apurarlo. Y después, compartimos otro silencio breve.

—Llegué a creer que éramos amigos —admito—. O algo así.

—Supongo que sí —susurra, al cabo del rato—. Eres lo más parecido a un amigo que tengo en realidad.

—¿Por eso estás aquí?

Asiente. Me giro para mirarlo y me fijo en ese tendón que le late en la mandíbula.

—Menudo desastre, Borja. Nada de lo que planeamos ha salido bien.

—Pues yo creo que sí. —Lo contradigo con una sonrisa forzada—. Mariana y Hans te dejaron en paz un rato, ¿no?

—Sí.

—Y pasamos buenos momentos.

—¿Es tu forma de decir que beso increíblemente bien?

Suelto una carcajada espontánea.

—Tampoco te pases...

Sonríe. Christian sonríe y eso me reconforta.

—¿De verdad quieres a mi hermana?

—Joder que si la quiero...

Apura su whisky. Estoy a punto de suplicarle que me diga cómo está Sofía, dónde y con quién, pero antes de que pueda abrir la boca da un golpe en la barra y sentencia:

—Lo que hiciste en la boda fue una animalada, Borja, algo... ¡intolerable!

—De haber estado en mi situación, ¿tú no hubieras hecho lo mismo?

—¡De ninguna de las maneras!

—Entonces es que nunca has estado enamorado de verdad.

Agacha la cabeza. Se rasca el cuero cabelludo. Esa capa de altiveza que traía de fuera se le ha desprendido como si fuese caspa.

—Tengo que irme —murmura al final.

—¡Espera! Entonces, ¿me perdonas?

—Significa que tengo que irme —reitera, muy serio—. Supongo que sí, pero necesito... tiempo. Para pensar. Adiós, Borja. Cuídate.

Su frialdad al final me deja tan planchado que apenas musito una despedida. Creo que con mis últimas palabras he pinchado en hueso. No me arrepiento de habérselas dicho, pero he vuelto a quedarme solo. Hundo los codos en la barra y pido otro Macallan y la cuenta. No sé qué esperaba sacar de mi ex jefe. Quizá más humanidad o compasión. Sentimientos desagradables comienzan a invadirme. Sin embargo, los freno al percatarme de que lo iniciado aquí no puede parar. Que los cambios están en mí y no en los demás. Hay otras personas que se merecen una disculpa por mi parte.

Y están a punto de conocer al nuevo Borja.



Capítulo 27

Quizá debería comenzar a creer en eso que algunos llaman karma. Y lo digo porque hoy he recibido el dinero que me ha reportado liquidar algunas acciones que poseía. Sí, esas que compré online junto a Christian en la casa de sus padres, medio repantingado en una tumbona del jardín.

Ha sido todo un chute de adrenalina comprobar que prácticamente he multiplicado por cuatro el capital invertido. Supongo que no es lo habitual. Y que Hacienda me crujirá, pero hasta que llegue ese momento... que corra el champán. O, dicho de otra manera, que la suerte me siga sonriendo. En ese ámbito, claro, porque en asuntos amorios la cosa está de capa caída. Echo de menos incluso a los paparazzis. Eso de tener siempre unos planes, un tipo del que estar pendiente, unos besos falsos que dar con sus correspondientes arrumacos... era un modo de ganarse la vida como cualquier otro.

Christian. No he vuelto a saber nada de él desde la última vez que nos vimos, pero no paramos de mandarnos mensajes tontos por WhatsApp. A veces amigo, otras socio, otras, un maldito ogro mandón. Me pregunto qué les habrá dicho a sus padres para justificar nuestra ruptura. Supongo que mi numerito vestido de torero habrá bastado como excusa. Mi cambio de acera es vox populi. Probablemente la prensa se haya hecho eco. Sin embargo, eso no me importa. La mayor parte del tiempo pienso en esa mujer que me estrechaba entre sus brazos en la clandestinidad. Todas esas horas llenas de conversaciones que no olvido. Los besos que no he podido darle, que otro le dará mientras, quizá, se acuerde ligeramente de mí.

Pero dejemos la nostalgia para cuando me emborrache. Volviendo al día de hoy, ha resultado mucho más sencillo ganar esa pasta que convencer a Paco de que cierre su bar para el grupo de amigos de mi hermano y su mujer. No es que me haya vuelto loco, pero si quiero acercar posiciones con esta gente, jugar en su terreno allana el camino. Este sitio es una especie de lubricante para que sea más fácil lograr mi propósito a pesar de que lo odie. Y a su dueño.

El disgusto es mutuo. Lamentablemente, no soy Teresa ni estoy en posesión de una delantera, así que lo he tenido todo en contra. ¡Menos mal que ahora está más blandito con la novia esa que se ha echado! La desconfianza con que me mira Paco me revuelve las tripas. Me he visto obligado a contarle cuál era mi propósito con todo aquello y, aunque al principio me resistía, no

me ha quedado otra que confesar mi historia. El muy ignorante me ha mirado con altiveza, ha soltado una carcajada y ha soltado una grosería un tanto ambigua. He sudado de lo lindo para que Paco diera su brazo a torcer. He obtenido una fecha y la confirmación de que no va a realizar una limpieza algo más exhaustiva del local antes del evento, así que sí: una de cal y otra de arena.

Todos están convocados en este antro infernal a las diez de la noche. Llevo aquí desde las nueve. Afuera la verja está echada y sobre ella, un cartel explica vagamente por qué. Por lo visto, es un hecho histórico. Oigo quejarse a los habituales desde aquí. Son como vampiros a los que arrebatan su lugar de peregrinación sin previo aviso. Que se busquen otro bar. Hoy aquí soy el rey. Tras revisar la música disponible, decido que nada merece la pena y apago el sistema de sonido. Bajo las luces para engañar a mi mente y tal vez no acordarme de que la suciedad reina en cada esquina. Paco, tras la barra, se camela a la madre de Lorena. No sé cómo lo hace, pero la tiene en el bote a juzgar por cómo ella lo mira. De repente me acuerdo de que su paternidad está en juego. Tal vez hoy me entere de algo más acerca de eso.

Los primeros en llegar son Ainara y su novio. No me sorprende. Estoy algo nervioso cuando los saludo y me preguntan sin tapujos cuál es el propósito de esta reunión tan privada. Me hago el misterioso y les pregunto como buen anfitrión si quieren algo de beber. Como si estuviéramos en mi casa.

Por Dios, no.

Después de ellos llegan Pedro y su chica. Paola, que no se despega de mí y, por último, mi hermano y su mujer. Estos, con veinte minutos de retraso y sin disculparse.

No importa. Eso que me lo dejen a mí.

—Chicos, ¿podéis prestarme atención un momento? —Me cuesta que Tere deje de hablar con Paco y su novia en la barra, pero, al final, todos me rodean en un semicírculo expectante—. Gracias. Bien, seguro que os estáis preguntando por qué os he citado hoy aquí...

—¡Y tanto! —bufa la pelirroja.

—Pues... solo quería pedirlos perdón.

—¿Perdón? —Ainara pestañea—. ¿Por qué?

—Por haberos mentido. Lo mío con Christian... era falso.

Me froto las manos solo para descubrir que las tengo pegajosas—, era falso.

—Algo de eso han dicho en los programas de cotilleo...

—Ya me lo olía yo ¡desde el principio! —Los dedos de Lorena barren el aire—. Tú, ¿gay? Quizá en otro universo.

—Guapita, que la teoría de la conspiración es mía —le señala Teresa.

—Lo que quiero decir es que... en ningún momento fue mi intención mentiros ni involucrarlos —intervengo para mantener el control de la conversación—. Christian insistió en venir y conoceros. El resto, como quien dice, es historia.

—No le echas a él la culpa, que todos sabemos de qué pie cojeas...

Joder, ¡qué implacable es la pelirroja! No está dispuesta a concederme una mísera tregua. Eso me pone nervioso, lo reconozco, porque hasta que no la convenza de que voy en serio y que ansío redimirme, jamás me ganaré al resto. Sergi cruza una mirada conmigo. Entiendo que lee desesperación en mis ojos, porque me echa un cable al pedirle a su mujer un poco de clemencia.

—Nos caía bien el bueno de Chris, ¿verdad? —Me guiña un ojo y oigo murmullos de aprobación—. Y Sofía era guay.

—Por cierto, ¿qué pasó con Sofía, Borja? —La suave voz de Ainara, sin embargo, es la que más me pone contra las cuerdas con sus malditas preguntas—. Dinos la verdad.

—La verdad... sí, sí, a eso hemos venido, a soltar verdades... —me rasco la cabeza—, ella y

yo... tuvimos algo. Algo real.

—¡Ay, pobre! —Paola da un paso hacia mí—. Suena a que lo estás pasando mal.

Niego con la cabeza por si se le ocurre venir a abrazarme. Creo que no podría soportarlo. Se produce un silencio extraño que nos engulle como si fuera un agujero negro. Me da la sensación de que, igual que yo, todos están repasando sus ideas tras mis revelaciones.

Teresa bebe de su copa. Y a continuación, dice:

—Bueno, tío, tu gesto me parece de puta madre, pero ya que estás, deberías disculparte también por todo lo anterior.

—¿A qué te refieres? —inquiero, subiendo la guardia.

—¿Que a qué me refiero? —se ríe—. A tu juego de dos bandas entre esta señorita de aquí —señala a Ainara—, y yo. Sí, ya sé que hace mucho tiempo de eso, pero no estaría mal que... ya sabes.

Trago saliva. Me toco nervioso la nariz y solo me bastan un par de segundos para decidir que, si Tere quiere oír una disculpa, voy a hacer sus deseos realidad. Al fin y al cabo, quizá tenga razón. No me porté bien con ninguna de las dos.

Y lo sé porque Marcos se lo hizo a Sofía.

La situación no es la misma y por tanto no puede compararse, pero...

—De acuerdo —susurro—. Teresa, Ainara —las miro alternativamente—, lo siento mucho.

—Admite que fuiste un capullo.

—Fui un capullo.

—Y que eras el peor novio del mundo.

—Era el peor novio del mundo —repito entre dientes.

La pelirroja suelta un grito y corre a abrazar a su amiga, la cual me observa fijamente y sin pestañear.

—Gracias —musita, después—. Tere y yo llevábamos esperando esto mucho tiempo.

Carraspeo. Me rasco la mejilla y noto la cara arder. Por fin todo lo malo está fuera, aunque ahora me pica la piel, como si la toxicidad flotara en el aire. Creo que es el ambiente poco higienizado, así como la falta de costumbre. No me incomoda ser el centro de atención, pero ahora mismo me siento tan expuesto como si estuviera desnudo. ¡Peor! Porque de mi cuerpo no tengo queja. En cambio, de lo que acabo de decir no me siento orgulloso. Antes ni siquiera pensaba en ello. Iba por la vida sin que me importaran las consecuencias de mis actos. Me preocupaba lo que opinaran de mí, sí, pero de manera selectiva e interesada.

Ahora, en cambio, me gustaría que este selecto grupo de personas tuviera otra percepción de mí, incluso si con ello no ganara nada más que su simpatía.

—Borja, te voy a dar el teléfono de mi psicóloga. —Pego un respingo al escuchar la voz susurrante de Lorena en mi oído—. Creo que te vendrá bien.

—¿Es buena?

—La mejor.

Saco el móvil y me manda el contacto. Por la confidencialidad que mantenemos, cualquiera diría que nos estamos pasando el número de un camello. Agradezco su gesto y pienso seriamente en la posibilidad de dejarme caer por su consulta. Luego desecho la idea. Cambio de parecer tras pedirme una copa. Al final, me convengo de que no tengo por qué decidir nada ahora.

—A veces solo aprendemos así, a golpes —me dice Ainara tras pedirme que me acerque a ella—. Siento que estés... así.

—Gracias.

Prefiero decir esa palabra a preguntarle si tanto se nota que lo estoy pasando mal.

—Todo va a mejorar a partir de ahora, ya lo verás —me dice con una gran sonrisa.

Asiento y, de nuevo, callo. Esta vez, con rabia. Dura apenas dos segundos, pero es tan potente que me hace caer por una especie de pozo del que tardaré en salir. Soy el rey del disimulo, así que confío en que nadie note nada.

Dudo mucho que las predicciones de Ainara se cumplan. Sofía se encuentra lejos de mí. La he perdido por culpa de mi tendencia a tapar sistemáticamente la verdad que no me conviene airear. No sé si seré capaz de olvidarla, de asomarme a los recuerdos con una sonrisa nostálgica, pero sin tristeza. Mi mente insiste en recordarla. Mi corazón no quiere sanar.

Creo que no hay cura para eso.

—¡Ay, Borja! —La animada voz de Paola me saca de mis sombríos pensamientos—. ¡Es un alivio saber que tú y Chris nunca fuisteis gays! ¡Es que te lo dije! Te dije aquel día en mi casa que algo ocultaba Chris...

—Dime una cosa, Paola, ¿a ti te gusta Chris? —le suelto a bocajarro.

Observo cómo los músculos de su garganta se contraen hasta que traga saliva.

—A mí me gustan todos.

Asiento sin creer en sus palabras. Luego pienso en ellas. A mí ya no me gustan todas las tías buenas que pasan por mi lado. Lo primero que me viene a la cabeza no es la conquista, ni llevármelas a la cama con una u otra estrategia.

Solo pienso en ella.

—Así que todos, ¿eh? —intento quitarle hierro al asunto.

Paola me dedica una sonrisa de oreja a oreja tan fugaz como forzada. Ojalá que esta noche todos nos quitemos la careta, pero supongo que cada uno tiene sus fases. Reconozco a un mentiroso a la legua. Yo mismo soy un experto en la materia que intenta desintoxicarse. Hay gente que nace con un don para ello y otros, entrenan hasta convertirse en auténticas máquinas.

Paola no es ninguna de las dos cosas.

—Ey, ¿qué pasa?

Pedro y el novio de Ainara se acercan a mí. Me tenso ante la presencia del venezolano, no sé muy bien por qué. Creo que solo hemos cruzado tres palabras a lo largo del tiempo y a ninguno nos ha parecido mal mantener esa costumbre. Me pregunto si podríamos llevarnos bien en caso de que nos conociéramos lo suficiente. Pedro me da una palmada en la espalda no tan fuerte como las de mi hermano. Me apetece pasar más ratos con él, decirle que si nos echamos un vicio, como él mismo diría, o algo así. Seguro que eso me distraería de toda la carga mental que arrastro desde que pasó lo que pasó.

Paola desaparece como por arte de magia, aunque no me doy cuenta hasta mucho después.

—Eso que hiciste antes... —dice Manu—, fue muy bravo por tu parte. Te felicito.

—Gracias —digo de manera mecánica—. ¿Cómo os va?

El novio de Ainara sonríe y está a punto de contestar, pero la potente voz de Pedro arrasa con todo:

—Mejor, tío —sonríe—, ¿te acuerdas de lo que te comenté sobre mi curro? —asiento y aprovecho para beber un poco—. Pues por lo visto en el último momento los dueños recibieron una oferta, así que hay esperanza.

—Me alegro —sonrío de verdad por primera vez en toda la noche—, me alegro un montón.

—Si la cosa furula, no descarto montar un tinglado como el tuyo —señala alrededor—. Para celebrarlo, digo.

—Copia la idea siempre que quieras, pero invítame.

—Joder, ¡eso está hecho!

Ahora es mi turno para palmeear su espalda.

—Eso también va por ti —intento incluir al venezolano en la conversación.

Coloca su pulgar hacia arriba. Apuro mi copa. No sé si es el alcohol o las verdades aireadas, pero me siento bien. Más confiado. Más cómodo.

—¿Queréis algo? Voy a reponer líquidos —suelto en un intento por sonar locuaz.

—No, tío, estamos servidos.

—¿Seguro? Las copas son gratis... vamos, que corren de mi cuenta.

Ambos hacen un movimiento con las manos para reiterar su negativa. Me acerco hasta la barra para que Paco me surta con más alcohol. Sin embargo, no hay nadie sirviendo copas. Busco al dueño con la mirada. Encuentro a las chicas del grupo en un corrillo agitado y hago contacto visual con la pelirroja.

Huelo el peligro desde aquí.

—¡Cuñadín! —Tere viene a mi encuentro. Jamás me ha llamado así y eso me acelera el pulso —. ¿Podemos hablar en privado?

Hago un barrido con la vista. De manera inconsciente trato de hallar a mi hermano, pero no sé dónde puede estar.

—Claro.

Nos alejamos un poco. Me intimida más de lo que me gustaría admitir tener una conversación privada con Teresa. Me apetece relajarme después de tanta tensión y con ella resulta imposible. Sin embargo, mantengo el tipo.

—¿Qué quieres? —Lamentablemente, mi voz suena mucho más dura de lo que pretendo.

—Sergi me ha contado lo que hiciste para intentar recuperar a Sofía.

Echo una mirada alrededor. Ya no busco a mi hermano. Solo quiero alejar de mí los recuerdos asociados a aquella funesta cadena de acontecimientos.

—Por supuesto que te lo iba a contar —mascullo.

—¡No le echas la culpa! Él me lo cuenta todo.

—¿Ya has terminado?

Alza las cejas.

—¿Terminado de qué?

—De restregarme por la cara mi fracaso.

—Nada de eso —pone los ojos en blanco—. Esa Sofía es bastante gilipollas, ¿sabes? —No me gusta que la insulte, pero estoy tan intrigado por sus palabras que cierro la boca y dejo que siga —: Si yo hubiese sido ella y te viera vestido así en mi boda con un imbécil que me pone los tochos... me hubiera ido contigo.

—¿¡En serio!?

—Joder, ¡pues claro! Ninguno de esos estirados con los que se junta va a hacer algo así por ella jamás.

—En eso tienes razón.

—Y mi maridito no hace más que dar la tabarra con que estás cambiando.

—Os he pedido perdón —le recuerdo.

—Espero que sigas así.

—Y yo espero que tú... que entierres el hacha de guerra.

Echa la cabeza hacia atrás y me dedica una mirada perspicaz con los ojos entrecerrados.

—Vas a estar en periodo de prueba una temporada.

Me encojo de hombros. Supongo que me lo merezco. Tere no es de las que perdonan así como así. Me pega una palmada en la espalda como las de mi hermano. Parece que todo se pega. Y que

esto da la charla por terminada. Suspiro aliviado mientras veo cómo ella se une a su grupo de amigas. Me hallo tan alucinado por lo que acaba de pasar que la sigo sin cuestionarme que me estoy metiendo en una conversación privada.

—¿El lunes?

—Sí, tía.

—¿Qué sucede el lunes? —pregunto.

Silencio. Paola es la única dispuesta a hablar.

—Lore recibe respuesta del laboratorio.

—Por fin. —La aludida pone los ojos en blanco.

—¿Crees que Paco es tu padre?

—Ya no sé qué pensar —frunce el ceño.

—¿Quieres que Paco sea tu padre? —Ainara y su habilidad para hilar fino dan en la diana.

Lorena cierra los ojos, toma aire y sentencia de manera teatral:

—Lo que tenga que ser, será.



Capítulo 28

Varios días después mi hermano, Pedro y Manu me sacan de casa. Solo tíos, todo tíos. «La fiesta de las salchichas», lo llaman. Entiendo que es algo así como una tradición, pero no me molesto en preguntar el origen. Mis ganas de salir están por los suelos. Echo incluso de menos a mi falso novio. Hablamos, sí, pero no nos hemos vuelto a ver. Esos sitios exclusivos, ese tren de vida, esos restaurantes premiados... menudo nivel.

Teníamos tantos gustos en común que asustaba. A pesar de que era extraño besarlo, al final me acostumbré. Acatar sus órdenes podía ser agotador debido a su carácter voluble, pero lo cierto es que nunca me aburrí a su lado.

Pienso en Sofía. Seguro que, a estas alturas, está de vuelta de su luna de miel, así que es virtualmente posible que me la encuentre incluso en esta parte de la ciudad. Sin embargo, no solo por eso me he arreglado más de lo que me pedía el cuerpo. Celebro algo conmigo mismo, algo de lo que, por extraño que parezca, no me apetece presumir: he vuelto a ganar una cantidad considerable con mis inversiones, pero el cuerpo me pide prudencia. Soy consciente de que el dinero no crece en los árboles y de que el mercado bursátil todavía guarda muchos secretos para mí. Por eso me he apuntado a un curso para convertirme en un verdadero *broker*. Es *online* y te confieso que he utilizado los datos de mi hermano para apuntarme y así mantener el anonimato. Aún me cuesta aceptar que no lo sé todo, que necesito ayuda para dar los pasos que quiero en la dirección correcta.

Hablando de Sergi, la verdad es que llevamos una racha en la que nuestra relación brilla como nunca. Afirma que está orgulloso de mí. Es la primera vez que alguien me dice eso y la sensación es extrañamente reconfortante. Y adictiva. Quiero mantenerla viva el máximo tiempo posible y eso pasa por portarme como es debido, decir la verdad y no escaquearme si las cosas se ponen feas. A veces dudo de si seré capaz de ir en contra de mis más bajos instintos, pero Sergi tiene fe en mí, así que eso me da un motivo para mantenerme recto y centrado.

Incluso si eso no se traduce en una recompensa inmediata.

Estamos en uno de esos sitios que se puso de moda hace meses. Aquí se reúne lo más selecto de la clase media. Lucho contra mis primeras impresiones y mi adoctrinado gusto sibarita para

que mis gestos contrariados no me delaten. Voy a intentar pasármelo bien. Las luces tenues danzan al ritmo de la música que llena el aire. Hemos llegado demasiado pronto, porque el ambiente es vibrante, pero no está cargado. Quizá por eso podemos mantener una conversación sin necesidad de gritar. Por supuesto que detecto alguna que otra tía impresionante que captura mi atención como si esta fuese un inocente pececillo, pero ninguna de ellas es Sofía. Y no, no puedo evitar echar un vistazo fugaz.

Después de todo, un *fucker* nunca muere.

Desconozco quién paga la primera ronda de bebidas. Brindamos, hablamos de tonterías, reímos y empinamos el codo. En definitiva, disfrutamos de la noche y del momento presente. Casi consigo olvidarme de mi patético intento de impedir una boda vestido de torero, de mi relación falsa con un hombre y de mi corazón roto.

Pero entonces...

—¿Borja?

Pego un respingo al encontrarme con esos ojos. Parte de mi copa se derrama por su vestido negro. Ella grita, sorprendida por el frío contacto de los hielos en su piel. Le coloco una mano en el brazo y aprieto como si, de ese modo, pudiera disculparme sin necesidad de palabras.

—¡Jessica!

—¡Auch, me haces daño!

Dejo de apretar. De tocarla. Busco por todas partes algo parecido a una servilleta. Manu me tiende un paquete de pañuelos y se lo agradezco con la mirada.

—Joder, ¡lo siento! —Le tiendo uno y ella lo acepta con brusquedad.

—¿Te acuerdas de mí?

«¡Como para olvidarte!»

—Sí, claro —musito con voz plana.

En cuanto termina de limpiar el desastre que le he ocasionado, me clava la mirada y bate las pestañas lentamente.

—Dos besos, ¿no?

Siendo honesto, lo último que me apetece es volver a acercarme a la hija de Padilla, pero hago de tripas corazón por mantener las formas. Al fin y al cabo, ella no es culpable de tener un padre así. Huelo su perfume y me sumerjo en recuerdos agridulces.

—¿Qué tal va todo?

—Bien —responde lacónica—. ¿Y tú?

—Mejor que la última vez que nos vimos.

—Que sepas que te he vengado —me suelta a bocajarro.

—¿Cómo?

Su risa, aguda y demasiado forzada, me eriza la piel.

—Pillé a mi viejo con secretitos. Solo tuve que rascar un poco y... ¡pum!, apareció mucha, mucha mierda —vuelve a reír pero es obvio que en el fondo nada del asunto le hace gracia—. Supuestamente dejó preñada a una por ahí cuando era joven. Y ya estaba casado con mi madre, así que imagínate. ¡Un puto escándalo!

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes: hay una hija ilegítima de Humberto Padilla suelta por la ciudad.

—¿Me estás diciendo que...?

—¡Que tengo una hermanastra! —grita, como si así pudiera hacérmelo entender más fácil.

Creo que me he quedado blanco. Pedro me hace una señal que interpreto como una puerta abierta al rescate. Intento transmitirle con la mirada que todo está bajo control. Mi hermano no se

entera de nada. Anda en su mundo hasta que los demás le hacen partícipe de la situación. Entonces, solo entonces, no nos quita el ojo de encima a mí y a Jessica.

Seguro que todos se preguntan quién es ella y qué nos une, pero no podré satisfacer su curiosidad hasta después.

—¡Joder! —silbo, dejándome llevar por la estupefacción—. ¿Y cómo lo averiguaste?

—Revolví unos papeles que había en la caja fuerte. —Se encoge de hombros—. Es el cajón de mierda oficial de la familia Padilla.

—Ya veo... —me aclaro la voz—. ¿Vas a intentar dar con ella?

—No sé, depende de lo que pueda sacarle a mi padre.

—¿Vas a chantajearlo?

Es una mala idea. Lo sé por experiencia.

—Tranquilo, solo si se vuelve a meter en mi vida como hizo aquella noche.

De pronto, la bombilla se me enciende por primera desde que salí de casa.

—¿Sabes el nombre de tu hermana?

—Hermanastra —me corrige con desdén—. No. Ni sé si quiero saberlo.

—En caso de que sea de tu edad, quizá podrías...

—Es más mayor que yo —entrecierra los ojos mientras me mira—, más o menos como tú.

Trago saliva. Pienso automáticamente en Lorena. La posibilidad es remota, pero, ¿y si...? Visualizo la cara de Padilla y luego, la de la influencer. También observo fijamente a Jessica por si pudiera establecer algún paralelismo, pero las luces tenues me lo impiden y abandono esa línea de investigación.

Reconozco que el antiguo Borja trataría de obtener algo de rédito a cambio de este bombazo informativo y, en caso de que no hallara el modo, se limitaría a olvidar el asunto. Sin embargo, el nuevo Borja actúa diferente. Se excusa con Jessica, sale de manera precipitada de la discoteca, marca el número de Lorena y se lleva el móvil a la oreja.

Mientras hablo con ella me rodean Manu, mi hermano y Pedro. Este último es el primero en darse cuenta de que al otro lado de la línea se encuentra su novia. Y alucina, pero yo estoy enzarzado en la conversación. Siento que ando haciendo algo bueno por alguien. Si yo estuviera intentando averiguar quién es mi padre, me gustaría saber esta información. Quizá confunda a Lore, quizá no sea más que un callejón sin salida, pero... ¿quién sabe?

—Tío, desembucha. Explícanos qué acaba de pasar ¡pero ya! —me pide Pedro serio, aunque de buen rollo, en cuanto cuelgo.

—¿Podéis esperar un minuto? —les pregunto a los tres con el aparato aún en la mano—. Tengo que hacer otra llamada y es importante.

En realidad no les dejo otra opción. Estoy en racha y debo seguir haciendo lo correcto. Me separo de ellos y marco ese número. Trago saliva, nervioso. Lo que me aguarda durante los próximos minutos no va a ser agradable, pero ya está bien de postergar este momento incómodo que yo mismo provoqué.

—¿Sí? —oigo su voz suave e intento saludar, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta—. *Borja, ets tu?*

—Sí, mare, sóc jo. Ho sento. Quan puc venir a veure't?



Capítulo 29

Sofía

Me detengo a observar las botellas dispuestas tras la espalda del camarero. Como si fueran trofeos de caza o peor, piezas de museo intocables. Inalcanzables. Mi larga estancia en otro lugar no me ha alejado de mis fantasmas. Mi estado de ánimo, aletargado, nostálgico y soñador, me hace verlo todo de color gris en lugar de rosa. Me cuesta fijarme en el lado bueno de la vida, en la belleza de las cosas. Sin embargo, reconozco que este sitio es acogedor. Elegante, pero discreto. No lo conocía. Es como estar en casa, sin estarlo. El resplandor fantasmal que provoca la iluminación le resta realismo al instante. Eso me viene de perlas, puesto que estoy a punto de hacer una locura. Antes siquiera de pensarlo, levanto la mano y pido una copa. La necesito con la urgencia de quien depende de esta sustancia para seguir funcionando y me siento culpable por ello. Sin el alcohol, esto va a ser mucho más difícil.

El que atiende me detecta antes de que lo haga el chico que se halla inclinado sobre la barra. Solitario, con la cabeza algo gacha, los hombros caídos y la camisa arrugada, compone la perfecta imagen de la decadencia.

—Borja.

Da un respingo que me recuerda al de los gatos cuando se asustan. Recuerdo cuando abrazaba esos hombros desnudos. Recuerdo cuando se hallaba encima de mí, debajo de mí, dentro de mí. Una oleada de calor se me desplaza por el cuerpo. Lo emocional resulta indistinguible de la añoranza sexual que experimento. Él gira el rostro hacia mí. Se le descompone en décimas de segundo mientras que su respiración se agita. Sus ojos se abren sin mesura. Me atuso el cabello por inercia. No es que me haya arreglado para la ocasión, pero sí que voy preparada.

Labios rojos. Raya en el ojo. Vestido blanco.

—¿Sofía? ¿Qué haces...?

—Me dijeron que estarías aquí.

—¿Quién?

Dejo caer mi mirada. La copa que pedí me reclama, así que me acerco y tomo un sorbo.

—El localizador que Chris te puso en el teléfono sin que te dieras cuenta.

—¿Cuándo?

—Poco antes de que nos interrumpiera en mi casa. Ya sabes...

Niega con la cabeza y me dedica una sonrisa triste.

—Ahora entiendo muchas cosas.

La proximidad de Borja comienza a afectarme. Por eso, cambio de tema:

—Has estado en Barcelona, ¿no?

—Fui a ver a mi madre —musita.

—Oh.

—Se lo he contado todo.

—¿Todo?

—Todo.

Vuelvo a beber para abortar las ganas que tengo de zarandearlo y encararme con él. ¿Por qué demonios no quiere saber qué ha sido de mí? ¿No siente al menos curiosidad? Es como si jamás hubiésemos existido. Como si ya me hubiese olvidado.

Sin embargo, me asomo a sus ojos y veo tanto que debo contenerme de nuevo pero, esta vez, para no lanzarme a sus brazos.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago aquí —digo con un hilo de voz.

Borja agarra su vaso y le da vueltas durante lo que me parece una eternidad.

—Yo estuve aquí con tu hermano, hace un par de semanas. —No me mira. Habla casi para sí mismo y me doy cuenta de que arrastra las consonantes de un modo que me resulta extremadamente sensual—. Le pedí disculpas y ahora hablamos casi todos los días por WhatsApp, pero no sé si me ha perdonado. Ya lo conoces...

—No estoy aquí por Chris —suelto, un poco impertinente—, sino...

—¿Dónde está tu alianza?

Sonrío porque, aunque Borja sigue sin mirarme, se ha fijado en ese pequeño gran detalle.

—Digamos que tuve una luna de miel algo... ajetreada.

—Digamos que lo lamento, pero... estoy intentando dejar atrás el vicio de mentir.

Se gira hacia mí y, por fin, me sostiene la mirada durante más tiempo. Soy yo la que, bombardeada por cientos de sensaciones, acaba guareciéndose en su copa.

—Mi hermano ya no es la única oveja negra de la familia Betancourt.

Sonríe, quizá acordándose de algo que me resulta ajeno.

—Bueno, me alegro por ti. Por tu soltería —alza la copa, lo imito y brindamos—. Si es lo que quieres.

—Borja... ¿tú sabes lo que quiero? —Me acerco un poco a él para susurrarle al oído—: A un matador.

—¿Cómo?

Desde mi posición no me pierdo el momento en que una minúscula gota de sudor se desliza por su cuello.

—Que lo que quiero, Borja, es a un torero.

Sus ojos se han teñido con un velo que les confiere una intensa turbiedad. Se lame los labios. Invade mi espacio personal en una suerte de conquista que se inicia en la barra y termina rozando mi cintura.

—¿Quieres que te folle con el traje puesto? —En cuanto esas palabras susurradas, roncadas, impactan contra mi oído, noto calor acumulándose en mi bajo vientre. Asiento y cruzo las

piernas—. ¿Lo has pensado bien? —vuelvo a asentir—. Porque, cuando un torero cambia de acera, no hay vuelta atrás.

Me separo un poco de él para estudiar su reacción a mi siguiente pregunta:

—¿A qué acera te refieres?

—A mí siempre me han gustado las mujeres, Sofía —dice al tiempo que sus dedos recorren mi antebrazo—, pero desde hace tiempo, me gustas tú. En concreto. Mucho. Tal vez demasiado.

Estamos a punto de besarnos. Se me acelera el corazón, se me cierran los ojos. Sin embargo, el momento pasa de largo. Parpadeo confusa solo para encontrar a Borja observándome con cierto recelo.

Y eso no me agrada.

—¿Qué sucede?

—En realidad, mi propuesta de follarte con el traje puesto sigue en pie, pero antes, necesito saber qué ha pasado. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué...?

Aprieto los dientes. Tomo su brazo y me pego a él. Adoro cómo huele. Y todos esos recuerdos que aún conservo sobre la piel.

—No quiero hablar, Borja, quiero que me lleves lejos de aquí y...

—Insisto: yo también quiero eso. —Se aparta con delicadeza de mí y apura su copa—. La cuestión es que no *solo* quiero eso. Digamos que esta zona... —se lleva una mano al pecho—, bueno, está algo sensible desde el día de tu boda y... necesito saber a qué atenerme y decirte que... que no puedo ser... que yo...

Emito un largo suspiro, vacío mi copa en el interior de mi boca y me dispongo a hablar:

—Marcos y yo dejamos de estar enamorados hace muchos, muchos años. Por eso se abrió la relación en realidad. Es la conclusión a la que llegamos en los aeropuertos, mientras hacíamos escalas. —Sonrío con cierto nerviosismo puesto que estas conclusiones jamás las he verbalizado. Y sé que va a doler—. Entonces llegaste tú. Te dije que interrumpieras mi boda vestido de torero porque fue lo primero que se me ocurrió. En ese momento estaba dolida y confusa. —Junto los labios tras un silencio reflexivo—. Y cuando lo hiciste de verdad... jamás pensé que te presentarías en mitad de la ceremonia para decirme lo que me dijiste. Verte allí, con el traje de luces, yo...

—Lo sé, fue una completa estupidez. Te arruiné la boda. Supongo que podría decir que lo siento, pero...

—Sí, sí, ya lo sé —sonrío—, tu nueva política de no mentir.

—Exacto.

—Fue la comidilla del evento —cierro los ojos y niego con la cabeza—. Un auténtico horror porque... bueno, yo tampoco voy a fallar a la verdad: pasé mucha vergüenza. Aunque también me sucedió otra cosa. Algo aún peor.

—¿El qué?

—Que no paraba de pensar en ti. De buscarte con la mirada de manera inconsciente. —Veo cómo su sonrisa se ensancha y me contagia el gesto—. Al día siguiente, embarcados ya en el avión, seguía igual. O peor. Tú en mi pensamiento. Constantemente.

—Sigue...

Suelto una carcajada que llama la atención de los presentes, pero no me importa.

—¡Cómo te gusta que te adulen!

—Digamos que podría decir que lo lamento. Que no me gusta escuchar cómo sufriste, pero... —se encoge de hombros—, yo también lo he pasado mal.

Alza un dedo y, el camarero, que se retiró hace tiempo para concedernos privacidad, acude

solícito a su llamada. Borja me pregunta sin palabras y yo acepto otra ronda. No volvemos a hablar hasta que nos sirven dos nuevas copas.

Bebo y confieso algo que me quemaba la lengua:

—Eres el primer hombre que se toma tantas molestias conmigo, ¿sabes? —Trago saliva—. El primero que ha estado dispuesto a declararse de un modo tan esperpéntico como original, sin importar las consecuencias.

—Si te soy sincero... —alza las cejas y aparecen unas cuantas arrugas bajo su flequillo—, lo hice bastante convencido de que podía tener éxito.

—Pues lo tuviste —bajo la mirada—, solo que no de manera inmediata. Ya soy oficialmente una divorciada más.

—Nunca me han gustado las divorciadas.

—¡Oye! —Le pego un manotazo en el hombro—. ¡Esa nueva faceta tuya de sinceridad desmedida no sé si me agrada del todo!

—No me has dejado terminar. —Sus labios rozan mi pelo—. Nunca me han gustado las divorciadas, pero a ti ese adjetivo te queda jodidamente bien. —Uno de sus besos se queda en la frontera de la comisura de mi boca—. Tu estado civil me hace el hombre más feliz del mundo.

—Y entonces, ahora, ¿nos vamos?

No suena a pregunta. Suena a súplica. Su mirada encendida responde por él. Pago yo.

Pero antes de irnos, hago una llamada importante. Me alejo unos pasos para obtener un poco de privacidad:

—¡Christian!

—¿Qué pasa?

—Estoy aquí. Con él —digo en voz baja, mientras observo a Borja de reojo.

—¿Y?

—Ya se lo he dicho.

Silencio. Un suspiro.

—Por tu tono entiendo que la cosa ha ido bien.

—Sí. Gracias. Por darme el empujón que necesitaba y hacer esto.

Otro silencio, esta vez más cargado.

—Dile que si vuelve a romperte el corazón no tendré piedad.

Sonrío.

—Le diré que pronto quedaréis para poneros al día. —Protesta algo que no llego a escuchar, porque enseguida lo interrumpo—. Te quiero, Chris.

Vuelve a gruñir, pero sé que sus reticencias se traducen en un «yo también te quiero». ¿Quién iba a decir que sacudir la alfombra y levantar tanto polvo iba a reconducir nuestra fraternal relación? Ahora siento que puedo ser más honesta con él. Que él lo puede ser conmigo.

Pero volvamos a lo que nos ocupa. Borja. Salimos a la calle y trato de detener nuestra marcha para que me bese, pero Borja y su sonrisa lobuna no me lo permiten. No puedo conducir en mi estado, así que terminamos en el mismo hotel en que todo comenzó. Trato, por mantener la costumbre, de pedir la misma habitación, pero no está disponible. Subimos en el ascensor poseídos por la misma energía animal que irradiábamos la primera vez. Cuando las puertas se abren mi mente está envuelta en una extraña neblina. Confundo presente y pasado, ambos tiempos se solapan sin sentido. Me detengo en medio del pasillo. La mano de Borja suelta la mía. Se gira para mirarme con la respiración agitada, echándome un pulso orgulloso con esos ojos que centellean. Leo entre líneas la pregunta. Quiero que se lance a mis brazos y me bese de una buena vez. Que no deje de hacerlo nunca.

Jadeo convertida en deseo. Largo, hondo, sentido. Borja se gira como si lo que acabara de atestiguar no significara nada. Se me cae el alma a los pies mientras él busca la habitación y abre la puerta con la llave electrónica. Luego, presuroso, recorta la distancia que nos separa y, entonces sí, para mi alivio, me entrega con un beso aquello que tiene dentro. Eso que guardaba celosamente desde la última vez regresa a mí. Arrasa con todo. No voy a cuestionar lo que siento en estos instantes. Temo perder la razón como me sucedió en el otro extremo del mundo. Estar acostada en una cama desconocida, al lado de un hombre al que no amaba pero que era mi marido, mientras moría de anhelo por el que trató de impedir mi boda, casi acaba con mi cordura.

Sin embargo, esta retorna de manera casi mágica, casi mística, en cuanto el beso de Borja se apodera de mí. Mientras todo se acomoda en mi interior, una sensación de paz candente me envuelve como un abrigo. Y al mismo tiempo temo que, cuando termine el beso, el caos retorne para reclamar lo que era suyo.

Pero sería un caos diferente. Uno de esos buenos.

Borja corta el beso de una manera tan abrupta que se me escapa un quejido de protesta. Nuestras respiraciones se hallan fuera de control. Su sonrisa se abre paso.

—Tiene dos opciones, señorita Betancourt —me dice con una tranquilidad que, estoy segura, no siente. —O me acompaña a la habitación o tendré que hacerle el amor aquí mismo.

Extiende la mano. Le tiembla.

—Joder —musito.

Más palabras no acuden a mis labios. Agarro su mano y, de algún modo, los segundos se estiran. El camino hasta la cama se nos haga eterno, pero por fin llegamos.

Borja cierra la puerta de un sonoro puntapié.

—Llevo muriéndome de ganas desde que te vi.

—Y yo...

—Me refería a quitarte este vestido, Marilyn —especifica.

Su boca sonríe contra la mía. Sus manos recorren mi cuerpo hasta que lo libran de cada pieza de ropa que lo cubre. No sé dónde aterriza mi bolso. Tomo su rostro entre las manos y lo beso. Se me olvida que quiero desprenderlo de su ropa. Él me lee la mente y comienza a desnudarse. Lo ayudo torpemente porque sus besos esconden el poder de robarme la capacidad de realizar dos cosas de manera simultánea. Cuando Borja me besa, no puedo pensar. No puedo actuar. No puedo hacer otra cosa salvo cerrar los ojos y abandonarme a sentir.

Me tumba con delicadeza sobre la cama. Intento decirle que vengo preparada. Que, antes de presentarme en el bar hice un pacto con la diosa Fortuna y metí un paquete de preservativos en mi bolso. Sus nudillos rozan mi intimidad. Borja tiene la mano retorcida en una postura incómoda, pero eso no le impide recrearse en estimularme. Sabe que no necesita mucho para llegar lejos y esto resulta evidente por el estremecimiento que sacude mis piernas. Me sorprende encontrarme tan cerca del clímax y, al mismo tiempo, resulta de lo más natural cuando un hombre como Borja te secuestra el corazón y lo embruja.

—Borja... en mi bolso... condones...

Se levanta, localiza la caja y la despedaza como si fuese un animal hambriento. Retozo en la cama con una sonrisa que anticipa todo lo bueno que está por venir. Regresa a mí, me tumba boca arriba y me penetra de una sola estocada. Sin delicadeza. Sin piedad.

Como un auténtico matador.

Se me corta la respiración. Borja se asoma a mi alma a través de una mirada que lo dice todo sin decir nada. Y luego comienza a moverse. Lento. Es tan delicioso ese vaivén al que Borja me somete que... incluso duele.

Porque es intenso, porque es eterno, porque es de verdad.

Y entonces, justo entonces, me doy cuenta de que voy a amar a este hombre con cada fibra de mi ser. Que quizá ya lleve haciéndolo algún tiempo. Borja, con sus peculiaridades, me ha conquistado. Con sus conversaciones absurdamente intensas durante las madrugadas. Con nuestros viajes por carretera. Con sus miradas cuajadas de deseo.

No necesito más. Tampoco voy a conformarme con menos.

Y está lejos de ser perfecto, pero es perfecto para mí.



Epílogo

Al final el bar de Paco se va a convertir en mi segunda casa ;quién lo diría! Quizá algún día sea capaz de verlo como el lugar donde mejor nos lo pasamos todos juntos. La bebida es barata, el dueño se lleva bien con casi todo el grupo y al final las risas están aseguradas. Sin embargo, todavía percibo el entorno como algo hostil. No solo por las miradas que me dedica el que sirve copas tras la barra, sino porque el problema sanitario existe prácticamente desde que el sitio fue inaugurado hace ya décadas.

Tampoco me termino de acostumbrarme al hecho de que Christian se deje caer cada vez más por aquí. Si yo desentono, no puedes imaginar cómo lo hace él. Jamás va a renunciar a su esencia. Trajes hechos a mano, impecables zapatos italianos, jerséis de cachemir. Desconozco si, en cuanto sale, manda quemar la ropa o pide que la sometan a un tratamiento, tan agresivo como milagroso, para que vuelva a lucir como antes de que se adentrara en este tugurio. Hemos podido hablar cara a cara sobre nuestra peculiar relación. El otro día nos fuimos de copas y estuvo a punto de admitir sus errores, pero prefirió cambiar de tema y hablarme de que se ha obsesionado con una tía. No quiere decirme quién es. Se nota que lo está pasando mal y, aunque trato de apoyarle, creo que nos faltan un par de conversaciones serias para que todo comience a fluir.

Seguir fingiendo que somos los mismos que cuando nos metimos por primera vez en esto, es absurdo. Sofía corrobora mis sospechas. Cree que su hermano continúa perdido. Me cuenta que Mariana y Hans han aprendido de algún modo la lección y lo dejan un poco más a su aire. Sin embargo, lo que necesita, según ella, es encontrar algo que lo haga feliz y a la vez centrado.

Pero, ¿qué?

—¡Tío! —Pedro se acerca a mí y me envuelve en un gran abrazo de oso—. Te debo la puta vida, chaval.

—¿Qué dices?

Se muestra sonriente, pero serio a la vez.

—Te confieso que cuando lo vi no me dio buena espina, pero luego... si creyera en esas cosas te diría que ha sido como un ángel de la guarda. De verdad, tío, gracias.

Me palmea la espalda y hace amago de largarse. Lo detengo y lo encaro:

—¿De quién hablas?

—¡De Christian, joder! Ha invertido un porrón de pasta en mi empresa, ha echado a los jefes y está tomando decisiones más o menos interesantes.

—Ah, ¿sí? —pregunto, muy sorprendido—. ¡No me había dicho nada!

—Cuidadito con lo que dices, que ahora ese de ahí es mi jefe —lo señala sin cortarse un pelo—. Ha salvado a todos los curritos, así que... ¡mis respetos!

Le lanza besos. Christian tiene la mirada fija en otro lugar. Frunzo el ceño mientras me pregunto qué mantiene secuestrada su atención cuando, de pronto, unos sollozos interrumpen cualquier pensamiento.

—¡Lore! ¿Qué te pasa?

Pedro es el primero en acudir al rescate. Ella se tapa la cara con las manos. Su novio la consuela durante un minuto eterno. Las chicas rodean a la afectada, Sofía incluida. Cuando se recompone pide espacio y, tras emitir un largo suspiro, saca unos papeles del bolso que apenas caben en un sobre arrugado.

—Resulta que ya sé quién es mi padre —declara con voz temblorosa—, acabo de comunicárselo y...

Intento acercarme para cruzar una mirada con ella y preguntarle si Padilla está finalmente en el ajo, pero alguien se me adelanta. Como no, Teresa:

—Tía, ¡te envidio mil! Tienes el padre más molón del mundo.

Lorena se echa a llorar en el amplio pecho de su chico. Este le susurra algo al oído y se largan a un rincón. Ainara y Paola van tras ellos. Christian también se une a este curioso grupo.

Reconozco que, por un lado, me alivia que la influencer no tenga nada que ver con Padilla pero, por otro, ¿Paco? ¿Paco es su padre? Está claro que la genética es caprichosa y, en este caso, también benevolente. Toda su belleza fue sin duda heredada de la rama materna. Con el padre lo único que tiene en común es ese desparpajo áspero que actúa como carta de presentación.

—Menudo notición —masculla mi hermano.

Asiento con la cabeza. Tere se encuentra en la barra hablando con Paco. Está tan blanco como cualquier pared que se halle lejos de este local.

—¿Es fiable ese test?

—Al parecer, solo existe una posibilidad entre cien mil millones de que se equivoquen.

—¿Solo? —No puedo evitar reírme—. No hay tantos seres humanos en el planeta.

—Pues ya ves. —Se encoge de hombros—. A mí no me parece para tanto, tío.

—Ni a mí —mascullo para que nadie me oiga.

—Podría haber sido peor.

—Y que lo digas.

—Solo tiene que asimilarlo. Ya está.

Después de lo acontecido es difícil que se levante la noche. Bebo un poco, charlo con Sergi, le pregunto qué tal le va. No tardamos en quedarnos sin temas de conversación. El mercado de valores y los tatuajes no casan. Tampoco el estilo de chica que nos gusta. Y hablando de eso, conforme pasan los minutos voy impacientándome porque Sofía ha desaparecido. También Tere y el resto de las chicas. Ahora que me fijo, tampoco veo a Pedro, ni a Manu, ni a Christian. Todos se han esfumado.

Mi hermano me pone una mano en el hombro, aprieta y no hace falta nada más: ambos nos encaminamos hacia la salida para buscar al grupo. Sin embargo, el barullo de voces procedentes del baño nos detiene en seco. En dos zancadas estamos allí para toparnos con un espectáculo dantesco: el diminuto espacio abarrotado, la puerta abierta y repleta de mensajes escritos a boli y rotulador. No olvides el olor a alcantarillado persistente, los azulejos una vez blancos cubiertos

de roña, el espejo nublado y Teresa reflejada en él. Se halla de pie sobre la taza del único váter disponible gritando como una auténtica verdulera mientras sujeta un objeto alargado de plástico en su mano derecha:

—A ver, ¿quién narices está embarazada!?

—¿Es positivo? —Juraría que eso lo ha dicho Ainara, pero no podría asegurarlo con exactitud.

—¡Tronca, aquí hay dos líneas rosas, claramente!—Silencio sepulcral. Noto cómo el pulso se me dispara por culpa de un temor irracional—. ¡Que ninguna trate de escurrir el bulto! Paco ha cerrado el bar para nosotros, así que ¡la sospechosa se halla presente en esta sala!

Echo un vistazo rápido. Lorena, Pedro y Paco no están. Christian tampoco. Sofía me clava la mirada y yo alzo una interrogativa ceja. No le doy treguas a mi corazón. Me llevo una mano al pecho mientras intento tranquilizarme.

No puede ser de Sofía. No. Puede. Ser.

—Joder —mascullo, un poco lívido.

Me agarro a una mugrienta pared como si así pudiera librarme de las películas de terror que mi mente se encarga de hacerme visionar.

—La cosa va de paternidades hoy, ¿eh? —Mi hermano no sabe cuándo dejar de hacerse el gracioso. Me cuesta llegar a él y darle un codazo. Entonces, baja la cabeza, me sonrío y susurra con voz almibarada—: Porque sé que no es de Tere, pero te reconozco que me haría ilusión.

—¿En serio? —pregunto sin aliento.

—Joder, tío, ¡que tengo una edad!

Visualizo a un bebé cubierto de tatuajes. Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Mejor no —musito.

—Mejor no, ¿qué?

—Que mejor no sea mío —improviso.

—¿Tuyo? —mira hacia Sofía—. Hostia, ¿te imaginas?

—Precisamente... no.

—¡Ainara! —Tere grita mientras agita el test sin parar—. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—No es mío.

—¿Lore?

—No está.

—¿Sofía?

La muy cabrona me aguanta la mirada con gesto serio. Se crea una burbuja de silencio alrededor que solo rompe cuando, por fin, niega con la cabeza y a mí se me escapa un gigantesco suspiro de alivio.

Queda claro que no estoy preparado para ser padre.

—¿Paola?

Dirijo mi mirada hacia ella. Su cabeza gacha me hace encoger el estómago. El temblor de su barbilla apenas es perceptible. Jadeos y murmullos se suceden. Tere baja de la taza y se dirige hacia ella.

—Joder, tía... —La abraza—. ¿Quieres contárnoslo? —Paola asiente—. ¿Vamos a otro lado?

Ainara acude al rescate. Sofía, en un discreto segundo plano, finalmente se decide a pasarle la mano por el pelo.

—Lo he traído para enseñárselo... porque él es tan responsable como yo de lo que ha pasado —dice entre hipidos—. Pero lo único que ha hecho cuando lo ha visto ha sido echar balones fuera. Dice que podía ser de cualquiera...

—¡Qué hijo de puta! —grita Tere.

Yo no puedo dejar de mirar cómo se desarrolla este culebrón en directo. Lo mismo puede decirse del resto de tíos que estamos congregados allí. No intervenimos, solo intercambiamos miradas desesperadas de tanto en tanto.

—¿De qué hijo de puta estamos hablando exactamente? —pregunta Ainara.

Paola alza la cabeza, quizá buscándolo con la mirada. Encuentra a quien busca y lo sé porque el cambio de expresión en su cara es bestial.

Y entonces, estalla:

—¡Christian!

—¿¡Qué!? —gritamos todos.

Sofía abre la boca, atónita. Tere se pone a despotricar sin parar sobre «ese tipo de tíos». Ainara sigue consolando a Paola. Le susurra palabras al oído que no logro captar. Los tíos movemos los pies nerviosos.

No vamos a defenderlo. Creo que nos conformamos con no estar en su piel.

—¿Desde cuándo estabas liada con él? —inquieta Teresa—. ¿Antes o después de que volviera a meterse en el armario?

Sergi se ríe, es el único. Entonces recuerdo aquella tarde en que Paola me llamó. Fui hasta su casa e intentó decirme algo. ¿Era eso? Seguro. Y yo no quise creerla. No la quise escuchar.

De pronto, un pinchazo bajo las costillas me recuerdo que poseo una cosa que se llama conciencia. Y que es bastante inoportuna la mayoría de las veces.

—No me gusta ese tipo de tíos, pero... no sé. Pensé que era mono. Y estaba sola. Y borracha. Y me hacía caso. Era gay, así que no pasaba nada. Por un beso, no pasaba nada —repito en trance—. Pero no solo fue un beso. Fueron muchos. Y luego, pasó lo que pasó.

—¿Una vez? —pregunta Ainara.

—Varias veces —suspira la protagonista de este drama—. Y ahora voy a tener un hijo suyo.

—¿Lo vas a tener?

—De cuántas semanas estás?

—¡No es mi hijo! —brama Christian, que de repente aparece en escena.

Todos giramos nuestras cabezas al unísono. Creo que la mayoría fruncimos el ceño.

—Si no te pusiste chubasquero, podría ser, campeón —dice mi hermano.

—¡Cabronazo! —grita Paola—. ¡Eres un...!

—Y tú eres una aprovechada que solo va detrás de mi dinero —apostilla él, tranquilo solo en apariencia.

Lo conozco.

—¡Christian! —exclama Sofía—. ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Es la verdad! Ya me has sacado unos cuantos millones para salvar la empresa de Pedro...

—¡Dijiste que era rentable!

Se encoge de hombros. Se cruza de brazos y no levanta la mirada del suelo. Paola solloza. Es incómodo presenciar una escena así, pero no puedo evitar ponerme en el lugar de los dos protagonistas del momento.

—Que yo sepa follar es cosa de dos —dice Tere para que los focos regresen a su persona—. Christian, seguro que no te quejabas tanto cuando te corrías dentro de nuestra amiga.

La tensión es tan fuerte que parece un ente dispuesto a aplastarnos a todos. Las palabras de la pelirroja no surten el efecto que ella buscaba. La vulgaridad de su habla no supera al drama que se desarrolla ante nuestros ojos. Una especie de zumbido sustituye el extraño silencio que nos rodea. Paola respira de manera entrecortada, llena de ira. Christian abre la boca dispuesto a

hablar, pero finalmente calla, se da la vuelta y desaparece.

—¡Eso, huye, cobarde! —grita la pelirroja.

—Déjalo, es un imbécil —murmura Paola.

—Y tanto.

Eso último lo ha dicho Sofía, que abraza a la embarazada y le murmura palabras de aliento. Reconozco que eso me provoca una oleada de calor en el pecho que quizá sea paz. Me gusta que la mujer que amo sea humana y accesible. Representa todo lo que yo no soy y eso me hace quererla incluso más.

—No voy detrás de su dinero —asegura Paola.

—Lo sé.

—Os lo voy a demostrar a todos, empezando por él —señala el lugar hacia donde se ha ido—, voy a tener al bebé y a criarlo yo sola si ese... gilipollas no quiere encargarse.

—Y nosotras vamos a apoyarte —dice Ainara.

—Joder ¡pues claro! Lo que necesites —secunda Tere.

Un nuevo abrazo de tías. Aparto la vista. Manu, mi hermano y yo nos giramos los tres casi a la vez en una especie de coreografía no ensayada. Justo entonces, vemos a un descompuesto Pedro y a una llorosa Lore venir hacia nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunta él—, ¿qué nos hemos perdido?

—¡Todo! —exclama Manu.

—O nada —digo yo.

—¿Cómo?

Sonrío brevemente, busco los ojos de Sofía y respondo:

—No sé, algo me dice que esto solo es el principio.

El sol acaricia mi rostro. También lo hace la brisa e incluso las olas que crean una rítmica melodía. Todo el conjunto acompaña mis pensamientos al igual que lo haría una buena poesía. Esto es vida es...

—... como un sueño.

Las palabras se me escapan sin permiso, así que me llevo una mano a la boca en señal de arrepentimiento deseando que Sofía no me haya oído.

—¿Mmmm? —Mierda, me ha oído. Somnolienta, se estira como una gata mientras se gira hacia mí—. ¿De qué hablas?

—De estar aquí.

—¿En en yate de papá?

—Contigo.

Sonríe.

—Ya, claro, conmigo, pero en el yate de papá.

—Vale, ¡lo reconozco! El barquito de Hans es espectacular. —Paso la mano por la superficie—. Pero si «El Esplendor II» fuese la guinda del pastel, tú serías la tarta entera.

—No hace falta que me regales los oídos, Borja —asegura con un poco de condescendencia—, ya me tienes en el bote.

—Sofía...

—¿Qué?

—Mírame.

Obedece. Me quedo obnubilado por el contraste entre el azul de sus ojos y el del mar

Mediterráneo.

—En un yate o en el bar de Paco: me da igual. Lo importante es la compañía y no querría estar en otro sitio, salvo contigo.

Me abraza. Cierro los ojos anegado de paz y un poco de deseo.

—Me alegro de que digas eso porque tendremos que volver en un par de horas —consulta su teléfono.

—¿Te han llamado? —asiente con la cabeza—. ¿Qué es esta vez?

—Una pieza única, casi de museo, de la que no están muy convencidos. Si no doy el visto bueno, no van a adquirirla.

—Hacen bien —musito—. Eres la mejor.

Me relamo los labios al imaginarme de nuevo a Sofía en acción. Su meticulosidad, esa atención al detalle en busca de aquello que no termina de cuadrar... Mi novia es una crack a la caza de imperfecciones invisibles para el ojo no entrenado, aunque el mío empieza a aprender.

—¿Puedo acompañarte?

—Pensé que querrías quedarte a bordo.

Pongo los brazos en jarras.

—¿Y lo que acabo de decir?

—Ya, pero...

—Además, así Christian se queda más tranquilo.

Sofía pone los ojos en blanco. Acaba de ponerse las gafas de sol, pero estoy seguro de que tras ellas hace el gesto.

—No sé si me gusta que seas tan amigo de mi hermano —dice con falsa gravedad.

—Peor sería que fuese su novio.

Me da un codazo y se ríe. Yo también. Me resulta increíble que podamos bromear sobre lo sucedido sin rencor. Pienso en cómo hemos llegado aquí, a este punto de nuestra vida donde todo parece encajar perfectamente. Me acerco a abrazarla. Otra vez. Parezco un pulpo, pero es que lo pasé tan mal estando a su lado sin poder hacer algo tan sencillo como esto que ahora no pienso desperdiciar ninguna ocasión.

—¡Me alegro tanto de que mi torero volviera a cambiar de acera! —musita, demasiado seria—. Porque de lo contrario, yo... yo seguiría...

Le pongo un dedo sobre los labios para que calle.

—No digas eso. Tarde o temprano te habrías dado cuenta de que ese camino no te hacía feliz.

—O tal vez no.

Odio que sea tan dura consigo misma. Le aparto un mechón de pelo de la cara. Trago saliva al comprobar una vez más lo preciosa que es.

—Nos habríamos cruzado en algún momento. Me habría fijado en ti vestida de Marilyn y como te parezco irresistible...

No deja que acabe la frase. Me besa. Largo, lento. Ojalá pudiera detener el tiempo, sé que el instante va a ser breve. Me aparto para mirarle a los ojos y decirle todo eso que no se me da tan bien expresar con palabras. Ambos sabemos que mis comentarios son solo eso. No soy tan engreído, solo es una pose.

En realidad siempre lo fue.

—Por cierto, ¿qué pasó con el primero? —Para romper la intensidad, digo lo primero que se me ocurre.

—¿Cómo?

—Este es «El Esplendor II». —Hago un barrido alrededor—. Tuvo que haber un «Esplendor

¡», ¿no?

Sofía echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas.

—Parece que mi hermano sigue teniendo secretos contigo.

—¿A qué te refieres? —pregunto, divertido.

—A los dieciséis años se las ingenió para celebrar la fiesta de fin de curso aquí. Él y sus amigos se emborracharon y lo hundieron.

—¿¡Qué!?

—La guardia costera tuvo que ir a rescatarlos. Salió hasta en las noticias.

—¡Joder con tu hermano!

Ambos reímos. El suave vaivén del yate es casi hipnótico y mis pensamientos comienzan a divagar. De manera inconsciente busco y acaricio la mano de Sofía. Ella finalmente se aleja para dar instrucciones a la tripulación. Ahora que me he quedado solo debería aprovechar para revisar un par de correos electrónicos, pero no lo hago. Quiero disfrutar de esta paz que siento. Inspiro aire y en mis pulmones queda la esencia de una serenidad que experimento por primera vez. Está siendo la mejor época de mi vida y lo único que siento es gratitud por estar con la mujer que amo en un paraíso flotante. También por la familia y amigos que tengo. Y la habilidad que he desarrollado para mover mi dinero con cabeza y obtener rentabilidad.

Las cosas, por fin, me van bien. Bien no, espectacularmente bien. El cielo es el límite, o tal vez el horizonte marino, que promete infinitas posibilidades. Antes de regresar a tierra, voy en busca de Sofía. La pillo cambiándose de ropa en el camarote. La interrumpo y, pese a sus protestas, acabamos tumbados en la cama. Le hago el amor entregándome al doscientos por cien, apreciando cada jodido segundo, como si fuera la última vez. Acabamos al mismo tiempo, así de sincronizados están nuestros cuerpos, o tal vez sean nuestras almas.

Ya no sé distinguir entre la realidad y los sueños porque todo es perfecto.

Sobre todo, la mujer que me cabalga.

—¿Qué pasa? —pregunta, jadeante.

—Que te quiero. —Sus ojos centellean como dos joyas. Me sobrecojo, pero intento disimular para que no se me note—. Que no podía estar más enamorado de ti, Sofía.

Me revuelve el pelo. Su mirada queda fija en mis labios y después, regresa a mis ojos. Pega su frente a la mía. Me besa y, después, me coloca la mano sobre su pecho izquierdo.

—¿Lo sientes? —Jugueteo con su pezón, pero ella vuelve a situar mi palma sobre su corazón —Hablo en serio.

—Sí.

—Late por ti —declara, un poco cohibida.

Noto cómo se le acelera el pulso. Sucede lo mismo con el mío. Llevo sus dedos hasta el lado izquierdo de mi pecho y entonces, de algún modo, sé que llevaré este recuerdo conmigo hasta que exhale mi último aliento.

—Es un sueño —reitero—. Y no quiero despertar nunca.

agradecimientos

Jamás pensé que la historia de Tere y Sergi daría para una saga. Sin embargo, aquí estamos, al final del cuarto volumen. ¡Cuatro ya! Y ahora que otra vez ha llegado el final toca despedirme de estos personajes con los que llevo tanto tiempo. No va a ser tan fácil decirles adiós, aunque, ¿habrá un reencuentro?

Quizá. La puerta está abierta. Nunca digas nunca.

Gracias infinitas a Ely, sobre todo y especialmente. Sin ti, esta novela no sería lo mismo y lo sabes.

A Laura por tus aportaciones y por involucraros tanto en este proceso. ¿Repetimos?

A Asun, por tu inestimable ayuda a lo largo de la saga.

A Noemí Quesada por tantísimo. Compartir contigo el universo de los libros, de las historias y de las cosas que nos pasan entre medias es sin duda lo mejor del proceso junto con escribir. Espero que nunca te canses de brindar por nuestras alegrías y de aguantar mis neuras.

Gracias a Alice Bloom y a Encarna Pérez. Aunque ninguna hayáis sido lectoras cero de esta historia, con vosotras he sentido que tenía el apoyo necesario para terminarla en tiempo y forma.

Si quieres que la saga Cuando continúe, ¡házmelo saber! Y sígueme por Instagram @selva_palacios

Por último, gracias a ti, que estás leyendo esto. Si te ha gustado «Cuando un torero cambia de acera», por favor, tómate unos minutos para valorarla en Amazon y/o Goodreads. Eso me ayudaría mucho a llegar a más lectores.

Te invito, además, a revisar qué otros títulos tengo publicados [aquí](#).

Nos vemos en la siguiente, o eso espero.

Un abrazo enorme,

Selva.